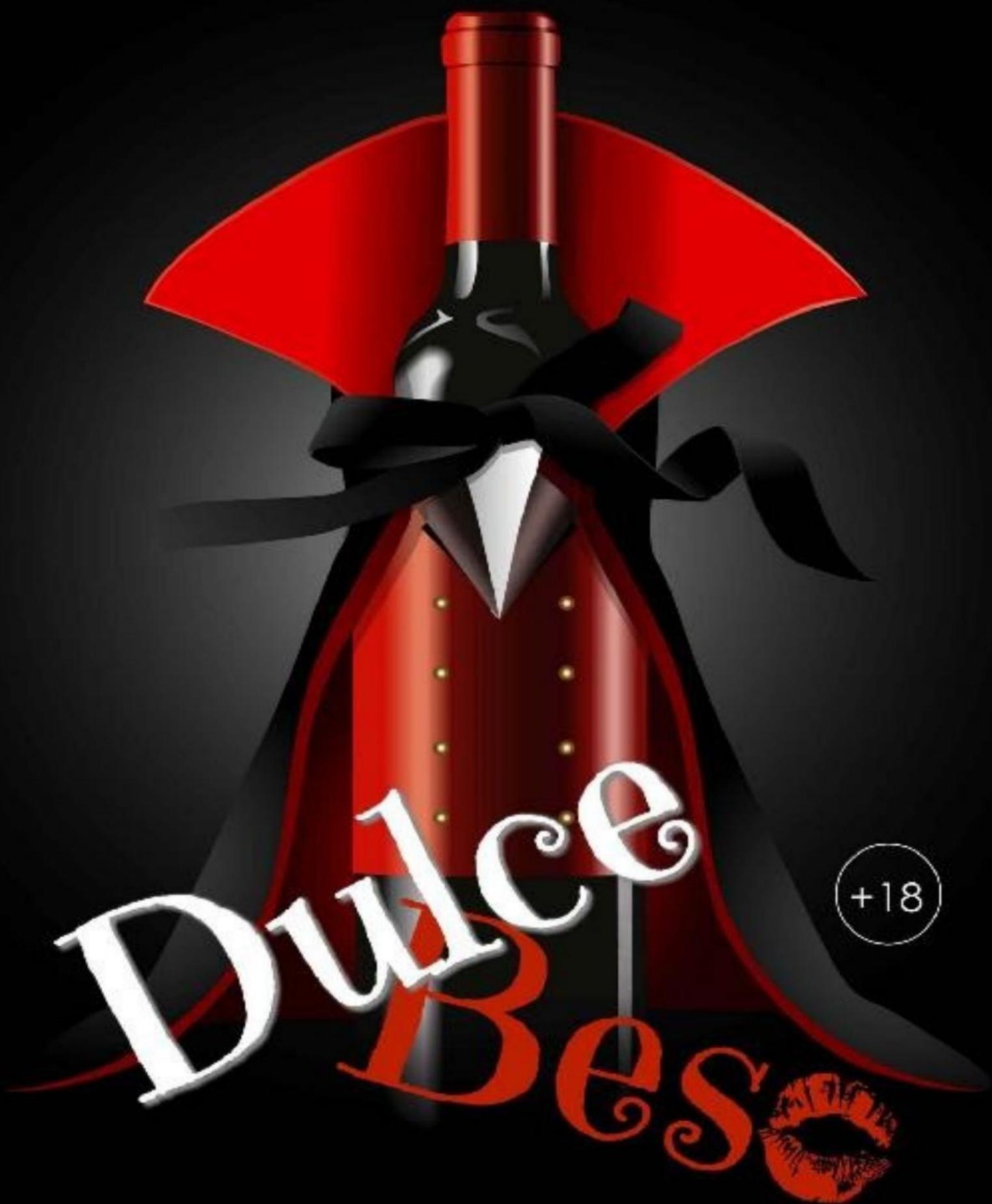
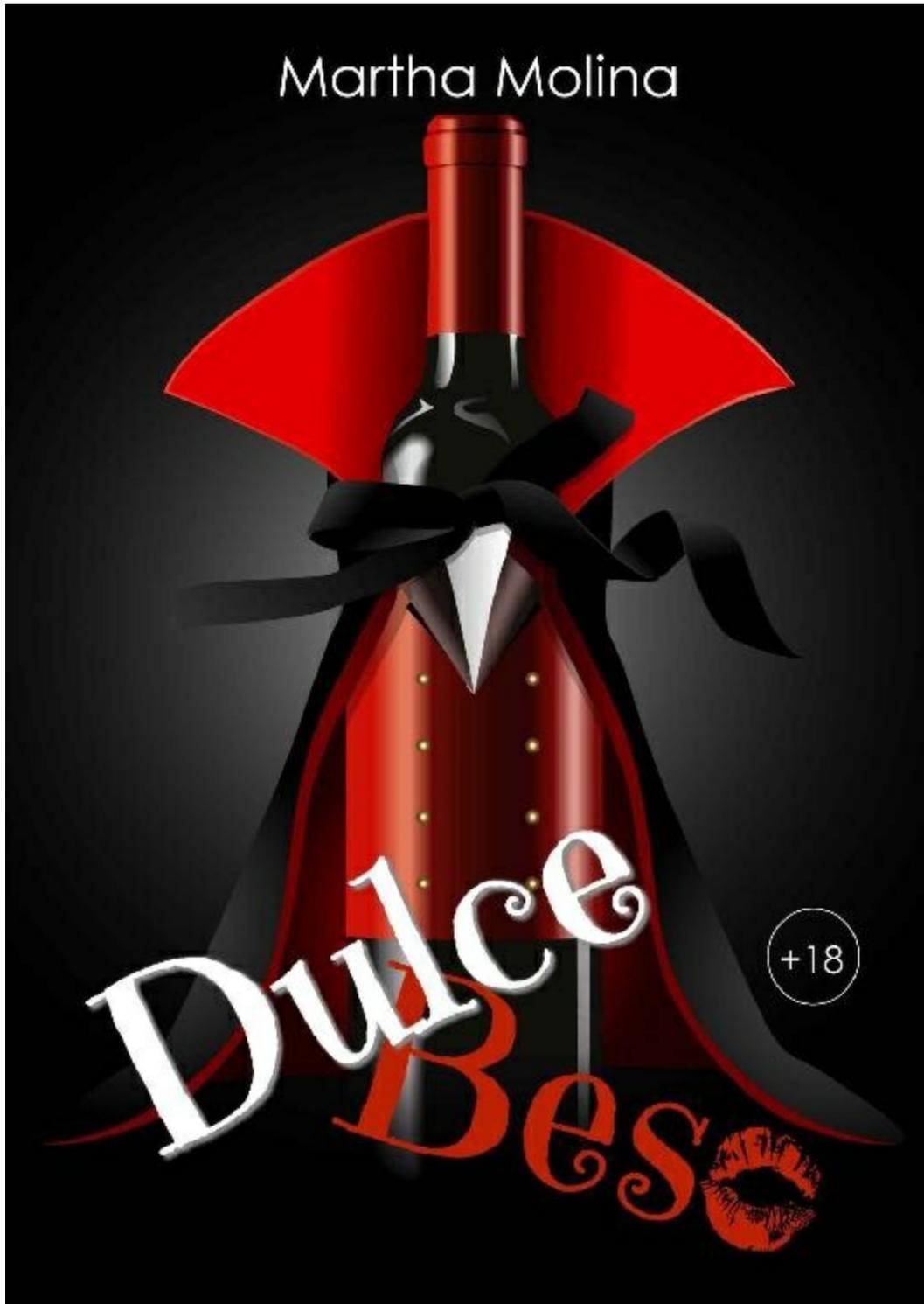


Martha Molina



+18

Martha Molina



Derechos de Autor

Dulce Beso

© 2018 Martha Molina

Amazon Primera Edición

ASIN No. B07HMHR382 – 25 de septiembre 2018

Registro SafeCreative: No. 1805127075660 / 12 de mayo 2018

Portada:

Imagen: No. 90966642 - Fotolia.com

Autor: ARPORN SEEMAROJ

Título: Vector illustrator of Wine Bottle in Dracula Costume on black

Diseño general: Martha Molina

IMPORTANTE: Queda prohibida la reproducción total o parcial de éste libro, ni su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro método, sin el permiso previo del autor.

Sinopsis

Esa noche se cumplía trescientos años desde que su amada Ekaterina lo abandonó en Moscú, cansada de sus infidelidades. Lo descubrió en la cama – que compartían juntos– con una vampira recién conversa. Fue la gota que rebosó el vaso, haciendo las maletas y marchándose lejos para nunca volver. Él no solo le falló como amigo y protector, sino como esposo. Y, ahora, estaba perdido sin ella.

Agradecimientos

A los miembros del grupo:

Martha Molina y sus vampiros

Por ser tan receptivos y aportar algunas ideas para mi novela.

Prólogo

Moscú, Rusia.

1718

—¡INFIEL! —Ekaterina exclamó llorosa en el marco de la puerta de su habitación. Su corazón se desgarró en dos al encontrar al amor de su vida, revolcándose en la cama con una de las doncellas recién conversa.

Alexey agrandó sus ojos verdes, debajo de su amante, quien lo cabalgaba sin pudor. Se suponía que su joven esposa volvería a la medianoche, no veinte minutos después de haberse marchado de la casa.

Qué imprudente fue, ahora tenía que dar explicaciones, y él tenía todo en contra.

Hizo a un lado a la neonata y se levantó, arrastrando consigo el cobertor para cubrir sus partes íntimas.

—Déjame que te...

—¡Ni te atrevas! —rugió Ekaterina, decepcionada y profundamente dolida de haber sido traicionada—. Aquí no hay nada que explicar. ¡Me has sido infiel!

—Es solo la criada...

La iracunda consorte entró en dos zancadas y le dio un fuerte bofetón, que le hizo voltear a un lado el rostro. La voluminosa falda de su vestido de brocado terracota, chocó contra una mesita apostada entre la chimenea y la cama, causando que el florero cayera y esparciera las rosas rojas en la alfombra,

debajo de esta.

¿Cómo se atrevía a mofarse de ella de esa manera, cuando le entregó sus sueños y lo más puro de su ser?

—¡Canalla! Has mancillado la santidad de nuestro matrimonio. Y no solo con la criada que... —rodó los ojos con severidad hacia esta—, no verá otro día...,

sino con muchas.

Alexey abrió la boca para replicar, siendo consciente de que sus «ligerezas», tarde o temprano, las descubrirían. Pero eso no significaba que no la amara, simplemente, era natural en los hombres disfrutar de las mieles eróticas de otras mujeres.

Para eso las educaron: para tolerar sin reclamar, como buenas damiselas que obedecían a sus maridos a cabalidad.

—Esto no es nada, es solo distracción —dijo, excusando su comportamiento y aguantándose las ganas de sobarse la mejilla adolorida. Él era insaciable, siempre queriendo más y más, inconforme de mantenerse atado a una mujer.

Ekaterina sonrió indolente. La promesa que una vez se hicieron en el altar, desapareció frente a sus ojos de la forma más cruel.

—«Distracción...» —repitió incrédula; las paredes de la habitación

comenzaban a darle vueltas—. ¿Y yo qué soy para ti: una tonta? —Las lágrimas

surcaban su rostro y caían inmisericordes sobre su pecho. Debía ser eso, lo más seguro. Una tonta que perdonaba sus fallas.

—Por supuesto que no, eres mi esposa —respondió él con firmeza. Una mujer de baja alcurnia, no sería el motivo por el cual lo odiarían.

La neonata, a un lado de la cama, se vestía con rapidez, enojada por la manifestación de su amo. Mientras esa pelirroja estuviese viva, ella no tendría esperanzas de conquistar al vampiro más acaudalado en toda Rusia.

Semejante declaración, ofendió a Ekaterina. A Alexey poco le importaba el dolor que le causaba; para él, revolcarse con una doncella que apenas cruzaba la mayoría de edad, entre la conversión y la madurez, era una proeza que luego se jactaría frente a sus licenciosos amigos.

—«Esposa...» —sollozó y se dio vuelta hacia el lienzo que reposaba sobre la chimenea, mientras que Alexey, a su espalda, arrojaba el cobertor sobre la cama para vestirse con las ropas sucias que estaban en el piso. Suspiró. La imagen de ambos, plasmada gracias a las habilidosas manos de un artista italiano, reflejaba una gran mentira: jamás la amó—. ¿Qué hiciste con los votos que expresaste ante el Prior, Alexey? —preguntó sin dejar de mirar la pintura, de la que era un triste esbozo de un amor fallido. La utilizaron para acallar voces y continuar con sus faltas bajo el amparo de una unión concertada entre los suyos—. ¿Los recuerdas? Juraste, amarme.

— *Katia...*

—Qué sería tu luz y tu sombra... —agregó, interrumpiéndolo—. Qué tu corazón sería mío por siempre.

—¡Y lo sostengo!

—¡¡Mentira!! —lo miró enardecida—. Todo fue mentira —señaló hacia las sábanas revueltas y el olor a sexo impregnado sobre estas—. Te casaste conmigo porque tu padre te obligó —le hizo ver. Alexey se asombró ante la revelación de su esposa—. ¿Crees que no lo sabía? Ya ves que sí... Tenemos muchos conocidos en Moscú, que se encargaron de informarme. Pero fingía. Yo fingía por ti, Alexey, que nuestro matrimonio era perfecto... Te excusaba ante los

demás, y hasta sonreía para que nadie nos juzgara. ¡TÚ TE QUEDAS AHÍ! — le gritó a la neonata, que se proponía escabullirse de la habitación.

Esta se paralizó, sosteniendo temblorosa, los zapatos.

La iba a matar.

—Deja que se marche y hablemos en privado —intervino él, que también pugnaba por escaparse de allí. El personal de servicio, ya debía estar enterado de lo que sucedía, gracias a sus gritos.

—¿Para qué? —Ekaterina inquirió, rastrillando su enojo—. Me cansé.

Alexey se tensó.

—¿Qué me quieres decir?

Con sus ojos marrones, anegados en lágrimas, ella le respondió:

—Qué ya no más...

Cuatro pequeñas palabras, sirvieron para que el piso se abriera bajo los pies del rubio vampiro.

—¿Te quieres separar de mí?! ¿Por una criada? Por favor, Ekaterina, razona...

Cabeceó.

—Te amaba... —sollozó—, y me lastimaste en lo más profundo del alma con

esta... —miró con desprecio a la neonata, paralizada de temor— *furcia asquerosa.*

La aludida dio un paso hacia atrás para entablar distancia entre las dos. De un segundo a otro, le haría pagar el haberse acostado con el señor de la casa.

Alexey se envaró.

—Un divorcio será mal visto —arguyó en su intento de hacerla razonar—.

¿Eso quieres: que te señalen? Nadie querrá entablar amistad con una mujer

divorciada. Te vetarán adónde vayas.

—Si lo hacen, será por ti.

—No pienso otorgarte el divorcio —sentenció él—. Estarás a mi lado hasta que yo diga.

La vampira ensombreció la mirada.

—No por mucho —replicó con voz rota—. No por mucho...

Y al término de sus palabras, corrió fuera de la habitación, dejando atrás a su esposo traicionero, a la infame neonata, a su hogar de ensueño, al matrimonio que fue una farsa durante años, a todo...

Guerras habría y luego terminarían; los humanos expandirían sus

conocimientos médicos y armamentistas, las catástrofes naturales arrasarían ciudades enteras, las fronteras se harían cada vez más estrechas, y el temor hacia

lo sobrenatural, desaparecería.

Todo eso ocurriría, pero a ella...

Jamás la encontrarían.

Capítulo 1

Presente.

Alexey Kuznetsov descendió de su auto con una sonrisa fingida. Black Moon rebosaba de humanos desde las primeras horas del anochecer. Era el sitio de moda al que cientos de neoyorquinos acudían para divertirse los fines de semana. El que deseara placer, libre de compromiso, lo obtenía allí con facilidad, sin importar si era hombre o mujer.

Durante el transcurso del otoño, Alexey se mezclaba entre la gente, como un

mortal más, seduciendo a las jóvenes que se le cruzaban por el camino. Jamás tuvo reparo en si estas eran feas o hermosas, gordas o flacas, bajas o altas, solo que pertenecieran al género femenino, del cual él obtendría beneficios.

Esa noche se cumplía trescientos años desde que su amada Ekaterina lo abandonó en Moscú, cansada de sus infidelidades. Lo descubrió en la cama – que compartían juntos– con una vampira recién conversa. Fue la gota que rebosó el vaso, haciendo las maletas y marchándose lejos para nunca volver.

Las leyes vampíricas de nada sirvieron para obligarla a retomar los votos matrimoniales; esta desapareció como si se la hubiera tragado la tierra. No hubo forma de contactarla; los detectives privados y los rastreadores más hábiles, fueron incapaces de dar con ella. Durante siglos temió que se hubiese suicidado.

Un vampiro, por más que deseara esconderse de los suyos, siempre era hallado.

Pero no su Ekaterina.

A partir de ese entonces, se prometió buscarla en cada mujer que le gustara.

Extrañaba su sonrisa y el calor que su cuerpo desprendía. Pero lo que más extrañaba, era lo bien que se sentía cuando la amaba.

Qué imbécil fue al dejarse llevar por la lujuria. Debió corresponderle como un buen esposo y no un sinvergüenza.

Suspiró e ingresó al club, sin que el portero, de dos metros de alto, le exigiera esperar en la fila, junto con los demás clientes comunes que temblaban de frío a pesar de sus abrigos. Era el propietario de dicho establecimiento sin importar su aparente «juventud», siendo un asiduo espectador de lo que, de miércoles a sábado, acontecía. Le gustaba observar la alegría desbordante que se generaba; el fluir de la gente, las risas, la esencia misma de sus breves existencias.

Le hacían olvidar la tristeza y soledad. Aun así, con nadie estrechaba lazos,

más allá de lo necesario.

La música estruendosa se encargaba de atenuar las sandeces que escuchaba de los humanos. Banalidades de una vida que trascurría entre los amigos y la familia.

Él no formaba parte de ello, jamás lo tuvo y jamás lo tendría. Su propia existencia radicaba en la compra y venta de inmuebles. Un día abría un restaurante y, al otro, lo cerraba. Negocios lucrativos que se mantenían a flote mientras a él le importase. Si perdía el interés, cambiaba el rumbo de sus ambiciones.

—Buenas noches, señor Kuznetsov. Su salón está listo —le informó uno de los vigilantes de Black Moon—. ¿Viene solo o acompañado?

—Solo — *como siempre*, pensó él.

Pero era una pregunta que con frecuencia le hacía sus empleados por precaución. De aparecerse con una fémica, de la que tuviese algún tipo de relación, ellos se meterían en problemas. En más de una ocasión, los escándalos entre parejas se producían a causa de una indiscreción. Los vampiros solían ser tan celosos como los humanos. Incluso, más...

—¡Alexey! ¡Yuuuuuuuuuuuuuu!

—¡Aquí, aquí!

—¡Hola, guapo, ¿me recuerdas? Soy Natascha...

Exclamaban las mujeres en estado de embriaguez, conforme él avanzaba. Su melena rubia, recogida en una pequeña cola de caballo baja, sobresalía de las masculinas que querían imitarlo. Era el rey en su entorno, el más cotizado y apetecible de los hombres.

El aludido se limitaba a responder los saludos con un leve asentamiento de cabeza, cansado de las caza-fortunas y de los hipócritas.

Se dejó guiar hasta la Zona VIP, ubicada en la segunda planta, por un vigilante ataviado con traje y corbata, y un transmisor insertado en su oreja izquierda. La elegancia de Black Moon se extendía hasta en sus trabajadores. Nadie, incluso, los humanos que asistían para pasarla bien, podían ingresar con ropas deportivas.

El código de vestimenta exigía «clase», nada de mequetrefes. O sino... de las puertas no pasaban.

La decoración del club era exquisita para impresionar y dar de qué hablar a los medios, con lujosas lámparas de araña de hasta 36 puntas, paredes enchapadas en láminas de madera y columnas romanas que sostenían esplendorosos balcones

tallados con ornamentos de bronce, águilas y leones, muy al estilo Imperio. A parte de ello, el club constaba de grandiosos efectos especiales de luces

electrónicas, potentes sistemas de sonido y *DJs* con fama mundial.

La competencia entre los centros nocturnos, era reñida, por lo que Alexey debía ofrecer lo mejor de lo mejor a sus asiduos clientes.

—¡Te amo! —exclamó una morena, mientras que él subía por las majestuosas

escaleras reservadas para los más adinerados. Las lámparas etéreas iluminaban su camino.

Este la ignoró.

¿Para qué darle esperanzas?

Si le respondía, ella enloquecería.

—¿Ya escogió *a una* o esperamos? —consultó el vigilante, en cuanto Alexey ingresó al Salón VIP. Se preparaban para la horda de chicas que se agolpaban en la planta baja. Uno de los compañeros, tuvo que impedirles el paso, a fin de evitar, de que al dueño le cayeran encima y lo aplastaran.

Alexey sacudió la cabeza.

—Después —dijo.

El hombre asintió.

Y sin decir más, cerró la puerta tras de sí.

Alexey miró el mullido sofá vinotinto, que lo esperaba en medio de unas cortinas pesadas del mismo color y se sentó, reclinando la cabeza hacia atrás, para relajarse. Ahí, muchas veces, se folló a más de una humana, arrancándoles gemidos audibles y un poco de sangre. Todas quedaban complacidas, menos él.

Quería más.

Su corazón así lo indicaba.

Suspiró con melancolía, sintiéndose viejo. El pasado 28 de julio cumplió sus cuatrocientos ochenta años, a pesar de que, para el resto del mundo, tenía veintidós.

Los años pasaban y él nada que se enamoraba. Estaba vacío desde *aquella noche*.

Observó su entorno. Las dimensiones del salón, equivaldría a las de un amplio guardarropa, con un balcón central del que gozaba la mejor vista.

Era el más lujoso y el más visitado...

Se levantó y caminó hacia allá, con las luces robóticas sobre su cabeza y los humanos a sus pies. Le gustaba mantenerse a distancia, evitando que estos lo adularan cada cinco minutos. Al principio, le agradaba, pero en ese instante, le molestaba.

Posó sus manos en el borde, mientras paseaba la vista sin interés por sobre los danzantes. Estos movían sus cuerpos, pegados, unos con otros, sin temor a ser

censurados. Las inhibiciones quedaban afuera; adentro, todo era permitido, incluso, el coito en público. La única limitación: los móviles no eran

permitidos.

Ninguna cámara capturaría alguna imagen que revelara más allá de lo que Alexey les permitía.

Sonrió. Pero no era una sonrisa satisfactoria; más bien, triste. Él se hallaba en medio de ese mar de hormonas y nada le afectaba. Se había tornado frío, aburrido, deseoso de cambiar el estilo de vida que adoptó hacía muchos años.

No recordaba cuándo fue que le dio por administrar discotecas. Tal vez en los años ochenta o a finales de los noventa. La cuestión, es que estaba harto.

Aun así, luchaba para olvidar. Y una buena forma de hacerlo, era sumergiéndose entre las piernas de una extraña.

Desde el balcón escogería a su siguiente amante, sin que una marejada de promiscuas le rogara. La afortunada sería conducida hasta él, cuando le avisara a sus guardaespaldas a través del móvil, que solo estos y él, poseían. Ninguna lo rechazaba, todas acudían gustosas a complacer al propietario del recinto, esperanzadas de conquistar su corazón y obtener un costoso anillo de compromiso.

Sin embargo, no le tocaba el turno a ninguna humana.

Sino a una vampira pelirroja...

El olor que expelía esta, era característico entre los de su raza. Oscilaba entre el dulce y el almizclado, como un perfume que dopa a los mortales para atraparlos.

Le daba la espalda, bailando sola en medio de la pista. Sus curvilíneas caderas se contoneaban con sensualidad, lento, sin una pizca de timidez. Lo hacía de tal forma, que los hombres se olvidaron de sus parejas.

La rodearon, embelesados de tan exquisita figura. De cabello largo, cintura pequeña, y unas torneadas piernas largas, visibles, gracias a su diminuto vestido de lentejuelas doradas y, del cual, se extendían por unos tacones de aguja del mismo color.

Muy vulgar para muchas.

Aunque no para Alexey...

Como si ella captara que era objeto de su atención, se volvió hacia él con una sonrisa mordaz.

Alexey jadeó al reconocer a su desaparecida esposa.

—¿Ekaterina?! —Se estremeció al contemplarla. Tantos años, buscándola hasta en las sombras, y ella se aparece en su club.

Saltó desde el balcón, perdiendo cuidado de que los humanos descubrieran sus habilidades vampíricas. El secreto de ser un Nocturno debía resguardarse, pese a todo; los seres inferiores no estaban preparados para ello.

Alexey corrió hacia ella en un parpadeo, obviando el hecho de que el acceso a los vampiros era limitado en ese lugar. Por primera vez, desde que esta se marchó, se sentía vivo. La tenía a su alcance, hermosa y soberana, volviendo a él para revivir lo que una vez tuvieron.

Pero, justo cuando llegó hasta donde se hallaba..., Ekaterina se esfumó.

Desesperado, la buscó con la mirada. ¿Dónde estaba? Tenía la plena seguridad de que no se trataba de una visión. Los babosos que seguían estáticos se lo confirmaban.

—Aquí.

La voz de la vampira, resonó en sus oídos.

Alexey rodó los ojos por su entorno, y luego hacia la segunda planta.

Ekaterina le sonreía desde el balcón.

Con la misma velocidad en que saltó, retornó al Salón VIP en una exhalación.

Nadie se percataba de lo que sucedía a su alrededor. La música y los tragos, los mantenía en una nebulosa.

—¡Ekaterina! —La emoción que sentía era desbordante, recorriendo el salón privado en dos zancadas.

Pero no estaba.

—¿Ekaterina? —Temió que su mujer desapareciera de nuevo—. ¿Ekaterina?

—Revisó detrás del sofá por si se escondía—. Eka... ¡Maldición! —increpó, enojado. Jugaba con su cordura.

—La paciencia nunca ha sido tu virtud, mi querido Alexey —expresó la vampira, reapareciendo detrás de las cortinas. De haberse molestado en percibir su aroma, la habría hallado rápido.

— *Katia*... —él la llamó con cariño, pugnando por estrecharla en su pecho con fuerza—. ¿Por qué me abandonaste?

La aludida lo miró furiosa.

—¡POR QUÉ CREES! —le gritó, liberando el odio que traía dentro. Que todos oyeran la clase de bastardo que era.

Alexey levantó las manos para calmarla, a fin de evitar que lo abandonara una vez más.

—Perdóname, fui un tonto.

Ekaterina acicaló un mechón de su larga melena roja para recobrar la compostura. Le caía como cascadas onduladas sobre su pecho, con leves matices azulados y violetas, producto de las luces electrónicas que se filtraban a través

del balcón.

—Claro que sí —convino con desdén—. Te diste el lujo de ponerme los cuernos.

—Te busqué por tanto tiempo, que perdí las esperanzas de encontrarte.

—Lo sé. Tu incesante búsqueda estuvo en boca de todos. —En la comunidad vampírica se corrió el rumor *del sujeto* que ofrecía obscenas cantidades de dinero para aquel que diera con su paradero.

Se sentó a sus anchas en medio del sofá, cruzando las piernas con sensualidad.

Su edad, como la de muchas jóvenes que deseaban experimentar la vida con rapidez, apenas reflejaba los «dieciocho». La edad en que él la convirtió...

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, seductora. Si algo aprendió durante esos años, es a sacarle provecho a su femineidad.

Alexey se relamió los labios.

—Mucho... —Fantaseaba con tener esas piernas alrededor de su cintura y follársela hasta que rogara que se detuviera. Se la veía tan diferente a cómo la recordaba la última vez en que se marchó. Esta era más excitante, más desinhibida, con sus ropas modernas, en vez de aquellas que la hacían lucir discreta.

Ekaterina sonrió, y Alexey sintió que se renovaban sus esperanzas.

—¿Me has perdonado? —consultó, aprensivo. Lo más probable, es que se había cansado de mantenerse oculta.

Ekaterina sacudió la cabeza.

—¿Entonces...? —Él no comprendía.

Abriéndose de piernas y mostrando sus partes púdicas, ella respondió:

—Vine a reclamar lo que es mío.

El vampiro agrandó los ojos, fascinado de semejante visión. Los labios vaginales, cubiertos con una fina capa de vellos rojizos, se mostraban de forma descarada.

Se lanzó hacia ella como un torpedo.

—¡No! —Ekaterina tronó, deteniéndolo de una patada en el estómago.

Alexey cayó al piso de espaldas.

Sin darle tiempo de reaccionar, la vampira se sentó sobre él a horcajadas.

— *Cosita...* —le removió un mechón de cabello que le cruzaba la cara—

¿Pensaste que me abriría de piernas para ti, así nomás? —Se restregó sobre su hombría con suavidad—. Te equivocas...

Alexey jadeó.

—¿Entonces, para qué volviste? —replicó con voz ronca, sintiendo que el glande le palpitaba implacable debajo del pantalón.

—Para divertirme. Estoy aburrida.

—¿En mi club? —La certeza de que estaba allí, lo mantenía perplejo.

Ekaterina rio.

—¿Y por qué no? —respondió con ese aire de cinismo que la caracterizaba.

Volvió a restregarse para enloquecerlo—. Quiero algo más.

—¡Como qué! —Alexey se impacientó, a punto de perder el control de sí mismo. Si tan solo se bajara la cremallera, él le haría perversiones—. Dímelo y haré lo que desees. —La ataría a su cama, de ser necesario.

Ella sonrió, triunfal.

Se inclinó hasta su oído y susurró:

—Quiero tu alma.

Y desapareció, dejándolo solo en el Salón VIP.

Alexey parpadeó aturdido, y luego se percató de lo sucedido.

Su ángel o, mejor dicho, su demonio personal, se había burlado de él.

Se levantó, tembloroso, corriendo detrás de la vampira, y se llevó a más de uno por delante, escaleras abajo. De ninguna manera permitiría que

desapareciera una vez más de su vida.

Siguió la estela de su perfume, entre los humanos que bebían y charlaban animados. Las mujeres trataban de detenerlo, sin conseguirlo. La oportunidad de ligar con él, se les escapaba de las manos. La más atrevida, era la que obtenía su atención.

—¡Ekaterina! ¡Ekaterina! ¡¡Ekaterina!! —gritaba a todo pulmón, mientras cruzaba las puertas hacia la calle. Ella lo incitaba a un juego despiadado de búsqueda constante.

Los vigilantes, acudieron para brindarle ayuda y buscar a la mujer que lo perturbó. Si era alguna zorra que le robó, la pasaría fatal cuando la atrapasen.

—Esperamos órdenes, señor —dijo uno de ellos con sus sentidos al cien por ciento y los radios-trasmisores en línea para rastrearla.

Los jóvenes, que esperaban a ser admitidos a Black Moon, observaban perplejos la actitud de los hombres. ¿Qué había ocurrido? ¿Alguna riña?

—Olvídenlo —respondió Alexey, percatándose que en nada valdría rastrearla.

Ella era astuta hasta para eludir a los mejores sabuesos.

Empuñó las manos ante un hecho determinante:

No se daría por vencido hasta encontrarla.

Y cuando lo consiguiera...

Jamás la soltaría.

Ekaterina no solo volvió para reclamar su alma, sino que también se propuso estremecer su corazón.

Aquel que durante mucho tiempo había dejado de palpar.

Capítulo 2

—¿Por qué hizo eso?! Provocó que él emprendiera otra búsqueda. Debió dejar

que yo manejara todo y no dejarse llevar por sus impulsos; fue muy imprudente, señora Ekaterina —reprendió Esteban Ventura, moviéndose de un lado a otro, en la sala de la *suite* 305 del Mastrangelo. Un hotel de cinco estrellas para vampiros, en pleno corazón de la Gran Manzana.

Desde que a su clienta se le ocurrió la brillante idea de aparecer en aquel polémico club, los hombres de Alexey la rastreaban por cada rincón de la ciudad.

El rumor corrió como pólvora, pese a que el viejo vampiro, hizo lo posible por prolongar el secreto de su llegada. Le preocupaba que la noticia precipitara los planes. La solicitud del divorcio se haría mediante un intermediario; según las leyes de su gente, el señor Kuznetsov debió repudiar en público a su mujer y solicitar ante los Ancianos una nueva esposa. Con esa acción, quedaba libre de iniciar su vida al lado de otra, sin que la anterior, tuviera derecho a reclamar nada.

Pero no lo hizo.

Y debido a ello, la señora Ekaterina seguía siendo su legítima esposa.

Por extensión, la mitad de sus bienes le pertenecían a ella.

Esta puso los ojos en blanco, mientras ojeaba una revista de modas, sentada a lo largo del sofá. La última tendencia dictaminaba para la temporada de Otoño-Invierno, faldas largas y abrigos con grandes flores estampadas.

Horrible.

El gusto de las nuevas generaciones, le desagradaba.

—Descuida, Esteban. Solo quería divertirme —se excusó, a su vez que subía

las piernas sobre el mueble, apenas cubiertas por una sedosa bata de color champaña. Tan pronto dieron las siete de la noche del siguiente día, la increpante visita del latino, la sacaba de su cama para jalarle las orejas.

El hombre, de complexión rolliza y baja estatura, se rascó la cabeza cubierta de canas alborotadas. Muchas décadas transcurrieron desde su conversión, en el desierto de Sonora, entre Estados Unidos y México. Su edad biológica quedó detenida cuando iniciaba la ancianidad. Una deuda que fue saldada por un vampiro moribundo. Este lo salvó de perecer bajo los rayos solares y, a cambio del favor, le otorgó la vida eterna.

—Tenga cuidado, no provoque su furia —advirtió preocupado—. Es mejor un esposo sorprendido, que uno enojado.

Ella lo miró y se carcajeó.

—¿Es temor lo que huelo en ti? Porque de ser así... —señaló hacia fuera—, sal por esa puerta.

Esteban, sacudió la cabeza.

—¡Oh, no, no, no, mi señora! —exclamó, sentándose en el borde de un sillón frente a la vampira—. No es temor lo que siento; me disculpo. Es solo que el señor Kuznetsov es de armas tomar.

—También yo —espetó Ekaterina con un brillo lacerante en sus ojos

marrones, y del que Esteban observaba que lucían más oscuros y perversos de lo normal. Bastante esperó a que las leyes entre los suyos se suavizaran, para que pudiera exponerse al escrutinio público.

Esteban Ventura, un abogado especializado en asuntos maritales y civiles, no fue el mejor de su clase, pero sí el único que aceptó representarla, tras ser rechazada por nueve abogados. Ninguno se atrevía a enfrentarse a un hombre poderoso como Alexey Kuznetsov. Este mantenía relaciones estrechas con varias Casas Reales, en especial, la que dominaba esas tierras.

Por ese motivo, enfrentar a Alexey, era ponerse un cuchillo en la garganta.

Aun así, para Esteban, de ganar el litigio, los honorarios serían exorbitantes.

Su clienta le pagaría el 40% de lo que obtendría.

En resumidas cuentas: millones de dólares.

Pero si perdía... sus colegas lo ridiculizarían.

—Te lo pregunto una vez más: ¿Vas a representarme o huirás con la cola entre las patas? —gruñó Ekaterina, cerrando de golpe la revista sobre su regazo. El divorcio comenzaba a tornarse un cuesta-arriba del que le robaba la paz y le crispaba los nervios.

El menudo hombre aflojó su gruesa corbata de rayas azul con blanco, y carraspeó nervioso ante la exigente pregunta; cruzar la puerta, lo convertiría en la rata cobarde número diez. La mujer era tan intimidante como hermosa; decirle no, salvaría un poco su prestigio, pero si ganaba..., una cuantiosa fortuna le aguardaba.

—Cuenta conmigo —dijo—. Despellejaremos vivo a su marido.

—Bien —Ekaterina sonrió complacida—, le daremos unos días para que baje la guardia. Después... le clavaremos la estocada. —Por fin le daría a Alexey donde más le dolía.

En su bolsillo.

Capítulo 3

—Querido, Fedot Dezhnirov y su esposa, nos han invitado a la inauguración de su nueva casa —informó Ekaterina, entregándole la tarjeta con la delicada letra cursiva que notificaba el evento.

Alexey, quien descansaba su siesta del mediodía, hizo un mohín, sin molestarse a leer la invitación.

—No iremos —dijo arrojando la tarjeta al piso.

—¡Pero es un baile de gala!

—Esa noche tengo que hacer algo... —Como cobrar una deuda que hizo con uno de sus amigos, de acostarse con Svetlana Orlova. La cortesana más voluptuosa y desinhibida en toda Moscú. Se la conocía por ser fogosa con los vampiros, con docenas de posiciones eróticas en su haber. Estos pagarían por ella, para su disfrute. Así que, no se lo perdería, para conocer la residencia de un par de viejos cotilleros, mientras que él les sonreiría sin ganas y mascullando fingidas alabanzas.

Ekaterina enredó su dedo en el collar de perlas que tenía colgado en su cuello.

—Siempre tienes algo «por hacer» —se quejó entristecida—. ¿No lo puedes postergar? Seríamos los únicos que les haríamos un desaire.

¿Y dejar de probar los senos de Svetlana? , consideró Alexey para sus adentros.

Se levantó y se quitó la camisa, arrojándola sobre el buró, ubicado cerca de la cama. Su esposa no tenía el derecho de recriminarle nada; su deber era obedecer y callar como debía ser.

Alexey sacudió la cabeza para alejar los amargos recuerdos que lo azotaban y

volvió al presente, sintiéndose peor a cómo estuvo hacía diez minutos.

Tomó un sorbo de su vino y se relamió los labios, pensativo; desde que habló con ella, la semana pasada, le costaba concentrarse en los negocios. Esos cabellos rojos revoltosos, lo atormentaban a diario. Le susurraba palabras subidas de tono; riendo y alentándolo a seducirla, para luego volver a burlarse de él.

Una pesadilla en carne y hueso, que buscaba represalias por haberle sido infiel.

Dejó la copa sobre la mesa rinconera a su lado, y se levantó del sillón de líneas simples y estilizadas, para admirar la noche a través del ventanal de su apartamento.

Pero no había nada qué admirar, salvo la infinidad de edificios a sus pies. Las densas nubes oscuras encapotaban el cielo de Manhattan, impidiendo apreciar el fulgor de las estrellas. El hermoso manto luminiscente, que servía de inspiración para los poetas, se mantenía oculto a causa del *esmog*. La contaminación ambiental se tragaba hasta el mismo aire, y las hermosas estrellas que, en otrora, apreciaba hasta el amanecer, dejaron de titilar para los neoyorquinos.

En cambio, para él, era un recordatorio perenne de su estupidez. Dejó que el amor se le escurriera de entre los dedos, mancillándolo con sexo extramarital.

Desde entonces, un «te amo», le sabía a poco. No era lo mismo que se lo dijera una libertina, que su mujer.

Su mujer...

¿Qué garantía existía de que esta lo siguiera siendo?

Al menos, por los vínculos legales, los ataba, porque en cuanto a los sentimientos..., lo dudaba. Durante todo ese tiempo en que permaneció oculta, debió relacionarse con algún hombre.

No obstante, la conocía bien para estar seguro de que no saltó de cama en cama, sino que se acomodó en una, otorgándole al afortunado incontables placeres.

Ella era una dama, respetuosa de las buenas costumbres y comedida. Lo que decían por ahí, eran exageraciones malsanas que la degradaban.

¿O estaban en lo cierto?

Empuñó con fuerza las manos, blanqueando sus nudillos a tal punto, que se imaginaba retorciéndole el cuello al maldito.

Tantos años, buscándola, extrañando sus besos y su cuerpo... y se aparece sin previo aviso.

No es que fuese desagradecido, pero, ¿por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo? ¿Qué quería?

Lo meditó, devanándose los sesos. Ekaterina jamás daba un paso, sin motivo aparente; y si apareció de la nada, es porque tramaba algo.

Contempló los rascacielos, alineados, unos con otros, albergando miles de humanos sumergidos en sus quehaceres mundanos. Nueva York era benévola con todo aquel que tuviera una visión amplia de sus propias ambiciones, pero a los que no, malévola.

Y fue allí, cuando la neblina de sus dudas comenzaba a disiparse y a dilucidar el porqué de su regreso.

Ambiciones...

La alarma que anunciaba una llamada entrante en su móvil, lo despabiló.

Alexey caminó hasta el minibar donde lo dejó, minutos atrás, mientras se servía el vino, y lo tomó.

Miró la pantalla, frunciendo el ceño.

Número desconocido.

Se extrañó.

¿Quién podría tener su número telefónico? Solo su entorno exclusivo, incluyendo, sus hombres de confianza, tenían acceso.

Y dudaba que alguno de estos se lo diera a un desconocido, sin su permiso.

Oprimió el botón para contestar.

— *¿Me extrañaste? Porque yo a ti, sí.*

Alexey dejó de respirar.

—Ekaterina... —se sorprendió con un aumento considerable en las palpitaciones de su corazón. Volvía a saber de su dulce tormento—. ¿Cómo...?

— *Recuerdo cuando tu lengua saboreaba mi vagina* —ronroneó ella, interrumpiéndolo—. *¡Oh!, me hacías estremecer...*

El comentario hizo que la temperatura corporal se incrementara en el vampiro.

—Ekaterina... —jadeó ante la erótica llamada—. Dime dónde te hospedas y te

buscaré.

Ella rio del otro lado de la línea. Sutil, mimosa ...

— *¿Para qué?* —inquirió seductora; una costumbre que solía hacer para derrumbar barreras.

—Para hablar —respondió él ansioso por tenerla debajo de él. Para hablar, y

luego ¡follar, follar y follar!, hasta caer rendidos. En el Salón VIP, lo dejó

alborotado.

Desde esa noche, se masturbó una docena de veces, pensando en ella y sus níveas piernas; en los pezones endurecidos que se vislumbraban a través de ese escandaloso vestido, de sus labios rojos como la sangre más pura, de su sonrisa ladina, de su desenfado, y del deseo pulsante y doloroso de su propio miembro que lo agobiaba.

— *Lo estamos haciendo, ¿no te parece?* —replicó Ekaterina como si aquella conversación fuese trivial—. *Por cierto, me encanta esa camisa verde que traes puesta; hace juego con tus lindos ojos. Te hace lucir tan sexy...*

Alexey parpadeó.

¿Cómo supo...?

Corrió rápido hasta la ventana, emocionado de que fuese tan atrevida.

Lo espiaba desde alguno de los edificios cercanos.

—¿Dónde estás? —demandó saber, atónito de la habilidad de vigilar sin ser hallada.

— *En un jacuzzi, lleno de burbujas. Qué rico se siente...*

La respuesta, le molestó.

Si hablaba en serio o no, hizo que Alexey rodara despacio los ojos por la sala.

Lo monitoreaba, y quién sabe desde cuándo.

—¿Necesitas compañía? —preguntó, siguiéndole la corriente. Por lo pronto, actuaría como si no se hubiera percatado de que su apartamento estuviese plagado de cámaras ocultas.

Hubo un largo silencio.

—¿Ekaterina, sigues ahí? —la llamó angustiado de haberla enojado.

— *Sigo aquí.*

—¿Q-Qué me dices? —rogaba que ella le diera la dirección y reanudara lo que quedó pendiente en Black Moon.

Se escuchó una risa cantarina.

— *Oh, querido, me temo que hoy «tus servicios» no serán requeridos. Ya tengo un par de exóticos varones, haciéndome compañía.*

El vampiro sintió que lo golpeaban con un mazo.

—¡Entonces, ¿para qué coños me llamas?! —rugió, carcomiéndose de los celos. Si averiguaba el nombre de esos cretinos, los atraparía y desollaría vivos.

Sentaría un precedente para los que pretendieran tomar lo que era suyo por ley.

— *Para desearte los buenos días; pronto amanecerá, y para... —hizo un breve silencio, quizás para crear suspenso— notificarte que mañana mi abogado pasará por tu oficina. Un beso, cariño, que duermas bien. Yo... —rio — no lo haré. Gozaré mucho. Adiós...*

Colgó, dejando a Alexey cabreado.

Por unos segundos, él permaneció tenso, con el móvil pegado en la oreja y un *tic* nervioso en su ojo derecho. Esa no era la mujer del cual se había enamorado; sino otra, libertina y libidinosa, que reapareció para enloquecerlo.

—¡Maldita! —gritó, impactando su móvil contra el piso. Este se partió en mil pedazos, pagando la furia que contenía.

Ekaterina comenzaba a sacar las garras y a dejar entrever sus intenciones.

Quería desligarse de él, para formalizar alguna insana unión con aquellos sujetos, o, tal vez, para caminar libre por las calles, como toda una

desvergonzada.

Que se preparara, porque si pretendía dar por terminado el matrimonio, le daría pelea.

Acabaría con ella.

Capítulo 4

Ekaterina dejó su móvil sobre la cómoda y se sentó en la cama, en medio de un mar de lágrimas.

Se desmoronaba cada vez que lo tenía cerca o escuchaba su voz. Seguía ejerciendo sobre ella ese dominio que tanto detestaba, acabando con toda traza de fortaleza que, con tanto empeño, luchó contener.

Perdió la cuenta de las veces en que vivió a expensas de humanos adinerados

que le ofrecieron un hogar seguro, y del cual los manipulaba a través de la hipnosis, para que no la atosigaran con absurdas exigencias. En la mayoría, los buscaba como sus «protectores», suministrándole a ella el vital alimento y un sinfín de comodidades, mientras que, en otros, le brindaban el calor de sus cuerpos.

A ninguno convirtió. ¿Por qué razón? No quería ataduras perpetuas; se manejaba bien como alma solitaria, viajando de país en país cuando lo requiriese conveniente, sin propiedades o dinero fluctuante que la rastrearán.

Transitaba por el mundo con lo que tenía puesto; de ese modo, borraba las huellas a su paso. La ropa, las joyas, la sangre... Todo eso volvía a través de la chequera de un mortal.

Aunque, en la actualidad, mantenía una relación «abierta» con un vampiro adinerado.

Suspiró.

Odiaba haberse convertido en una prófuga de su marido. De hallarla en el pasado, mientras las leyes seguían severas, la habrían decapitado. Hasta hacía

cincuenta años, ese tipo de situación se penaba con la muerte y el desprestigio de toda su progenie. Quién llevase el sello de la desobediencia marital, quedaba marcado como una paria del cual jamás podría volverse a mezclar.

Pero la modernidad impulsada por los humanos, hicieron que se plantearan las antiguas normas. Las mujeres ya no eran propiedad del hombre; su voz imponía

sus propias decisiones. Si una frágil humana protestaba contra la estricta sociedad patriarcal, ¿por qué no una vampira?

Y es por eso que Ekaterina puso fin a su autoexilio.

Contaba con tretas judiciales a su favor.

Aun así, le costaba mantenerse con entereza. Alexey la desarmaba con una mirada. Y debía tener cuidado de impedir que él no se aprovechara de su perturbación.

O todo lo planeado, se iría por el desagüe.

—¡Te odio! —chilló, arrojándose sobre la almohada, frustrada de que sus sentimientos siempre la traicionaban. De vez en cuando tenía que exclamar esas palabras en voz alta, para recordarse así misma por qué lo hacía.

Él, no solo le falló como amigo y protector, sino como esposo.

—Espero que no a mí, Ingria —expresó Gustav Kirchhoff, sorprendiendo a la vampira de su inesperada llegada a la habitación del hotel. Había acabado de disfrutar una cita con dos morenas en Los Hamptons. El encuentro fue más que satisfactorio, ambas fueron portadoras del tipo de sangre que a él más le gustaba.

Ekaterina, quien ocultaba su verdadera identidad, fingió una sonrisa, mientras se sentaba en la cama. El asqueroso hedía al efluvio de otras mujeres.

—A ti, no, cariño —expresó, tragándose la tristeza contenida. Se esforzaba en guardar sus sentimientos; de enterarse él, ardería de la rabia—. Es solo que estoy aburrida... Nueva York no es cómo me lo imaginaba. Es tan... ordinaria...

Gustav entrecerró los ojos, sin convencerse de su respuesta y se acercó para darle un casto beso en los labios.

Durante meses, ella le rogó viajar al Nuevo Mundo y respirar «otros aires», y, ahora, cambiaba de parecer.

—Si sugieres volver a Alemania, tendrás que esperar. Tengo un trato pendiente por cerrar.

Ella asintió, intuyendo que dicho «trato», se debía a de pasarla bien con sus amantes americanas.

Se puso de rodillas sobre el colchón y le rodeó el cuello con sus brazos. El teutón era alto, de porte elegante y sonrisa sucia, que impresionaba a las menos astutas. Era atractivo, pero disminuía a causa del corte aburrido de su cabello claro, y la mirada severa que incrementaba con creces su edad madura.

—Claro, cuándo gustes —replicó coqueta—. Pero no me dejes mucho tiempo solita que me aburro.

El vampiro sonrió.

—Podemos solucionarlo... —dijo, deslizando sus manos cuesta abajo por el respingado trasero femenino.

Ekaterina forzó una sonrisa, harta de que él la manoseara.

Le dio otro beso y luego separó sus labios para decir:

—Tengo sed.

Gustav la miró con lascivia.

—Y yo tengo lo que necesitas, dulzura. Te llenaré la barriguita...

Ella cabeceó, asqueada por dentro.

La última vez, casi la hace vomitar.

—Sangre, amor. Quiero sangre.

Gustav se tomó la libertad de oprimir el comando que controla la abertura automática de las cortinas y el llamado de las mucamas a la habitación.

El pedido se hacía en persona. Nada por vía telefónica para evitar oídos indiscretos.

El Mastrangelo, era uno de los hoteles, cuyos servicios, ofrecían su exclusividad a vampiros de clase alta. Existían otros, aunque de menor categoría y económicos. Pero estos albergaban a la plebe, de la que él evitaba encontrar a como diera lugar. Su estatus le permitía costearse lo mejor de la ciudad.

La mucama tocó la puerta de la *suite* con suavidad.

Ekaterina se cruzó la bata para abrir, pero Gustav se le adelantó, impaciente.

—Buenos días —la mujer —enjuta y baja— hizo una leve reverencia, en un gesto que se debía hacer siempre a ese tipo de huéspedes—. ¿En qué puedo...?

—Un O-Negativo. Hembra, de treinta años —ordenó Gustav a la mujer, sin ser garante de la cortesía y los buenos modales. La sangre guardada en la nevera del minibar, era indigna para su bella compañera. Tenía que ser directa del cuello de una humana, para que se satisficiera. Para él, beber sangre refrigerada, le repugnaba.

—¿Embotellada o en envase? —preguntó la mucama con marcado acento chileno, aún parada frente a la puerta. El hombre fue descortés en hacerla pasar.

—Envase.

Esta cabeceó.

—Lo siento, señor, no servimos envases. Está prohibido en el país.

Gustav se enojó.

—¿Y PARA QUÉ ME PREGUNTA, SI ESTÁ PROHIBIDO? —tronó ante la incompetencia de la mucama. El Mastrangelo podría ser el hotel más costoso de Nueva York, pero contrataba empleados que no servían para nada.

Ekaterina emergió del dormitorio al escuchar los gritos del alemán.

—Calma, Gustav, ella solo preguntaba... Por mí no hay problema, que sea embotellada, entonces.

La mucama hizo una leve reverencia, agradecida por su intervención; el extranjero era de temer. Tenía la apariencia de beber hasta matar. Y lo haría en territorio de otros reinos, solo por llevar la contraria.

Aunque, tanto en Nueva York, como en el resto del país, se prohibía beber directo de los «envases», sin la aprobación previa de las autoridades

competentes. La norma era tácita: respetar la vida de un humano, a menos que estos estuviesen condenados. Pero era una excepción difícil de conseguir.

Más que todo, para evitar posteriores investigaciones por parte de la policía.

—¿De qué año es la sangre? —preguntó Gustav, con su insistencia de proporcionarle a Ekaterina, una buena bebida.

—Recién recolectada, mi señor.

—¿Nada más? ¿Y de edad madura? —consultó molesto.

—T-Tenemos de octogenarios —respondió la mucama, temblorosa por la

severa mirada del vampiro, que seguía parado frente a ella.

Este hizo un gesto reprobatorio. Lo que le ofrecían, no le cubría las expectativas. La sangre de un anciano estaba plagada de medicamentos y enfermedades propias de la edad, y las recién recolectadas, no le apetecían.

—Olvídelo —gruñó—. Tendré que conformarme con lo que hay en el refrigerador —apuntó con su mandíbula hacia el minibar—. ¡Lárguese, que no soporto las incompetencias! Por lo visto, tendré que quejarme en la gerencia de lo que nos ofrecen; me podría causar indigestión.

La mucama se marchó, lanzando mil improperios para sus adentros, mientras la puerta de la *suite* se azotaba con brusquedad a su espalda.

Desde que trabajaba en el hotel, jamás le sirvió a un extranjero tan desagradable. Su entrenamiento en el oficio, la preparó para atender a todo tipo de huésped. Los había sencillos, engreídos, indiferentes, problemáticos, y hasta bromistas. Pero como este, ninguno.

Ekaterina controlaba con todas sus fuerzas de vomitarle unas cuantas verdades a Gustav. Era controlador, abusivo y malgeniado; un sujeto aborrecible en letras mayúsculas.

Pero tenía que esperar un poco más...

Rodeó el sofá y se sentó a sus anchas, con el deseo de husmear las redes en su móvil, e ignorar al idiota que estaba cerca.

Gustav se dirigió hasta el minibar y sirvió una copa para su chica. Se la entregó y luego se marchó a la habitación para darse una ducha.

A pesar de estar agotado, aún tenía las energías suficientes para darle en el *culito* a la finlandesa.

—Ingria —la llamó, tras abrir la regadera, reavivándose el deseo de sumergirse en sus hendiduras.

Esta hizo un mohín.

—¿Sí?

—Acompáñame —dijo él sin la necesidad de elevar la voz. Ella lo escuchaba a la perfección desde la sala.

Ekaterina torció los labios, ignorando el llamado; que se hiciera *la paja* y la dejara en paz.

Le llamó la atención una publicidad que superaba los veinticinco mil «corazones» por Instagram.

Arqueó las cejas.

Black Moon convocaba para la noche de Halloween, un concurso de disfraces, y otorgaría una suculenta cantidad de dinero al mejor traje. Y no solo eso, sino que ofrecía un «extra...»

—Vaya... —Quedó perpleja. Alexey era un maestro del mercadeo; qué forma tan astuta de convocar una mayor audiencia.

Lástima que ella no podía volver.

Los vampiros tenían la entrada vetada, a menos que...

—¡Ingria, te estoy llamando! —insistió Gustav que constantemente perdía la paciencia por nimiedades como esas.

—Ya me bañé —respondió ella sin poder despegar los ojos del móvil. Los comentarios debajo de la publicidad, variaban entre los emocionados, sorprendidos y los subditos de tono.

Se le ocurrió una idea.

—¡INGRIA! —Gustav rugió con mayor vigor—. ¡No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando!

La aludida suspiró, cansina. Lo que tenía que hacer para lograr sus objetivos.

Dejó el móvil sobre el sofá y se levantó sin darse prisas. Por esa vez, cedería a sus demandas; después lo mandaba derechito por el caño.

De momento, lo necesitaba para ingresar al club. Tras su encuentro con Alexey, este levantó una muralla de hombres, pendientes de vampiros indeseados.

En cambio, con Gustav, estaba protegida de cualquier rechazo.

Apuró la copa que reposaba en la mesita central de la sala y se dirigió al baño, como un soldado dispuesto a morir en una cruenta batalla.

Capítulo 5

—¡De ninguna manera! —Alexey gritó furioso al abogado de su esposa. Por medio de este, exigía la mitad de lo que a él tanto le costó construir; sudor y sangre perlaron su frente durante años, para que un buen día, lo perdiese así nomás.

Que se fuera al infierno, si Ekaterina pretendía arrebatárselo, para disfrutarlo con sus amantes. Primero quemaba sus propiedades, que entregárselos.

—La señora Virtanen...

Alexey agrandó los ojos.

—¿La qué?! —interrumpió, indignado—. ¿Ahora se hace llamar de esa

manera? Por favor... —Había perdido la cuenta de las veces en que ella se cambiaba de nombre. En más de una ocasión, alguno de estos, rodaba de boca en boca por los lugares en donde él se movía. En todas comentaban su desvergüenza, seduciendo a hombres casados y viudos para estafarlos con su

aparente inocencia.

Y pensar que él se negaba a creerlo... Estuvo a punto de hacer lo que ella quisiera.

Esteban Ventura, sentado delante del escritorio de madera de nogal, le contestó:

—Por su bien, le aconsejo que firme el acuerdo.

—O sino, ¿qué? —rugió el otro—. ¿Va a matarme? No heredará ni un centavo; mi fortuna irá a parar a otras arcas. —Durante años, fingió ser el nieto de un empresario del cual le heredaba. De ese modo, explicaba el dinero que amasaba y la meteórica carrera en los negocios.

Pero no era excusa para perderlo en un chasquido de dedos.

El hombrecillo se removió incómodo en su asiento.

—Le pido disculpas, no me expresé bien —dijo este—. Lo que intento decir, es que se evitará engorrosos enfrentamientos ante El Consejo. Es mejor que ustedes dos lleguen a un acuerdo.

Alexey se levantó del escritorio y paseó por la oficina, ubicada en lo alto de un edificio de treinta y ocho pisos en Manhattan. Su mirada se perdía en la inmensidad de la ciudad. El día transcurría en el exterior, sin que los rayos solares lo lastimasen. Los ventanales —tan amplios y pulidos—, al igual que los de su apartamento, estaban protegidos con láminas especiales que impedían el traspaso de la luz natural.

Un punto a favor del ingenio de los humanos.

O según se rumoraba...

De los vampiros.

—Pues que sea así —lo desafió—. No serás el primero, ni el último abogado al que me enfrente.

Esteban Ventura asintió, levantándose de su asiento.

—Le notificaré la decisión a la señora Virtanen. Buenas tardes. —Se marchó, sin que el *demandado* lo condujera hasta la puerta.

Afuera, la asistente personal, una voluptuosa rubia humana, de metro sesenta y cinco, se levantó rápido de su escritorio, esperando a que Alexey la solicitara a través del citófono.

El hombre escaneó a la mujer de reojo, meditando en la suerte que tenían algunos sujetos. Esa belleza veinteañera, de ojos azules y boquita pequeña, tenía las tetas tan grandes, que bien necesitaría de las dos manos para rodear una. Las protuberancias se notaban por debajo de la blusa de seda rosa que traía puesta.

—Hasta luego, señorita. Nos vemos pronto —se despidió de ella con lascivia, yéndose directo hacia el ascensor. El edificio era una corporación donde confluían negocios de todas partes del mundo inmortal.

Poderosos amos, con los bolsillos atiborrados de dinero, y acostumbrados a que se le rindiese pleitesía.

En especial, el sujeto que coronaba la última planta.

El peor de todos.

No obstante, a él no le importaba, siempre y cuando, una buena tajada fuese a parar a sus cuentas bancarias. Los conflictos entre parejas, las disputas de tierras, los escándalos sexuales..., arrojaban excelentes ingresos.

Por otro lado, Lyla Randall, sonreía desdeñosa, mientras el rechoncho abogado se marchaba de allí. Ese día procuró arreglarse más de lo acostumbrado, previniendo una posible visita de la excompañera sentimental

de su amante y jefe. La noche anterior, tras ser notificada por este, corrió a su guardarropa para seleccionar el mejor atuendo que poseía. Por fortuna, Alexey le obsequió más de una prenda fina para sus encuentros ocasionales; le gustaba que sus mujeres lucieran de punta en blanco y no como unos mamarrachos.

Se sentó en su silla, ansiosa por ser llamada. Moría por entrar a la oficina y brindarle consuelo. Según lo alcanzado a escuchar, la susodicha era una buscapleitos.

Se preguntaba, ¿cómo sería? Nadie poseía una pintura para apreciar su rostro.

Las fotografías se descartaban al ser ineficaces en retratar con nitidez a los vampiros. Solo el lienzo plasmado a través de la habilidad de un dibujante, era posible.

Y de aquella... no existía ninguna para estudiarla. Lo que aumentaba su curiosidad.

¿Era rubia o castaña?

O tal vez, morena.

Lo más probable, es que fuese así, a juzgar por el estilo de cabello que lucían las rusas. La mayoría poseía una cabellera negra, sin gracia, nada de qué envidiar.

Aun así, se rumoraba que era despampanante.

Empuñó las manos, enterrándose las uñas en las palmas hasta hacerlas sangrar.

Bastante que luchó por mantener a flote su relación con Alexey, para que *ese cero a la izquierda* le diera por volver.

Tamborileó sus dedos sobre el escritorio, impaciente por estar con él. Quería averiguar a qué había venido el abogado: si para entablar una demanda o proponer una reconciliación.

Pero dudaba de lo último...

Alexey era rencoroso.

Lo que obraba a su favor. Lyla ansiaba con fervor ser convertida en vampira; prolongar su juventud por milenios y sobrevivir a dolencias y enfermedades que deteriorasen su físico.

Gozaba el privilegio de ser la única entre sus compañeros, que conocía el secreto del jefe. Este contratava personal humano para que finiquitaran por él, aspectos de menor importancia en su Administradora de Bienes Raíces, y del cual se les salían de las manos a causa de su vampirismo.

Por supuesto, manteniéndolos en la más absoluta ignorancia.

En uno de sus fogosos encuentros, se hizo de tal conocimiento; Alexey la mordió casi hasta matarla. Por desgracia, no la convirtió. Para ello, debía beber su sangre, y Alexey era renuente a ese hecho.

Pese a ello, no la hipnotizó para que olvidara y le confió su secreto, colmándola de lujos, a cambio de su discreción.

Quizás, porque necesitaba una confidente o una amiga humana...

—¡Rayos! —masculló, consultando la hora. La impaciencia se tornaba cada vez insoportable, debido a que no la llamaba.

Así que optó por una sutil estrategia.

Tomó su agenda y se dirigió a la oficina, con la excusa de recordarle algunas reuniones pendientes.

De esa forma averiguaría en qué posición ella se encontraba.

Abrió la puerta y entró sin pedir permiso, mostrando una resplandeciente sonrisa de la que Alexey ni se dio cuenta.

Él miraba a través del ventanal.

Como siempre...

Pensativo.

—El señor Ross se reunirá con usted a las seis de la tarde —recordó, leyendo los apuntes; aunque su intención no era la de cumplir como una eficiente secretaria, sino como algo más.

Alexey no respondió.

—¿Deseas que te sirva un poco de A-Positivo? —preguntó ella, señalando hacia la habitación que ocultaba un refrigerador y una colección de botellas de vino.

En vista de que su jefe seguía ensimismado, agregó:

—¿O deseas que te de una mamada? —ronroneó, dejando la agenda sobre el escritorio, para desabotonarse la blusa y dejar visible el encaje de su sostén.

—No, gracias —contestó él, sin mirarla, perdido en sus lóbregos

pensamientos. Debió adivinar que Ekaterina no lo buscaba con intenciones honestas; hallaría el modo de arrancarle el fruto de su esfuerzo, solo para ocasionarle disgustos.

Lyla torció el gesto por su rechazo.

Mala señal.

—Haré lo que desees. Tú dime y yo cumpliré... —Ese prospecto masculino no se le escaparía así nomás.

—No. Déjame solo.

—Pero...

—¡Que me dejes solo! —gritó, enojado. En ese momento a él no le apetecía

fornicar con su secretaria, sino de dar un par de azotes por el trasero a cierta pelirroja ambiciosa. Si pensó que se burlaría de él, de esa forma, estaba equivocada; le haría saber quién era Alexey Kuznetsov.

Nunca cedía ante nada ni nadie, sin haber luchado antes.

Lyla se giró sobre sus talones, y tomó la agenda, cargada de los más oscuros sentimientos. Azotó la puerta, tras de sí, jurando que se las pagaría esa mujer.

Por su culpa fue rechazada; no la conocía en persona, pero su sola mención, causaba agravios.

Alexey se derrumbó en el sofá, con un severo dolor de cabeza. Si hubiera atrapado a Ekaterina cuando las mujeres aún usaban corsés y miriñaques bajo sus vestidos, las cosas serían diferentes. Hubiera tenido el apoyo de la ley para obligarla a cumplir con sus deberes como esposa, en sumisión: abriendo las piernas, las veces en que él lo requiriese y aceptando sus mandatos sin rechistar.

Por ese motivo, fue astuta en mantenerse fuera de su radar, hasta que el abandono dejó de ser visto como un delito. Ahora caminaba por las calles sin que una lluvia de piedras le cayera encima.

Sonrió muy a su pesar. Y no porque ella no recibiese su merecido, sino porque era consciente de que esta vez, la perdería para siempre.

Capítulo 6

—¿Qué es eso? —preguntó Rania White a Ekaterina, en el instante en que ingresó al dormitorio.

Su amiga tenía sobre la cama, una docena de sombreros de bruja en una variedad de colores.

—¿Qué crees que es? —respondió esta con socarronería, tomando uno para probárselo frente al espejo. Su imagen borrosa apenas se reflejaba bajo el sombrero que parecía flotar sobre su cabeza.

—¡Sé lo que es! —replicó la rubia, acercándose a ella. La cama estaba cubierta por toda una variedad de modelos, que iban desde los sencillos, hasta con gemas y plumas—. Pero, ¿qué piensas hacer con ellos? —la curiosidad la atenzaba.

Ekaterina rio. Rania a veces hacía preguntas tontas.

—¿No es obvio? —contestó—. Es para el Halloween.

La otra, airada, se cruzó de brazos, acentuando sus «treinta años» en su ceño fruncido. Detestaba que la dejaran al margen de las circunstancias, como si fuese indigna de alguna confianza. De no ser, porque ella se hospedaba al lado de la *suite*, ni se enteraba de sus andanzas.

—No me digas que ahora te dio por tocar las puertas de los humanos, para pedir dulces.

Ekaterina desechó el sombrero que se probaba y tomó el que tenía cerca.

Uno púrpura.

—No; muy ordinario —se dijo así misma. Según lo poco que apreciaba, la hacía lucir horrenda—. Alcánzame aquél... —señaló uno negro, a los pies de la

cama.

El más sencillo de todos.

Sin adornos ni colores extravagantes.

Rania puso los ojos en blanco, obedeciendo al mandato. En los años 60, lideró grandes marchas en su amada Washington D.C, en pro de la Liberación Femenina; ahora, era asistente de vestuario de una rusa bipolar.

Para lo que había quedado...

—¿Y bien...? —la instó a que le aclarase su respuesta. Ekaterina no era mujer

de decisiones apresuradas. Algo tramaba.

Esta se observaba a través del espejo, pese a que su imagen no era nítida como

ella quería. La maldición de los vampiros, impedía que ellos se apreciaran en toda base líquida o sólida, capaz de devolver el reflejo.

—Black Moon ofrecerá una fiesta de disfraces, para esa noche. Quiero asistir

—dijo como si fuese un evento sin precedentes. Tenía que quitarle hierro al asunto para que su amiga no hiciera escaramuzas.

Rania la miró con precaución.

—¿Por qué?

—¿Te parece *este* o uso el rojo? —consultó la vampira, volviéndose hacia la rubia.

—El negro está bien.

Rania esperó a que Ekaterina le respondiese, pero en vista de que evitaba hacerlo, insistió:

—No te hagas la loca y dime.

La aludida rezongó para sus adentros. Sus acciones siempre eran cuestionadas.

—Porque sí... —contestó cansina—. Estoy aburrida.

Rania suspiró ante semejante excusa.

Se sentó a un lado de la cama, tomando uno de los sombreros puntiagudos para acariciar sus plumas, suaves y delicadas, en tonalidades que oscilaban entre el verde esmeralda y el naranja.

—Más bien, para verlo a *él* —intuyó como un viejo sabueso. El condenado era dueño de una docena de clubs nocturnos, tanto para humanos, como para vampiros.

Y a su amiga se le antojaba *el vetado* para ellos.

Ekaterina disimuló que su impertinencia le molestaba; si le contaba lo que pretendía hacer, la detendría.

—No sé a quién te refieres —se hizo la desentendida—. ¿Podrías ser más clara?

—A tu ex...

Cielos..., graznó para sus adentros, y se levantó de la butaca, a su vez que se quitaba el sombrero con desgana. Ya estaba lo suficientemente grandecita, para que sus acciones fueran cuestionadas.

—Aún es mi esposo —corrigió, sangrando por la herida—. Y me encargaré de hacérselo saber.

—¿Yendo a ese lugar?

—¿Algún problema?

Rania se levantó para encarar a su amiga. Su figura delgada apenas se alzaba unos centímetros por encima de la otra. Y eso que ella era alta.

—Me preocupa que te lastime.

—¡Ja! Ya lo hubiera hecho cuando nos vimos... — *Ups*. No debió decir eso.

La rubia casi se infarta.

—Muchacha loca... ¡Te dije que no fueras! —Durante días trató de convencerla de hacer lo contrario y dejar todo en manos del abogado. Pero

hizo lo que su tonto corazón le indicó.

—Te golpeará —sentenció, defraudada de que hablara con ese gusano. Los hombres seducen con su galantería y luego lanzan su estocada.

La vampira se cruzó de brazos, airada.

—Él no es así. — Infinidad de veces lo estudió desde el anonimato, para determinar que no era un golpeador de mujeres. Hasta con ella, se comportó de forma correcta.

Por lo menos, en cuanto al maltrato físico.

—De momento... —Rania masculó—. No lo subestimes.

—Alexey será un miserable, pero no lastima a las mujeres.

—Tal vez, amiga; sin embargo, temo que te desmorones como la última vez.

Ekaterina bajó la mirada.

En 1842, cuando conoció a Rania en uno de los tantos viajes que esta hacía por Europa, se enteró de que Alexey se comprometió con una Privilegiada inglesa, y se deprimió.

Por supuesto: habladurías.

Solo fue un romance que duró más de lo que la mayoría había esperado.

Pero, gracias a Rania —cuya amistad se afianzó a los meses—, logró levantar la frente y seguir adelante con su vida.

—No lo haré —manifestó—. Ya no soy la misma de antes. —Mil lágrimas derramó por su culpa y mil lágrimas, para olvidarlo. Sería fuerte, demostrándole a toda la comunidad vampírica, que había llegado para causar estragos y vaciar las billeteras de más de un caballero.

Y comenzaría con la de él.

Rania sonrió condescendiente, acariciando el brazo de su amiga. Por años, la depresión la sumió en un abismo profundo, amenazando en más de una ocasión de acabar con su existencia.

Lograr que se sobrepusiera y sonriera una vez más, le costó la ayuda de dioses y demonios.

—En ése caso: te acompañaré —se encargaría de evitar que ella cayera de nuevo en sus redes.

Ekaterina sacudió la cabeza. De asistir Rania, no tendría el valor de hacer lo que tenía planeado.

—Lo siento —replicó—, iré con Gustav. Es un club muy exclusivo...

Rania arqueó una ceja.

Qué conveniente...

Gustav Kirchhoff, era uno de los vampiros más ricos en Alemania, y el productor de películas más respetado en todo el mundo. Si a él se le antojaba entrar a un evento importante sin ser invitado, nadie se lo impedía. Su estatus social abogaba por sí solo, como una tarjeta de presentación con letras doradas.

Este, haría pasar a Ekaterina a Black Moon, sin que los gorilas que custodian las puertas, le pusieran problemas.

Ningún vampiro, rico o pobre, ponía un pie dentro de sus instalaciones.

Allí solo los humanos lo tenían permitido.

Los que podían pagar...

De ese modo, evitaban que la sangre se derramara.

Al entrar colgada del brazo del productor, este les garantizaba a ellos, que los

colmillos de su compañera, se mantendrían escondidos. Pues el alemán era conocido por su severidad, cuando algo no le salía bien o le hacían pasar vergüenzas.

—Ten cuidado con Gustav; a él no le agrada ser plato de segunda mesa.

—Descuida, sé lo que hago.

Rania dudaba de que fuese así.

—Está bien —convino reticente—. Tú sabrás lo que haces. Solo te diré que estás jugando con fuego. —Sabía de primera mano lo que era estar en su cama.

Y, aunque, en la actualidad, ella ya no se revolcaba con él, su amiga se dejó fascinar por las riquezas que este ostentaba.

—Me he quemado más de una vez —replicó Ekaterina con firmeza— y, mírame, aquí sigo.

Rania prefirió guardar su opinión. Ya vería qué tanto se «quemaría» con esos dos.

Ekaterina reanudó frente al espejo, su elección de sombreros, tomando uno de color marrón claro y encaje negro.

Observó el reflejo.

— *Ew* —arrugó la nariz, arrojándolo al piso—. Mejor me quedo con el negro. Es más elegante.

—Y sexy —agregó la rubia con ojeriza. Que se ganara un millón de dólares, si la rusa simulaba la emoción por ver de nuevo a *su maridito*.

Ekaterina se hizo la sorda. Por supuesto que era consciente de que el color

negro, le hacía resaltar sus facciones casi albinas, pero no se lo diría.

—¿Qué harás esa noche? —preguntó, preparándose de una posible

intervención. Rania era como la voz interna que la hacía cambiar de parecer o animarla, según fuese el caso.

Desde Alemania, se le pegó cual garrapata, al enterarse de su viaje, decidida a acompañarla, pese a su negativa. Ella era su guardaespaldas.

—¿Por qué, me vas a invitar? —Rania se relamió, gustosa. El mar de humanos, bajo los efectos del alcohol, eran presas fáciles.

—No. Solo preguntaba... Es que, bueno, tal vez pensaste que...

—Ay, tranquila. ¿Qué pensaste?, ¿que la pasaría encerrada, chupándome el dedo? ¡No, chica! Lo más probable es que *le chupe* el cuello a un jovenzuelo.

Me apetece uno de veintiuno...

¿El cuello o el pene? , pensó Ekaterina, conteniendo la risa. Rania era promiscua desde que se le alborotaron las hormonas.

Respiró aliviada.

—Lo siento.

—Descuida. Sé cuándo no me quieren; y tú, mi querida amiga, me estás sacando el culo.

—Rania...

—¿Vas a contarme qué te dijo el abogado? Apuesto a que tu futuro *exesoso*, debe estar que se lo lleva el diablo.

Ekaterina suspiró.

Sin que su amiga se lo hubiese propuesto, le clavó una daga en el corazón.

Quiera o no, ella pronto dejaría de usar el apellido de casada. Lo único que, por centurias, los mantuvo a los dos unidos.

Una vez que se concretase el divorcio, volvería a usar con propiedad el de soltera. El verdadero, el que obtuvo en su nacimiento, un día de 1680.

Capítulo 7

Faltaba una hora para la medianoche, y el club rebosaba de humanos, ataviados con disfraces alegóricos a películas de terror.

La música resonaba en los rincones. Todos bailaban, mientras el licor corría entre ellos con ligereza. El ambiente se prestaba para olvidarse de las inhibiciones y dejarse llevar por los bajos instintos.

Alexey los contemplaba desde el balcón de su reservado, disfrazado como el Conde Drácula y con su cabello recogido en un puño como al descuido. Desde allí, aguardaba a que apareciese en medio de la pista una seductora mujer. Pero tras esperar durante un par de horas, se decepcionó. Ella no vendría a torturarlo, como lo hizo aquella vez, causándole una seria conmoción, sino que lo dejaba con las ansias a flor de piel.

Sorbió un poco más de su vino, nublando sus sentidos. Al igual que los humanos, las bebidas alcohólicas también les afectaban. Pero se recuperaban rápido, luego de consumir un poco de sangre.

—¡Te amo!

—¡Ven, baja con nosotras!

Exclamaron dos chicas que bailaban juntas, percatándose del anfitrión en la segunda planta.

Se tocaban entre sí los senos y la entrepierna, bajo la enorme lámpara de araña, sin ningún pudor. Lo animaban a realizar un trío, ansiosas por disfrutar del hombre, que tenía fama de ser semental y de dejar a sus amantes de turno, agotadas en la cama.

Alexey les sonrió y alzó su copa, para brindar por ellas. Era una tentadora invitación, que ningún hombre en sus cabales, dejaría pasar.

Sin embargo, él aguardaba por otra más exquisita.

Una que le causaba severos dolores de cabeza, y de la que a pesar de que tuvo las agallas de amenazarlo con una demanda, la extrañaba.

Por ese motivo, ofreció ese evento. Algo le decía que sería inevitable que Ekaterina lo rechazara. El concurso de disfraces prometía premiar al ganador. El primer lugar obtendría veinticinco mil dólares, mientras que el segundo, diez mil. Pero si había una mujer que lograra impresionarlo, le daría una revolcada.

Tal premio se anunció por las redes, ocasionando que miles de neoyorquinos quisieran asistir. Algunos medios lo censuraron, mientras que otros elogiaban sus

métodos de publicidad.

Cerró los ojos y sus recuerdos vagaron trescientos años atrás, cuando era más feliz y menos maduro.

Qué tonto fue al despreciar el amor que su esposa le entregó una vez; ahora estaba perdido sin ella.

—¿Meditando? —preguntó una seductora voz, a su espalda.

Alexey abrió los ojos y se volvió hacia la mujer, detrás de él.

Jadeó.

Que alguien lo pellizcara; la visión era más que tentadora.

—¡Ekaterina! —La vampira se hallaba en medio del Salón VIP, con un disfraz que quitaba el aliento.

Lucía un diminuto vestido de corpiño negro, con medias veladas a mitad de pierna, capa corta y sombrero de ala ancha.

Toda una bruja sexy.

—Pensaba en ti —admitió, recorriendo embelesado la figura femenina desde los pies hasta la cabeza. Se la veía espléndida.

Ella sonrió por el atuendo que Alexey escogió para él.

—¿Un vampiro disfrazado de vampiro? Qué original...

Alexey, socarrón, se encogió de hombros.

—Solo sacudí viejas ropas —replicó, dando un paso hacia la recién llegada, que se había colado sin ser anunciada en su reservado.

Ekaterina eludió su cercanía, caminado hacia el balcón.

Abajo, más de una danzante se percataba de su presencia. Al parecer, la que estuviese acompañando al propietario del recinto, debía ser una mujer

«afortunada». Los placeres y los lujos que obtendría, no tenían comparación. La última, hasta casa, obtuvo.

En cambio, ella, quería torturarlo.

—Te debes dar buenos banquetes —dijo, mirando a los humanos divertirse, sin temer a ser mordidos—. Se ven tan apetitosos...

—Escoge uno y es tuyo —Alexey se ubicó detrás de ella. Sus manos —sin soltar su copa— se posaron sobre el borde a cada lado de las caderas femeninas, de modo de mantenerla aprisionada entre el muro de madera y él. Maldita sean

las reglas impuestas en la ciudad, para evitar la anarquía. Sería capaz de liquidar a una docena de humanos, con tal de que su demonio personal lo visitase con más frecuencia.

—Gracias, pero ya cené —dijo Ekaterina, pegando su respingado trasero contra el duro miembro. Las desinhibiciones de los humanos acrecentaban su sed, y no era recomendable que cediera a los instintos salvajes. De eso... hacía mucho que lo había superado. Una cosa era morder un cuello dispuesto, otra...

quitarles la vida.

Alexey respiró fuerte.

—Entonces, bebe conmigo una copa —replicó con voz ronca, rosando sutilmente su pelvis en torno a ella. El dolor se acrecentaba en sus partes íntimas.

—¿Una copa de qué? —Ekaterina lo miró por sobre su hombro, siendo consciente de sus descarados movimientos. Pero era más consciente que su garganta le molestaba.

Se volvió y echó un poco hacia atrás el puntiagudo sombrero para mirarlo.

—¿Qué me ofreces? —preguntó casi con sus narices, rozándose.

Sobre todo, sus labios. Sus altísimos tacones le permitían elevar la estatura para estar a su alcance.

—Lo que quieras... —A esa altura, Alexey estaba inseguro de lo que en realidad le ofrecería. Un whisky, vino, sangre, su pito... Lo que fuera, se lo daría con gusto, con tal de disfrutar de las mieles de sus pétalos ocultos una vez más.

Esta vez no se le escaparía; la seduciría como a una gacela que alborotaba a los sementales y luego huía a toda carrera. Desplegaría toda su artillería.

—Lo que estás tomando. Me gusta cómo huele en tu boca...

Las pupilas de Alexey se dilataron.

—Domaine de la Romanée-Conti, Romanée-Conti Gran Cru.

La vampira arqueó las cejas, sorprendida. Un nombre para nada corto y bastante pretencioso, que le quedaba al pelo a un legendario vino francés.

—¡Romanée-Conti! *Wow...* —Estaba entre las marcas más caras del mundo.

Una botella no se bajaba de los trece mil dólares.

Ni Gustav se permitía semejante gustos.

—Entonces que sea un «Romanée...»

Alexey la invitó, extendiendo una mano hacia el salón privado. Martin Garrix hacía alarde de toda la magia electrónica, sacudiendo los cuerpos de los

[1]

clubbers

en la inmensa pista de baile.

—Tú primero, mi bella bruja.

Esta sonrió, no sin antes, darles una última mirada a los humanos. Se los veían tan apetitosos, que una mordidita no les haría daño. Sin embargo, no era el lugar adecuado para andar de cacería, su sed de sangre, no le echaría a perder sus planes.

Pero se sorprendió al fijarse que, en un extremo de la pista, justo en la parte por donde se iba hacia los baños, Gustav Kirchhoff tenía contra la pared, a una rubia de cabello corto.

La mantenía con una pierna, rodeándole la cintura, mientras que, con la otra, permitía que se sostuviera, y sin reparar en ser vistos por la gente que pasaba cerca. Su necesidad de aparearse con el sexo opuesto, era tan vital como respirar oxígeno para los humanos.

Ekaterina entró al salón, sin afectarle lo visto.

Le daba igual que Gustav se acostase con toda Manhattan. Y, aunque se enojara, a él le valía tres rábanos que lo descubrieran acompañado de otra mujer.

Podía hacer lo que le viniese en gana. Para eso tenía dinero: para que le besaran los pies.

Pero se equivocaba, si pretendía que ella hiciera lo mismo.

Lo utilizaba para un fin.

Nada más.

Avanzó al interior, perdiendo cuidado de que este la atrapase en los brazos de otro hombre. Estaba entretenido con la verga metida en vagina ajena.

Alexey cerró las puertas que dividían el balcón y el salón, con el propósito de crear un ambiente más íntimo entre los dos, y se apresuró a servirle una copa del costoso vino.

Ekaterina se detuvo a admirar una bonita pintura en la pared norte. Era una pareja, cuyos rostros distorsionados, se abrazaban en posición erótica, debajo de un árbol.

—Vaya, es... —la impactó sobremanera; esa escena la tuvieron una vez en los jardines de la casa de su suegro, en San Petersburgo— hermosa.

El rubio, que recorría con morbo, las torneadas piernas de la vampira, respondió:

—La hermosa eres tú. No se compara a la real —dijo entregándole la copa.

Ella la recibió, rosando su mano.

Alexey se estremeció, deseoso de desgarrar el bonito disfraz de la irreverente pelirroja.

Ekaterina chocó su copa con suavidad contra la de él.

[2]

— *Nazdoróvie!*

— *Nazdoróvie...* —respondió el otro, embelesado por su presencia. Afuera, el ritmo de la música cambiaba a una más sensual, animando a los danzantes a pegar sus caderas sin ningún pudor.

La vampira probó el vino sin apartar los ojos del guapo propietario. Era perversa, desafiante, derribando todas las barreras. Se había preparado para ello, para mantener fríos sus sentimientos. Un error... y sucumbía a sus encantos.

Estiró los labios, fascinada del líquido que saboreaba. Alexey no escatimaba en gastos en cuando a vinos se refiere.

— *Mmmm...* Delicioso... —se relamió los labios con sensualidad. El vino tinto era excelente. Una combinación perfecta de potencia y delicadeza, con una compleja mezcla de especias, flores y, sin temor a equivocarse, fresa y cereza silvestre.

Lo que en una palabra resumiría: profundo...

Con razón los comerciantes de segunda mano, aguardaban a que dicha producción vinícola saliera al mercado, para comprar la mayor cantidad posible y luego incrementar su precio hasta el doble.

Alexey quedó en blanco, observando los carnosos labios rojos, que se humedecían por esa lengua provocadora.

—Hay más si quieres... —Los imaginaba en torno a su masculinidad, succionándole hasta el alma.

Ekaterina sacudió la cabeza. Necesitaba mantener la mente clara para lo que iban a discutir.

Dejó su copa sobre la barra.

Alexey se zampó la suya y luego la dejó al lado de la otra.

Se secó los labios con el dorso de la mano, sin dejar de mirar a la pelirroja con un hambre voraz.

—¿Te quieres sentar? —la convidó hacia el mullido sofá vinotinto. Allí enredaría sus brazos en torno a su cintura y la empalaría con rudeza.

—¿Has tomado una decisión? —preguntó ella, leyendo sus intenciones.

Prefería permanecer en su sitio a darle riendas a un casquivano sigiloso. En más de una ocasión se recriminaba por ser un imán que atraía el peligro.

¡Y él era peligroso!

Alexey frunció el ceño, molesto.

Debió suponerlo. Su único objetivo, era convencerlo del acuerdo.

—Sí —respondió contenido.

—¿Y bien? —Aupó Ekaterina, luchando en no hacer evidente su nerviosismo.

—No te daré ni un centavo.

Con un movimiento enérgico de su brazo, Ekaterina barrió las copas de la barra.

Los vidrios y el vino se esparcieron en el piso, causando que la puerta del salón, se abriera de pronto.

Dos sujetos, de más de dos metros de alto, entraron como si al propietario del recinto lo estuviesen atacando.

Pero se encontraron con una mujer enojada y a su amo sin heridas.

—¿Todo bien? —preguntó uno de ellos estudiando la tensa situación; si él pedía que se la llevaran de allí, la sacaban con rapidez. Eternas o Mortales, todas querían apoderarse de su fortuna.

—Todo bien —respondió Alexey, denotando tranquilidad—. Retírense.

Ambos hombres asintieron y los dejaron solos. Se mantendrían cerca por si los necesitaban.

—Me darás la mitad de tus bienes. Es mi derecho —gruñó Ekaterina, quien hacía lo posible para ocultar el temblor en su cuerpo. Estaba perdiendo la pelea, sin antes haberla iniciado.

Él rio, indolente.

—No la tienes —replicó—. Me abandonaste.

—¡Y tú me fuiste infiel! Estamos a mano.

Alexey dio un paso hacia la temblorosa vampira.

—Desapareciste por trescientos *malditos* años. Eso no se le hace a ningún marido. Te creí muerta.

Ekaterina entornó la mirada. Sus labios se desencajaban en una dura línea.

—¿A ti te parece que restregarle a su esposa, un montón de mujerzuelas, en su propia casa, estuvo bien? —Alexey intentó replicar, pero ella lo impidió—. Estás equivocado —agregó—. Te merecías eso y más.

Él la tomó con fuerza de ambos brazos, con el fervor de sacudirla hasta que se le quitara lo intransigente.

—¿Cómo revolcarte con muchos hombres? —gruñó con un nudo en la garganta que se acrecentaba para impedirle hablar con claridad.

Ekaterina forcejeó para zafarse, sin conseguirlo.

—¡Sí! —le gritó furiosa—. Hace mucho que perdí la cuenta *con los que me he acostado*. Fíjate que hasta lo hacía con tres a la vez...

—¡CALLA! —rugió él. No deseaba escuchar aquello. Le dolía.

—¿Te molesta? —la otra rio—. Por favor, no me hagas reír, cuando eres el rey de la promiscuidad. Fornicas hasta con las sombras.

—No es lo mismo.

Ekaterina se removi6 con fuerzas de su agarre.

—¡Por supuesto que lo es! Ahora comprendo por qu6 te gusta tanto el sexo.

¡Oh...! —evoc6 un aparente «recuerdo»—, mientras uno me taladraba el culo, otro me lo hacfa por la...

—¡Qu6 te calles! —La arroj6 al sof6 con violencia, haciendo que el mueble chocase contra la pared.

El sombrero de Ekaterina vol6 cerca de la puerta.

—¡Ser6s bruto!

—Y t6, ninf6mana.

—¡NO SOY UNA...! —Sus ojos quedaron explayados cuando 6l se arroj6 sobre ella, para besarla.

Ekaterina lo golpe6, en su intento por quit6rselo de encima, pero su estatura y peso, la superaba en gran medida.

La besaba, y vaya que lo hacfa. El sabor de su boca a causa del vino ingerido, la mareaba de buen agrado. Se mezclaba con su propio aliento, que resoplaba furiosa por pretender obligarla a que le correspondiera. Sus labios pegados batallaban despu6s de una eternidad de estar separados. Ambos gruñfan y gemfan al mismo tiempo, reconoci6ndose entre s6 como dos contendientes que

una vez se amaron y luego se odiaron, pero que la atracción seguía ahí, pulsante con el ardor propio de la lujuria misma; castigando y resistiendo, besando y mordisqueando... Uno empujaba a derribar los límites, y la otra se resistía.

—Suéltame, idiota —gruñó Ekaterina, una vez que él apartó los labios de los suyos.

—Entonces, ¿para qué viniste vestida así? —siseó Alexey con amargura, frente a unos senos que estaban que se salían del corpiño, y su erección presionaba el centro femenino con absoluta imponencia.

—Así me visto. Hasta con menos ropa.

—Desvergonzada.

—Adultero.

Las bragas de Ekaterina fueron arrancadas de sus caderas.

—¡Atrevido! —El corazón se le desbordó—. ¡¿Qué vas a hacer?! ¡No! —gritó en cuanto sus piernas fueron abiertas y él acercaba peligrosamente su rostro a la zona erógena—. Alexey, A-Alexey, no. ¡Que me...! Oh, Dios... —gimió en cuanto la lengua del vampiro se introdujo entre sus pliegues húmedos.

Ekaterina miró hacia el techo, perdida en una marejada de sensaciones y palpitations.

Respiraba entrecortada, en posesión plena de un hombre que se comía su vagina con voracidad. Si su intención fue la de descontrolarlo, lo había conseguido. Alexey se dejaba llevar por sus instintos, recordando el dominio de su linaje.

Ekaterina se entregó al placer, aferrándose a la cabellera rubia de su esposo.

Se mordía los labios para no gemir en voz alta; los guardaespaldas afuera,

escucharían su excitación. Aun así, el goce la trastornaba, maravillada de sentirse dominada de esa forma. Alexey le succionaba el botón del deseo con tal maestría que la sangre comenzaba a bullir en sus mejillas en una tonalidad que se vería desde el espacio exterior. Quería más de lo que le avergonzaba admitir.

Ese hombre era despiadado con su lengua, que se sumergía cada vez más y más,

y más...

De un segundo a otro, cesó de hurgar sus cavidades inferiores, dejándola con las ganas.

Abrió los ojos, muy a su pesar, y se encontró con la sonrisa de un felino a escasos centímetros de su rostro como si se hubiera comido un canario.

—Aún sigues siendo mía —expresó él, lanzándole su aliento picante. Su cabello desordenado, evidenciaba lo que ella había disfrutado.

Esta frunció el ceño.

—Claro que no —replicó tensa.

Él la arropó con la mirada.

—Por supuesto que sí. —Y descendió hacia *su centro* para devorarla por segunda vez.

Ekaterina jadeó, gimiendo en tonos audibles poco dignos de una dama.

Capítulo 8

—¡Tonta! —Ekaterina se reprendió a sí misma, golpeando la almohada que abrazaba; fue a cortar cabelleras, y salió trasquilada. Alexey revirtió todo aquello a su favor, convirtiéndola en una masa maleable.

Llevaba una hora, acostada, desde que llegó del club, lamentándose de haber

sido débil. Se suponía que lo pondría de rodillas; no al contrario.

Suspiró, tocándose los labios hinchados, recordando los de este, con el ferviente deseo de volverlos a sentir una vez más. *Cielos...*, masculló añorando sentirse ilusionada. Estaba harta de acostarse con un hombre que no amaba, y de buscar el cariño en otros que la miraban como si fuera un pedazo de carne.

Las yemas de sus dedos moldearon los suyos con suavidad, imaginando que él la besaba con ese ardor abrasador que lo caracterizaba.

Pero lo que más añoraba, era esa deliciosa lengua vadeando entre sus *labios mayores*, escarbando muy dentro hasta hacerla delirar.

Le palpitó, como si su corazón hubiese descendido hasta la zona erógena.

Apretó las piernas, deslizando poco a poco su mano cuesta abajo para masturbase. Seguía con el sensual vestido de bruja y las medias veladas, puestas.

Después de que Alexey le regaló un orgasmo con su boca, huyó antes de que él se bajase los pantalones y la embistiera con rudeza.

Abandonó el club en una exhalación, dejando atrás sus bragas arrojadas en alguna parte del piso.

Le aterrizó lo fácil en que la sometió. Una lamida... y estaba servida...

¡Caramba!, cómo quería que le succionase de nuevo sus fluidos vaginales.

Estar abierta a él, sometida, cual doncella virginal en su noche de bodas. Sentirse única, sin que otras mujeres esperasen su turno. Siendo la más sobresaliente, las más desinhibida, la más gritona...

Gimió, introduciéndose dos dedos. Alexey la dejó alborotada, como loba en celo, queriendo más, mucho más de él.

Bombeó, imaginando que era un sujeto que la tomaba a la fuerza y la obligaba hacer lo que este le placiera.

Su respiración se agitó, arqueando la espalda contra el colchón, apunto de llegar al orgasmo.

Pero el sonido de su móvil, interrumpió su excitación.

Ekaterina gruñó, sentándose de golpe en la cama. Nunca faltaba el inoportuno que le fregara la paciencia.

Tomó el móvil, debajo de las sábanas y miró la pantalla.

Se impactó.

Alexey.

Quiso espetarle, pero su interlocutor se le adelantó:

— *Tengo hambre, ¿y tú?* —preguntó con una voz tan ronca, que hizo que los vellos de la nuca de la vampira se erizaran. A diferencia de ella, él no tuvo la necesidad de utilizar artimañas para hacerse de su número telefónico; con tan solo guardar el número de la persona que lo llamara, tenía. Quién la manda a utilizar un móvil rastreable. Ahora que se aguantara.

—Ya comí —respondió, saliendo de su aturdimiento. Por nada del mundo le haría saber que la dominó en el club.

La risa de Alexey se escuchó suave del otro lado de la línea.

— *Me refiero a «comer...»* —aclaró ladino—. *Aún estoy hambriento de ti.*

Ekaterina tocó su *centro*, evocando con placer lo acaecido.

—Pues, qué pena, porque tendrás que buscarte otra; estoy satisfecha; *me lo acaban* de hacer... —mintió. El placer auto-impuesto no contaba en su lista de

amantes ocasionales.

Hubo un breve silencio.

— *Ah, ¿sí?*

—Sí.

— *¿Y por qué te masturbabas?*

La vampira se levantó en el acto.

Alexey se carcajeó.

—¿Dónde estás? —Los ojos de Ekaterina rodaron hacia todas partes. Estaba segura que nadie la había seguido al hotel. A menos que...

— *Para la próxima, mantén vigilada tu retaguardia* —le advirtió él—. *Te seguí hasta tu guarida secreta.*

—Cómo te atreves...

— *Te aconsejo que cierres las ventanas; ¡lo vi todo!* —rio con picardía—.

¡Ah!, por cierto... Olvidaste tus bragas —se escuchó que aspiró profundo—.

Mmmm... Hueles bien...

—Espero, lo hayas gozado; será la última vez.

—¿Segura?

—Segura. ¡Y quédate con las bragas! Tal vez sean de tu talla. —Y colgó, arrojando el móvil sobre la cama. Sinvergüenza vampiro, que en el averno lo esperaban por lujurioso. No se follaba así mismo porque no podía.

Corrió hasta los ventanales para cerrar las cortinas y, antes de hacerlo, alcanzó a divisar una silueta masculina en el techo del edificio del frente.

La luna llena incidía sobre él, revelando su ubicación con facilidad.

Pero, ¿qué demonios? , se impactó. Desde esa altura, no solo se pilló su masturbación, sino que monitorearía, de ahora en más, quién entraba y salía de su habitación.

Le pintó el dedo del medio, cuando este le abanicó la mano para saludarla.

¡Argh!, gruñó, molesta. Se burlaba de ella, pagándole con la misma moneda por haber sido espiado con cámaras ocultas.

Nadie lo cabreaba y salía indemne de ello.

Ekaterina lanzó unas cuantas increpaciones al aire, prometiéndose a sí misma

no cometer más errores. Ella inició un juego peligroso y tendría que terminarlo antes de salir herida. Alexey era un diablillo despiadado que conseguía lo que se proponía; y si no se avisaba, terminaría a sus pies sin darse cuenta. Ya había sufrido bastante por su causa.

Cerró cada una de las ventanas que daban al exterior de toda la *suite*, para cortar su campo visual, y se apresuró a darse una ducha fría.

Saldría a dar un paseo por las calles neoyorquinas para relajarse. Decidió poner punto final y enfocar sus energías acumuladas en hacerle la vida imposible a ese miserable.

Se las pagaría; no solo por faltar al juramento marital, sino por doblegarla.

—Tonta, tonta, ¡tonta! —Se reprochaba, sin que los transeúntes la escucharan.

El taconeo de sus pisadas y el contoneo de sus caderas, levantaban piropos subidos de tono a su paso.

Ekaterina no se amilanaba en usar prendas provocativas que calentaran el torrente sanguíneo de la población masculina; al contrario, le encantaba observar en estos, balbucear estupideces, aturdidos por su presencia. Usaba un

pantalón cortito con hilachos y una blusa azul de tirantes.

En un principio, le costaba mostrar hasta los tobillos, y conforme los años transcurrieron y la moda cambiaba, se animaba a exhibir sus atributos físicos.

Más de un magnate le propuso una lucrativa carrera como actriz, a cambio de favores sexuales. Con algunos, accedió, viviendo a expensas de estos como un parásito; con otros, los mandó a la porra. Ella escogía. Ellos, no.

Si alguien le hubiera dicho en el pasado, que tendría una vida disipada, se

habría indignado. Fue una esposa amorosa, hogareña, que aceptaba con sumisión los preceptos impuestos por aquella época: la mujer en la casa y el hombre suministrando el pan de cada día.

Pero el cuento de hadas, llegó a su final, y su «príncipe azul», se convirtió en un sapo despreciable que engañaba a incautas sin experiencia en el amor.

—Eso te pasa por confiada —reprochó su ingenuidad. La ceguera la sacó de un mundo de color rosa, para luego lanzarla de cabeza a un pozo hediondo.

Caminó, hablando sola, lanzando increpaciones al aire, y gesticulando con las manos, como si estuviera loca.

Los humanos —algunos disfrazados— la miraban curiosos por su enojo y embelesados porque, al estar escasa de ropa, no le afectaba el frío otoñal. Una modelo de pasarela teniendo una mala noche o simplemente se le partió una uña.

Ekaterina parpadeó al darse cuenta que ya no se hallaba por la 5ta. Avenida, sino en pleno corazón de Central Park.

La luz de la luna, apenas se colaba a través de las copas de los árboles, impidiéndole despejar las sombras que se afianzaban sobre los interminables senderos. En especial, el que ella transitaba, bajo una bóveda de ramificaciones ennegrecidas, y una alfombra de asfalto salpicada de

hojarascas.

Los olmos y cipreses, se azotaban con suavidad por la helada brisa nocturna.

Los grillos chillaban y las luciérnagas titilaban como puntitos brillantes que aparecían y desaparecían entre la espesura. El bullicio citadino, amainaba en esa parte del parque, sumergiéndola cada vez más en un lóbrego silencio que a cualquiera intimidaría.

Pero a ella, no.

Lo disfrutaba.

La naturaleza urbana era un elixir gratificante, dándole serenidad a sus atormentados pensamientos y consuelo a su alma.

Con frecuencia se escapaba del estrés de la ciudad, del país que visitaba, para estar sola. Desde hacía décadas, había adquirido el gusto por dichos paseos, embebiéndose en la retrospectiva, de manera tal que desentrañaba hasta el minúsculo detalle de cada acción cometida. Una especie de purga que desinfectaba con oxígeno puro, todas sus desventuras.

—¡Mira lo que tenemos aquí! Una zorrita...

—Hola, *preciosura*. ¿Ampliando horizontes?

Ekaterina se detuvo al ser rodeada por un grupo de pandilleros.

Eran cinco; todos ávidos por follársela ahí mismo.

—Qué ricas tetas tienes, y ese culito... —expresó uno de ellos con la intención de apretarle una nalga, pero ella le dio un manotón para impedirlo.

Los hombres se carcajearon.

Menuda fierecilla, se habían topado.

—Qué, ¿estás de descanso? Vamos... Una noche gratis por los amigos —dijo

el líder del grupo. Un moreno con tatuajes hasta las orejas.

—No son mis amigos —espetó ella con imponencia, teniendo cuidado de no mostrar sus afilados colmillos. En cada ciudad o pueblo, existían humanos que se encargaban de aterrorizar a otros porque así les placía. Un modo de ganar dinero fácil, mediante el robo o el secuestro.

Ellos no eran diferentes.

Hizo amago de marcharse, pero el líder se lo impidió.

—Déjenme ir, por su bien —les advirtió, sin ánimos de patear traseros. Solo deseaba alejarse y sentarse en una solitaria banca para meditar. ¿Era mucho pedir?

Al parecer, sí.

—¿Y qué nos vas hacer, zorrита? ¿Gritarás hasta quedarte sin voz o correr con esos tacones altos? —señaló el líder, hacia las mortales sandalias que ella usaba.

Ekaterina respiró profundo.

Estúpido muchacho...

—Por última vez: déjenme ir.

Las risas de los pandilleros, resonaron en el acto. ¿Quién se creía la mujercita para amenazarles?

No era nadie.

El acento que ella empleaba al hablar, les indicaba que era una europea que había llegado al país para ganarse unos cuantos dólares, mediante la profesión más antigua del mundo.

Al más corpulento le picaba las bolas por ser restregadas en esos labios

pintados de rojo, y al más barrigón... correrse en su boca.

El líder la encaró.

Ella alzó la mandíbula, desafiante, sin temor alguno.

—Nadie transita por mis dominios, sin pagar peaje —este siseó con los dientes apretados—. Y tú, zorrита, nos chuparás la verga a todos.

Los pandilleros vitorearon ansiosos. Tremenda noche tendrían. La mujer era hermosa.

Ekaterina extendió los labios en una sonrisa malévola. Iban a saber lo que era meterse con una vampira.

—Oh, *criaturita rastrera*, qué equivocado estás...

El adjetivo impuesto, ofendió al sujeto.

—¡Te voy hacer comer mi verga, pendeja! ¡¡Agárrenla!!

Los pandilleros se abalanzaron sobre ella para someterla en el suelo. La despojarían de sus ropas y le darían hasta por donde no le llegara la luz.

Pero no esperaron a que esta les diese una paliza.

A uno, le fracturó la nariz.

A otro, el brazo.

Y al más desafortunado, le torció el cuello.

El líder sacó su arma de la pretina trasera de su pantalón, presto a dispararle.

Pero alguien se lo impidió.

— ¡*Arrrrrrrggggghhhh!* —La mordida en su brazo, causado por un hombre, salido de la nada, le hizo gritar de dolor.

Ekaterina, que mordía a uno de los chicos, se volvió rápido hacia este.

Alexey lo desangraba con ferocidad.

Se había quitado parte del disfraz, quedando con el pantalón negro y la camisa blanca, semi-arrugada.

—¿Me estás siguiendo?! —preguntó ella ante lo obvio. El último de los pandilleros se arrastraba para huir de allí, pero la vampira le enterró con fuerza su tacón en la nuca, provocando que un espumarajo de sangre, brotara de su boca.

—Eres fácil de seguir —respondió él, soltando el inerte cuerpo del líder. Su cabello estaba suelto, alborotado, como siempre cuando bordeaba el descontrol en sí mismo; batiéndose con suavidad por la brisa que se deslizaba entre ellos, silbante y helado, removiendo las hojarascas a sus pies y estremeciendo sus solitarios corazones.

—Porque no me da la gana, ocultarme —replicó la otra, sin admitir que estaba bajando la guardia como una tonta.

—Y mira lo que causaste.

Ekaterina puso las manos en jarra.

—No necesito de un guardaespaldas. Sé cuidarme sola.

—¿Estás segura? Porque ese humano... —señaló el cadáver del pandillero a sus pies— casi te dispara.

Lo miró airada.

—Las balas no matan a los vampiros, te recuerdo. Solo la luz del día, el fuego o la decapitación.

—Pero sí, herir —replicó Alexey, acercándose a ella. Si el humano hubiera disparado y atinado en un órgano importante, Ekaterina habría estado a su

merced.

Esta torció el gesto.

—Tonterías —graznó—. Soy buena para esquivarlas. O, ¿qué piensas: que sigo siendo una neonata torpe? No querido...

Alexey entrecerró los ojos, duros e insondables.

—Así parece.

Tal afirmación le crispó los nervios a la mujer.

—Vete a la mierda.

Él se acercó con tanta rapidez, que ni ella pudo evitar que la sujetara de los brazos con fuerza.

—Cuida tus palabras —siseó—, te has vuelto vulgar.

Ekaterina se liberó con rudeza. Ningún imbécil la iba a someter.

—Me importa un carajo lo que pienses de mí.

Corrió a través del parque, para alejarse de su esposo. Los humanos dejaron de merodear a esas horas; a excepción de los delincuentes, pese a que existía un comando de policía a poca distancia.

Alexey la siguió.

—¡Ekaterina! —la llamaba cada vez más cerca. Esa discusión la zanjarían esa misma noche.

Apretó la velocidad en sus piernas y la alcanzó, tomándola de un brazo, provocando que esta chocara contra él, y se partiera uno de sus tacones.

Ekaterina luchó, con las lágrimas desbordadas sobre sus mejillas.

—¡Suéltame! —chilló—. Que me...

—No te vas a librar de mí. Eres mía, ¡mía!

Ella rio indolente.

—Y de muchos más...

Un gruñido fiero, reverberó de la garganta del vampiro.

Ekaterina tembló.

—D-Déjame ir —pidió en un tono diferente al usado con los pandilleros—.

Solo dame lo que me corresponde y no me volverás a ver.

La mirada de Alexey se oscureció.

—¿Lo que te corresponde? —la cuestionó, sacudiéndola—. Y con exactitud:

¿qué es lo que te corresponde?

Ella balbuceó.

—Ya lo sabes —respondió con el corazón galopante—. Mi abogado te lo informó.

Alexey acercó su rostro, amenazante.

—No tienes el derecho.

—Claro que sí.

Y le dio una patada en la entrepierna, provocando que Alexey cayera de rodillas en el suelo por el dolor.

Desapareció en medio de la noche, dejando atrás a un vampiro que juraba, le arrancaría el corazón con sus propias manos.

Capítulo 9

—Es increíble que me dejaras con los crespos hechos, Alexey. ¿Qué te pasa?

¿No habíamos quedado en vernos? Hasta me compré un bonito traje de enfermera... Lo hubieras visto. No cómo los que lucieron esas chicas vulgares,

que estaban que se le salían los senos de sus escotes; juraría que iban en ropa interior. Yo por mi parte...

Alexey ignoraba el parloteo incesante de la morena a su lado. Contemplaba abstraído el ir y venir de los humanos, a través de la ventanilla de su limusina.

Por su mente, las imágenes de una vampira furiosa, robaba su atención; hacía mucho que no se sentía tan desmoralizado, sin saber qué esperar de ella: si pasión, odio, o el mero dinero que exigía a cambio.

Lo único que lo convencía, es que retornó para amargarle la vida.

—Alexey. ¡Alexey! —lo llamó la mujer, molesta por su aparente distracción.

En el club le informaron que se había marchado por una causa que se le

«presentó» de improviso. Nadie entró en detalles, solo que el anfitrión del evento, pidió que lo excusaran.

—¿Me escuchaste?

Él giró el rostro hacia esta.

—Sí —mintió. La verdad, es que poco había escuchado sus increpaciones.

Samara Oliveira, quien era su socia-vampira y amante en los ratos libres, se acomodó en el asiento, para observarlo mejor.

—¿Y qué dije? —lo cuestionó para saber si le mentía.

Alexey desvió la mirada hacia su ventanilla.

—Sobre chicas vulgares...

—Debes hacer algo al respecto —la otra comentó—. O la policía nos caerá encima.

Alexey no replicó, concentrado en un perro, que un transeúnte paseaba sobre la acera. Un majestuoso Chow Chow, cuyo color del pelaje, le recordaba a la irreverente pelirroja.

La policía no haría nada. Hacía mucho que ellos dejaron de ser un problema.

En más de una ocasión intentaron ingresar al club, mediante órdenes de cateo, para inspeccionar lo que se hacía dentro. Los comentarios de la gente, aunado con las medidas para evitar que algunas imágenes se filtraran en las redes, causaban recelo. La paranoia de Samara, la hacía irascible.

Y empeoraría, si se enteraba que él enterró los cuerpos de unos pandilleros en alguna parte de Central Park.

Pero lo hizo, con la intención de salvaguardar a su amada *Katia* de una posible investigación. Sobre ella no debía caer la severidad de los Antiguos.

Suspiró.

Si tan solo fuese sincera...

Samara torció el gesto, ante la mirada perdida del vampiro. Fingía que la escuchaba, pero estaba lejos de allí, quizás, pensando en la fulana de Ekaterina Virtanen o Ingria Virtanen, o cómo se hacía llamar en el presente.

Como mujer de armas tomar, no se amilanaría por su apatía, decidida a recuperar a ese hombre que, en otrora, era la personificación de la picardía. La mala transición que padecía, pronto lo superaría, y cuándo lo hiciera, volvería a ser el mismo de antes.

Mordiéndose el labio inferior, y apoyada por la privacidad que le ofrecían las ventanillas polarizadas y el cristal que dividía la cabina de la parte trasera del vehículo, se animó a hacer uno de sus avances.

Le bajó la cremallera del pantalón y sacó su miembro flácido.

Sonrió, tomándolo con una mano, con la intención de ponerlo erecto.

Se inclinó, posando su lengua desde el glande hasta la base del tallo. Había perdido la cuenta de las veces en que este se corría en su boca, desfallecido por el sexo oral que le brindaba. Cualquier sitio se le antojaba perfecto para extraer su esencia interna y declarar ante las demás féminas, que ella era su dueña.

Sin embargo, esa tarde del lunes, no lograba que se excitara.

Intentó chupar con más intensidad, pero gruñó sin conseguirlo.

—¡Cielos, ¿qué pasa contigo?! —Desde que estaba con él, nunca había pasado por una situación como esa.

Alexey parpadeó y la miró confundido.

¿En qué momento su socia le chupaba el pito?

Tan abstraído se hallaba que ni se dio cuenta que ella lo tenía dentro de su boca.

—No tengo ganas —contestó, subiéndose la cremallera.

Con ademanes toscos, Samara abrió su bolso y removió el interior, para buscar el estuche de cosméticos.

—Espero que tu «falta de ganas», no tenga nombre y apellido —rezongó, imaginándose a la causante de su inapetencia sexual. El carmín se extendió por sus labios, reviviendo el color que dejó sobre la piel de los genitales masculinos.

Alexey contuvo una sonrisa cínica; si supiera que dicho *nombre* hacía temblar de envidia a muchas.

—Descuida; te lo compensaré después —dijo para calmarla y así lograr un poco de paz. Samara cuando se malhumoraba, activaba la lengua, solo para quejarse durante horas.

Esta cruzó las piernas, enojada, mirando por su ventanilla y percatándose que la limosina seguía en la misma calle.

¡Cuánta demora!

La hora pico sacaba canas verdes a todo aquel que estuviese atrapado en el tráfico del Distrito Financiero. El agente de tránsito, un señor de color, apostado en medio de la encrucijada, pitaba y aventaba sus manos energicamente para que los conductores no se desesperasen y los vehículos pasaran, aunque fuese a baja velocidad.

—¿Y para cuándo será eso? —preguntó sin dejar de ver a través de su ventanilla. El taxi que iba delante de ellos, la ensordecía con su claxon.

Aun así, las frustraciones la avinagraban, perdiendo cuidado de ocultar la falta de una buena revolcada. La última vez que estuvo con él, fue hacía dos semanas.

Toda una eternidad para una vampira fogosa.

—Hoy a las once. En mi casa.

Rápido, Samara volvió sus ojos negros hacia él y sonrió triunfal.

¡Hurra!

—Llevaré el *negligé* que tanto te gusta... —ronroneó, acariciando el muslo de Alexey, cuesta arriba.

Él asintió sin excitarse, como si hubiera concertado una cita con su abuela.

Samara arqueó una ceja, preocupada de que su inapetencia fuese producto de

la «edad madura». Pese a que Alexey aparentaba ser un chico universitario, su verdadera edad superaba los cuatro siglos, y con un centenar de experiencias

sexuales que a más de uno le erizaría la piel.

Tras quince minutos de esperar a que el tráfico circulara, la limusina rodó con extrema lentitud por la Avenida Broadway.

Alexey y Samara se percataron del porqué de las colas.

Un accidente que dejó un muerto y varios heridos, fue el causante de la demora.

Alexey tragó en seco al ver la sangre esparcida en el pavimento.

Bajó la ventanilla, apenas un centímetro, solo para percibir el aroma de la muerte misma.

Cerró los ojos y aspiró profundo.

Apetitoso...

—Ciérrala, o saltaré para beber del cadáver a plena luz del día —gruñó Samara con voz gruesa y ojos transformados en los de un gato salvaje. No solo saltaría frente a decenas de humanos asombrados, sino que su cuerpo sufriría la combustión a causa de los rayos solares.

Él así lo hizo, quién también se sintió mareado.

Extrajo una botella, Château Pétrus, del minibar empotrado cerca y sirvió dos copas repletas: una para él y la otra para su compañera sedienta.

Que el vino bañase sus gargantas y aplacara la sed que los quemaba.

Avanzaron por la Liberty Street y luego doblaron por la William, hasta llegar al estacionamiento subterráneo del complejo de oficinas. Tan pronto, llegara a la suya, le clavaría los colmillos a su secretaria. A ella la tenía reservada para emergencias, cuando la necesidad de morder un cuello tibio se volviese apremiante.

Descendió del vehículo, antes de que su chofer le abriera la puerta, y salió disparado al ascensor privado, con Samara, pisándole los talones.

Dentro, una suave melodía sonaba para hacer agradable el trayecto hacia el piso 38.

Ese medio se reservaba para él y la Directiva, por lo que las puertas metálicas no se abrían con facilidad, cada vez que alguien oprimiera el botón por error, entre piso y piso.

Tan pronto llegaron al vestíbulo de sus oficinas, su secretaria se levantó de su asiento como un resorte.

—Buenos tardes, señor Kuznetsov —saludó, arreglándose la blusa y

maldiciendo en su fuero interno a la desgraciada latina que caminaba detrás de él

—. Su señor, padre, lo espera en su despacho.

Alexey se detuvo y se tomó un segundo para respirar.

—¿Quién?!

Samara gruñó.

—Debiste informarle rápido, inepta —espetó a la secretaria. Le causaba aversión por ser resbalosa y humana.

Alexey intercambió una mirada silenciosa con su socia.

Eso significaba que ella también tenía vetado ingresar al recinto, mientras *el otro* estuviese allí.

Samara asintió.

El visitante era chapado a la antigua, de la que todos hacían lo que él ordenara.

Incluso, Alexey.

El joven vampiro cerró los botones de su chaqueta sastre y entró solo, con el

estómago revuelto. La visita de su padre, le desagradaba.

—¿Cuántos años han pasado?, ¿dieciocho, desde que te marchaste de Europa?

—preguntó Vladimir Kuznetsov, sentado en la silla del escritorio de su hijo. Sus rasgos toscos y arrugas marcadas, acentuaban con severidad sus expresiones.

—Veinticinco —corrigió Alexey, cerrando la puerta tras de sí. Samara y Lyla quedaron en el vestíbulo, midiéndose como dos rivales.

La oficina era amplia, pero se tornaba diminuta, con la presencia del prepotente vampiro.

—«Veinticinco...» —repitió este, pensativo. Más de dos décadas desde que discutieron por asuntos de faldas—. Veinticinco años, y ni te has dignado de hacerme una llamada telefónica —reprochó—. ¿Cuál es tu excusa? —La tecnología audiovisual reducía las fronteras.

—La misma que la tuya —replicó Alexey, caminando hasta la habitación contigua para servirse un trago. Esta vez, que fuese más fuerte para que lo embriagara.

Vodka sería una buena elección.

Vladimir —de melena y ojos negros—, se levantó de su asiento, sonando furioso las palmas de sus manos sobre el tope del escritorio.

—¡Respétame! —rugió—. No olvides a quién le debes tu eternidad.

Alexey bajó la mirada. Después de todo, era su padre.

—Perdóname —se disculpó, mientras tomaba una botella y servía su contenido en un vaso pequeño—. Fui grosero.

El vampiro asintió, satisfecho.

—Tener que venir a este mugroso continente para verte, es inaudito. ¡Eres tú el que debes venir a mí, no al contrario!

Alexey apuró el trago, dejando que el líquido cristalino quemara su garganta, y enseguida se sirvió otro.

—Ya te pedí perdón. ¿Qué más quieres?

Un repentino jalón en su brazo, hizo que su bebida salpicara y él se encontrara de frente con los enrojecidos ojos de su progenitor.

—Ten cuidado en cómo me hablas, porque te puede pesar —amenazó el hombre con los dientes apretados. Su insensato hijo menor, necesitaba que le recordaran los lazos sanguíneos que los unía, pese a que ellos eran físicamente diferentes. Pero en el carácter, no.

Aun así, en los tiempos de antaño, lo hubiera azotado hasta hacerle gritar. Pero la modernidad, ablandó los métodos de crianza.

Alexey se dirigió hacia la silla de su escritorio, para reclamar de esa manera, que ahí mandaba él.

—Entonces, dime: ¿a qué has venido?

Vladimir alzó la mandíbula una pulgada.

—Por la cabeza de Ekaterina.

Alexey se tensó.

—¿Qué...? —Su padre odiaba a muerte a su nuera, a raíz de que esta lo abandonara. Para él, tal afrenta debía castigarse con una dura reprimenda, sentando un precedente entre las de su género.

Se levantó, midiéndolo con precaución. La cotilla había atravesado el Atlántico hasta llegar a sus oídos.

—¿Quién te dijo que ella está en América? —Mataría al informante.

—¿Ya la denunciaste ante El Consejo? —preguntó Vladimir, sin responder a

[3]

la pregunta anterior—. ¿O estás esperando a que esa Aryna haga de las suyas?

—No te metas en esto, padre —replicó Alexey, contenido.

—¡Por supuesto que lo haré! Ningún Kuznetsov será la burla de la sociedad.

Te exijo, ¡sí, exijo! —Alzó la voz cuando Alexey intentó replicar—, ¡que la repudies en público y la denuncies!

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó, este, yéndose por la tangente. El repudio era algo que evitaba hacer, pero la denuncia carecía de sustento.

En el nuevo milenio, las reglas de los Ancianos cambiaron en beneficio de las mujeres. Las quejas y el abandono, ya no tenían peso. Incluso, hasta una de las reinas, aprobó los cambios de forma radical. Entonces, Ekaterina nada hizo para ofender al Consejo y causar un agravio que repercutiera en un castigo severo. Lo que hizo en el pasado, se debió a él, echando a perder el matrimonio por libertino; por extensión, ella era libre de culpas.

Vladimir respondió:

—Por robo.

Aunque, de eso, no.

Tal acusación sorprendió al joven vampiro.

—¿Robo?! A mí no me ha robado nada... —Tal vez, el corazón, pero dudaba que eso fuera suficiente para denunciarla.

Vladimir se sentó en uno de los sillones, dispuestos para recibir a los clientes más importantes, y extendió sus brazos a cada lado del respaldo en una pose prepotente.

—A mí, sí.

Alexey se preocupó.

—¿Cuándo?

—La noche en que te abandonó.

Una mirada incrédula se cruzó por el rostro del rubio.

—Jamás me contaste, ¿por qué? —Si es que aquello, ocurrió.

—Porque, para ese entonces, la llorabas y yo no quería provocarte más congoja al revelártelo.

—¿Y lo haces, ahora? —Si decidía acusarla, después de tanto tiempo, los Ancianos lo escucharían.

—Te casaste con una mujer que tenía por costumbre, robar a sus conocidos.

Yo caí por inocente.

Alexey sonrió despectivo. El *tic nervioso* que lo molestaba cuando se alteraba, comenzó a hacerse de nuevo evidente en su ojo derecho.

—Eres todo, menos inocente, padre —replicó sarcástico ante los 508 años que

tenía sobre sus hombros—. Dudo mucho que una vampira inexperta te hubiera engañado. A ver... —se cruzó de brazos—, ¿y qué, se supone, te «robó»?

Vladimir deseaba escupirle, que la dignidad y el prestigio de su linaje, pero se contuvo en señalar el delito:

—Mis joyas más valiosas.

—¡Mentira!

—Claro que sí —afirmó el otro, envarándose en el acto—. Se llevó el cofre que mantenía bajo resguardo. En este contenía: el broche de perlas, que le gané en una apuesta a Felipe de Francia en 1665 —enumeró con saña—, el anillo que

Armand de Gramontel, conde de Guiche, me obsequió en uno de mis

aniversarios; la condecoración conferida por el tercer Sigma, y a quién extraño mucho... —evocó su desafortunada muerte—, sobre mi valioso desempeño en la alianza con la Casa del Minotauro, y del que era de oro puro, con un diseño exquisito de rubíes y zafiros; no habrá otro como este... ¡Qué pérdida!

También...

—¿Qué motivos tienes para que pienses que fue ella?, ¿la viste, percibirte su olor?, ¿qué...? —Alexey lo interrumpió, controlando el impulso de blanquear los ojos; su padre se aferraba a joyas obsequiadas por antiguos amantes.

Con movimientos gráciles, el hombre se llevó la mano a la cabeza y se sobó como si el dolor —que la «ladrona» en cuestión, le propinó—, aún persistía.

—La vi antes de recibir un golpe en la cabeza —respondió—. Al despertar, el cofre desapareció.

Alexey rechazó lo que dijo. Revelaba complicidad; un amante, del cual, él no tuvo conocimiento alguno.

—No puede ser. Debe... Debe haber una explicación.

—Lo siento, hijo, se aprovechó de tu desliz con la criada, para robarme. Quiso vengarse, y yo pagué por ti.

Alexey se dejó caer en otro sillón. En esa época su esposa necesitó dinero

para marcharse, y lo consiguió en casa de su suegro. Las joyas, eran piezas fáciles de cambiar en el submundo. Con un anillo de oro macizo, podía subsistir durante varios meses.

Pero...

¿Y si lo hizo motivada por la decepción?

—Hablaré con ella —dijo con voz rota. De ser necesario, él mismo se encargaría de pagarle a su padre, hasta con intereses, con tal de que la dejara en paz.

—Castigo, es lo que quiero.

—De ninguna manera, yo soy su esposo.

—¡Y yo tu padre! Y exijo resarcir la afrenta con sangre.

Alexey lo miró consternado.

—Esto causará un escándalo. ¿No lo quieres evitar?

Este negó con la cabeza.

—Si es para proteger a mi linaje, no. Seremos de la comidilla por un rato, pero se aburrirán rápido. Hay vampiros peores, como *esa alemana...* — espetó, haciendo referencia a la Soberana que se enamoró de un Portador. Nada más y

nada menos, que los enemigos naturales de los vampiros. A esos dos debían de

quemarlos en la hoguera por mantener una sucia unión.

Alexey replicó:

—Hazlo, y te odiaré por siempre.

Vladimir esbozó una sonrisa desafiante.

—«Por siempre», es mucho tiempo, mi apreciado *Liosha*. Pasará un par de siglos, pero me perdonarás. Ya verás.

Dicho eso, se marchó de la oficina, dejando atrás a un atribulado vampiro.

Capítulo 10

El sol se ocultaba, dejando tras de sí, una estela luminiscente de tonos naranjas en el firmamento. La Gran Manzana se engalanaba una vez más con sus luces eléctricas, mostrando desde la distancia, sus majestuosos rascacielos.

Ekaterina se animó esa tarde a visitar, junto con Rania, un *bebedero* que tenía cierta fama entre su círculo y, del cual, era ilegal, por ser un suministrador de sangre, cuyos envases, eran los mismos humanos.

Estos fueron cazados, utilizando la hipnosis vampírica, para no herirlos y así preservarlos intactos, atendiendo a las exigencias de los que pagaban por ellos.

Sin embargo, a los humanos no se les trataba mejor; según se rumoraba —y del que esperaba fuese solo habladurías de viejas sin oficio—, una vez que traspasaban dicho lugar, los sometían a vejámenes, que ni la policía se atrevía a averiguar.

Por ese motivo, Ekaterina sentía aprensión; había visitado algunos en Londres, Madrid y hasta Tokio, pero ninguno en el Nuevo Mundo.

Aun así, se dejó convencer por su amiga.

—Por aquí, señoritas —indicó el propietario del recinto. Un sujeto de dos metros de alto, cuyo rostro, huesudo, reflejaba una mirada maquiavélica.

A la pelirroja, le recordó a «Largo», de la Familia Addams: pálido, larguirucho, horroroso...

Las mujeres lo siguieron en silencio, atravesando el vestíbulo decorado con ornamentos de estilo gótico victoriano, que harían sentir como en casa, a un

sombrío muchacho, y bajaron por unas largas escaleras de piedra hacia el sótano.

—Están recién adquiridos —agregó el hombre, sonriente—. Su sangre es pura. La comprobamos.

—¿De qué tipo es? —preguntó Rania, saboreándose de las ganas. Si lo que se decía de La Flor Turquesa, era cierto, se darían un banquete.

—AB-Negativo. ¡La mejor! —respondió en un continuo descenso hacia las celdas.

Ekaterina meditó que, ojalá los humanos valieran la pena; desembolsaron una gruesa cantidad de dinero para darse el gusto. Con lo que pagaron, bien podrían costearse una nevera repleta de plasma.

Al descender hasta el último escalón, se encontraron con dos sujetos fornidos, apostados a cada lado de una puerta cerrada con tres cerrojos.

El larguirucho sacó un manojito de llaves del bolsillo de su sastre y abrió los cerrojos para pasar al interior.

Con una reverencia, les permitió a las vampiras, entrar.

Rania y Ekaterina pasearon la mirada a través del lugar; estaba acondicionado a prueba de gritos, de manera que no alarmasen a los vecinos.

Luego se enfocaron sedientas sobre los dos *envases*, encadenados y temerosos, que estaban en calzoncillos.

—Sobre los sillones, pueden dejar sus pertenencias, por si no les apetecen ensuciarse... Ustedes me entienden...

Las vampiras asintieron.

«No ensuciarse», significaba: no manchar las ropas con sangre.

Salir del *bebedero*, en esas condiciones, levantaría suspicacia entre los mortales.

—Buen provecho —expresó este con un deje socarrón, mientras cerraba la puerta de la celda, tras de sí.

Rania y Ekaterina observaron a los humanos.

—¿Cuál prefieres: al rubio o al moreno? —preguntó Rania, con los colmillos puntiagudos.

Los humanos agrandaron los ojos, aterrados. ¿Qué clase de droga les inyectaron que alucinaban? Lo que fuera, la pasarían fatal.

—¡No, por favor...! —chillaron, removiéndolo las cadenas que mantenían sujetas sus manos por sobre sus cabezas—. ¡No nos hagan daño!

—El rubio —respondió Ekaterina, tan hambrienta como su amiga. Ella los prefería con la cabellera de ese color.

Se desnudaron, acomodando sus ropas y demás prendas, sobre los mullidos sillones. Una pequeña sala acondicionada para hacer «placentera» la estancia del vampiro.

La cuerina de las paredes «acolchadas» era de color rojo, en un claro intento de no hacer visible los rastros de otros *envases*, pese a que el olor sanguinolento de estos, aún se percibía.

Rania rodó los ojos hacia la parte oeste de la habitación, señalando una repisa con toda clase de implementos cortantes.

— *Hum...* ¿Por cuál me decido? —se preguntó, indecisa entre una segueta o un cuchillo afilado. Armas blancas, que ayudarían a desmembrar extremidades con facilidad.

Ekaterina la miró escandalizada.

—¡Rania! —Se marcharía de allí si a esta le daba por comportarse como una sádica. Durante el impío año de 1888, un sujeto desalmado, apodado: Jack el Destripador, mató a cinco prostitutas, causándoles severas mutilaciones y desfiguraciones, que aún, hoy día se comentaba hasta en los programas televisivos. Y hubieran sido más, si algunas de sus «colegas» inmortales, no se habrían abocado a darle cacería, para luego despedazarlo y echar sus restos a los perros.

Por supuesto, la última parte, nadie la conocía... Esta quedó para la memoria de las involucradas.

Rania rio con ganas.

—¡Bromeaba!

Ekaterina sacudió la cabeza, por las ocurrencias de su amiga.

—De todos modos, no vinimos a matar —le recordó por si contemplaba hacerlo—, sino a morder cuellos. ¿Entendido? —Si en el hotel hubieran ofrecido humanos dispuestos a que les extrajeran una pequeña cantidad de sangre, ella no estaría allí, abrumada. El sadismo, no se le daba bien. Jamás estuvo de acuerdo en causar un exorbitante dolor a sus víctimas. Con nublar sus sentidos, mientras les drenaba las venas, le bastaba.

Rania torció el gesto. Qué melindrosa...

—Está bien... —Comprendía el repudio que esta le tenía hacia ese tipo de armas, y se conformó con lo único que sus ancestros le habían dotado.

Los colmillos.

Morder el cuello de una presa, era bastante placentero. En especial, si el sujeto era apetitoso.

Las vampiras caminaron hacia los humanos, desnudas y ansiosas por probar del delicioso manjar.

Rania rodeó al moreno, admirando sus formas varoniles, mientras que

Ekaterina, se situó frente al rubio.

Era una pena que tuviera que perecer; de encontrárselo en la calle, lo habría invitado a una noche de placer.

Porque, de algo estaba segura, el humano no vería otro día, pese a que ella le perdonase la vida.

Una vez que este hubo entrado a ese *bebedero*, no saldría por sus propios pies.

Sería alimento para otro vampiro.

Y, ése, no tendría piedad de él.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con voz suave. Sus ojos marrones se rasgaron y se tornaron amarillos. Listos para envolverlo en esa bruma hipnótica del que ningún mortal se libraría.

El aludido tembló de pavor.

—J-James.

Esta sonrió.

—«James...» Me gusta.

—¿Qué nos van hacer?

—Nada —Ekaterina respondió. Mejor una mentira blanca, que una verdad cruel.

—Oh, Dios... ¡¿Qué son ustedes!?! —James se angustió, cuando la vampira rubia, paseaba sus manos, convertidas en garras, por el torso de su compañero de celda.

— *Shhhhhh...* —Ekaterina puso un dedo debajo de su mentón para hacer que él se concentrara en ella—. Mírame.

—¿P-por qué estamos aquí? —Varias escenas de películas de terror, pasaron por su cabeza. Entre ellas, la de cierto muñeco con cara blanca y mejillas pintadas de espiral rojo.

—Tranquilo... —Ekaterina dilató sus ojos, prestos a envolver al humano en una hipnosis vampírica—. Mírame.

James parpadeó.

—P-pero...

La vampira le sonrió una vez más.

—No temas —susurró—. No te haremos daño. —La hipnosis comenzaba a surtir efecto en el hombre.

Este asintió obnubilado.

Ekaterina acercó el rostro por la base de su cuello y aspiró.

— *Mmmmm...* Hueles bien. Me recuerdas a... —Y sus pensamientos vagaron hacia un rubio de ojos verdes.

Por un momento vaciló, dando un paso atrás. El humano se rindió, ajeno a lo que pronto le acarrearía; sonreía con la mirada vidriosa y sus temores apaciguados, para convertirse en un ser sin voluntad. Así se comportaba Ekaterina, cuando Alexey doblegaba la suya, cada vez que se colaba como un intruso en sus pensamientos, robándole la paz y la seguridad.

Pretendía ser fuerte, pero era lo contrario.

Mientras tanto, Rania admiraba a su presa, fascinada de su musculatura. Un adonis como pocos que dejaría a sus amantes desfallecidas en la cama.

Le acarició el cuerpo, viajando sus manos seductoras por sus bíceps fuertes.

Por lo visto se ejercitaba con frecuencia.

—A ver... ¿qué tienes aquí? —ronroneó, tomando la pretina del calzoncillo para deslizarlo hasta las rodillas.

Las partes pudendas del hombre salieron en toda su gloria, para dicha de la vampira.

En él, no había hipnosis de por medio, quien pensaba que aquello se trataba de una fantasía sexual de un par de mujeres aburridas y con mucha plata.

—Vaya... eres todo un semental —Rania se relamió los labios, deseando darle

una probadita.

El hombre gruñó, excitado.

—Chúpamelo —dijo enronquecido.

Rania sonrió.

—Querido, las órdenes las impongo yo. Tú... —lo señaló—, estás a mi merced.

Esté echó la cabeza hacia atrás, extasiado.

Sí...

—¿Te gusta? —preguntó Rania, mientras restregaba la punta del órgano masculino en su clítoris.

Ambos cuerpos estaban pegados, uno del otro, con la diferencia de que ella tenía el mando.

—Rania, deja de jugar con la comida —reprendió Ekaterina, que aún no se animaba a clavar los colmillos en el humano. El olor corporal de este se

asemejaba al de su esposo, provocando en ella sensaciones que, quizás, no podría manejar.

—Ay, no seas aguafiestas. Déjame gozar el mío, que yo no te critico —replicó la aludida, preparada a llegar a últimas instancias con el hombre—. Te sugiero que hagas lo mismo con el tuyo —agregó—. Pagar por ellos casi nos dejan en la ruina.

Ekaterina puso los ojos en blanco.

Su amiga era un caso perdido; promiscua hasta la saciedad.

Tomó el consejo, aunque no al pie de la letra. Se limitó en acariciar al hombre para calmarlo y complementar así la hipnosis que ejercía sobre él.

Ladeó su cabeza, enterrándole los colmillos con fuerza.

El humano apenas jadeó.

— *Wow*, eso fue increíble... —expresó Rania al llegar al vestíbulo. Disfrutó de su envase, tanto en el sexo, como en la sangre. El gerente no exageró sobre el

menú que ofrecían: los había desde ancianos hasta adolescentes.

En cambio, Ekaterina, se mantenía en silencio, insegura de repetir la experiencia en ese lugar. Allí se practicaba el sadismo de un modo que suponía escalofriante. A los *bebederos* que había visitado, tenían ciertas normas o, al menos, eso quería creer, del que, supuestamente, los liberaban después de alimentar a los *comensales* y sin recuerdos de dicha experiencia.

—¿Ekaterina?! —exclamó atónita, una morena de cabello largo hasta la cintura, tan pronto se topó con la pelirroja, justo en la salida.

La aludida se tensó.

La mujer era amiga de la familia de su esposo.

—Olenka —la saludó con frialdad. Fue de las primeras que habló pestes de ella, después de abandonar Moscú.

La recién llegada, ataviada con un ceñido vestido de cuero negro, sonrió engreída.

—Dichosos los ojos que te ven —dijo con fingida efusividad, dándole un beso en ambas mejillas—. ¿Y eso que se te ve por estos lugares? ¿No te preocupa que te atrapen?

La misma pregunta se hacía Rania, quien la miraba como a un insecto listo a pisotear con sus botines. Los administradores del bebedero, cambiaban de zona cada vez que lo creían conveniente. En esa ocasión, optaron por un barrio elegante, bajo las narices de los más estirados.

—¿Por qué habría de preocuparme? —respondió Ekaterina con una sonrisa hipócrita. Sus uñas pugnaban por sacarle los ojos a la arpía.

La vampira rio, mirando a la otra de arriba abajo.

—¡Por dejar a tu marido! Fue todo un escándalo.

—Eso fue en antaño. Que lo superen —replicó Rania, molesta de las impertinencias de la mujer.

Olenka Morózova, poseedora de una de las fortunas más cuantiosas en Rusia y la lengua más viperina en toda Nueva York, arqueó una ceja con desdén.

—¿Y tú quién eres? —inquirió con total desprecio hacia la rubia. Según la facha que esta usaba, era una nueva rica o la *querida* de algún magnate.

—Rania White —contestó con pedantería. Que se fuera a la porra, si pretendía

joderle la paciencia.

Olenka miró a Ekaterina.

—Deberías cuidarte las espaldas, te pueden atrapar.

—Si lo dices por Alexey, ya he hablado con él.

La morena esbozó una teatral cara de sorpresa.

—¿Cómo es que estás viva?! —Elevó la voz—. Alexey juró matarte en cuanto te hallara. ¡Se lo dijo a todos!

Rania meditó que la mujer gozaba con su cizaña. Sus ojos, tan rapaces y exageradamente maquillados, se agrandaron para demostrar su aparente perturbación. Expresaba «preocupación», pero debajo de todas esas capas de rímel y delineador, se ocultaba una sabandija.

—Ya ves que no —replicó Ekaterina, indiferente—. Nos hemos encontrado más de una vez... —Sobre todo, en el club, donde le abrió las piernas.

Olenka repartió el peso de su cuerpo, en sus puntiagudos tacones naranjas. El humano que le tenían reservado a ella, era un boxeador retirado de 40 años. Una excelente cosecha.

—Bueno, me alegro por ti —mintió—. Eso dice que tu cabeza no rodará por el piso. ¡Aunque yo no me confiaría! Alexey es tan vengativo...

Y ella también, pensó Ekaterina con resquemor.

Que se atreviera; le haría sufrir un tormento.

Olenka se despidió de Ekaterina con otro beso e ignoró a la rubia olímpicamente. Le había desagradado tanto, como la infernal pelirroja. El pobre de Alexey la lloró y se ahogó en la bebida hasta la invención del teléfono. Por fortuna, recobró la compostura, concentrándose en aumentar el patrimonio de la familia. Qué mal que estuviese casada, porque, de lo

contrario, tendría un anillo matrimonial de él, en el dedo.

Se detuvo para mirar marcharse del recinto a esas dos mujerzuelas, y sacó el móvil de su cartera de Coco Chanel.

Si aquella pretendía engatusar al marido con falsa inocencia, ella se encargaría de quitarle a él, la venda de los ojos.

Capítulo 11

Tres días después.

—¡No, no, no! ¡¡Retíralo!! —gritó Alexey a su padre a todo pulmón. Este tuvo la osadía de denunciar a su esposa ante El Consejo por robo.

—Lo siento, pero si tú no lo hacías, yo lo haría —replicó Vladimir en el apartamento donde se alojaba. Era la residencia que solía utilizar Dmitry, su primogénito, cuando este visitaba Nueva York.

Alexey estrujó entre sus manos, el papel que contenía la aprobación de la audiencia. Su padre pasó por encima de él, en pos de un delito que Ekaterina, supuestamente cometió.

—Le explicaré a los Ancianos el error.

Vladimir lo miró con rabia. Su cabello negro matizado por unas cuantas canas sobre las sienes, estaba húmedo y peinado hacia atrás. Su hijo le había interrumpido la ducha.

—¿Y yo quedar como un tonto? —gruñó—. No lo permitiré.

—Tendrás que soportarlo. Quién te manda a levantar una acusación como esa.

El vampiro se cruzó la bata de baño y extrajo un habano de la cajita de madera ubicada sobre la mesita central de la sala. Le gustaba fumar uno, acompañado de una buena copa de brandy, justo al anochecer.

—No he mentado al respecto —dijo mientras se sentaba en el sofá de cuero beige y posaba sus pies descalzos en la mesa central—. Ella tendrá que rendir declaración por ladrona. — *Y también por golfa*, pensó con saña, dispuesto a llevarla hasta las últimas consecuencias.

Alexey se presionó el tabique de la nariz, para liberar tensiones. A poca distancia, en una estantería de vidrio templado, los portarretratos de plata, albergaban los rostros en carboncillo de Dmitry y Maruska, en la navidad del 94.

Ni se molestaba en admirarlo; el mal gusto venía por la línea paterna, pero le daba igual, estaba con los nervios crispados.

—Será tu palabra contra la de ella —replicó, argumentando que carecía de pruebas en su contra o, de lo contrario, hacía tiempo que hubiera presentado la denuncia.

—Mi voz tendrá más peso —replicó con soberbia y luego exhaló una bocanada de humo. Su linaje y buen nombre entre el Círculo de Ancianos, haría

callar a quién se le interpusiera en el camino. Justo cuando estrechaba relaciones con las familias más adineradas de América, la miserable mujer aparecía sin previo aviso. Tenía que desaparecerla cuanto antes. Y esta vez, se aseguraría de que lo hiciera para siempre.

—¡Dime qué quieres que haga! Haré lo que sea... —imploró Alexey,

acercándose a donde se hallaba sentado su padre. Buscaba la forma de salvar a su esposa de una muerte segura. Todo vampiro que metiera las manos en un *bien ajeno*, lo castigaban con la muerte.

Las leyes eran estrictas, y poco cambiaron en trescientos años. La traición, el asesinato injustificado, la cacería desmedida, el robo..., se pagaba con la pena máxima, así pasara mil años de haberlo cometido.

Vladimir vio una oportunidad en la desesperación de su hijo.

—Solo hay una forma en que cambie de parecer.

—¿Cuál? —preguntó Alexey esperanzado, y se sentó en el sillón que colindaba con el sofá. Mientras hubiese una alternativa para salvarla, sería todo oídos.

—Repúdiala.

Él lo miró perplejo.

—¿Qué?! —Lo escuchó bien, costándole creer lo que pedía.

—Hazlo. Saca a esa mujer de tu vida; te hace daño.

—Ella no me lastima, padre —mintió. Sí lo hacía, con sus acciones libidinosas. Pero no lo admitiría.

Vladimir chupó un par de veces el habano, degustando con calma su aromático sabor. *Conque no te lastima, ¿eh?*, pensó avinagrado. *¡Ja!* Más bien, se desgarró por dentro. Tendría que ponerlo en cintura para que madurase de una vez por todas.

—¿Con cuántos hombres crees que ella se ha acostado? —inquirió para que tuviese una idea de lo que soportaría, una vez que sus conocidos se enterasen.

Sería objeto de incontables chistes.

El joven vampiro se tensó. La pregunta le abría por enésima vez la herida que tenía dentro de su ser. Siempre se lo preguntaban cada vez que se acercaba la fecha en que ella puso pies en polvorosa fuera de Moscú.

—No me interesa. —Tener el conocimiento del número exacto, sería como la cantidad de veces en que le apuñalaban el corazón.

—¿No? —Vladimir replicó para mayor *inri* del muchacho—. Deberías.

Ekaterina es accesible para todo aquel que desee pagar una noche con ella.

Calculo que serán unos...

—¡BASTA! Ya... basta... —Alexey rugió, poniéndose en pie, con ganas de estrangular a cada uno de los hombres que posó las manos sobre el cuerpo de su mujer.

Vladimir bajó los pies y se calzó las pantuflas que quedaron justo debajo de la mesa.

—Bueno, en ese caso... —se levantó—, tendré que pasar por la vergüenza de sentarme en el estrado. Fueron muchas las joyas que ella me robó.

Alexey cerró los ojos, derrotado.

—Muy bien; tú ganas. La repudiaré.

—Frente a todos. —De nada valdría que lo hiciera sin testigos, la condenada era astuta y objetaría fraude.

Sin dejar entrever que tenía deseos de llorar, el joven vampiro asintió.

¿Cuántas veces se prometió que, al hallarla, jamás la dejaría ir? Y eso era lo que tendría que hacer para salvarla, o su padre procedería con la denuncia por robo.

Sería ejecutada como una vulgar ladrona.

Vladimir sonrió triunfal.

El repudio sería una mancha de la que, su detestable nuera, jamás se quitaría.

—Bien por ti, estás recapacitando. Pero tendrás que hacer algo más. —Se aseguraría de que cumpliera con lo prometido.

Alexey lo miró aprensivo.

—¿Qué más quieres?

Vladimir se acercó a él, y con una insondable mirada, respondió:

—Que asumas la demanda como tuya.

Capítulo 12

—¡Mentirosa!

La bofetada de Gustav Kirchhoff a Ekaterina, fue tan fuerte, que la hizo caer al piso con el labio reventado.

Esta se llevó la mano a la mejilla, deseando tener a su alcance una pistola y descargar todas las balas sobre su pecho.

—¿Creíste que no me enteraría? —preguntó él, beligerante y levantándola del cabello, para nivelar su rostro con el suyo. Sus labios, dos rendijas de la que, sus colmillos superiores, sobresalían, estaba por posarse sobre el cuello de cisne de la vampira.

Ekaterina chilló adolorida.

—¡Tenía miedo de que me descubrieran y me matarán! —respondió temblorosa.

Gustav la agarró del cuello, enterrándole las unas en la piel.

—Tal vez yo lo haga —siseó, sopesando hacerlo. Un desprendimiento del fino tallo que sujeta la cabeza del torso, bastaría para mandarla de paseo al averno.

Ella lloró.

Desde que lo conoció una noche, en París, le pintó un cuadro diferente sobre su vida: el apellido, sus padres, su procedencia... Hasta su conversión estuvo

aderezada con una sarta de mentiras, de las que Gustav todas se las creyó.

—Perdona... —imploró en su afán por evitar incrementar su volátil genio. En cuanto le sacara el dinero a Alexey, huiría lejos de allí con otra identidad.

Gustav la soltó con brusquedad.

—¿Qué dirán mis amistades? —inquirió—. Mi «dama de compañía», es la esposa del moscovita. Ya decía que tu rostro se me hacía conocido...

Y por el acento, imbécil, pensó Ekaterina con ganas de escupírselo en la cara.

Gustav solo veía lo que quería ver. Hasta ese instante, le hizo creer que era finlandesa.

Qué idiota...

Si hubiera escarbado en su pasado, seguro la habría descubierto.

Tenía más de un expediente guardado en los países que visitaba. Estafa, extorsión, atentado contra la moral... Una vampira sedienta de dinero que no escatimaba en utilizar las artes de la seducción en sus víctimas masculinas.

Por supuesto, la mayoría exageraciones.

Todos fueron conscientes de lo que hacían, y mentían para salvar su reputación y precario matrimonio.

Ekaterina se puso en pie, enfocando por el rabillo del ojo, un jarrón macizo ubicado cerca del baño. Correría a tomarlo y lanzárselo a la cabeza si este pretendía causarle más daño.

—¿Por qué te enojas? Solo la pasamos bien —gruñó encontrando el valor en sus palabras, y se acomodó un mechón detrás de su oreja. Podrían imputarle mil crímenes, pero ella jamás le ofreció amor a nadie.

Gustav controló el impulso de propinarle otra bofetada.

—Porque no me conviene estar de malas con la Casa del Lobo —dijo con los dientes apretados—. Los Kuznetsov son conocidos por ser vengativos. —

Además de que estos mantenían fuertes lazos con el rey, que le harían pagar su relación con «Ekaterina».

Esta ocultó las ganas de reír. El alemán, un machito que golpea al sexo débil, se caga en los calzones ante la idea de enfrentarse a la ira de un vampiro más poderoso que él.

Toda una revelación...

—Entonces, aléjate de mí, antes de que la mierda te salpique —replicó con hostilidad. Que le diera un par de golpes, si le placía, pero que luego se marchara. Ya tenía suficiente.

Gustav la miró con severidad.

—No hasta que hable con tu esposo.

Ella parpadeó.

Esa no se la esperaba.

—¿Para qué? —se impactó.

—Para ordenarle que retire la demanda.

Querrás decir: para rogarle, esta consideró.

Más allá del temor a un posible enfrentamiento, pesaba el hecho de que Gustav mantenía negocios con allegados a Alexey. Su compañía de producción

se vería perjudicada si se involucraban en líos legales.

—Adelante; hazlo —lo desafió—. Y, de paso, dile que me golpeaste. A ver cómo él lo toma. Tal vez, te devuelva el favor.

Gustav levantó la mano para golpearla una vez más, pero Ekaterina lo encaró.

—¡Anda! ¡Golpéame! Y haré tal alharaca en los medios, que nadie verá ninguna de tus mugrosas películas que patrocinas.

Él rio indolente.

—Lo que una «paria» tenga que decir, me tiene sin cuidado. Eres nadie.

—Pero sí, una «humana» maltratada. ¿Te imaginas? —Puso cara de víctima

—, rodar un vídeo por ahí, donde me maltratas en casa... —chasqueó los labios

—, será tu ruina.

Gustav rodó los ojos por cada esquina de la habitación.

¿La condenada lo había estado filmando desde que arribaron al hotel?

Aun así...

—Olvidas un detalle: ningún aparato es capaz de reflejarnos.

La otra se cruzó de brazos, airada.

—Conozco genios, que hacen maravillas con sus computadoras —mintió—.

Con lo que tienen, se divertirán de lo lindo. —Esperaba que, con eso, se mantuviera alejado de ella. A pesar de los adelantos tecnológicos, los vampiros seguían incapaces de ver sus imágenes nítidas en la pantalla del televisor o a través de una cámara fotográfica.

La maldición impuesta por el Creador, era bastante efectiva.

Gustav agrandó los ojos.

Imposible...

—Hazlo y verás...

—Correré el riesgo.

Él la señaló, amenazador.

—Ni pienses por un segundo que te librarás de mí. Te lo haré pagar. —De una u otra forma, se encargaría de ponerla en su lugar. Bastante se había regodeado entre sus amigos, para que ella lo dejara así, sin más.

Ekaterina se encogió de hombros, cual niña malcriada.

—Pues ya ves que sí. Y si pretendes golpearme o hacerme daño a través de terceros: el vídeo aparecerá en las redes en un tronar de dedos. Todos se darán cuenta de lo asqueroso que eres. ¿Quieres comprobarlo? —lo desafió de nuevo

—. Yo no tengo nada que perder, ¿y tú?

Gustav tragó saliva.

Él, sí.

Estiró los puños de su chaqueta sastre y acomodó su corbata de color borgoña, para marcharse de allí.

[4]

Ingria Virtanen o, mejor dicho: Ekaterina Kuznetsova

, se las iba a pagar

todas.

Pasó por su lado, llevándose por delante a Rania, que asomaba la nariz en el dormitorio, al escuchar los gritos, desde el otro lado del pasillo.

Que se preparara, porque jamás saldría a la calle con una derrota como esa.

Nadie lo dejaba, sin que él lo permitiese.

Menos ella, que era suya.

—Te dije que tuvieras cuidado con él. Es un maldito en toda regla —recordó

Rania, ingresando al dormitorio. Le preocupaba que su amiga estuviera jugando con fuego.

Ekaterina asintió.

Tenía que beber con urgencia un poco de plasma, para que la mejilla se le desinflamara en cuestión de minutos; la bofetada sufrida le hubiera dejado a una humana el rostro amoratado por varios días.

Sí que le había dolido.

—Lo tengo controlado —replicó.

Rania entornó la mirada.

—¿Sí? ¿Cómo? Hasta se cree tu dueño... Mira cómo te trata. No, Ekaterina, deja a ese tipo ya, y larguémonos del país, antes de que te asesine.

La pelirroja suspiró.

Qué más quisiera ella...

Pero no podía.

Ni quería.

—El Consejo me perseguirá hasta el fin de los tiempos. Estoy en su lista negra.

Rania resopló.

—Ay, amiga, déjate de pavadas, que te has mantenido escondida por trescientos años y nadie te ha atrapado. Así que tranquilízate.

Frunció el ceño.

A menos que...

—¿O es que no te quieres marchar por *tu maridito*? —la cuestionó. Y ante el silencio de la vampira, jadeó—: Serás tonta. ¡Reacciona, chica! Alexey no es el único varón con billete en el planeta. ¡Hay más y de mejor estampa!

—No es por eso.

—¡Claro que...! —Rania respiró profundo para sosegar su voz—. Claro que sí, amiga. Aún sigues enamorada de él. Y me da pena por ti, porque sigues encaprichada por un amor que no te correspondió como debe ser. —Suspiró—.

Larguémonos; viajemos a China, Australia o Nueva Guinea, ¡yo que sé! Pero larguémonos...

—No te voy a arrastrar con mis problemas.

—Para lo que me importa —expresó Rania, dispuesta a proteger a su amiga contra cualquier adversidad. Eran como la uña y la mugre; siempre juntas, en las

buenas y en las malas.

—Pero a mí, sí...

La rubia se encogió de hombros.

—¿Y qué? Que se vayan todos al cuerno. Tú, *amiguita*, te vas a hacer las maletas, que nos vamos a recorrer el mundo.

Ekaterina esbozó una sonrisa apesadumbrada.

A riesgo de equivocarse con las cuentas, iban por la vigésima quinta vez en que ambas huían. Lo hacían cada vez que se metían en problemas.

—Es tentador —concedió—, pero decidí no huir más. —La bofetada de Gustav la hizo despabilar. Ella jamás volvería a ser una víctima.

Asumiría las consecuencias: someterse al escrutinio de la sociedad.

—¿Y esto? —preguntó Rania, recogiendo el papel que Gustav había arrojado al piso minutos atrás.

Ekaterina alargó la mano para que se lo entregara, y luego extendió el papel para leer que, la demanda hecha por Alexey, no era por abandono, sino por robo.

—¿¡QUÉ?! —Los ojos casi se le salen de las cuencas, sin dar crédito a la misiva. Con razón Gustav casi se envenena por el disgusto. La raya de salir con una mujer que le gustaba lo ajeno, era peor que pavonearse con una de pésima

reputación.

Rania se preocupó.

—¿Viste? Hay que marcharnos, cuanto antes. Te han culpado de un delito grave.

Ekaterina cabeceó, arrugando el papel.

—De ninguna manera —replicó—. A ese pendejo, yo le arranco las greñas.

Si quería guerra, guerra tendría.

Capítulo 13

Después de una larga jornada de trabajo, Lyla Randall pasea por Manhattan Mall, cargada de bolsas que contenían toda una serie de artilugios, que la

ayudarían a reavivar la llama de la pasión con su jefe. Entre ellos, juguetitos sexuales que funcionaban con baterías y que harían ruborizar hasta las más promiscuas.

Sin embargo, nada de eso sería efectivo, si no la respaldaba una lencería que fuese capaz de causarle a Alexey una potente erección.

Este, cada vez se alejaba de ella, sumergido en sus papeles y en sus propios pensamientos. Se tornaba distraído e inapetente, con la excusa de «dejarlo para otro día».

Pero dicho día se prorrogaba, una y otra vez, hasta que Lyla superó el límite de su paciencia.

Había luchado para llegar hasta donde estaba, y no cedería ni un milímetro por no poseer un apellido extranjero.

El suyo era común, simple, sin que denotara pertenencia a otro en términos maritales; tan solo, la «querida» que le calentaba la cama a Alexey, cuando este lo requería.

Y debido a ello, le urgía recuperar su cariño.

Bostezó de hambre y de cansancio, subiendo por las escaleras mecánicas hasta el segundo piso. Los ojos le escocían, por las horas frente al computador. En la oficina procuró que nadie la pillara investigando todo cuanto pudiese sobre la identidad de la fulana Kuznetsova, pero por más que navegara en la Internet, no hallaba nada.

Parecía un fantasma.

Sin rostro.

Sin dirección.

Sin pasado.

Nada...

Se moría por saber cómo lucía.

¿Era delgada o gorda? ¿De tetas grandes o plana? ¿Tenía algún defecto o era la perfección en carne y hueso?

Apenas tenía información suministrada por sus compañeros de trabajo.

Y según lo oído por estos: la mujer carecía de sutilezas. Más bien,

desinhibida, coqueta, y con una belleza feroz, que haría marchitar de la rabia a la rosa más hermosa.

Juan, el de Contabilidad, aseguraba haberla visto en una ocasión, mientras tomaba café en la cafetería de la esquina. Ralph, el de Crédito y Cobranzas, se jactaba de decir que bailó con ella en uno de los clubs del jefe. Y, Rubén Darío, de Archivo, que había escuchado de un «amigo» de un «amigo», que la *mujercita* en cuestión, se movía por las esferas más altas, para buenos entendidos...

Torció el gesto, meditando las exageraciones de sus compañeros. Hombres que se dejaban llevar por las hormonas.

Para ellos: toda mujer que luciera una melena larga y ostentara curvas peligrosas, era digna de admiración.

—Pues tú eres más hermosa —se dijo a sí misma, alzando la mandíbula con arrogancia.

Samara Oliveira, desde siempre, fue su más férrea rival. Con esa estuvo en más de una ocasión a punto de agarrarse de los pelos, pero, al parecer, la misteriosa rusa les llevaba a ambas la delantera.

Tendría que cambiar su estrategia, para evitar quedarse atrás.

Ella era una ganadora.

Se detuvo frente a una vitrina, admirando el traslúcido *babydoll* negro que

lucía el maniquí. Era atrevido, sexy, capaz de hacerle levantar el pene a un muerto en su ataúd.

Lo que era perfecto.

Pegó la nariz en la vitrina, para ver el precio en la etiqueta.

Virgen de los doce Apóstoles..., se lamentó. Su tarjeta de crédito sangraría. Le costaría un sueldo y hasta los riñones para adquirirlo. Pero valía la pena.

—Ya verás, *rusita*, soy más mujer que tú —espetó en voz baja—. *Con eso...*

— señaló con la intención de comprar la fogosa prenda íntima — se olvidará de ti.

—El artículo se sumaría a las que tenía dentro de las bolsas que sujetaba.

Una señora de edad avanzada y, del cual, observaba una bata de maternidad para obsequiar a su quinta nieta, la miró escandalizada. Menuda sinvergüenza...

Por mujeres como ella, los hombres ya no eran hogareños. Gracias a Dios que su Harry, había sido de los pocos que se abstuvieron de llegar tarde a la casa, oloroso a colonia barata y con la camisa manchada de labial. Su formación religiosa o el sentido del cumplimiento —inculcado en la milicia— le dio ese grado de honorabilidad como compañero de vida. Qué lástima que el viejo, ya no estaba a su lado...

Lyla dejó sus compras en la cajuela de su auto y manejó rumbo fijo hasta la morada de Alexey. Estaba impaciente por mostrarle su nueva lencería; algo le decía que no lo postergara y se diera prisas para darle la sorpresa. A su adorado jefe le gustaban las mujeres con iniciativa propia; su visita se lo agradecería.

Sonrió pensativa. ¡Oh, lo que ambos gozarían! Haría lo que él quisiera: tríos, voyerismo, sado... Se preparó para ello. Hizo dieta, ejercicios, y hasta cortado el cabello, para darse una nueva apariencia. Tenía que estar fresca para él.

Aparcó en un espacio libre a media calle de la Torre Millennium y reparó en la hora en su reloj de pulsera: faltaba escasos minutos para las nueve de la noche.

Resopló molesta. Aún seguía un gran número de vehículos ocupando los espacios a cada lado de las aceras; lo que representaba un inconveniente a sus pobres pies. Los tacones de aguja no eran para caminar por ahí, sino para verse bonita, sentada en un gran sillón.

O desnuda en la cama, usando solo esos...

Se bajó, cruzando el abrigo en torno a su cintura, y sacó un portafolio vacío, de piel de culebra, con la excusa de decirle al portero, que le llevaría al propietario del P-1A, unos documentos importantes que él esperaba con urgencia.

De ese modo, ingresaba sin ser anunciada.

Apuró el paso, lo más rápido que sus tacones le permitían y explayó una gran sonrisa en cuanto se acercó a la entrada del edificio.

En breve, le despertaría de nuevo la hombría a Alexey.

—Buenas noches —saludó a un hispano de unos cincuenta años, apostado bajo el toldo blanco que se extendía desde la puerta hasta el borde de la acera—, vengo a...

Ni bien, fue capaz de explicar su presencia, cuando una intempestiva pelirroja pasó por su lado, entrando hacia el vestíbulo como un huracán.

El portero y Lyla quedaron paralizados.

¿Y ésa quién rayos era?

—¡Eh!, ¿adón...? ¡Señorita! —El portero la siguió al interior.

Lyla no perdió ocasión de aprovechar la situación y entró también al edificio.

—Usted no puede ingresar sin ser anunciada —reprendió el portero a la joven mujer, ataviada con unos vaqueros muy ajustados y una blusa a rayas que apenas le cubría el ombligo. Permanecía frente al ascensor, oprimiendo el botón más de lo debido, para que abriera sus puertas—. Por favor, si no se identifica, tendré que pedirle que se retire.

Esta ni lo miró.

El portero se inquietó.

—¿Para dónde va? Necesito informar a dónde se dirige.

—A ver al señor Kuznetsov.

—¿Y usted es...?

—Su esposa.

Lyla se tensó.

Así que ésa era la dichosa esposa...

Alta.

Pelirroja.

Pálida...

Torció el gesto con desdén, analizándola de arriba abajo. Tenía largas pestañas, que podría jurar, eran falsas; pómulos altos, salpicados de pecas que la hacían lucir aniñada, piernas largas de jirafa, busto que para nada competía con los suyos, caderas estrechas, y una melena cobriza que le recordaba a un león desvelado.

Sonrió aprobando su precario físico.

No era hermosa, sino simple. Una niña, recién salida de la secundaria.

Y ella era una mujer...

El portero arqueó las cejas.

—¿Esposa? —se extrañó—. El señor Kuznetsov no mencionó... S-Señori...

¡Señora! —la llamó cuando ella entró al ascensor.

Intentó sacar el radiotransmisor, colgado del cinturón, pero permaneció estático ante una orden silente hecha por la vampira.

—Está bien; puede subir. Feliz noche.

Lyla frunció el ceño. La desgraciada debió lanzarle al hombre alguna hipnosis.

Este volvió a su puesto, con los ojos obnubilados, sin que la pelirroja representase para él, preocupación.

Hizo un mohín, sopesando, entre subir al *penthouse* y causar desavenencias entre esos dos, o salvaguardar su integridad física, y marcharse de allí con sus extremidades completas.

Porque, lo más seguro, es que recibiría unos cuantos golpes provenientes de dicha mujer.

Lo pensó, y la sensatez le ganó la partida. Enfrentarse a una vampira temperamental, o, en este caso: a dos, sería suicidio.

Giró los talones y cruzó la puerta, sin despedirse del portero, quién no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

La sorpresa que se llevaría Alexey, no vendría por parte de ella, sino de la pelirroja enojada.

Capítulo 14

En la ducha y enjabonada de pies a cabeza, Samara Oliveira, tarareaba una canción, satisfecha por el coito con Alexey. Era un excelente amante que sabía

cómo satisfacer a una mujer ávida por tener una docena de orgasmos. Tuvieron unos cuántos, orquestando una sinfonía erótica, del cual la hacía cada vez más adicta.

Dos décadas llevaban juntos, en una relación abierta. Ella salía con otros hombres, mientras que él, conquistaba a cuanto palo con falda, se contoneaba en su club. Los reclamos o celos no tenían cabida. Un pacto que ambos establecieron, a fin de evitar los melodramas.

No obstante, sus sentimientos cambiaron el último año, soportando con aplomo, las jovencitas humanas o las neonatas con las que retozaba.

Pero los mantenía ocultos, de modo que él los ignorase. Le preocupaba que, de enterarse, la mandaría derecho por el caño.

En una ocasión, mientras estuvo pasado de copas en su casa, Alexey le confesó el dolor que sufrió una vez, y que no deseaba repetirlo en su vida.

Ekaterina fue su perdición. Había sido feliz, como soltero empedernido, pero su padre insistió en hacer de él un «hombre respetable», aunque fuese en apariencia, según las reglas impuestas por la sociedad de aquel entonces.

Por eso, toda mujer que le abría su corazón, él se los arrancaba sin clemencia alguna.

Samara terminó de restregarse el champú del cabello y cerró la llave de la regadera, con la decisión de no dejarse amilanar por ello. Los vampiros cambiaban de opinión con el tiempo, y Alexey no sería la excepción.

Tomó la toalla, enrollándose en esta, al salir de la ducha. Alexey seguía durmiendo a sus anchas en la cama.

Sonrió. La relación que los dos mantenían saltaba de lo extraña, pero más estable que la de muchos por ahí.

Lo cierto es que su apreciación fue sacudida de sus pensamientos, cuando unos golpes, aporrearon la puerta del apartamento.

Válgame... ¿Quién podría ser?

Los golpes eran furiosos, demandantes, que requerían una pronta atención.

Amenazaban con derribar la puerta si tardaban en abrirla.

Alexey se sobresaltó y se levantó de la cama con rapidez, desnudo como Dios lo trajo al mundo.

—Parece que tienes visita —desdeñó Samara, terminándose de poner la ropa interior. En un segundo sabría quién era el fastidioso que tocaba como si se estuviera haciendo en los calzones.

Alexey tomó su pantalón, enfundándose los, sin subir la cremallera, y bajó descalzo por las escaleras hacia el vestíbulo.

No estaba de humor para seguir discutiendo con su padre; aunque, le extrañaba que este no tuviera un juego de llaves. Jamás le entregó una, pero él se las arreglaba para acceder, así fuera al mismo infierno.

Abrió la puerta.

Y la sorpresa se reflejó en su rostro.

—¡Eres un bastardo! —gritó Ekaterina, entrando al apartamento sin pedir permiso. A pesar de haberse enterado a través de Gustav, hacía escasos minutos que su abogado la llamó por el móvil, para advertirle sobre la decisión tomada por su esposo.

Este se subió la cremallera del pantalón, maldiciendo a su padre por el lío causado.

—¡Me acusaste ante los Ancianos por ladrona! ¡¿Cómo pudiste?! —increpó Ekaterina, echando chispas por los ojos. Entre los vampiros, era mal visto, los ladrones.

Y hasta en los humanos.

— *Katia*, yo...

—Querido, ¿qué son esos gritos? —preguntó Samara, asomándose por encima de la baranda que rodeaba el piso superior. Apenas tenía puesta la blusa, desabotonada, dejando entrever la prenda íntima de encajes negros, comprada en una de las elegantes tiendas de São Paulo. Tan pronto escuchó la voz de una extraña, que se quejaba por alguna circunstancia, se tensó.

Alexey no respondió a ninguna de las dos; la situación era demasiado incómoda.

Alzó la mirada hacia Samara, pidiéndole en silencio que los dejara a solas.

Pero ella se hizo la desentendida, bajando por las escaleras, escasa de ropas.

—¿Y esta quién es? —demandó saber. Lo más probable, alguna boba recriminando por falta de amor. Al final de cuentas, todas eran iguales.

Ekaterina apretó la mandíbula para no perfilarle los colmillos. Su maquillaje corrido y el cabello vuelto una maraña de rizos alborotados, apuntado hacia todas partes, le confería un aire de lunática, recién escapada del manicomio.

—¿«Esta»? —subrayó con ojeriza—. Pues permítame informarle que soy la esposa de *este* —señaló con toda la ojeriza que le pudo expresar a Alexey.

Samara explayó los ojos, impresionada de conocer a la mujer.

La malnacida no tenía vergüenza, presentándose en el domicilio del hombre que había abandonado siglos atrás. ¿Y todo por qué? Por acostarse con otro.

Qué caradura...

Y qué facha.

—Vaya, vaya, vaya... —expresó con desdén—. Qué agradable, sorpresa... —

Extendió la mano con petulancia hacia la recién llegada—. Hola, soy Samara Oliveira. Socia de Alexey.

Ekaterina sonrió mordaz, escaneando a la morena de arriba abajo.

—¿Socia? —Rodó los ojos, inyectados de sangre hacia Alexey, sin estrecharle la mano a la otra—. ¿Y «socia» de qué, si se puede saber? —Tal vez, una callejera.

Samara sonrió, sin ofenderse, por no haberle correspondido al saludo; al contrario, indicaba que la mujer estaba enojada.

—De negocios —respondió, regodeándose de su descaro—. Aunque, claro, a veces es por placer...

Ekaterina gruñó por lo bajo.

Alexey se inquietó.

—Déjanos solos, Samara, necesito hablar con mi..., —iba a decir «esposa», pero creyó prudente no hacerlo—. Con ella.

La aludida se acicaló la húmeda cabellera con ademanes suaves, mientras se daba la vuelta para terminarse de vestir. Subía los escalones hacia el dormitorio, con sensualidad, solo para avinagrar a la otra.

Ekaterina le echó un vistazo al torso desnudo y la ausencia de zapatos del dueño del apartamento y lo censuró en el acto. No tenía que ser un genio para darse cuenta que, esos dos, se acabaron de dar una revolcada.

—Qué bajo has caído —le espetó a Alexey en el instante en que quedaron a solas, no muy segura, de si se quejaba por la acusación ante los Ancianos, o por haberlo pillado con la morena.

Alexey se acercó, dejando entre ellos una distancia, apenas de escasos centímetros.

Sus ojos verdes se imponían sobre los de ella.

—Retira la demanda de divorcio, y yo haré lo mismo con la acusación —dijo, en su intento de mantenerla atada a él.

—Canalla... —Ekaterina siseó, con ganas de propinarle un puñetazo—. No te saldrás con la tuya.

—¿Quieres apostar? —Su cabello desordenado sobre sus hombros, incrementaba ese salvajismo animal en su mirada.

Ella endureció la mandíbula y empuñó las manos para controlar los espasmos involuntarios en su cuerpo. En el pasado se midió con muchos hombres que pretendieron doblegarla; él no sería el primero.

—Mi abogado se encargará de demostrar mi inocencia —dijo con firmeza, pese a que las piernas le temblaban. La virilidad de Alexey se manifestaba, más allá del olor corporal de unas horas de pasión. Todo él, era fuego candente, que quemaba con su cercanía.

Este se carcajeó.

—Dudo mucho que *ese ebrio* gane el juicio. Mis abogados son los mejores en todo el continente. Lo aplastarán.

Ekaterina acercó su rostro más a él. Sus labios, una línea apretada, y sus ojos marrones se tornaron como el ónice, líquidos y diabólicos.

—Eres despreciable —espetó—. Te acuestas con mujerzuelas y pretendes continuar casado conmigo. ¿Por qué? No te amo, y tú no conoces lo que es el amor. —A los hombres no había que amarlos, sino gozarlos y ya. Estos eran desagradecidos en cuanto a asuntos del corazón se refiere.

Alexey contuvo las ganas de tomar su rostro y estamparle un rudo beso en los

labios, para demostrarle que estaba equivocada.

—Y tú, ¿sí? —la cuestionó, recordando que ella le presumía sus aventuras extramaritales.

Ekaterina trató de recomponerse, obligándose a apartar sus ojos de los de él.

Sus cinco sentidos se dispararon en una alerta roja de huir despavorida de allí. El aroma de su piel, aunado a la maravillosa vista que le obsequiaba su fuerte musculatura, hacía que perdiera la compostura.

—Una vez te entregué mi corazón —reprochó, dolida—, y lo pisoteaste. No me acuses por algo que tú provocaste.

Apesadumbrado, Alexey le alzó el mentón, para buscar su mirada.

— *Katia...*

—¡Deja de llamarme así! —gritó sacudiendo su rostro—. Hace mucho que se perdió esa confianza. Aquí... —señaló entre los dos—. Ya no hay nada. Es un vacío negro.

Alexey intentó acariciarla, pero ella lo manoteó.

—Retira la acusación y dame lo que me corresponde —amenazó—. Y te garantizo que me largo del país en un tronar de dedos.

Él sacudió la cabeza.

—De mí no obtendrás nada, si no cumples con lo que te exijo.

Ekaterina gruñó de frustración.

—¡No haré tal cosa!

—Entonces, procederé.

La vampira entornó la mirada, amenazante.

—Eso lo veremos.

Y en dos zancadas, se dirigió hasta la puerta, azotándola tras de sí.

Le arrancaría la mitad de su patrimonio y el prestigio del que tanto presume.

El enfrentamiento Kuznetsov *Vs.* Kuznetsova, daba inicio.

Por otro lado...

Samara escuchaba con atención todo lo que abajo se decía. El temor por perder a su amante, se disipaba, abriendo paso a una sensación de triunfo.

Averiguaría bien, ante qué Ancianos, se llevaría el pleito; si los de Nueva York o los ubicado en la vieja Londres. De ser allá, las posibilidades de que esa mujer ganara, serían casi nulas. Dichos Ancianos, eran machistas y rencorosos. Y ella sabía muy bien cómo aprovecharse de ello.

Además, a las tipas que se metían en su camino, las aniquilaba.

A más de una borró del mapa, cuando estas se tornaron peligrosas para sus planes: convertirse en la nueva señora Kuznetsova.

Y, para ello, tendría que deshacerse de la más peligrosa de todas.

La Roja.

Capítulo 15

Una semana después.

La demanda frente al Consejo, no fue como Ekaterina lo había esperado. Se imaginó a un grupo de Ancianos, sentados en una tribuna alta, ataviados con toga negra y peluca blanca, mientras que el Gran Jurado escuchaba atento a su abogado defendiéndola y, al de Alexey, tratando de perjudicarla.

Sin embargo, dicha reunión se hizo en una pequeña habitación, sin mobiliario

—salvo el estrado— y precedida por tres «adolescentes» británicos, de unos «quince años».

A disposición de estos, a los abogados, tanto defensor como acusador, les negaron la entrada.

Nadie intervendría a favor o en contra de las partes; menos los amigos que ofrecerían su apoyo durante el juicio; ellos fueron repelidos desde que pisaron los escalones del edificio.

Solo estaban ella y Alexey, enfrentados una vez más.

Y, ahí, es donde la vampira se llevó una sorpresa...

Alexey no la acusó ante El Consejo por robo, sino por abandono.

—¿Es consciente, usted, del delito que se le imputa? —preguntó Mars Leucetius, uno de los tres «Ancianos-adolescentes» que precedía el juicio contra ella. La miraba con dureza, sentado en medio de sus dos colegas.

Ella asintió.

—Sí, Su Señoría —dijo temblorosa. A pesar del cambio, de igual modo era un delito grave. La sociedad, hipócrita y moralista, le daría su castigo.

—¡Eminencia! —corrigió el vampiro imponiendo el rigor de su oficio. Su voz casi aniñada, denotaba que no subestimasen su engañosa juventud—. No estamos en un juicio de humanos.

Ekaterina bajó la mirada, avergonzada. Jamás estuvo en uno, ni escuchó de cómo a estos se les llamaba; solo vagos comentarios de un juicio que se llevaba a cabo a puertas cerradas.

—Me disculpo, «Eminencia». Perdone mi ignorancia.

Mars Leucetius se dio por satisfecho. En absoluto le agradaba que tuvo que

trasladarse de un continente a otro, para escuchar a una ignorante que ni siquiera se sabía dirigir con propiedad. Pero el juicio coincidió con otro de mayor

relevancia que requería la presencia de los tres jueces de forma puntual. Un caso delicado de malversación de fondos y asesinato implicado entre un destacado arquitecto y su contador.

—Es natural, proveniente de una mujer... —espetó engreído—. Suelen equivocarse a menudo.

Ekaterina empuñó las manos, para controlarse. El desgraciado era un misógino en toda regla. Y, a juzgar por la aceptación del comentario entre sus coterráneos, también lo eran.

Alexey la miró, sintiendo una profunda empatía por ella, pero no se lo demostraría. Hacerlo, equivaldría a exponer sus propios sentimientos a la audiencia.

A cambio, esbozó una expresión socarrona de la que ocultaba su sentir.

Fingir...

Habría que hacerlo, exponiendo una imagen reprochable de la que se avergonzaba. Por una actitud como esa, fueron desdichados. Si tan solo pudiera tener la capacidad de crear una máquina capaz de retroceder los años, él corregiría todos sus errores y el daño que le había causado.

Por desgracia, carecía de la inventiva y del tiempo para hacerlo.

—De ahí que el mundo se rige por hombres: las mujeres deben permanecer en sus casas, atendiendo a sus maridos —mintió, aparentando que echaba brasas al asunto.

Los Ancianos-adolescentes se carcajearon y Ekaterina miró a Alexey con

ganas de matarlo.

—Y luego lloran por los rincones, cuando estas se largan... —replicó sin medir sus palabras.

Los otros dejaron de reír.

A Alexey le dolió.

Él, más que nadie, sabía que la lloró durante trescientos años.

—Por majaderas como usted, es que los matrimonios se están acabando —

reprendió Leoncio Pemberton, el «Anciano» sentado en el extremo derecho del

estrado—. ¡Retírense! Es hora de deliberar.

Alexey y Ekaterina hicieron una reverencia para marcharse.

Ekaterina se mordió el labio, temiendo que su comentario hubiera empeorado la situación. Pero era imposible retractarse; lo hecho, hecho está, y no habría más remedio que esperar el dictamen.

—¿Qué demonios te pasa?! —Alexey le gritó, en cuanto salieron al pasillo.

Las puertas del salón se cerraban, impidiendo escuchar lo que adentro

deliberaban.

—Y a ti, ¿qué te importa? —espetó Ekaterina, cabreada. Los guardias, Vladimir —unos metros detrás de ellos— y los abogados, le hacían compañía—.

¿Te quieres deshacer de mí? Bueno, lo conseguiste.

Él dio un paso hacia ella.

—No a expensas de tu cuello —siseó tembloroso. Si a uno de los Ancianos le

daba por sentenciarla a muerte, no habría nada que hacer.

—Debiste pensarlo y firmar el acuerdo —Ekaterina reprochó—, pero decidiste

hacer la de «esposo indignado».

Alexey intentó replicar, no obstante, Vladimir consideró pertinente

interrumpirlos. A eso dos tenía que mantenerlos separados para evitar una reconciliación. Ya bastante estuvo su apellido manchado por culpa de esa mujer.

—Le sugiero que guarde la compostura —se dirigió a Ekaterina—; evidencia su falta de delicadeza.

—¡Padre! —exclamó Alexey, harto de sus intromisiones.

—Lo siento, hijo, pero si no la pones en su lugar, lo haré yo.

Ekaterina sonrió mordaz.

—Veo que los años no han aplacado tu lengua viperina, mi querido *Volodia* —expresó, taladrándolo con la mirada—. Sigues igual de venenoso.

Un gruñido bajo, retumbó en la garganta del vampiro. Detestaba que personas ajenas a su entorno íntimo, lo llamaran de esa manera. Los *diminutivos* eran de la exclusividad de sus seres queridos; no de rameritas de poca monta.

—Goce de los tres minutos que le quedan como señora Kuznetsova —replicó—, porque pronto serás una vulgar «Don Nadie».

La vampira luchó por mantener una postura fría. A ese sujeto no le demostraría cuánto odio le tenía. Fue él, quién se encargó de manchar su imagen, difamándola hasta con los peones de los barrios más bajos de Europa. Nadie

lo ponía en duda, creyendo a rajatabla todo lo que él decía. Durante décadas luchó para limpiar su reputación, pero Vladimir, moviendo sus largos tentáculos, se lo impedía; hasta que se dio por vencida, y decidió ser lo que tanto pregonaban.

—Espero que el tiempo pase rápido, para verme librada de ustedes —graznó con un nudo en la garganta—. Hasta entonces, tendré que soportarlos. —Fingió un suspiro melancólico—. Falta poco...

Alexey sintió que le apuñaló el corazón. Las promesas que se hicieron un día, se esfumaron, gracias a que él no cumplió a cabalidad con las suyas.

Se lo tenía merecido.

Sin advertencia previa, las puertas se abrieron, y uno de los guardias, hizo una seña para que los litigantes ingresaran.

Pero, en esta ocasión, tendrían testigos: Vladimir y los abogados, tuvieron acceso. El patriarca movió sus influencias para estar presente.

Los Antiguos se sentaron, detrás del estrado, y uno de los guardias, apostado a los lados, pidió silencio en la Sala.

—Durante milenios, las leyes se implementaron para mantener el orden y las costumbres entre nuestra especie —dijo Mars Leucetius entre sus dos colegas —, castigándose a aquel que osara en cuestionarlas. Nadie tenía, ¡ni tiene! —miró con severidad a Ekaterina—, el derecho a desobedecerlas. Su afrenta sería tomada como un acto de rebeldía. De pasarlo por alto, la anarquía se extendería por los cuatro hemisferios, provocando confrontaciones bélicas que amenazarían nuestra presencia ante los humanos.

»Cabe destacar, que también las leyes se imparten dentro del hogar de cada Nocturno, sea pobre o adinerado, humilde o de alcurnia. Al desestimarlas, engendrarían sentimientos corruptos.

»La mujer está para su marido, y no el marido para *esta*. ¡Lo dice la ley! —

exclamó para que le entrara en la porfiada cabeza a la vampira—. Debe ser sumisa, grácil, y cumplir como esposa abnegada. Si no lo hace, se le escarmentará. Lo usual es que, para este tipo de casos, el encierro por unos días, sería suficiente, pero, en el suyo... —la señaló—, no. Usted, no solo ha desobedecido los designios de su marido, sino que ha echado por tierra las buenas costumbres que tanto nos enaltece, manteniendo una vida licenciosa durante siglos.

»La decapitación hubiese sido requerida, pero como los tiempos cambiaron, nos limitaremos a propinarle su justo castigo.

»Por lo tanto, esta es nuestra sentencia: Ekaterina Kuznetsova, dé un paso al frente.

La aludida obedeció, temblorosa, y Alexey se preocupó, esperando un castigo severo.

—Serás repudiada por tu exmarido en público, como lo dicta el Reglamento No. 436, de la Ley de Unión Marital, impuesta en 1963, para estos casos. De este modo, el matrimonio entre ustedes dos, queda disuelto y libre de división obligatoria de bienes adquiridos.

Lo que, en resumidas cuentas, Alexey no le pagaría ni un centavo a ella, meditó Ekaterina con resquemor.

—Y en cuanto a su comentario despectivo... —agregó el «Antiguo»,

entrecerrando los ojos grises como una cobra—: Diez azotes, en la plazoleta del

edificio, le hará mantener la lengua quieta. Es todo. ¡Guardias!

Estos acudieron al llamado con celeridad.

—Escolten a la pareja al lugar indicado; que todos escuchen lo que el señor Kuznetsov, hijo, tiene que decir.

—¡Eminencias, por favor, les pido clemencia! —exclamó Alexey, a su vez que los guardias se acercaban para atarle las manos a Ekaterina—. Ella no lo dijo para ofenderlos, sino que... Emi... ¡Eminencias! —los llamó desesperado, cuando estos abandonaban la sala, ignorando sus súplicas—. ¡Eminencias!

Intentó seguirlos, pero Vladimir se lo impidió.

—¡Guarda silencio o a ti también te azotarán! —reprendió el hombre, sacudiendo a su hijo del brazo con rudeza. Como el caso fue denunciado ante la Gran Corte, ninguna autoridad proveniente de Europa del Este, tenía derecho a pedir represalia o a implorar perdón. Si bien el juicio del conflictivo matrimonio, se ejecutó en tierras americanas y no en terrenos de la Gran Bretaña, no dejaba de ser peligroso; los jueces encargados del dictamen, se los conocía por su ambivalencia, en cuanto a la amistad se refiere. A estos se les hacía fácil, sesgar una vida, si consideraban que fueron irrespetuosas.

—¡¡No me importa!! —gruñó Alexey con ganas de asestarle un puñetazo a su padre. Por él, pasaban esas penurias.

—Pues vas a tener que soportarlo, porque si intervienes, me encargaré de que a esa mujer la desaparezcan enseguida.

Alexey enrojeció de la ira.

—No te atrevas, padre...

—Me conoces y sabes de lo que soy capaz. Me engañaste, pero no se volverá a repetir. Así que, ¡compórtate como un Kuznetsov!

Alexey, observó que los guardias le ataban las muñecas a Ekaterina hacia el frente. Ella lo miró con rabia y dolor, en medio de un mar de lágrimas.

La rodearon y escoltaron al exterior, evitando así, que algún «héroe»

pretendiera rescatarla.

El que lo hiciera, la acompañaría en la pena.

Alexey caminó derrotado, detrás de ellos, maldiciendo a su padre para sus adentros. Este sonreía, pletórico de felicidad; no consiguió lo que quería, pero con verla humillada, le complacía. Aunque, el enfrentamiento entre los dos, se daría cuando todo terminase. Se las ingenió para manipular a más de un incauto y así, hacer creer a los demás que la «demanda por robo», proseguía; cuando no fue así, a pesar de las amenazas recibidas... Sin embargo, el resultado desembocaría en un nefasto final para Ekaterina.

Y él, no estaba preparado de perderla para siempre.

Descendieron dos pisos por las escaleras y llegaron a la plazoleta interna del edificio.

Rania, quien cabeceaba de sueño, mientras esperaba a que el juicio terminara, quedó estupefacta al ver cómo escoltaban a su amiga.

Jadeó.

¿La sentenciaron?!

Oh, Dios...

Los vampiros que laboraban en las oficinas cercanas, se agolparon alrededor de esta, ante el rumor que corrió con la velocidad propia de un rayo, que surcaba el cielo y partía a la mitad un árbol. Presenciarían un hecho habitual entre las castas, pero que no dejaba de ser entretenido.

La cotilla rodaría de estrato en estrato, hasta llegar a todas las Casas Reales: el guapo ruso rechazaría a la pelirroja que fue capaz de abandonarlo.

Insólito.

Una vez en el lugar, los guardias golpearon contra el piso los estandartes con el emblema del León, exigiendo la atención de los curiosos.

Estos así lo hicieron.

Se acercaron, rodeando al pequeño grupo.

No solo presenciarían un repudio público, sino que, al parecer, castigarían a la mujer.

El cabecilla de los guardias, un sujeto de mirada ceñuda y nariz de pajarraco, dio un paso al frente y, resonando su voz, dijo:

—Por dictamen de los Maestros Ilustres: Mars Leucetius Crownmwell, Wilbur

Lambert y Leoncio Pemberton, miembros del Consejo de la ciudad de Londres,

el señor Kuznetsov, hijo, se dirigirá a ustedes para anunciar la ruptura de su matrimonio.

Los asombrados cuchicheos, se alzaron al instante.

Rania sollozó, con una mano soportando las palpitaciones en su pecho. Tantas veces que le rogó a Ekaterina de marcharse del país, y ella empeñada en hacer sufrir al otro.

Qué injusta era la vida.

—¡Silencio! —ordenó el cabecilla a la multitud, mientras que sus hombres golpeaban, una vez más, sus estandartes contra el piso para hacerles callar.

La gente obedeció, y Alexey se ubicó en el centro de la plazoleta.

Carraspeó y miró a Ekaterina, quien se mantenía tensa.

«Perdón», era lo que reflejaba sus ojos verdes a esta.

—Yo, Alexey Vladimirovich Kuznetsov, te repudio, Ekaterina Kuznetsova, por abandonarme. T-Te... —su voz se quebró y carraspeó en cuanto su padre le

lanzó una mirada inflexible—. Te repudio como esposa. Desde ahora, dejarás de usar mi apellido, cargando sobre tus hombros el desprestigio. Ya no formas parte del linaje de mi familia. Estás expulsada.

La gente murmuraba, de la menuda cotilla que se llevarían a sus casas: presenciaron el repudio de uno de los hombres más cotizados de la ciudad.

A Ekaterina le fue imposible contener las lágrimas. Pero no dijo nada.

El guardia miró al compañero que sostenía el látigo, e hizo una señal silente.

El hombre obedeció.

Obligó a Ekaterina a que se arrodillara en el piso, desgarrándole el vestido por la espalda.

Ella se inclinó hacia adelante, como si fuera a orar, con la intención de proteger sus senos. La extensión del látigo, podría abrazar su torso por completo.

Rania rezó para que su amiga no sufriera mucho dolor.

Alexey cerró los ojos, por lo que pronto sucedería. Se sentía como una piltrafa que permitía que lastimaran a la mujer que amaba.

Pero, ¿qué podía hacer?

De impedirlo, su padre se encargaría de aniquilarla.

En cambio, Vladimir sonreía con malicia, deseando ser él, el que le diera los azotes. Pero se conformaba con observar en primera fila cómo le destrozarían la espalda.

El guardia preparó el látigo, y en cuanto elevó el duro cuero por encima de su cabeza..., un grito contundente, reverberó en la plazoleta.

—¡Alto!

El guardia bajó el látigo y se volvió hacia este.

—¿Quién osa interrumpirme? —demandó enojado. Quién fuese, estaba loco o tenía rango militar para hacerlo.

—Yo —dijo un asiático de estatura media, saliendo de la muchedumbre.

Detrás de él, le pisaba los talones, un moreno, cuya imponencia, hacía estremecer a los presentes.

El verdugo y los guardias, al igual que el resto de la gente, exclamaron al verlos.

Ambos eran Adalides, representantes de las Casas del Tigre y el León, respectivamente.

—¡Mi señor, perdóneme, no sabía que era usted!

Alexey sonrió ante la oportuna llegada de su amigo.

—¡Yong! —acudió a él para abrazarlo—. Me alegra verte.

Este le devolvió el abrazo con menos efusividad. Sus ojos se clavaban en la diminuta figura femenina postrada en el piso.

—¿Qué sucede? —preguntó a quién le quisiera brindar información.

Luego de dar la debida reverencia al otro Adalid, Alexey intentó explicar lo sucedido, pero el cabecilla que precedía el castigo, se le adelantó:

—Órdenes de los Ancianos. La mujer... —la señaló—, los ofendió con su actitud.

El recién llegado, miró a Ekaterina.

—¿Y qué fue lo que hizo: les sacó la lengua?

Las risas tronaron, divertidos por el comentario.

—Estoy seguro de que así fue —secundó Edward Norris —quinto en la línea,

entre los de su mismo rango. La Casa del León, tenía la particularidad de contar con cinco Adalides en su haber. Lo que indicaba que su ejército era inmenso.

El cabecilla se mantenía erguido.

—No, mi señor. Fue grosera.

Yong miró a Alexey. Por lo visto, había logrado dar con el paradero de su esposa y llevarla a juicio. Quién sabe qué cosas se dijeron para que ella reaccionase de esa manera en un Tribunal de Primera Instancia. A los que se atrevían, les cortaban la lengua.

—Lo más probable, es que fue una afrenta menor, que se puede pasar por alto,

¿no? ¿Qué me dices, mi buen amigo, Edward: la perdonamos? —consultó al Adalid británico para alivio de Ekaterina y del mismo Alexey.

Vladimir lo miró con cara de asesinato. A buena hora ese par de mequetrefes se venían a aparecer.

—Sí; no es para tanto. Libérenla —secundó el aludido, quien ya encontraba interesante a la mujer. Muchos querían lastimarla y, otros, protegerla.

Ekaterina, Rania y Alexey, se alegraron al escucharlo.

El líder explayó los ojos, ante el mandato.

—Los Ancianos, ordenaron...

—Y yo los anulo —rebató el Adalid británico con aplomo.

—Pero...

—¡He ordenado! —elevó la voz para hacerse imponer. Un Adalid estaba por encima de cualquier juez del mundo. Sobre ellos, descansaba la seguridad del reino, mientras que, en los otros, establecían castigos, que más bien, eran

injustas.

Los guardias se reverenciaron, acatando el nuevo mandato.

Las manos de Ekaterina fueron liberadas de sus ataduras.

Alexey se quitó la chaqueta sastre para ofrecérsela, pero ella lo rechazó malencarada. ¡Cínico! Fingía para que los demás no lo criticaran.

Yong se quitó la suya, colocándosela sobre sus hombros con delicadeza. Sus uniformes militares, los dejaban para ocasiones solemnes o bélicas. En esa oportunidad, se ataviaban más casuales, sin dejar de ser elegantes.

—Espero no rechaces la mía —dijo con socarronería; feliz de verla, después de tantos años.

Ella le sonrió, tímida. Aún sus lágrimas humedecían sus mejillas.

—Gracias...

—Llévenlas a la limusina y aguarden allí por mí. —Tenía una cuenta pendiente con Alexey, de la que solo él, podía saldar.

Le tomó la mano a la vampira y besó su dorso, frente a un moscovita celoso y una rubia que aún no salía de su asombro.

—Espérame, ¿sí? —se dirigió a Ekaterina—. No tardo. —La llevaría hasta donde esta residiera para que descansara, después de tanta congoja.

Ekaterina asintió, mirando de refilón a Alexey, que se mantenía atento a lo que ellos hablaban.

—No vuelvas a propasarte con los Ancianos —la reprendió Edward Norris—.

Después no podrá ayudarla.

—Por supuesto, mi señor. Tiene usted razón: aprendí mi lección. Gracias por

ayudarme.

—Todo sea por mi amigo; él fue quien me contactó. Mira que es insistente...

—En cuanto el marido telefoneó a Yong, sobre lo del juicio, este voló a Londres para que él interviniera a su favor. Tenía la plena seguridad de que se cometía una injusticia. Su delito ya no tenía vigencia.

Ekaterina sonrió agradecida a su amigo. De no ser por él, ella estaría padeciendo el abrazo del látigo.

Se reverenció ante el británico y abrazó con cariño al asiático, consciente de que le estaría por siempre agradecida. Y sin mediar más palabras, se marchó, junto con su amiga y dos hombres corpulentos, para aguardar a que la llevaran hasta su morada.

Aún le costaba procesar sus sentimientos, que se debatían entre la alegría y el dolor. Después de tanto tiempo, un buen amigo había resurgido, pero se colapsaba por el hecho de que ya nada la unía al hombre que ella una vez amó con fervor.

La decepción destrozaba su corazón.

Capítulo 16

Vladimir gritó de frustración, una vez que el automóvil traspasó los linderos del Consejo Gubernamental, hacia la profundidad de la ciudad neoyorquina. La casquivana tenía más vidas que un gato; siempre se salvaba cuando todo lo tenía en su contra. En varias oportunidades intentó acabar con ella, ya fuese envenenándola con ajenjo, quemándola dentro de su casa y hasta propiciando una paliza. Pero en todas salía librada, como si tuviera un ángel de la Guarda.

Y ese día, tuvo uno, representado en Yong Lee, uno de los tres Adalides de la Casa del Tigre, y amigo de antaño del ingenuo de su hijo.

A él jamás le agradó ese sujeto, que parecía leer las almas de sus adversarios, con tan solo estudiar sus rostros. Lo que lo hacía peligroso, dándole ventaja

sobre los demás.

—Maldito... —gruñó, lamentándose de que estuvo tan cerca de conseguir sus objetivos. El látigo fue impregnado con ajeno; un latigazo, y la habría hecho sufrir un colapso. En cuestión de minutos Ekaterina hubiera tenido heridas graves.

Pero tenía que aparecer ese Adalid, con sus aires de dios benevolente, y detener el castigo a segundos de su ejecución.

—Muy bien. No todo está perdido —se dijo así mismo, sacando el móvil del bolsillo interno de su chaqueta confeccionada a la medida. Aún le quedaba una carta más, y se la jugaría, a riesgo de perder su tranquilidad.

Pulsó el ícono de «contactos» y buscó en la lista de conocidos que tenía almacenados, el número telefónico del sujeto que se puso a disposición hacía unos días. Había conocido a varios, pero *este* en particular, se ganó un lugar entre sus nuevos mejores amigos.

Marcó el número con la tensión propia de su enojo, mientras cruzaba el límite entre el Barrio Chino y La Pequeña Italia, sin que le afectara los aromas a especias que se desprendían de los restaurantes cercanos. Hasta el momento hizo acopio de su paciencia, dejando que otros hicieran el trabajo sucio.

Esperó a que le contestaran y en cuanto escuchó que, del otro lado de la línea, una voz crepitó, habló:

—¿Hasta dónde está dispuesto a llegar? —preguntó cansado de sus derrotas.

— *Hasta las últimas consecuencias* —le respondió su interlocutor sin titubear una palabra.

—Bien —sonrió Vladimir—. Nos vemos a las tres de la mañana en mi apartamento; tome nota... —No habría riesgo de que Alexey se apareciese.

Después de lo sucedido, dudaba que le viera la cara por una larga temporada.

El vampiro se hospedaba en El Creighton: edificio donde Dmitry tenía su apartamento. No era tan lujoso como el de Alexey, sin embargo, se conformaba

con permanecer allí unos días. Odiaba cada minuto que transcurría en esas tierras, alejado del *confort* acostumbrado y de su amada Rusia. Pero todo fuera, con tal de que Ekaterina desapareciera por las buenas o por las malas, así él se ganase un lugar en el último foso del infierno.

La luz roja del semáforo, detuvo el auto de Alexey, quien conducía sin rumbo fijo y en sentido contrario de su apartamento. Estaba intranquilo, molesto consigo mismo y con el mundo entero, recordando, las cruentas palabras expresadas a Ekaterina:

Yo, Alexey Vladimirovich Kuznetsov, te repudio...

Le dolía haberle causado sufrimiento, y más le dolía que ella se fuese con otro hombre.

Aunque Yong Lee era su amigo, le costaba soportar el aguijón de los celos.

¡Se la había llevado, refugiándola entre sus brazos!, mientras que él se quedaba atrás, con el alma hecha pedazos.

¿Qué se supone, debía hacer?

¿Detenerlo?

Por supuesto que no.

Su linaje o clase social estaba dos peldaños por debajo de los Adalides.

Una clara desventaja de la que Alexey se lamentaba; solo era un simple privilegiado que se vestía con ropa de diseñador y vivía en las residencias más lujosas. Impedirle al asiático sus intenciones de ayudar a Ekaterina, sería incrementar la animosidad que ella le guardaba.

Yong fue enfático al expresarle en la plazoleta, que la protegería de todos lo que le hicieron daño; incluso, de él mismo, que fue incapaz de comportarse como un varón. Porque solo uno, que tenía los pantalones bien puestos, hubiera protegido a la inculpada de tantas calumnias, plantándole cara a los infames que la pisotearon por carecer de quién velara por ella.

Entonces, ¿por qué se sentía como si esta lo hubiese abandonado por segunda vez?

Él fue el culpable de muchas cosas: la engañó, la repudió, la apartó de su vida.

Él... él...

La luz roja cambió a verde, permitiendo que Alexey y los demás conductores, siguieran su curso.

El tráfico se hacía más denso que de costumbre, por ser fin de semana. Los humanos se apuraban por reencontrarse con sus amigos o seres queridos, ya fuese para descansar o tomarse un trago en un sitio nocturno.

Black Moon, pronto estaría abarrotado por estos, bailando hasta el cansancio, con el deseo expreso de «ligar» y de descargar el estrés acumulado durante la semana.

Cruzó el puente entre el bajo Manhattan y Brooklyn, y luego rodó hasta llegar a Bedfor-Stuyvesant.

Era un autómatas que giraba el volante de un lado a otro, sin darse cuenta que manejaba por la zona más peligrosa de Nueva York.

El nudo que tenía atravesado en la garganta, le acrecentaba la sed. No había bebido nada desde la noche anterior. La ansiedad por lo que a ella le hubiese pasado, lo mantuvo en vilo durante horas. En sus manos estuvo detener aquello, pero su padre se habría encargado de hacérselo pagar. Era un hombre, cuyos tentáculos, se extendía más allá de la cúpula militar. Una llamada a un *conocido adecuado*, y este borraría a *su Katia* del mapa.

Impotente, rodó hasta llegar a un cabaret. Allí, toda clase de mujeres de la «vida alegre», le aguardaba. Envases disponibles en donde su cuerpo y su paladar, se satisficiera, a cambio de una buena cantidad de dinero.

Si bien, no descendió del auto, meditando que, por esa actitud, es que su matrimonio fracasó.

Apagó el motor y reclinó la cabeza hacia atrás para cerrar los ojos. Quería ahondar en los recuerdos, aunque fuese por unos minutos.

En la noche en que su vida cambió...

El carruaje de Ekaterina se sumergió entre la neblina, mientras él la observaba alejarse desde la ventana de la habitación. Se había marchado para una de sus tantas pruebas de vestuario con la modista. Solía mandar a hacer tres vestidos nuevos al mes, siendo ella una referente en cuanto a tendencias de modas.

Sonrió. Tendría un par de horas para meterse entre las faldas de la bonita neonata recién contratada. Sus generosos pechos y curvas sinuosas, le provocaban picor en las bolas cada vez que la observaba.

Tocó la campanilla para llamar al personal de servicio. El ama de llaves por lo general, asignaba a la chica que estuviese disponible, para ofrecer sus servicios de limpieza. Pero él la requería para intenciones más carnales.

—Mande, mi señor —dijo Olga, la criada, cuyo tiempo de servicio, superaba los treinta años.

—Llama a la nueva chica; que limpie este reguero —hizo un paneo a sus ropas sucias, esparcidas por el piso.

—Puedo hacerlo yo. Anais está ocupada en la cocina; el humano que trajeron, intentó escapar —la mujer sugirió con una mirada que denotaba el deseo de copular con su amo.

—¡Dije que sea ella! —Alexey alzó la voz, detestando que le llevaran la

contraria; sobre todo, una vampira de clase inferior.

La criada hizo una leve reverencia. En su rostro se reflejaba el oscuro pensamiento que pasaba por su cabeza: para tomar a la otra sobre otros términos.

Pero no le importaba que ella se disgustara, él quería sexo y lo quería con aquella joven, le gustase o no. Era el amo y, por extensión, se le obedecía. El que llegara a informarle a su esposa de sus ligerezas, les arrancaba la lengua.

En cuestión de minutos, la neonata solicitada, entró a la habitación, tras un leve golpe en la puerta.

Alexey se acomodó a lo largo de la cama; listo para ella.

—Desnúdate —le pidió antes de que esta comenzara a recoger la ropa del piso.

La aludida lo miró, atónita. Al parecer, Olga no la alertó de cuál sería su verdadera labor.

—P-pero me dijeron que...

—¿Te lo tengo que repetir? —él se impacientó. Disponía de dos horas para disfrutar de la criada.

—¿Y la señora...?

—No está. Ahora, desnúdate, preciosa, que te quiero tomar.

Ella, dudosa, se mordió el labio inferior. La primera advertencia que le hicieron al ser contratada, fue que no debía tontear con el marido. Este se aprovechaba de su dinero y apellido para montarse a todo lo que usara falda.

Pero estaba para chuparse los dedos...

No obstante, para Alexey, tal acción le indicaba que su modestia era pura

farsa. Todas fingían pureza, y tenían camino recorrido entre los de su casta.

La neonata llevó las manos hacia atrás para aflojar el nudo del delantal, y lo

hizo con tal lentitud, que a Alexey le pareció sensual.

Sonrió complacido al apreciar los turgentes senos de la vampira.

Bebería de ellos como un bebé en lactancia.

—¡Hey! ¡¡Hey!!

Alexey se despabiló, volviendo al presente. Un sujeto, de chaqueta de cuero negro, tocaba en su ventanilla.

Deslizó hacia abajo el cristal, para averiguar qué quería.

—¿Se baja o qué? —el sujeto increpó—. Aquí no es para hacerse *la paja*; para eso está *ése* lugar —señaló el cabaret—. Entre y pague por una tipa para que *se lo chupe*.

Alexey no contestó.

Encendió el auto y emprendió el camino, como un turista perdido que ignoraba su paradero.

Su cuerpo estaba detrás del volante, pero su mente, viajaba por otros derroteros. Quería recuperar a Ekaterina y renovar los votos. El futuro se mostraba desolador, si no la tenía a su lado, amándola con devoción.

Y es allí, en medio de su arrepentimiento, que giró el volante hacia Uptown.

Haría lo que fuera para recuperarla.

Incluso, arrodillársele e implorarle perdón.

Capítulo 17

Después de una hora de haber llorado sobre la almohada, Ekaterina se limpió las lágrimas con rudeza. Esa sería la última vez que lloraba por amor. A partir de ese instante, todos los hombres, humanos o vampiros, que se fueran a la porra. Ella obtendría lo que quisiera de ellos y después los desearía.

—Eso te pasa por tonta —se reprochó a sí misma—. Te ven vulnerable, y te pisotean.

Se levantó de la cama, dispuesta a volver a ser la mujer que vaciaba los bolsillos a los incautos. Pero, esta vez, usaría el nombre de soltera: Ekaterina Ivánovna Petrova. No había motivo para identificarse ante los demás con uno falso; dio la cara al mundo y pagó el precio por sus errores.

Estaba como al principio: desecha y sin un centavo. Pero le tenía sin cuidado.

Se manejaba bien en las altas esferas, deslizándose entre ellos como una serpiente rastrera. Una vez que localizara a su siguiente objetivo, le clavaría las garras y lo dejaría sin voluntad propia.

Se sentó frente a la peinadora, añorando los años en que fue humana. En esa

época, fue tan feliz e inocente, que no era consciente de la maldad que la rodeaba. Sus padres la cuidaban como un tesoro invaluable, de la que se sentían orgullosos. Gracias al cielo, que no vivieron lo suficiente para ver en lo que ella se convirtió.

Suspiró, tomando una hermosa peineta de plata y esmeraldas, que Alexey le obsequió en la luna de miel.

La seguía manteniendo consigo, como recuerdo perenne de lo que una vez perdió. Era la única joya que se llevó consigo de esa casa; lo usaba en el cabello, al momento de atrapar a Alexey con la neonata.

La observó, sin encontrarle sentido, que lo conservara por más tiempo: la peineta representaba todas sus penas.

La dobló en dos, volando por los rincones las piedras preciosas; aquellas que cayeron cerca, las aplastó con su zapato. Así aplastaba lo que quedaba de su

corazón.

En una clara demostración de lo que haría a partir de entonces, arrojó el amasijo de plata a la chimenea encendida en su dormitorio. A pesar de que el frío poco le afectaba, le gustaba disfrutar del calor que esta le brindaba. Las lenguas de fuego danzaban y los troncos de madera crepitaban ante su mirada perdida.

Tenía que ser fuerte o Alexey habría ganado, como siempre.

— *Lo siento, ella no...* —Ekaterina se alertó al escuchar a Rania dirigirse a una persona en la sala.

Afinó el oído y captó que un extraño la requería. Su voz se matizaba a través de la puerta de la habitación; por lo que la curiosidad de Ekaterina se disparó un poco al escuchar palabras sueltas como: «disculpe» «señor» «mensaje».

Ekaterina hizo un mohín. Ella no estaba para visitas. Sea lo que fuere, que este necesitara, que se regresase por donde vino.

Enseguida, el toque suave en la puerta de su habitación, anunciaba que la solicitaban.

Suspiró.

Cielos...

—Pasa, Rania. —Se cepilló el cabello, distorsionado a través de la imagen del espejo. Una acción que solía hacer cuando estaba de malas.

La rubia entró, sosteniendo un sobre en la mano.

—¿Cómo sigues? —preguntó aprensiva. Desde que llegaron del juicio, estuvo pendiente de su amiga, así esta le pidiese que la dejase sola.

El encogimiento de hombros de la vampira, fue su respuesta.

Rania la miró con pesar.

—Ya se te pasará...

—¿Qué es eso?

—¡Ah! Lo dejó un mensajero en Recepción. —Se acercó y extendió la mano para entregárselo—. Pidió que te lo hicieran llegar con rapidez.

Ekaterina lo recibió con curiosidad. ¿De quién sería?

Lo abrió y leyó la nota:

Me debes una explicación.

Mirador de Brooklyn.

21:00 horas.

Y.

A Ekaterina se le cayó el papel de las manos.

—¿Qué pasa? —Rania se preocupó. Jamás la había visto tan pálida.

Esta balbuceó.

—Es... Es... L-léelo —le dio la nota.

—¿Es quién yo creo que es?! —Rania se sorprendió—. ¿Para qué te pide, encontrarse allá? Ay, amiga, no vayas...

—Tal vez, es para hablar... —Ya decía ella que había salido «lisa» de ése rollo.

O cobrarle la ayuda, intuyó Rania con malicia. Siempre esperaba lo peor de los hombres. Ninguno, hasta el momento, se comportaba con dignidad.

Ekaterina meditaba que los modales del Adalid eran chapados a la antigua.

Jamás se anunciaba, a través de un móvil o por las redes, sino que empleaba notas escritas de su puño y letra.

Se levantó de la butaca de la peinadora y caminó hasta el armario, para estudiar su amplio guardarropa.

Hablar no haría daño.

—¿Qué usaré? —Yong era un militar de alto rango, muy selectivo.

Escogió un atuendo que oscilaba entre lo sexy y lo sencillo.

Muy ella.

Rania jadeó.

—¿Vas a ir?! ¡¡No!! Qué sabes tú lo que te pedirá a cambio por haberte ayudado.

—Yong es inofensivo.

—Como un perro con mal de Rabia —graznó la otra, desconfiando del sujeto.

Ekaterina sonrió. Si el Adalid pretendía jalarle las orejas por lo sucedido en el juzgado, se las tenía que aguantar. Su linaje e influencias le hacían que se anduviera con precaución, era el mejor amigo de su exesposo, y quién sabe si tendría intenciones ocultas.

Suspiró.

Exesposo...

Pensarlo la entristecía. Se había convertido en una más de las que fueron repudiadas por los cerdos machistas.

Se preguntaba: ¿cuántas vampiras estarían en su misma posición?

Lo más probable, que cientos.

O, tal vez... miles.

Durante los cinco minutos que tardó en ducharse y vestirse, para emprender su cita con el Adalid, Rania se cansó de aconsejarla que no lo hiciera. Pero ella le aseguró que estaría bien y que la dejase sola. Comenzaba a enojarse y prefería ser un poco grosera, que enemistarse con su amiga.

Aunque no por mucho tiempo. Siempre superaban los escollos, después de un par de días sin dirigirse la palabra.

Rania se marchó para ahogar el enfado en el bar que estuviese cerca. En el Mastrangelo no contaba con uno.

La tensión en los hombros de Ekaterina, aumentaba conforme avanzaba hacia la puerta principal. Tras esta, las tribulaciones la esperaban: la cotilla de la gente, la amenaza de Gustav, el reclamo de Yong Lee...

Quería ocultar la cabeza bajo la almohada y olvidarse de sus problemas, pero seguían allí, acechándola con crueldad. Tenía que salir al exterior y enfrentarse a la tormenta que se avecinaba.

Metió la llave de la *suite* en el bolso de mano, que hacía juego al color de su vestido y se aseguró que tuviera su móvil y un puñal por si algún evento desafortunado se le presentaba. La precaución siempre le ganaba la partida; un hábito adquirido por sus nefastas experiencias pasadas. Algunas de sus conquistas no-humanas, pretendieron prolongar las noches de pasión, más de lo que la tarifa que pagaron les permitían. La encerraban y hasta golpeaban, de un modo escabroso de ganarse su «cariño». Nunca tuvo un sujeto que velase por su seguridad; ella se valía sola, para nada dispuesta a compartir sus ganancias.

Estos eran vividores, igual de abusadores que los otros, por lo que aprendió a las malas, en portar lo necesario para librarse del peligro.

Antes de girar el picaporte, respiró profundo, percatándose que las manos le temblaban. No era una cobarde, sin embargo, dar explicaciones a un amigo

que

había dejado de hablar hacía mucho, la ponía nerviosa. En especial, si estaba en posición de sacarle en cara muchas cosas.

—¿Qué es lo que te puede pasar: que te *jale* de las orejas? —susurró, dándose valor. Lo más probable, es que el Adalid le diera el discurso de su vida.

Así que, como la valiente vampira que era, levantó la frente y abrió la puerta, decidida a enfrentarse a Yong Lee y a todo aquel que le avinagrara la noche.

Pero se topó de frente con un hombre que estaba por tocar la puerta y, del cual, le hizo temblar las piernas.

Vaya hotel cinco estrellas... Definitivamente, tendría que dar unas cuántas quejas en la gerencia.

Entre ellas, el permiso que estos concedían a todo aquel que pretendía visitarla sin previo aviso.

—Tú sí que eres descarado. ¿Qué quieres? Ya los Adalides manifestaron su sentencia: estoy libre de culpas.

—No vine a discutir contigo, *Katia*. Solo a saber si estás bien —dijo Alexey, dispuesto a olvidar la promesa hecha a su padre. Después de que ella obtuvo el apoyo de los Adalides, era intocable.

—¿No me ves? Estoy fa-bu-lo-sa. Así que lárgate, que aquí nada tienes que hacer.

Alexey escaneó su indumentaria con ojo crítico. La palabra se quedaba corta para lo que él apreciaba. Cada curva que marcaba el vestido marrón con plises en la falda, era toda una visión. La hacía lucir recatada y, a su vez, deseable, instigando al que la admirase a imaginarla desnuda.

—¿A dónde vas? —inquirió con una llamarada de celos que lo quemaba por dentro.

—A dónde no te importa. Si me disculpas... —lo empujó, para salir de la *suite* y cerrar la puerta tras de sí. Lo que menos necesitaba, era a su «ex», inmiscuyéndose en sus asuntos privados. Las ratas siempre tenían dos caras.

Alexey la siguió a lo largo del pasillo.

—Perdóname; si supieras las razones por las que...

—Me tiene sin cuidado lo que te motivó para demandarme —replicó

Ekaterina, dándose prisa por llegar al ascensor—. Ya te libraste de mí, sin pagar un centavo. Ahora, vete y sé feliz con *tus mujercitas* en el club, que yo haré lo mismo con *mis hombres*.

Él la detuvo al tomarla del brazo.

—A quien quiero es a ti.

Ekaterina se carcajeó.

Vaya incoherente...

—¿Acaso eres idiota o qué? ¡Me repudiaste en público! Me rechazaste como a una vil cucaracha. Si «tanto» me querías, ¿para qué me demandaste? Porque, vamos a estar claros: aquí lo único que nos unía, era el apellido — y *el dinero* —.

Sin este, ya no estoy ligada a ti. Así que, ¡a volar se ha dicho!

—Por favor, escúchame...

—¡No! —exclamó llorosa—. Soy consciente que tuve mis fallas y que te saqué canas con mis exigencias, pero no me rebajaría a una treta como esa.

Culparme por robo...

—Eso se cambió.

—Sí, y quién sabe por qué lo hiciste. Tal vez, te enteraste que Yong venía en camino para detenerte.

—No es así.

—¡Pues yo creo que sí! Es más: sospecho que te preocupa que él te dé un escarmiento o retire su amistad, ¿cierto?

—Ninguna de las dos —respondió Alexey, atravesándola con la mirada. Su padre pegaría el grito al cielo, en cuanto se enterase de que la buscó sin su consentimiento. Pero lo pondría en su lugar, si seguía con la insistencia de perjudicar a Ekaterina.

Y en cuanto a Yong...

Estaría dispuesto a soportar una paliza, con tal de que *su Katia* lo perdonase.

Las puertas del ascensor se abrieron, sin darle tiempo para convencerla de lo contrario. Fue estúpido al dejarse manipular por su padre y por no averiguar a fondo los verdaderos hechos. Culpable o no, Ekaterina tenía derecho a defenderse.

—Te agradecería que bajas por las escaleras. Tu cercanía me irrita —espetó ella, entrando al ascensor.

Pulsó el botón para descender hasta el vestíbulo, pero justo cuando las puertas metálicas estuvieron por cerrarse..., Alexey atravesó la mano, para impedirlo.

La vampira enfureció.

—¡Te dije que tomaras las escaleras! —gritó en cuanto él entró—. ¿Eres sordo o qué?

Alexey pulsó el botón que detenía por completo al ascensor.

Ambos se balancearon un poco, encerrados en el diminuto espacio.

—¡Acciónalo! —Ekaterina exclamó con el corazón palpitándole en la

garganta—. No estoy para...

Él la presionó contra la pared del espejo, estampándole un beso ardiente en los labios.

Ekaterina agrandó los ojos, tomándola por sorpresa.

¡Qué atrevido! La besaba, entablando dominio de pertenencia.

Aun así, era delicioso.

Le hizo recordar sus años mozos, en los que un simple beso la derretía. Por supuesto que distaba de los que él antes le daba, este era mil veces mejor; era feroz, como el que le había dado en el club.

Se inquietó cuando el calor en su cuerpo se elevó a temperaturas alarmantes.

Su centro palpitaba, indicándole que le diera al hombre, acceso a las carnes ocultas; que lo dejara dominarla y hacerla estremecer hasta perder el conocimiento.

Empuñó las manos para golpearlo, pero Alexey fue rápido, atajándolas, sin despegar los labios de los suyos. La presionó contra la pared del ascensor, evitando que ella se le escapara.

—Quieta —ordenó, leyendo sus intenciones de patearle su hombría, y de la que a su vez le abría las piernas, para acomodarse entre ellas, de modo que Ekaterina no pudiera repetir lo ocurrido en Central Park. Lo dejó aovillado en el suelo y chillado de dolor.

—Entonces, déjame ir.

—¿Y para dónde vas con tanta prisa?

—A verme con un cliente. —Mejor mentirle que decirle con quién se encontraría.

Alexey frunció el ceño.

«Cliente».

Primera vez que Ekaterina se refería a sus hombres de esa manera.

—Mientes. Lo dices para molestarme.

Ella rio indolente.

—¿Eso crees?

—Estoy seguro.

—Pues te equivocas —repuso; de una u otra forma, ella cobraba sus favores a sus amantes. Ninguno se iba indemne de sufrir un descalabro en sus billeteras.

El vampiro la presionó más contra la pared, causando que el vidrio detrás de Ekaterina, se resquebrajara. La marcaría con sus colmillos, de ser preciso, alertando a todo *recién aparecido*, que su ninfa pelirroja tenía dueño.

—¡Suéltame!

—No.

—Gritaré.

—Hazlo y morderé al que se meta.

—Serás bestia...

—Y tú, mentirosa. ¿Con quién te encontrarás? —intuía quién era el sujeto, pero le costaba aceptarlo.

—Ya te lo dije: con un cliente.

Alexey gruñó en su oído.

—Te seguiré... —Y luego le arrancaría la cabeza al maldito en cuestión.

Ekaterina se preocupó. Alexey no tenía entrenamiento militar, para enfrentarse a Yong Lee, quien comandaba un ejército desde antes de que este naciera. Era rápido, sagaz y bastante efectivo para convertir en cenizas a sus adversarios.

Por extensión, todo aquel que se le enfrentara, moriría en segundos.

—D-Déjame ir... —Sus lágrimas apunto de aflorar.

—Hasta que me aceptes de nuevo.

Ella cabeceó.

—Estás demente, si piensas que lo haré. Me humillaste y te odio por eso. —

Era un patán que siempre se salía con la suya; la odiaba, la amaba, la repudiaba, la buscaba... Un mareante «ir» y «venir», que la enloquecía.

Ante las duras palabras, Alexey la soltó.

Presionó el botón para que el ascensor siguiera su descenso.

Ir por esa senda para nada le favorecía.

—Me vi obligado a hacerlo —dijo sin revelar al verdadero culpable.

Ekaterina se atusó el cabello y alisó su vestido con ademanes toscos.

—Nadie te puso una pistola en la cabeza —increpó, mientras recogía el bolso que había caído al piso metálico y después lo acomodó sobre su hombro.

Si supieras..., pensó Alexey. Las amenazas de su padre, lo empujaron a hacerlo.

—Admito que es imperdonable lo que hice, *Katia*. Pero tuve mis razones. —Y gracias a ello, ella estaba viva.

El ascensor llegó hasta la planta baja y abrió las puertas para desdicha del vampiro.

Ekaterina corrió fuera, sin saludar a las chicas en Recepción y cruzó veloz el vestíbulo hacia la calle. Las lágrimas bañaban su rostro, enojada por permitirle a Alexey remover sus sentimientos. Estaba dispuesta a olvidarlo, a entregarse a otros brazos, y arrancarse el corazón de su pecho, para no volver a sentir jamás.

Pero él se las arreglaba en trastornarla, derribando sus barreras, como si fuera un castillo de naipes. Un estratega, que hacía palidecer hasta al general más vezado.

Limpió sus lágrimas con el dorso de la mano, mientras que, con la otra, llamaba a un taxi. La noche arrojaba a los neoyorquinos con una brisa gélida y las luces de los rascacielos en todo su esplendor.

Alexey la observaba desde las puertas del hotel, junto con el portero que se había impactado al verla marcharse tan atribulada.

El taxi se detuvo frente a ella, sin que el vampiro hiciera algo por detenerla.

Ya había hecho bastante con lastimarla.

Ekaterina se subió, dándole indicaciones al taxista de ir hasta Queens.

Allá la esperaba otro hombre que, tal vez, la ayudaría a perdonar, o...

A olvidar.

Capítulo 18

Ekaterina descendió del taxi y caminó hacia el vampiro que la esperaba sentado en una banca del mirador. Observaba, relajado, la extensión de Manhattan, sin preocuparse de ser atacado por algún enemigo. Varios de sus hombres vigilaban, pendientes al menor movimiento sospechoso, rodando los ojos de un lado a otro por el perímetro, y dejando entrever a través de la pretina de su pantalón, el mango de un arma pequeña.

Se acercó con precaución, de modo que los hombres no la derribasen.

—Hola. —Yong la saludó en cuanto percibió el perfume floral de la vampira.

Ekaterina rodeó la banca de unos tres metros de largo, y se sentó en el extremo más lejano, midiendo con precaución al Adalid. Si daba indicios de pretender tomar el castigo por su propia mano, huiría de allí en un santiamén. No se había librado de un diablo, como para caer con otro.

Este, sin mirarla, palmeó el espacio, a su lado, para que se acercara. Sus facciones pétreas se mantenían serenas, sin darle la menor señal de guardarle rencor.

Suspiró y obedeció azorada.

—Hola...

—Siempre me ha gustado este lugar. Es relajante —dijo él, manteniendo la vista fija sobre la gran urbe. De todos los lugares frecuentados, ese, sin lugar a dudas, se contaba entre sus favoritos. Las personas se sumían en una retrospección profunda de sus propias existencias.

—Debe ser duro para ti, volver al país que acobijó a tus descendientes —expresó ella sintiendo empatía—. Estar aquí y ser un extraño para ellos... —suspiró—, en eso te entiendo.

En respuesta, Yong le devolvió una sonrisa afable, que hizo que sus facciones de un adulto de «cuarenta» años, rejuvenecieran un poco. Sus ojos rasgados y oscuros, se volvieron líquidos y brillaron ante las luces citadinas que se reflejaban en ellos. Quién mejor que Ekaterina para comprender sus pesares.

Tener familia y no ser parte de esta, era doloroso. Y empeoraba más, cuando el corazón de cada uno de sus miembros, dejaba de latir.

En la actualidad le quedaba un descendiente de edad avanzada, internado en un ancianato en el Alto-Manhattan. Este nunca se casó, ni procreó, para extender las ramas del árbol genealógico hasta que los años venideros, anunciaran el

cambio de milenio. Las enfermedades congénitas le desbastaron los sueños de convertirse en padre, entregándose, en su defecto, a una existencia vacía y mundana.

Por lo tanto, para el Adalid, en un par de años, tal vez, menos, su linaje se extinguiría.

Ekaterina le correspondió con la misma sonrisa y eso la gratificó. La apariencia de Yong era aplastante, resaltando su procedencia guerrera a sus adversarios y a todo aquel que pretendiera intimidarlo. Cabello largo y lacio, barba tipo candado, rostro inexpresivo, y un metro setenta y cinco que se cubría con un traje a la medida, del que inspiraba que pertenecía a alguna mafia.

Mientras que, a ella, él procuraba demostrarle su lado más «dócil», con una calma que la tranquilizaba. Nació en Corea del Norte, en 1492, cuando el mundo extendía sus fronteras, más allá del horizonte marino. Fue el hijo del medio, de doce hermanos; el más leal a los preceptos de la época y el más valiente en cuanto al combate. Su espada era temida cuando se blandía, dejando un reguero a su paso de cabezas cercenadas y extremidades amputadas.

Al igual que él, Ekaterina se marchó de su tierra natal, solo para retornar durante la caída de la Dinastía Romanov en 1917, y no reconocer nada ni a nadie. El último miembro de su familia, murió de causas naturales en la víspera de año nuevo, de aquel entonces.

Yong la miró.

—Me debes una explicación —demandó, endureciendo la voz. Por veinte años, fueron amigos, hasta que un buen día, ella desapareció. Pero se contuvo en la limusina por estar acompañado de otras personas, que no deseaba que escuchasen lo que esta le tuviera que decir.

Ekaterina rodó los ojos hacia el conjunto de rascacielos que se alzaban sobre el río Este. Las luces los embellecía, demostrando las habilidades que los humanos tenían para erigir grandes construcciones. Entre ellos, el puente de

Brooklyn —a su derecha—, con más de cien años de haber sido construido, une a la isla con el distrito del mismo nombre.

Hermoso y duradero.

Suspiró.

—Estaba dolida —se excusó. El dolor de pillar a su esposo, revolcándose con otra, la superó.

—¿Por tanto tiempo? —Yong la reprochó—. Ni una carta... ¡Nada!

—¿Qué quería que hiciera?! —exclamó con un hilo de voz, mientras se estrujaba las manos, para tener con qué descargar su nerviosismo. Las lágrimas

pugnaban por derramarse sobre sus mejillas, enojada con todos y consigo misma

—. ¿Perdonar a ese hijo de... su infidelidad y luego tener que sonreírle a todo el mundo como si nada hubiese pasado? —cuestionó. Una triste sonrisa se dibujó

en sus labios, de la cruda realidad que afrontaba—. Se burló de mis sentimientos al buscar a otras mujeres —dijo rencorosa—. Poco le importó; porque, vamos a

estar claros: en aquél entonces, la gente también era chismosa.

Yong le rodeó los hombros y la acercó a su pecho. Lo que hubiera dado por estar ahí para salvarla del desengaño.

—Si te sirve de consuelo, después de que te marchaste, le di a Alexey una paliza. Él me contó lo que sucedió.

Ekaterina rio entre lágrimas. Para el resto de la sociedad, el único crimen que se cometió, fue que ella lo abandonó.

—Te lo agradezco. Quería hacerlo yo, pero mis pobres músculos...

Permanecieron abrazados, admirando la ciudad frente a sus ojos. En el mirador reinaba el silencio, sin que ningún inoportuno los interrumpiera. Los guardaespaldas se mantenían un poco alejados, permitiéndoles algo de privacidad. Sus ojos se clavaban en diferentes puntos del entorno, más allá de la oscuridad, incluso, donde el sentido auditivo se agudizaba más.

—Jamás vuelvas a hacerlo —reprendió Yong, mientras acariciaba con suavidad la larga cabellera ondulada de la mujer—. Me hiciste falta...

Al enterarse de la noticia, casi se vuelve loco. A la noble de Ekaterina la sacaron de su escondite, para juzgarla por sus pecados. Tuvo que pedir permiso a su Grigori, para poder viajar a América y defenderla. Sin embargo, su sorpresa fue mayor al encontrarla de rodillas para ser azotada.

—Descuida —dijo esta, recomponiéndose de su flaqueza—. No tendré más arrebatos, porque no me volveré a enamorar. —Con una vez, era suficiente.

El Adalid deshizo el abrazo y la miró consternado.

—No hables así... —replicó entristecido—. Cuando nos sentimos

decepcionados, decimos cosas que después nos contradicen. El amor vendrá a ti de nuevo, aunque estés renuente. —En el fondo de su ser, ansiaba que ella le correspondiera. Pero su amistad con Alexey, lo obligó a mantener las distancias por respeto, hasta que la perdió.

Ahora la tenía ahí...

Ekaterina lo dudó, con su corazón desgarrado en dos. Era férrea en lo que decía: nada de volverse a enamorar.

Yong le acunó el rostro, decidido a enemistarse hasta con los dioses.

—Ven conmigo —le sonrió—. Inicia una nueva vida. Ábrete al cambio...

Ella se sorprendió.

¿Qué le estaba proponiendo?

—¿En Pionyang? —Como tonta, preguntó.

—En Pionyang, Londres, Moscú, dónde sea... ¿Qué me dices? —En su mente barajaba las posibles ciudades en la que establecería su nueva residencia para estar con ella.

Ekaterina vaciló. Marcharse de Nueva York, donde no había nada para ella, y emprender un nuevo futuro, de la mano de un hombre que la apreciaba..., era tentador.

—No sé...

Él se acomodó en su puesto, controlando el impulso de presionarla.

—Piénsalo esta noche. Mañana me marcho al atardecer. —Le dio un beso sutil en la mejilla—. Estaré esperando tu respuesta.

Ella lo miró abrumada.

—¿Y Alexey?

Yong se alzó de hombros.

—¿Qué hay con él?

—Son amigos...

—Éramos —la corrigió. Que pretendieran azotarla, le resultaba imperdonable.

Se marchó, junto con sus hombres, dejando a Ekaterina pensativa en el mirador.

Esta se acomodó en la banca.

¿Qué haría?

Yong le ofrecía seguridad.

Alexey, dolor.

Y los hombres con lo que se acostaba..., más de lo mismo.

Aun así, tendría que elegir con cuidado, porque de esa manera, el camino que tomara, la llevaría a ser feliz o desgraciada.

Capítulo 19

«Aléjate de él. ¡Es mío! Ya lo tuviste una vez y lo desaprovechaste. Eres poca cosa para él. Yo soy mejor que tú. Más bella y más mujer. Sé cómo

complacerlo en la cama. Él se duerme, después de tener un orgasmo. Le

gusta que se lo mamen bien. ¿Tú sabes hacerlo? Lo dudo. Por eso él te

puso los cuernos, porque eres mala en la cama. Deberías asomarte al sol para que te derritas y librarlo a él de tu hedor.

Vete. Alexey es mío.

¡MÍO!!!!!»

Ekaterina quedó perpleja, luego de leer la nota que dejaron en el Área de Recepción. La encargada del puesto se lo entregó, tan pronto la vio cruzar la puerta del hotel.

—¿Cómo era la mujer que lo dejó? —preguntó a la joven vampira. La nota carecía de firma o seña alguna que indicara de a quién le pertenecía.

—Una humana —respondió esta, con un pañuelo de seda anudado

elegantemente alrededor de su cuello—. No le vi bien el rostro; se ocultaba con unos lentes oscuros y gorra de béisbol.

—¿Humana?! —Ekaterina se extrañó. La mujer tuvo la osadía de entrar a un hotel plagado de vampiros.

Por fortuna —para la mujer—, los empleados del Mastrangelo, obedecían a rajatabla las normas que se impartían en el hotel: todos debían mantener la sed de sangre a raya y respetar la vida de los humanos que ingresaran allí por voluntad propia, por un motivo u otro. Si alguno de ellos, hubiera estado sediento, la humana habría perecido en un parpadeo.

Observó, una vez más el papel y lo arrugó en su puño. Bonita caligrafía, pero la gramática le fallaba. Tenía un excesivo uso de pronombres personales.

Se le ocurrió que, la persona que le envió la nota, debía ser una de las amantes de Alexey, que estaba celosa. Lo más probable, la socia de este, que lo seguía como si fuera su sombra o, quizás, de las *clubbers* que bailaban en sus discotecas y, del cual, ninguna tenía idea de quién era ella en realidad. Porque, de otro modo, jamás se hubieran atrevido a escribirle semejante estupidez.

Aunque, pensándolo mejor...

La socia era vampira.

Y dudaba que esta se rebajara de esa manera.

—Gracias, Janeth, haz sido amable —expresó a la muchacha, despidiéndose, para irse a su *suite*. Después de haberse marchado Gustav a Alemania, por todo lo que descubrió de ella, permaneció allí, debido a que este pagó por adelantado un mes de estadía con todos los servicios incluidos. Según lo informado por la recepcionista, aún le quedaban días para disfrutar de ese lugar, sin costo extra.

Por cortesía sonrió a una pareja que pasó por su lado, mientras procesaba que existían personas sin oficio que se dedicaban a joder a los demás. Y pese a que la rabia se arremolinaba en sus tripas, todo el asunto le causaba gracia. La

«anónima» en cuestión, estaba desesperada.

—Que se vayan a la porra —graznó, subiendo por las escaleras, de la que el

Mastrangelo hacía alarde por ser una obra de arte, tallada por las mejores manos artesanales de la bella Italia. Que ninguna de esas idiotas, se preocupara; Alexey era libre de escoger a quién fuera y ahorcarse de nuevo con el yugo del matrimonio. Ella sobrevivió de milagro por haberlo amado y cambiado en el proceso. Si deseaban disputárselo a los arañazos, que así lo hicieran, pero que la dejaran en paz.

Había tomado una decisión, y no daría vuelta de tuerca para recomponer una relación que hacía *eones* dejó de funcionar.

Desde las sombras, Lyla se regodeaba por la proeza acabada de hacer. Fue arriesgado; pudo haberse cruzado con Alexey, como casi le ocurrió hacía unas horas, cuando este se marchó del hotel, tras la pelirroja, en lo que aparentaban, una discusión.

Le complació observar sus caras enojadas y sus manos haciendo aspavientos, con gestos molestos.

Por desgracia, sus oídos no tenían la agudeza de los vampiros; le hubiera gustado escuchar lo que ellos riñeron.

Se arrebujo en su grueso abrigo negro y se atusó la gorra, de modo que le permitiera pasar desapercibida por ahí, mientras caminaba con lentitud por la acera, calle abajo, hasta perderse de vista. Podría ser una miserable mortal, fácil de aplastar, pero era astuta en cuanto a hombres se refiere. Por algo logró escalar posiciones en la empresa, hasta llegar al puesto máspreciado. El sueldo y las atenciones de su jefe, no tenían precedentes. Ella se caracterizaba por ser paciente y poseedora de una férrea perseverancia que le hacía conseguir lo que

se proponía. Solo tenía que aguardar el momento propicio para estirar la mano y tomar lo que le correspondía. La inmortalidad y Alexey, eran su destino.

De un modo u otro.

Capítulo 20

Alexey gritó de rabia, cuando Samara le notificó la última cotilla de Nueva York: el Adalid asiático quedó flechado por los encantos de la rusa repudiada, llevándosela lejos, después de salvarla.

El rumor corrió por cada esfera de la ciudad, escandalizados por la desfachatez de esa mujer. No perdía el tiempo en conquistar a los hombres, pese a que estos estuviesen fuera de su alcance. El Adalid estaba comprometido con su cargo militar, por lo que a la Realeza había que conferirle toda su atención, sin distracción o límites que poco aportaran a la seguridad de su reino.

Por ese motivo, a Alexey le costaba comprender, en qué momento esos dos se pusieron de acuerdo, o si se veían a escondidas, manteniéndolo a él, al margen de las circunstancias.

—Deberías agradecer que se largó bien lejos de aquí —espetó Samara, sentada en el sofá. Bebía una copa de vino, brindando para sus adentros, de que su futuro suegro se saliera con la suya.

Alexey caminaba de un lado a otro por la sala, sintiendo que las paredes se estrechaban cada vez más sobre él.

—Ese hijo de... —Ni siquiera era capaz de encontrar el calificativo

peyorativo para aplicarle a Yong Lee, quien posó sus rapaces ojos en la mujer de su mejor amigo—. Lo mataré.

Samara dejó la copa en una de las mesitas cercanas, y se levantó, contoneando las caderas con sensualidad hacia su amante.

—¿Aún sientes algo por esa mujer? —Tendría que retorcerle el cuello. Una

ramera de quinta categoría no le quitaría lo que a ella tanto le había costado.

Alexey no respondió.

Samara sonrió despectiva.

—Tu silencio es revelador: ardes de celos.

—¿Desde cuándo esos dos se entienden? —preguntó Alexey, ignorando el comentario de su socia. A pesar de haberle informado al Adalid sobre lo del juicio, presumía que este estuvo a la expectativa de Ekaterina.

En una fracción de segundos pasaron millones de pensamientos eróticos de esos dos, juntos.

Le provocaba desmembrarlos, por las veces en que se burlaron de él.

—Tal vez, desde antes de que ella te dejase —respondió Samara, puyándole en la herida. Y pensar que consideró a la insolente secretaria, su rival... Esta, sin duda, era peor.

Alexey esquivó a Samara, una vez que pretendió acariciarle el torso. No estaba para sexo y, menos, para arrumacos; quería matar, estrangular, descuartizar...

Tomó las llaves sobre la mesita central de la sala y su chaqueta sastre. El aire en su apartamento, de pronto se tornó viciado.

—¿A dónde vas? —preguntó Samara, tensa de su repentina huida; cuando al ruso le daba por tomar una decisión precipitada, era para preocuparse.

Alexey caminó hasta la puerta y, al abrirla, se volvió hacia la morena.

—A buscar a mi esposa.

Y, antes de que la vampira replicara, cerró la puerta tras de sí.

Samara agrandó los ojos como platos.

Será bestia... Se lo dijo en su cara. ¡Su cara!

«A buscar a mi esposa»

Pero no se quedaría así.

—¡Alexey! —Lo persiguió—. ¡Alexey!

Abandonó el apartamento, bajando por las escaleras los setenta y seis pisos, como un bólido. Pobre de él si llegaba a atraparlo. ¿Qué era ella para ese canalla: la socia que se *tiraba* cuando le viniese en gana? ¡Pues no! Era una Oliveira, y, como tal, se le debía respeto. Alexey le dio su palabra de permanecer unidos por siempre.

Que cumpliera o le arrancaría la cabeza por mentiroso.

—¡Alexey! —gritó en cuanto llegó al subterráneo, en donde las sombras protegían a los vampiros de ser quemados, cuando dejaban sus vehículos aparcados—. ¡Alexey! —Este se subió al único que manejaba cuando quería sentir la potencia de una máquina de cuatro ruedas entre sus piernas. Un Jaguar gris plata de última generación, indómito y veloz.

Corrió detrás del deportivo, hacia la salida, sin siquiera poder subirse al suyo para perseguirlo. Uno de sus tacones se partió, provocando que trastabillara. Aun así, se quitó las sandalias y siguió corriendo descalza, cuesta arriba a través de la calzada, decidida a darle alcance.

Pero el calor del día cada vez se percibía y ella carecía de trajes antisolares o una mísera sombrilla que la resguardara del sol.

—¡Alexey! ¡¡Desgraciado!! —Se detuvo a centímetros de la línea que dividía las sombras del estacionamiento y la luz solar que provenía de la calle.

Escupió una sarta de vulgaridades, impotente de no poder detenerlo. El tonto iba a llorarle a la Roja, y ni siquiera era su mujer... Había dejado de serlo,

tan pronto la aborreció. La separación no se le daba bien, obnubilándosele el raciocinio. Si se enfrentaba al Adalid, podría morir.

Se llevó la mano al pecho ante la posibilidad y corrió hacia su auto. Por fortuna, tomó el bolso al salir del apartamento; así no tendría que regresar por las llaves y el móvil.

Si calculaba bien, se dirigía al aeropuerto.

Los vampiros no tenían la necesidad de hacerse de un pasaporte, ni pasar por engorrosos trámites aduanales para salir de un país a otro. La hipnosis se encargaba de darles a ellos vía libre por cielo, mar y tierra, sometiendo las voluntades de los humanos, sin que estos se diesen cuenta. Lo único en que sí debían respetar a rajatabla, era presentarse ante las autoridades que regían el inframundo de dicha nación, y obedecer las normas que allí impera.

Debido a las prisas que tenía, ingresó con torpeza a su Porsche blanco, y abrió el bolso sobre su regazo, buscando desesperada el móvil. Las manos le temblaban por la furia que sentía. Le urgía llamarlo, hacerle ver el error que cometía; la imagen de gran Señor, se desmoronaría en cuanto le suplicara a esa sabandija que no se marchara.

Marcó su número con rapidez.

Y el « *tuc...*, *tuc...* », sonó al instante.

—¡Contesta! —Samara rugió frustrada, a su vez que ponía en marcha el motor.

Arrojó el bolso al asiento del copiloto, sin despegar el móvil de su oreja, y pisó el acelerador en un chirriar de neumáticos. El tubo de escape expulsó una bocanada de humo de la que se levantó y se extendió por buena parte del estacionamiento subterráneo.

El auto subió por una espiral de dos pisos y emergió hacia el abrasador sol.

—Vamos, vamos... ¡contesta! —se impacientó, golpeando incesante el

volante. Alexey la ignoraba. La voz de la contestadora de su móvil le indicaba

que *llamara más tarde*—. Oh, pero me vas a escuchar... —amenazó, arrojando el suyo en el asiento contiguo, mientras vadeaba el tráfico a su paso. Las ventanillas polarizadas mantenían su identidad y seguridad física bajo resguardo

—. «A buscar a mi esposa» —imitó su voz, oprimiendo el pedal hasta el fondo

—. «Mi esposa...» ¡Ja! ¡Ya no es tu esposa, pendejo! ¡¡Es una puta que se acuesta con todos!!

Ni se fijaba qué avenida surcaba o calle cruzaba, lo único en que era consciente, es que el Jaguar cada vez se alejaba a toda velocidad.

El condenado chofer, ese día no se había presentado con la limosina, para que, al menos, Alexey no causase accidentes de tráfico. Pero le informaron que por varios días se prescindiría de sus servicios; Alexey estaría ausente de la oficina y del club por tiempo indefinido. Lo acaecido en el juzgado lo deprimió y restó las ganas de trabajar, rumiando en su refugio de cristal, del cual hasta hacía unas semanas, decenas de resbalosas ingresaban.

Tras varios tortuosos minutos de persecución, Samara avanzó por la Van Wyck Expy, hasta caer por el acceso que lleva directo al Aeropuerto JFK.

Tocó el claxon un par de veces e insultó a más de un conductor, sin que estos se dieran cuenta de la vampira que manejaba el Porsche de ventanillas oscuras.

Solo pensaban que, quién manejaba, era un lunático.

Frenó abrupto frente al terminal aéreo, midiendo los tres metros aproximados que había entre las puertas automáticas y su deportivo, a causa del sol que incidía con mayor vigor, y luego miró más allá del parabrisas, percatándose que el auto de Alexey se hallaba dos vehículos más adelante.

Lo buscó a su alrededor, sin hallarlo.

¿Dónde estaba?

—¡Caramba! —gritó enojada. Perdería el tiempo en preguntarle a la gente si vieron a un rubio correr desesperado por ahí. Alexey ya debía de estar dentro, llorándole—. Y, ahora, ¿qué voy a hacer? —se inquietó. Por él, ella tendría que exponerse a la luz del día y quemarse los pies—. ¿Cómo pudiste ser tan irresponsable? —la impulsividad de Alexey, hizo que se dejara ver por los humanos, mientras el sol calentaba.

Suspiró, sin tener más alternativa, que arriesgarse a las quemaduras.

—Muy bien —se dijo—. Uno..., dos..., y... ¡tres!

Saltó con rapidez del lado del copiloto, acortando la distancia entre la entrada y su auto.

Su velocidad hizo que se llevara por delante al guardia de seguridad, a un señor que arrastraba su equipaje y a un par de azafatas francesas. Su silueta era un borrón, que nadie, ni las cámaras de seguridad, captaban.

Sin avergonzarse que estuviese sin zapatos, Samara corrió a lo largo de los pasillos hasta llegar al área de las avionetas. Allí se detuvo frente a los ventanales polarizados, observando una aeronave salir de los hangares.

El de él. Un Falcon 8X, capaz de sobrevolar océanos sin problemas, se preparaba para despegar.

—Alexey —lo llamó desde su sitio, sin importar qué tan lejos se hallaba. El oído de los vampiros era mil veces más agudo que el de los humanos—.

Cometes un error. ¡Dile al piloto que se detenga!

De la avioneta, no hubo respuesta.

Siguió rumbó hacia la pista.

Samara se preocupó.

Lo perdía.

—¡Eres un estúpido! —le gritó—. ¡Alexey! ¡Ale...! ¡¡ALEXEYYYYYYY!!

Los cristales de los ventanales estallaron por la onda de su voz. Los humanos que estaban cerca, se arrojaron al piso, aterrados.

Samara cayó de espaldas, siendo alcanzada por los rayos solares.

—¡Por Dios, ¿qué fue eso?!

—¡¡Una bomba!!

—¡Hay una mujer herida!

Exclamaron los humanos, recuperándose del impacto. Una vez más, los «terroristas» hacían de las suyas.

Samara se arrastró hasta llegar a una de las sillas, buscando refugio entre las sombras. Le ardía medio rostro y los brazos.

Se lo cobraría caro a esos dos.

Al ruso, por ser tan idiota y a la miserable Roja, por ser la que propició todo aquello.

A ella, más que nadie, le haría sufrir un calvario.

Capítulo 21

Ekaterina se mantenía inexpresiva en la entrada que da acceso al interior de la mansión. Por lo general, ese tipo de residencia no la impresionaba, pero en esa ocasión, sí. La originalidad en que fue construida le quitaba el aliento.

Yong posó su mano por su espalda baja, mientras que la servidumbre sacaba las maletas de la cajuela del auto.

Se emocionaba por la bella compañera que tendría de ahora en adelante.
Había

esperado por ella en silencio, ansiando que la suerte le sonriera, para tenerla entre sus brazos y hacerla suya, sin que las arcaicas leyes de sus amos se interpusieran.

—Considérala tu casa —dijo solemne, conduciéndola hacia adentro. Las nubes oscuras comenzaban a ocultar el cielo estrellado, anunciando un pronto aguacero.

Ekaterina jadeó.

—Es muy hermosa —expresó, fascinada de la sencilla decoración. La mansión carecía de lujos, pero su diseño arquitectónico era para otorgar medallas. Techos altos, paredes y piso en madera rústica, y tapiada de plantas, que hacían de esta una maravillosa visión.

—¿Te gusta? —preguntó, henchido de orgullo.

Esta asintió. Su estilo personal se asemejaba a la que una vez compartió con Alexey.

Simple y acogedora.

—Siempre he amado este tipo de casas... —musitó melancólica.

Él la arropó con la mirada.

—Lo sé —admitió. La construyó pensando en ella.

El personal de servicio se apuró en ofrecerle una copa de sangre de la mejor cosecha del 68. Jóvenes saludables nacidos después de la guerra.

—Mi señor, la habitación de la dama está lista —informó el ama de llaves con

marcado acento regional. Una asiática en sus cuarenta años y vampira.

Ekaterina sonrió para sus adentros. «Dama». Hacía mucho que no la llamaban de esa manera.

—Vamos —Yong la condujo sin fanfarria.

Ekaterina subió las escaleras, un tanto tensa. Sabía que tarde o temprano, tendrían que dormir juntos. Pero, aun así, no se había hecho a la idea.

Rania casi se desmaya cuando le contó sobre su inminente partida; por esa vez, no estarían juntas. La dejaría atrás, para marcharse con un sujeto que, quizás, sería peor que el alemán. No obstante, la tranquilizó y le aseguró que sería diferente; Yong tenía costumbres arraigadas, pero con la enseñanza de que a la mujer se le debía venerar y no maltratar.

Por extensión, ella estaba en buenas manos.

Al llegar a la habitación, Yong hizo una socarrona reverencia, invitando a Ekaterina a pasar.

La vampira así lo hizo, y jadeó.

Como era abajo, era arriba.

Cama con dosel de madera gruesa, ataviada con sábanas de seda; alfombra persa a sus pies, y lámparas de bronce, alumbrando por los rincones.

La decoración, distaba de la acostumbrada por esa zona geográfica.

—Hermosa.

—Es tuya el tiempo que quieras —dijo él, detrás de ella—. No te presionaré.

Ekaterina lo miró sorprendida. El Adalid no solo respetó su silencio durante el viaje, sino que le daba espacio para que procesara el cambio.

Le dio un beso en la mejilla.

—Te lo agradezco —expresó emocionada con las lágrimas a punto de saltar.

Primer hombre que anteponía sus necesidades a las suyas.

—Te dejaré para que te refresques y descanses. Si deseas beber algo, pídeselo a Suk. Solo tienes que oprimir ése botón... —señaló hacia un receptáculo sobre

la mesita de noche—. Ella estará a tu servicio.

—Lo tendré en cuenta —respondió Ekaterina, más relajada. Si Yong seguía así, tal vez ella le saltaría a su cama, antes de lo esperado. Era excelente anfitrión.

Soltó una exhalación en cuanto él se marchó de la habitación. Se quitó los zapatos y caminó descalza hasta el baño.

Madre mía...

—Este hombre sí que tiene buen gusto —expresó al observar el interior.

Como era afuera, era adentro.

Madera, ladrillo, piedra...

Abrió la llave del lavabo y se aventó agua tres veces al rostro. El maquillaje se corrió un poco, acentuando las ojeras.

Llevaba dos días sin conciliar el sueño por todo lo acontecido.

Alexey la decepcionó una vez más, con su prepotencia y burdo machismo.

Denunciarla al Consejo, fue una canallada de su parte. Ni ella, en sus años de estafadora, hizo algo así. A quienes les vació los bolsillos, fue porque estos querían algo a cambio. Ella les ofrecía sexo y ellos dinero.

Aunque, la mayoría, pretendía que los amara.

Tomó una toalla de una estantería y se secó el rostro, mientras observaba la tosquedad de la ducha que tenía enfrente.

Una «cueva» con regadera para albergar a un contingente.

Sonrió. O al pícaro vampiro le gustaban las orgías, o adoraba lo rústico.

Salió del baño, dejando la toalla a un lado del lavabo y se detuvo, al percatarse de que la lluvia se desataba, golpeando con suavidad los cristales de las ventanas que rodeaban la habitación.

El golpeteo era suave, en una sinfonía natural que tranquilizaba.

Se acercó a una de las ventanas, para apreciar el aguacero. Afuera, el clima había cambiado en cuestión de minutos. Para muchos, representaba un

inconveniente en sus rutinas diarias, en cambio para ella, la relajaba, transportándola a su niñez. Solía correr bajo la lluvia, saltando alegre entre los charcos de agua. Su madre la increpaba, preocupaba de contraer un resfriado y, su padre, se carcajeaba por sus travesuras.

Pegó una mano en el cristal, sumergida cada vez en los recuerdos. Pero una construcción que desentonaba, le llamó la atención.

Una gran cúpula de hierro y paneles traslúcidos, sobresalía de las copas de los árboles, cercanos.

Ekaterina arqueó las cejas, fascinada.

Era majestuosa.

—¿Qué habrá dentro? —la curiosidad le picó. Se moría por saber.

Se aventuró a salir descalza de la habitación, como una niña en busca del tesoro escondido. Bajó sigilosa por las escaleras de la mansión, batiendo su melena roja por la prisa.

Por un segundo, sopesó volver, pero prefirió seguir adelante.

¿Acaso Yong no dijo que estaba en su casa?

Sonrió risueña, escabulléndose por una puerta que conectaba con el jardín posterior.

La lluvia salpicaba el suelo con gotas gruesas, que rebotaban hacia ella, empapándole las piernas hasta la altura de los muslos. Ekaterina transitó un sendero de arbustos, que apenas la protegían de la tormenta. El follaje era poco espeso; una incipiente selva que pretendía devorarla.

Y, al salir del matorral...

—Me está jodiendo... —La cúpula vista desde el ventanal, era el techo de un invernadero.

Todo sumergido en la oscuridad de la noche.

Tal lobreguez, no fue impedimento para que ella se mantuviera a distancia.

Apreciaba el interior sin problemas, gracias a su visión infrarroja.

Se escabulló dentro a través de una puerta sin cerrojo. Su cabello y ropas, goteaban el piso de baldosas de color terracota.

Jadeó.

Orquídeas, flores, trepadoras..., había por doquier. Algunas reconocidas, otras, no.

Río. ¡Qué guardadito se lo tenía el Adalid! Entre sus aficiones, se contaba el cultivo de flores.

De pronto, las luces del invernadero se encendieron, adquiriendo las flores mayor color.

Ekaterina se volvió rápido hacia la entrada.

Ups. Pillada in fraganti.

—Yo, he... L-Lo siento. Es que lo vi desde mi ventana y... bueno...

Yong sonrió. Su cabello tenía unas cuantas gotas de lluvia.

—Descuida —dijo—. Es mi refugio.

Ella se sorprendió.

—Vaya... Quién lo diría...

—Estar aquí, es gratificante —agregó él, removiendo una hoja seca de una planta—. Soy hijo de campesinos. Me gusta la tierra.

Ekaterina pensó que el aumento de la población humana, los limitaba – incluso, a ellos– a vivir en espacios reducidos de cemento y hormigón.

—Te conecta con tus padres, ¿no? —fue más una manifestación que una pregunta.

Yong asintió y se acercó, complacido de no haberse equivocado al ofrecerle su hogar. Ella era perfecta.

—Cada día de mi vida —reveló—. Los he extrañado y honrado con cada planta sembrada con mis propias manos.

Le dio un pequeño *tour* por el invernadero, mostrándole las diferentes especies cultivadas bajo cubierta. Había una colección de gardenias, pensamientos y tulipanes. Todas de desbordante belleza.

Ekaterina posó los ojos sobre una rosa, cuyos pétalos aterciopelados y de un rojo extraordinario, era más grande de lo habitual.

—Cielos... Nunca he visto una como esta. ¿Cómo se llama?

El Adalid alzó la maceta y le mostró la flor.

— *Ekaterinanoctambulus*.

Esta se carcajeó.

—Me estás tomando el pelo.

Él cabeceó.

—Es una especie nueva —dijo—. La he creado después de muchos cruces.

¿Te gusta?

Ekaterina asintió, quedándose sin palabras.

—No sé qué decir...

Acarició los pétalos de la rosa, sobrecogida del homenaje que él le rindió. Los hombres hacían lo que fuera para encandilar a una mujer con sus galanterías y obsequios costosos, del que cualquier interesada aceptaría. En Yong, sus gestos eran antiguos, sin dejar de ser caballerescos, manteniendo sus métodos para conquistar el amor, en la poesía y la belleza propia de la naturaleza.

Yong dejó la maceta en su lugar y luego acunó el rostro de la vampira.

—Te pondré el mundo a tus pies, te bajaré las estrellas y crearé un millón de rosas nuevas, con tal de que me correspondas —expresó con sus labios a milímetros de los de ella—. No importa si no es hoy o mañana. Te esperaré y te amaré hasta que mis huesos se pulvericen.

Ekaterina tembló, abrumada por sus palabras.

No quería lastimarlo, no lo amaba. Y no deseaba pertenecerle a otro.

No de esa forma...

—Yong...

— *Shhhit* —susurró él, acallando su réplica—. Déjame amarte.

Ella cerró los ojos y entreabrió los labios.

Yong los asaltó como un poseso. Si ella lo hubiera rechazado, él habría comprendido y, tal vez, insistido más tarde.

Aun así, Ekaterina interrumpió el beso.

Se separó de él, apabullada.

—Es muy pronto —dijo, aunque resultaba una estupidez expresarlo. Había aceptado su propuesta para tener una vida de concubinato, juntos. Pero, ¿qué pretendía entonces al estar allí, bajo su techo? ¿Una salida a sus problemas económicos? O la vía rápida para que se olvidara de *cierto rubio* que le destrozó el corazón.

En todo caso, tenía que ceder al cariño que su buen amigo le manifestaba.

Se lo debía a sí misma.

Capítulo 22

Después de hacer varias escalas y una entrada forzada en Pekín por cuestiones políticas, Alexey omitió su llegada a las autoridades competentes y eludió a los vigilantes vampiros, apostados en el Aeropuerto de Sunan, en Pionyang.

No razonaba. Su objetivo primordial era localizar a Ekaterina y arrastrarla de vuelta a Nueva York. Ya una vez la perdió; lucharía por ella; le diría que la amaba, que el repudio se debió a amenazas impuestas por su padre, y que su amor seguía vigente.

Corrió a través de la ciudad, prescindiendo de un vehículo para poder pasar desapercibido ante las cámaras apostadas por cada esquina a lo largo de las calles y avenidas. Se dirigía a la residencia del Adalid, en una zona poco habitada y alejada del bullicio automotor. No necesitaba hacer una profunda investigación detectivesca para determinar que él la llevó a su morada. Allí la tendría a su alcance las veces en que quisiera revolcarse con ella; tal vez, mareada con promesas vanas.

Gruñó. Al maldito le volaría los dientes por su osadía. Ekaterina era suya y de nadie más.

Al llegar a la mansión, se encontró con algunos vigilantes, custodiando el perímetro. Estudió con atención el recorrido que estos hacían y la tardanza para volver a sus puestos.

Logró eludirlos, introduciéndose en la casa con sigilo. El aroma de Ekaterina inundó sus fosas nasales, evocándole una sensación de regocijo y desazón.

Provenía de arriba, dejando una estela perfumada que lo guiaba hacia ella.

En un abrir y cerrar de ojos, Alexey corrió hasta el piso superior, mientras que la rabia se arremolinaba en su pecho, y miró de un lado a otro, la cantidad de habitaciones que se extendían por el pasillo, guardando en una de ellas a la que él tanto amaba.

Se dejó llevar por el aroma y entró en una, cuya puerta estaba sin cerrojo.

La abrió, teniendo cuidado de causar el menor ruido y permaneció estático, ante la figura que yacía en la cama. Esta dormía serena, con su cabello abriéndose como un abanico sobre la almohada.

Alexey cerró la puerta, tras de sí y caminó lento hasta ella, apreciando las curvas de su exesposa.

¿En qué diablos estuvo pensando cuando le fue infiel?

Ekaterina poseía todo cuanto hombre deseaba en una compañera: belleza, sensualidad, picardía... Le alegró la vida con tan solo tenerla a su lado. Pero fue inconforme, buscando otras mujeres.

Suspiró. Qué hermosa lucía; como una princesa de cuentos de hadas que espera por el príncipe azul, tras un interminable sueño reparador. Un beso la libraría de su embrujo o de la maldad que le hacía daño.

Y él tenía más de uno para liberarla...

Se sentó en el borde de la cama e inclinó el rostro para darle un dulce beso, de los que tenía reservados solo para ella. Por lo general, sus besos eran eróticos; nada románticos, dados para complacer por un rato y que le devolvieran el favor de igual modo. Quería sentir con Ekaterina, los

verdaderos, los que removían la tierra bajo los pies, desequilibrando toda traza de raciocinio.

Pero los ojos marrones de la muchacha, se abrieron de par en par, truncándole las ganas.

Ekaterina se sobresaltó, atemorizada.

—¡Al...!

— ¡*Shhhhhhit!* —Alexey le tapó la boca para que no gritara—. No vine a hacerte daño.

Ella frunció el ceño, incrédula de su presencia. ¿A qué había ido, entonces?

Con una expresión de mantenerse callada, se liberó de la mano del vampiro.

—¿Qué haces aquí?! —susurró, consternada. Si lo atrapaban, lo mataban por invadir propiedad privada. Los norcoreanos eran estrictos en cuanto a sus dominios; lo habían dejado patentado más de una vez en sus confrontaciones bélicas a lo largo de sus existencias.

—Vino por ti —respondió él en voz baja, despreocupado de causar una reyerta. Sus ojos se posaban sobre los de Ekaterina, manteniéndola pegada sobre la cama. Cruzó el Atlántico para recuperarla y lo haría con o sin su consentimiento. La amaba y ese amor lo orillaba a enfrentarse contra quién sea, ya fuese un dios o un militar de alto rango.

—¿Estás loco?! —trató de empujarlo sin conseguirlo—. ¿Se te olvida que ya no soy tu esposa? Puedo hacer lo que me venga en gana.

Él sacudió la cabeza. La princesa de cuentos de hadas se negaba a que su príncipe la rescatara del villano embaucador.

—Eso tiene remedio —respondió con una amenaza sosegada en su voz.

Ekaterina logró levantarse de la cama de un salto.

—¡Largo, antes de que se den cuenta de tu presencia!

—No sin ti. —Tendrían que matarlo; de allí no se marchaba sin ella.

—De ninguna manera. Soy libre de iniciar mi vida con quien me plazca. Ya no tienes dominio sobre mí. —Qué lástima que una nube negra estuviese siempre posada sobre los dos. Le hubiera encantado recibirlo con los brazos abiertos en una emotiva reconciliación. Pero él la defraudó, como tantas veces...

Alexey entrecerró los ojos, tan oscuros que causaban temor.

—Eso está por verse —siseó y la tomó con fuerza para alzarla a sus hombros como un saco de arena.

—¡Bájame! —Ekaterina pataleó—. ¡Que me...!

Ni terminó de protestar, cuando la puerta de la habitación se derrumbó de una patada.

Yong entró, junto con sus hombres.

Se arrojó sobre Alexey, impactándolo contra uno de los sillones. Ekaterina cayó de bruces en el piso.

—¿Pretendes robármela? —el Adalid lo golpeó, enojado por atreverse a llevarse a la mujer, que por tantas décadas había deseado.

—¡¿Robártela?! —Alexey rio con un hilillo de sangre saliendo de la comisura de sus labios—. ¡Jamás fue tuya!

Un puñetazo le cruzó la cara.

—Pronto lo será —respondió el otro, enardecido, mientras que sus hombres, a su espalda, se avocaban en ayudarlo. El extranjero tendría que pagar la cuota de sangre que se exigía por mancillar ese lugar con su presencia.

Alexey, pese a su desventaja, fracturó narices, brazos y hasta piernas.

Pero el número de efectivos lo superaba, siendo dominado al instante.

Yong, presa de su instinto asesino, tomó una de las espadas de sus hombres y la blandió hacia el pecho del intruso.

—¡NO! —Ekaterina gritó, corriendo hacia el Adalid, para detenerlo—. Por favor, no lo hagas.

Este la miró con el rostro transformado en la de una bestia.

—Su insolencia se paga con la muerte —gruñó.

—¡Pero es tu amigo! —exclamó escandalizada. Las adversidades no debían pesar más que la amistad—. Déjalo ir —le suplicó.

—Cometió un gran error. Es un delito. —Por esas tierras, la invasión se pagaba con la muerte. ¡Ella lo sabía! Incluso, Alexey...

Ekaterina le tomó el rostro a Yong para que se centrara en ella.

—Por favor, déjalo ir —suplicó, quitándole con lentitud la espada que sostenía, de modo que no tuviera con qué cumplir su amenaza—. Yo me quedo aquí contigo, a cambio.

—¡Nunca! —Alexey rugió, removiéndose del agarre de sus captores—. ¡Eres mía! ¡¡Mía!! —Se volvería loco de los celos si permitía que se quedara al lado de ese bastardo. No tendría paz, ni dormiría un minuto, de solo pensar que la había perdido por haber sido un cobarde.

El Adalid gruñó, causando que Ekaterina se interpusiera entre los dos.

—Yong, mírame. En honor a esa amistad que se tuvieron ustedes dos, perdónalo. Él solo se dejó llevar por su idiotez.

El aludido respiró profundo para contenerse. No cometería el error de acabar

con la vida de su rival, frente a ella.

La miró compungido.

—¿Aún lo amas?

La respuesta fue ansiada tanto por Alexey, como por el mismo Adalid.

Aunque uno esperanzado y el otro aprensivo.

La vampira no respondió.

Aun así, para Yong, su silencio dijo mucho, pues comprendía que podría tener su cuerpo, infinidad de veces, y jamás su corazón.

Dio una orden a sus hombres para que liberaran a Alexey y lo llevaran fuera de la habitación. ¿De qué le valía retenerla, si al final suspiraba por otro? La quería toda y le dolía comprobar que seguía sintiendo algo por su exesposo.

Alexey se incorporó, arrebatando la espada a Ekaterina, y apuntó la hoja metálica hacia el Adalid.

El silencio de ella le preocupó.

Los hombres se prepararon para otro enfrentamiento. Pero Yong alzó la mano, para mantenerlos calmados. El ruso no sería tan estúpido de alborotar de nuevo el avispero. Las tenía de perder.

—Debería decapitarte... —Alexey siseó, jadeante y tembloroso por la furia que sentía. Tal vez perecería a los pies de su adversario, pero no se marcharía del mundo de los vivos sin antes haber luchado por su amada.

Yong permaneció impasible.

—Hazlo —lo desafió. No tenía caso, ansiar un amor no correspondido.

Ekaterina se tensó.

—Alexey, baja la espada. No empeores las cosas.

—Me iré de aquí contigo.

El Adalid empuñó las manos, listo para darle otra golpiza, pero la tribulación de la vampira se lo impidió.

Cerró los ojos y suspiró.

—Márchense —concedió entristecido. Probablemente, en una o dos décadas, esos dos terminarían odiándose una vez más, y él estaría ahí para ella.

Alexey tomó a Ekaterina del brazo, jalándola fuera de la habitación, antes de que protestara. Pero no consiguió resistencia por parte de esta, quien se dejó llevar, aturdida por lo cerca en que él estuvo de la muerte.

La mantuvo aferrada, cuidando de que se le escapara y de que los vigilantes los atacase por la espalda. Corrieron de vuelta hacia el aeropuerto, hasta la avioneta donde los aguardaba un piloto nervioso.

—Sube —la empujó dentro de la aeronave, más que todo movido por la ansiedad. De un momento a otro, podrían caerle encima un contingente de gorilas, armados hasta los dientes para detenerlos. Yong era de los que cambiaban de opinión con facilidad.

—¡No me empujes, bruto!

—Pues date prisa.

En pleno vuelo, Alexey no dejaba de observarla.

Estaba sentada en la silla más apartada, con las piernas y brazos cruzados, y la mirada clavada en su ventanilla. Las nubes blancas y algodonosas creaban formas de las que hasta un niño se recrearía. Bastaba utilizar la imaginación, para ver figuras de animales o rostros difusos, que causaran risa. No obstante, para Alexey, no era el punto focal del cual deseara distraerse. Sino en la bella

mujer, que pretendía mantenerse callada durante el vuelo. Ekaterina lucía cabreada, con la rabia arremolinada en su entrecejo. Los pensamientos que guardaba para sí misma, debían ser severos, que ni él se atrevía a exigirle que se los revelara. Prefería darle espacio para que procesara el hecho de que, por más que se empeñara en poner distancia entre los dos, él los saldaría en un parpadeo.

Ella era suya...

—Ni pienses que me vas a doblegar —graznó, sintiendo la mirada masculina sobre su nuca—. Una vez que pisemos tierra, te dejo el pelero.

Alexey apretó la mandíbula. Por supuesto que era consciente que eso haría.

No existía un papel o juramento público de por medio que los atara.

A menos que...

—Te doy la mitad de mis bienes, si me complaces durante un mes.

La petición hizo que Ekaterina rodara los ojos por encima del respaldo de su asiento, hacia el rubio.

—¿Qué dijiste? —preguntó sin dar crédito a sus oídos. Él sería capaz de ofrecer hasta la cabeza de su padre con tal de conseguir lo que se le antojase.

Alexey se levantó, tres asientos más atrás del de ella, y se acercó al que estaba al lado para exponerle su propuesta.

Se tomó un respiro, calmando de esa manera la ansiedad que demostraba; la manga de su chaqueta estaba desgarrada a la altura de su hombro, y su cabello evidenciaba que, todo autocontrol, había quedado desecho por los puñetazos.

—La mitad —repitió—. Te firmo un documento donde lo avale. ¿Qué me dices? —El desespero por recuperarla, le hacía tomar medidas extremas. Un mes necesitaba para volverla a enamorar.

Ekaterina lo meditó.

—Los Ancianos determinaron que...

—Ya sé lo que ellos dijeron —la interrumpió—. Pero puedo hacer con mi dinero lo que me dé la gana. Y si quiero dárselo a mi ex por un mes de placer, lo haré.

Ekaterina parpadeó. ¿Sería capaz de soportar su cercanía sin caer de nuevo en su hechizo?

Si lo lograba, sería una sobreviviente.

Además de abultar su precaria cuenta bancaria...

—Con testigos y mi abogado —exigió por si acaso era una trampa, curada de los que se pasaban de listos.

Él sonrió ladino.

—Entonces, ¿es un trato? —le extendió la mano, complacido de haber ganado la batalla.

Ella vaciló, pero el diablillo que le susurraba en su fuero interno para cometer locuras, la animó a estrecharla.

—Trato —replicó con un nudo tensándose en su estómago.

Esperaba que su corazón no sufriera en el proceso.

Capítulo 23

Tan solo había transcurrido una hora desde que llegaron a la Torre Millennium, que los abogados y testigos solicitados, se hicieron presentes.

Esteban Ventura, escuchaba con atención a Thomas Montgomery, abogado de

Alexey, quien leía en la sala, en voz alta el documento pertinente. Tenía que mantener toda su atención centrada, a fin de evitar que se le pasara alguna exigencia rocambolesca o incongruencia del que saliera su clienta desfavorecida.

Ella sería capaz de rebanarle el cuello, si él dejaba pasar el más nimio de los errores.

Por otro lado, Rania escaneaba su entorno a vuelo de pájaro. El ruso no escatimaba en gastos, acostumbrado al lujo más soberbio: el *penthouse*, de 900

metros cuadrados, coronaba el piso más alto de la Quinta Avenida, con un valor, que se atrevía a calcular, superaba los 40 millones de dólares.

Sin duda, su amiga tenía para desplumarlo.

—Debiste pedir este lugar, como parte del acuerdo... —murmuró a Ekaterina,

quien permanecía sentada a su lado, luchando por no hacer visible su nerviosismo. La sala albergaba muebles contemporáneos de color negro, que contrastaba de buena manera con las paredes blancas y las esculturas antiguas.

La sencillez imperaba, sin dejar de ser exquisita, combinando lo antiguo con lo moderno. Una decoración ecléctica que cualquier diseñador de interiores, se habría enorgullecido.

Dos sujetos morenos y, del cual, Rania ignoraba sus nombres, se mantenían relegados a poca distancia del señor Montgomery, como testigos silentes de Alexey Kuznetsov. No eran guapos, más bien, feos, para su gusto personal, pero ansiaba que tuvieran una billetera abultada.

En cambio, Ekaterina escuchaba al abogado, con cierto aire de arrepentimiento.

Ay, mi madre..., graznó en su fuero interno.

En el documento se especificaba algunos puntos para que el traspaso de

bienes, fuese efectivo, y, para ello, la privilegiada en cuestión, tenía que acatar lo siguiente:

»Durante un mes, la *contratada* – o sea: ella – no podría salir de la casa, ni contactarse con otras personas, mediante ningún medio electrónico, escrito, o mensajería de terceros.

»Estar disponible para el *contratante* las 24 horas, los siete días de la semana, durante el mes en curso; incluso, en cualquier zona geográfica en dónde este lo indique.

»Usar la ropa que se le especifique, tanto dentro como fuera de la habitación.

»Complacerlo en actos sexuales, de mutuo acuerdo.

Y en ese punto, Ekaterina y Alexey intercambiaron miradas, que prometían muchas cosas.

Si incumplía en uno de los términos, el contrato se anulaba y ella tendría que abandonar la casa, con las maletas vacías.

No obstante, la vampira también impuso sus propias reglas, para protegerse de un fraude, una vez que el tiempo hubiese transcurrido.

Por lo que Alexey tendría que cumplir con lo siguiente:

Uno: Si copulan, aunque fuese una vez y luego él rompe el contrato, porque cambió de parecer, Ekaterina obtendría las casas ubicadas en Alaska, Italia y Francia.

Dos: Si se pavonea con otras mujeres y tuviera sexo con estas, el contrato se anula y, por extensión, él perdería toda su fortuna.

Tres: De golpearla o humillarla, Ekaterina tendría la libertad de abandonar el *penthouse* cuando quisiera, con un cheque firmado por un millón de dólares, en compensación por los maltratos sufridos.

Por desgracia, Ekaterina hubiese querido que el cheque fuese más gordo, pero

Alexey la convenció de lo contrario. Al igual, que no pudo meter mano a sus apreciados clubs.

—¿Están de acuerdo? —preguntó el abogado, una vez leído el documento a los interesados.

Ambos asintieron.

—Bueno, en ese caso..., firmen aquí —señaló los espacios donde debían plasmar las rúbricas.

Ekaterina fue la primera, luego Alexey.

—Hum... ¿Esto qué me recuerda? —se preguntó Rania, pensativa. Más de un libro erótico bailaba por su cabeza. Los que había leído: a los personajes femeninos las coaccionaban por diversos factores. Entre ellos: el dinero.

Por supuesto, esta era mucho más lista. Ordenó que quedara todo registrado para su cumplimiento.

El abogado carraspeó.

—Ahora, la sangre.

Le entregó la daga a Alexey. Este se hizo un corte en la mano y la pegó en la hoja.

Le entregó la daga a Ekaterina, como quien entrega una sortija de matrimonio.

Ella lo recibió temblorosa; no por el dolor que la cortada le infligiría, sino por lo que todo aquello conllevaría.

Sería su prostituta personal.

Porque de otro modo, ¿cómo se explicaba que recibiera una cuantiosa fortuna a cambio de sexo?

Aunque no sería su primera vez...

Luego de que los testigos firmaran, los abogados hicieron que, *contratante y contratada*, se estrecharan las manos.

Las de Ekaterina estaban heladas, las de Alexey, calientes.

—Una vez que nos marchemos, el acuerdo entra en vigencia —dijo

Montgomery—. Buena suerte a ambos, y que... —carraspeó— disfruten sus días, juntos.

Alexey miró a Ekaterina y sus ojos brillaron lujuriosos.

—Sí que lo vamos a disfrutar... —replicó con voz ronca.

Rania enarcó una ceja con socarronería a su amiga y sonrió. Si a ella le hubieran propuesto semejante trato, no lo habría dudado ni por un segundo. Por desgracia, ninguno de sus ex ostentaba una fortuna que valiera la pena. Todos, chicos hermosos, pero sin un centavo en el bolsillo.

Ekaterina permaneció sentada, mientras que Alexey despedía al grupo. Se le antojaba una copa de whisky para desinhibirse. Al menos, ebria sería capaz de entregar su cuerpo sin temores.

Alexey se volvió hacia ella.

—Ahora, eres mía —dijo con una voz tan gutural, que sonó como animal en celo.

Ekaterina tragó en seco.

—Sí, pues, aprovecha los días, que después no tendrás más privilegios —

replicó, cruzándose de brazos con pedantería. Sin embargo, sus tripas se retorcían de los nervios. Una vez, más estaría con él.

Alexey sonrió ladino y se sentó a su lado, casi rosándola. El perfume que usaba, se extendió hacia la vampira, envolviéndola enseguida, como tentáculos invisibles que pretendían aferrarla de por vida.

—¿Quieres beber algo? —preguntó mientras su mirada se posaba sobre los labios carnosos, ansiando con fervor despojarla de esa pintura roja con los suyos.

Al natural lucía mejor.

—Whisky e-en las rocas —esta respondió, sorprendida por ser tan tonta. ¡Era solo un hombre! Uno de los que tanto tuvo durante años.

Alexey se levantó y buscó el pedido en el bar, ubicado en el ala este de la sala.

Sirvió dos vasos, observando desde lejos a la inquieta pelirroja.

—¿Nerviosa? —sonrió ante la turbación que eso le provocaba.

Ekaterina resopló.

—¿Nerviosa yo? ¡Para nada! Anda, y apura ese trago, que tengo sed.

Se sobresaltó cuando Alexey le puso el vaso frente a su nariz, mientras se sentaba de nuevo a su lado.

Ekaterina simuló una sonrisa, mientras lo recibía.

Hora del espectáculo.

— *Nazdoróvie!* —chocó con suavidad su vaso con el de él, animándose para sus adentros a ser fuerte y no ceder ante el primer halago que le expresara. Era un inherente galán de metro noventa, que aplastaba con su virilidad a la incauta que tuviera en su radar.

Este respondió de igual modo. Los senos turgentes de la mujer, se insinuaban

a través de la blusa escotada.

Se relamió los labios.

Le quitó el vaso a la vampira, quien se había tomado un grueso trago, y dejó el suyo en la mesita central de la sala. Él también tenía sed, pero de otro tipo.

Deslizó con extrema lentitud, las tiritas de la blusa.

Ekaterina dejó de respirar.

El sujetador se descubría poco a poco, en la medida en que la blusa se deslizaba cuesta abajo por su torso.

—Hermoso... —expresó Alexey, admirando el bonito encaje negro que cubría sus senos.

Al igual que la blusa, bajó el sujetador hasta la fina cintura. Ambas prendas de vestir hacían una erótica imagen de tener atada a su cautiva.

—Apetitosa.

Magreó un seno con suavidad, provocando que Ekaterina cerrara los ojos y reclinara la cabeza en el respaldo del sofá.

Jadeó cuando Alexey posó sus labios alrededor del duro pezón.

—Oh, por todos los santos... —respiró entrecortada, sintiendo que le succionaba la vida a través de allí. Alexey pasaba su lengua alrededor de la areola, paladeando como si fuera un exquisito manjar.

Ekaterina se mantenía ajena a lo que ocurría a su alrededor, solo su atención se centraba en el placer que su «dueño» le confería.

Sus manos se mantenían flácidas a cada lado de sus caderas, sin ser capaz de levantarlas para apartarlo de sí. Su espalda se arqueaba, incentivada por el

fuerte brazo que la rodeaba y la boca pegada a su pezón.

Alexey gruñó por lo bajo, embriagado por el sabor de la piel femenina. Lo volvía loco, remontándolo a sus inicios salvajes como vampiro, cuando apenas era un recién converso del que no tenía conciencia alguna y mordía a sus presas sin ninguna compasión.

Miró a Ekaterina con absoluta lujuria.

—Abre las piernas —pidió, deslizando las manos por debajo de la falda, hacia

sus partes íntimas.

Esta obedeció, jadeante. Que hiciera con ella lo que le viniese en gana.

Era suya.

Y justo en el momento en que Alexey introducía la mano dentro de sus bragas...

El timbre de la puerta principal sonó al instante.

Alexey gruñó, molesto. Mataría al que los interrumpía.

Aun así, que se fuera a la porra. Él quería gozar.

Le dio leves masajes circulares en el clítoris de la mujer, preparándola para que recibiera su hombría.

Ekaterina se retorció de placer.

—Te gusta, ¿eh? —sonrió satisfecho.

Pero el timbre sonaba sin cesar.

—¡Maldición! —rugió, poniéndose en pie, dejando a su compañera con las piernas abiertas—. ¡Qué ganas de joder! —Golpearía al bastardo por ser tan insistente.

Ekaterina parpadeó para recuperar el aliento. Su respiración entrecortada hacia que sus pechos subieran y bajaran agitados.

Carajo, pensó, un simple toque y se derretía. Estaba en problemas.

—¿Qué diablos hiciste, insensato?! —gritó Vladimir en cuanto Alexey abrió la puerta.

Ekaterina se sobresaltó y rápido se levantó para acomodarse las ropas y el cabello. El padre de Alexey llegó sin previo aviso.

—No es de tu incumbencia —replicó el otro, enojado.

—Vaya, ¿estuviste portándote mal, sin mí, querido? —Samara preguntó al percatarse del bulto en el pantalón del vampiro.

Vladimir miró hacia este y luego hacia la mujer sentada en la sala.

Gruñó.

—¿Por qué esa ramera está aquí?

—Ya te dije que...

—¡Sí es de mi incumbencia! —exclamó el hombre encolerizado, de la que causó que Ekaterina se preocupara de recibir un golpe de su parte—. Pusiste en riesgo mis negocios por esa...

—Padre, no la ofendas más.

—Me enteré de lo que hiciste en Pionyang. Casi echas por tierra lo que tanto me costó erigir.

Alexey consideró que la cotilla era el entretenimiento de los holgazanes. De mantenerse la gente ocupada, ni se fijarían de cuántas vueltas daba el mundo.

—Nos costó —corrigió—. El sesenta por ciento es mío. —Su dinero y el éxito

acumulado, le permitieron abrirse paso en otros negocios, que nada tenían que ver con los de la familia. La recolección de sangre.

Vladimir empuñó las manos.

—¿Qué piensas hacer con ella? —inquirió con severidad, a su vez que increpaba para sus adentros a su difunta esposa por haberle concebido a un hijo tan problemático.

Alexey no contestó y Ekaterina se cruzó de brazos, airada; ya iba a ver, quién podía contra quién.

El hombre escaneó a la pelirroja y percibió el olor a sexo en el aire.

—Insensato —lo reprendió—. Te manipulará. ¿Qué te pidió a cambio para volver?

Alexey permaneció hermético. Cinco minutos antes, y los pillaban con los abogados y testigos.

—¡Contesta!

—Dinero —respondió Samara por él. La mirada de suficiencia de la descarada

le indicaba que era así.

Vladimir abofeteó a su hijo.

—Te doy una hora para que te deshagas de esa cazafortunas. El apellido Kuznetsov no se enlodará de nuevo por tu culpa.

Alexey se aguantó el dolor en la mejilla y respondió:

—Lo siento, no podrá ser. Hay un convenio entre los dos.

Samara se tensó.

—¿Qué convenio?

—Uno que a ti no te importa —espetó Ekaterina desde la sala, sopesando entre arrancarle los ojos a la latina o dejarla sin cabellera. Habrase visto que tuviera que lidiar con esperpentos como ese para conseguir sus propósitos.

Pero no tuvo precaución en medir al otro que voló hasta ella para golpearla.

Ekaterina retrocedió y cayó al piso con torpeza, encogiéndose para protegerse de los golpes.

Sin embargo, fue protegida por Alexey, quien embistió a su padre, aplastándolo contra los sillones.

—¡No la toques!

Vladimir le mostró los colmillos.

—¿Me lastimarías por una ramera?! —cuestionó ofendido—. No te reconozco, Alexey.

Este parpadeó y lo soltó. Jamás hubiera sido capaz de levantarle la mano a su progenitor, y, ahí estaba, tratando de salvaguardar a lo que más amaba.

—Vete, por favor.

—¿Qué hay de mí?! —chilló Samara, frustrada de que esa mujer se quedara con su amante.

—Lo tendrás de vuelta en un mes —respondió Ekaterina, mordaz—. Luego será todo tuyo.

Vladimir se levantó del sillón y miró a la pareja con recelo.

—¿Por qué en un mes? ¿Qué acordaron?

Ekaterina sonrió triunfal.

—Lo que siempre he querido.

Alexey la miró entristecido. El dinero era lo único que la motivaba a estar con él.

El rugido del progenitor se escuchó como el de una bestia enardecida y luego se marchó del apartamento con el mismo ímpetu a cómo había llegado hacia unos minutos. Tendría que averiguar qué, exactamente, acordaron esos dos para estar juntos.

Samara señaló a Ekaterina.

—Me la pagarás. Ya verás —sentenció, mientras se encaminaba hacia la puerta, dispuesta a cumplir con su amenaza, lo más pronto posible. De ella no se burlaría una cualquiera; la mordería, masticaría y luego escupiría.

—Me vas a disculpar, Alexey, pero... —En un abrir y cerrar de ojos, él la tomó con rudeza, estampándola de cara contra el sofá—. ¡Con cuidado, bruto!

¡¡Oye!! —chilló en cuanto la falda subió hasta su espalda y le desgarró las bragas.

—Así que el dinero es lo único que te motiva, ¿eh? Muy bien, tendrás que sudártelo —siseó, mientras se bajaba la cremallera de su pantalón. Su erección se hizo evidente al contemplar el níveo trasero.

Ekaterina intentó levantarse, pero Alexey puso una mano sobre su espalda para inmovilizarla.

—Quieta —ordenó.

—Así no —tembló de rabia. La tomaría en malos términos.

—Firmaste un contrato: debes obedecer. —Escupió en su mano y se pasó saliva por el glande, para perforarle el ano.

—¡Pero así no! ¡¡Así no!! —Ekaterina se removía con todas sus fuerzas, para

nada dispuesta a que él la redujera de esa manera. La excitación de Alexey era tan diferente a cómo pretendió seducirla al chuparle los pezones, dejándose envenenar por el padre y esa víbora rastrera, que olvidó su caballerosidad—.

¡ASÍ NO! ¡¡ALEXEY!!

Tras el grito de la vampira, Alexey reaccionó.

¿¡Qué iba hacer?! Él no era un violador.

La soltó enseguida, sin detener la patada que Ekaterina le propinó en el estómago, por ser tan cavernícola.

Su espalda golpeó el piso, con la moral hecha pedazos y sin aire.

—¡Idiota! —Ekaterina gruñó, mientras se ponía en pie para recoger las bragas

destrozadas que cayeron cerca. De todas las veces en que se sintió como una piltrafa, esa, sin duda, fue la peor. Alexey se olvidó del contrato entre los dos, para pretender descargar sobre ella, su disgusto.

Entre toses estentóreas, este se arrastró hasta el sofá y se sentó, cabizbajo.

—Perdona... —Tan solo transcurrió unos minutos en que la tuvo a su merced, y erró de forma apoteósica.

Ekaterina se secó las lágrimas, recuperando un poco la dignidad perdida.

—No debí acceder a esto..., fui una tonta. —Su maleta aún permanecía a los pies de las escaleras, aguardando a ser llevada a la planta superior—. Sigues siendo el mismo imbécil de siempre.

Él levantó la mirada compungida hacia ella.

—Te lo compensaré; solo quédate. —Estaba dispuesto a arrodillarse e implorarle perdón.

Llorosa, Ekaterina tomó su bolso que reposaba en uno de los sillones y luego levantó el asa de la maleta, para rodarla hasta la puerta principal. Era una desvergonzada, pero tenía un límite.

Nunca más.

Alexey se puso en pie, desesperado, y en una fracción de segundo le obstaculizó el camino.

— *Katia*, te lo imploro...

Ella intentó esquivarlo, sin conseguirlo.

—Vete al demonio.

Levantó las manos, tembloroso.

—Te juro que no se repetirá. No soy un violador. —Ni siquiera en sus días de Amo y Señor de sus dominios, obligaba a sus criadas a estar con él. Si estas decían que «no», era un ¡no rotundo! Claro está que luego las despedía...

—¡Pero sí un imbécil! —la otra gruñó—. Me ibas a tratar de una forma horripilante. ¡Eso no se hace! ¡¡A nadie!!

Alexey bajó la mirada, avergonzado. Él era de los que criticaban a los hombres que se dejaban llevar por el instinto, como lobos hambrientos, sin respetar la negativa del objeto de su deseo. Y estuvo a punto de ser parte de dicha *manada*.

—Me dejé llevar por el enojo. Lo siento...

—Eres un tonto, Alexey —Ekaterina masculló—. Estás dispuesto a desprenderte de la mitad de tus bienes, y te ofendes por lo que yo haya dicho.

¿Acaso no te he sido clara con que, lo único que me importa, es tu cochino dinero?

La miró, dolido.

—Así es.

—¿Entonces, a qué viene esa malcriadez tuya? Ambos firmamos un contrato en mutuo acuerdo. No a ser amo-sumisa. Porque si es *eso* lo que pretendes, déjame decirte, que estás equivocado. Leí las letras pequeñas.

—Y tienes razón —Alexey concordó—. Hagamos borrón y cuenta nueva, y volvamos a empezar.

—Como si fuera tan fácil... —Lo rodeó para marcharse. Y justo cuando tomaba el picaporte para girarlo, Alexey replicó:

—Si te vas, nada obtendrás.

Ekaterina se volvió, perpleja.

Qué desgraciado...

—¿Cómo?! Un momento... —se metió el meñique en la oreja—, deja que me quite la mugre que no escuché bien. ¿Dijiste que «nada»? Tú sí que eres bien fresco... ¡ME QUESISTE HUMILLAR! Por lo tanto, me debes un millón de dólares.

—Y obtendrás más si te quedas —replicó él con astucia—. Reconozco que te traté mal, pero si lo dejas pasar, te lo compensaré.

Ekaterina soltó el asa de la maleta y se cruzó de brazos.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué harás para convencerme? Ya todo quedó estipulado en el documento. —Aunque se respetara cada una de las cláusulas, ella obtendría la mitad de sus bienes.

Alexey se acercó, previniendo su rechazo.

—Te daré lo que sea.

Esta se sorprendió, estudiándolo con precaución. ¿Cuántas veces le prometían las estrellas y luego la estrellaban?

—¿Lo que sea?

—Lo que sea. Será mi castigo por tratarte así...

Ekaterina se tomó unos segundos para pensar: ¿Él estaría dispuesto a sufrir un castigo?

—Muy bien —puso las manos en la cintura—. Trae a uno de tus guapos amigos y que me dé una follada delante de ti. —Propuso perversa. Que se le derritieran los ojos, observando cómo otro la tomaba, y se amargara por el resto de sus días.

Alexey agrandó los ojos, perplejo.

—¡Eso jamás!

Ekaterina tomó su maleta.

—Hazme llegar el cheque con tu abogado —dijo—. Y que sea a la brevedad.

Odiaría tener que causar un escándalo. —Lo que obtendría sería una miseria, para lo que en realidad quería. Pero se conformaba; con ese dinero, se largaría a donde nadie la reconociera.

—¡No, espera! —desesperado, la detuvo—. Te doy un millón extra por cada noche que aquí permanezcas. ¿Qué me dices?

La vampira negó con la cabeza.

—Hoy: amigo – guapo – follada... Te sugiero que te des prisa, antes de que cambie de parecer y me largue del país para siempre. —Si fuera por el dinero,

ya se hubiera quedado. Pero quería lastimarlo, como él lo hizo con ella, hacía mucho tiempo.

Alexey gruñó.

—¿Por qué me haces esto, *Katia*?

—Tú lo sabes.

Él retrocedió, atribulado.

—No es por haberte sometido, sino por *lo otro*... ¿Quieres que te observe?

Los ojos de Ekaterina ardieron como el demonio.

—¡Sí! —gritó—. ¡Quiero que sientas lo que sentí yo, cuando te atrapé con esa neonata! Que se te desgarre el corazón al comprobar que tu amor no vale nada; que sufras y llores por tonto, por haber amado sin ser correspondido.

Alexey tomó una escultura que estaba cerca y la estampó con furia contra la pared.

—¡Te busqué por trescientos años! —rugió—. Te quería conmigo, de vuelta.

Te extrañaba. ¿Crees que no hubo un día en que no me arrepintiera? ¡Lo hice y muchas veces!

Ekaterina temió que la golpeará, retrocediendo hasta pegar su espalda a la puerta.

Buscó con desesperación el picaporte, pero Alexey voló hasta ella, para impedirlo.

—Durante años, los celos me carcomieron, cuando escuchaba historias sobre ti —dijo poniendo las palmas de sus manos pegadas a la puerta, encerrando a la vampira entre sus brazos—: «Por 500 rublos, te puedes acostar con

Ekaterina Kuznetsova. La mejor Aryna en toda Rusia».

Ekaterina lloró.

—En eso me convertiste.

—No te obligué a prostituirte.

—No... —reconoció—, pero me arrancaste lo bueno que había en mí. Me dejaste desecha. —La primera vez en que vendió su cuerpo, lloró por días; luego, se hizo más fácil, conforme los hombres pasaban por su cama.

El lamento del rubio, se hizo evidente.

— *Katia*... —Su nariz rozó la mejilla de la vampira, ansiando sus besos una vez más. Los dos sufrían en igual medida por errores cometidos en el pasado.

Sin embargo, estaba dispuesto a redimirse con tal de tenerla a su lado como marido y mujer.

Ekaterina alejó el rostro, molesta por su cercanía.

—¿Me quieres por un mes? —Retomó el pedido anterior con ojeriza—.

Tráeme a uno de tus amigos.

Alexey cerró los ojos, y arañó la madera, haciendo temblar a la vampira.

—Pide otra cosa. Esa no la cumpliré —siseó con los dientes apretados.

—Lo siento. Es lo único que quiero. —Que sufriera un tormento.

Él negó con la cabeza.

—Prefiero perder mi fortuna o morir a manos de mi peor enemigo, pero a ti no te veré ser tomada por otro hombre.

Ekaterina lo miró molesta.

¿No?

Eso estaba por verse.

Le rodeó el cuello con sus brazos. La seducción era su mejor arma.

—Querido, *Liosha*... Si lo haces, te aseguro que después te daré mucho

placer... —mintió. Una vez que se revolcara con el sujeto, dejaría a Alexey para siempre.

Derrotado, él asintió.

Caminó hasta la sala y recogió el móvil que cayó al piso, cuando se enfrentó a su padre.

Tomó un respiro y con reticencia, marcó el número telefónico del que podría servirle a su «ex» para sus propósitos.

Luego, lo asesinaría.

Capítulo 24

Ni bien había transcurrido veinte minutos, cuando *el solicitado en cuestión*, hizo acto de presencia. Un hispano humano, de piel morena y cabello oscuro, sonreía como si se hubiese ganado el Premio Mayor.

Entró al apartamento, oloroso a colonia y ataviado con un traje satinado, que reflejaba sus gustos costosos. Las invitaciones a orgías eran parte de su rutina; se ganaba el sustento con lo que tenía en medio de las piernas. Complacía de igual modo a hombres y mujeres, siempre que estos tuviesen cómo pagarle.

—Sabía que algún día me ibas a llamar... —ronroneó el sujeto, acercándose a

Alexey para darle un beso en los labios. Hacía meses que le dio su tarjeta de presentación, en una de esas noches alocadas en las que estuvo por el club.

Quedó tan cautivado por el ruso, que sería su esclavo si este se lo propusiera.

Alexey giró el rostro a un lado para esquivarlo.

—No te llamé por mí —explicó con frialdad, controlando el impulso de sacarlo de allí a patadas.

El sujeto se decepcionó.

—¿Entonces, a quién? —Después de todo, era un negociante en dicho rubro.

Alexey rodó los ojos hacia el fondo de la sala, indicándole en silencio de a quién debía complacer.

El sujeto siguió el trayecto de su mirada y sonrió complacido ante la despampanante pelirroja que yacía sentada en el sofá como una faraona.

No era lo que en un principio quería, pero se conformaba.

—Vaya, vaya, vaya... —caminó hasta la mujer, cuya bata de seda negra, le quedaba a la perfección—, qué preciosa eres. —Se inclinó para besarle el dorso de la mano.

Ekaterina correspondió al gesto, sonriéndole coqueta, mientras que Alexey azotaba la puerta principal. Se había cambiado de ropas para estar acorde con la ocasión.

—Gracias, eres muy amable.

—Para nada —replicó el recién llegado—. Digo lo que veo: eres un precioso *caramelito* listo para desenvolver...

Alexey gruñó por lo bajo, manteniéndose apartado. Pugnaba por acercarse y desgarrarle la garganta al humano, quien llameaba de deseo por la bella dama.

—Debo confesar que esperaba algo diferente —dijo seductor el hispano, mientras se sentaba en el borde del sofá y miraba de reojo al rubio—, pero me

complace que seas mi clienta.

¡¿Clienta?!

Ekaterina se controló de protestar. Alexey tuvo la osadía de contratar a un *gigoló*.

—Y yo esperaba a un vampiro... —graznó desencantada. A ningún elegante amigo, convocó; en cambio, un sujeto que podría estar en las páginas amarillas de la guía telefónica, se hizo presente.

El *gigoló* frunció el ceño sin comprender el comentario de la pelirroja. Pero enseguida sus ojos se iluminaron al imaginarse de cuáles serían sus intenciones.

—¿Te refieres a una fantasía erótica? —preguntó con picardía—. Porque si es así... Seré tu *Edward Cullen*, nena...

Ekaterina esbozó una sonrisa desabrida.

—Dudo que puedas —masculló, simulando su desagrado—. Aunque... —miró el bulto entre sus piernas— prometes...

El *gigoló* se hinchó de orgullo.

—Soy un toro; ya verás. ¿Quieres tocar? —Tomó la mano de la mujer, llevándola sin su consentimiento, hacia la entrepierna, y la apretó en torno al «bulto», para que su clienta palpara su dureza.

Ekaterina jadeó, divertida. El humano debía ostentar un falo de enormes proporciones.

¡Qué gusto se daría!

Pero la garganta de un animal furioso, la sobresaltó, sacándola de sus cavilaciones.

El *Latin Lover* se volvió hacia Alexey, inquieto.

—Huy, ¿qué fue eso? ¿Tienen perros o qué? —Tal vez, un rottweiler o un dóberman, a juzgar por el gruñido.

Alexey, quien permanecía al lado de la puerta, cabeceó con ojos sombríos.

¡Cómo deseaba agarrar al maldito y arrojarlo por el balcón! Sería una mancha roja en el pavimento, tras caer desde el último piso.

El *gigoló* sonrió nervioso; por alguna extraña razón, se preocupó.

Sin embargo, la pelirroja lo tomó del mentón, haciendo que la mirara.

—Dime, ¿de dónde conoces a mi exmarido? —Que se ganara cien millones de dólares, si Alexey entabló amistad con este para intercambiar parejas.

El *gigoló* arqueó las cejas, sorprendido.

—¿«Exmarido»? Vaya... —Estuvo con parejas de casados, novios, comprometidos en matrimonio, pero jamás con divorciados. Todo tenía una primera vez.

Ekaterina hizo un gesto de pereza.

—Es una historia larga y tediosa de contar —dijo—. Así que, dime: ¿de dónde se conocen? ¿Alguna *amiguita* en común? —Lo más probable es que fuese así.

Alexey fue astuto al llamar al libidinoso humano que tenía pinta de fornicar hasta las ancianas, con tal de que le dieran la cifra correcta.

—De Black Moon —dijo.

Ekaterina miró de refilón a Alexey.

¿Por qué no le extrañaba?

—En ése lugar se puede encontrar lo que sea... —masculló molesta. Putas, vampiros, *gigolós*, humanos dispuestos a que les drenaran la sangre. El averno en su máxima expresión: lleno de pecadores.

Incluso, ella.

Desabotonó la camisa del hombre para acariciar su torso.

Este jadeó.

—Sí... —miró al ruso—, lo que sea... —Qué desafortunado que siguiera renuente a estar con él. Lo que disfrutarían juntos.

Ekaterina sonrió.

—Y... —le lamió el pecho desde el abdomen hasta el cuello—, ¿cuántas posiciones conoces? Apuesto a que muchas... —La silla, el potro, la carretilla; el que fuera, le serviría para que el otro ardiera de celos.

—¡Me las sé todas! —respondió el *gigoló*, enronquecido—. Tú ordena y te lo haré.

— *Wow*, eres un semental.

—Lo soy.

La vampira miró a través de sus largas pestañas a su exmarido.

—Querido, ¿por qué sigues, ahí, parado? ¡Ven y siéntate, para que disfrutes!

Que la vamos a pasar tan rico...

Alexey —apunto de hacer erupción— se sentó en el sillón frente a la pareja con ganas de descuartizar al *gigoló* con sus propias manos.

En cambio, el otro se apuró por quitarse la chaqueta y la camisa, para

desnudarse y mostrar su musculatura, de la que por tantas horas había ejercitado en el gimnasio.

Ekaterina hizo lo mismo con su bata, dejando visible la vulgar lencería.

El *gigoló* y Alexey agrandaron los ojos.

Válgame mujer...

Apetitosa.

No obstante, Alexey sufría porque no sería él, quien se *comería* a su ex.

—Palomita, qué buena estás... —aduló el humano, tumbándola a lo largo del sofá, para acomodarse entre sus piernas y enterrarse en ella. El pago que le darían, sería una bonificación extra. La pelirroja era una diosa candente que disfrutaba del sexo sin inhibiciones. Afrodita en carne y hueso.

Pasó su lengua con lentitud entre sus labios rojos; más lamiéndola que besándola. El sabor de su carmín era delicioso. Una mezcla que no sabría determinar si chocolate o caramelo. O tal vez, los dos. Los carmines de las mujeres tenían la particularidad de incrementar el apetito sexual en los hombres.

Se arrodilló sobre los cojines y se bajó la cremallera, dejando al descubierto *el motivo* que arrancaba miles de orgasmos a sus clientes.

Ekaterina jadeó.

—Qué anaconda...

Alexey enterró las uñas en los apoyabrazos, desgarrando el cuero.

Lo mataba. ¡Él lo mataba!

El *gigoló* se tumbó sobre Ekaterina, atacando sus labios con voracidad. La dejaría desfallecida, y que Dios le concediera después, *gozarse* al rubio.

Pero los besos le supieron insípidos a la vampira, quien comenzaba a sentirse incómoda.

Por más que se esforzara por estar con el sujeto, no lograba excitarse. Sus músculos estaban rígidos, ansiosa por desaparecer de allí y enterrar su cabeza bajo la almohada, como el avestruz. No era lo mismo hacerlo con uno de sus amantes, a solas, que delante de Alexey.

Se sentía sucia.

—E-espera... —Puso una mano sobre el hombro del *gigoló* para que se detuviera. Su «anaconda» vadeaba su estómago, preparado para introducirse entre sus pliegues vaginales.

Este la ignoró, concentrado en magrearle los senos.

—Detente. ¡No puedo! —Alexey se tensó al escucharla—. ¡¡Detente!!

Justo antes de que ella lo empujase lejos, el vampiro apartó al *gigoló*, lanzándolo hacia el vestíbulo como si fuera una muñeca de trapo.

El humano cayó, golpeándose las costillas.

—¿¿Qué les pasa?! —se quejó adolorido. Lo que le pagarían no sería suficiente para compensar los golpes.

—¡LARGO! —gritó Alexey, arrojándole las ropas a la cara, y dejando atrás los escrúpulos que siempre lo contenían para asesinar.

Después de subirse la cremallera del pantalón, el *gigoló* se puso la camisa y recogió enojado la chaqueta del piso.

—Están locos los dos —espetó, arrepentido de haber puesto un pie en ese apartamento. Además de que jamás volvería a Black Moon, por muy sexy que estuviera el ruso. Sus arranques de celos dejaban mucho que desear.

De ahora en adelante, fijaría una nueva norma: los arrepentimientos de sus clientes, se cobrarían de todas formas.

Ekaterina se cubrió con la bata, sintiéndose pésima consigo misma.

No tuvo el valor de hacerlo frente a Alexey; era demasiado cruel y perverso, y ella no era tan villana.

Alexey la miró, enojado.

—¿Contenta?

—Yo...

—Vete, quédate, ¡haz lo que quieras! Ya no me importa.

Ekaterina se levantó rápido del sofá, para excusar su actitud.

—Me equivo... ¡Alexey!

La puerta principal se abrió y se azotó a su vez. Alexey se marchó, dejando la réplica de la vampira interrumpida.

Ekaterina sollozó, avergonzada de sus actos. ¡Hasta cuándo se tenía que dejar comandar por sus impulsos! Rania, en reiteradas ocasiones le aconsejó mantenerse alejada de su exmarido y de aquellos que pretendían dominarla. El rencor era una mala consejera, de la que siempre orientaba hacia el camino incorrecto. Si quería reanudar su vida, tenía que perdonar y olvidar...

Ahora, lloraba desolada.

Por otro lado, Alexey tomaba rumbo hacia un lugar indeterminado. Mejor poner distancia entre los dos, antes de que ambos se dijeran cosas de las cuales, después se arrepentirían.

Durante años, luchó con la idea de que ella fuese una cualquiera. Que todo lo que la gente decía, eran mentiras; que exageraban, incluso, Ekaterina, motivada más por el odio, que por la experiencia misma.

Que, a pesar de todo, seguía siendo su dulce *Katia*.

Pero se equivocó, comprobando de primera mano, que todos tenían razón.

Y eso le dolía.

Abandonó el edificio en su flamante auto, con el deseo expreso de respirar aire fresco. Necesitaba alejarse de allí y olvidar, ahogando su certeza en el licor o hasta que perdiera la cordura.

Ella lo había lastimado una vez más.

Capítulo 25

—Con ése van diez. Si sigues así, te acabarás el licor en Black Moon —expresó el barman con socarronería, mientras limpiaba unas copas, detrás de la barra. El club seguía sin abrir para los humanos, faltando escasas horas para llenarse de estos.

Alexey medio sonrió y alzó el vaso, pidiendo que le sirviera otro.

— *Ssssoy* el dueño —se excusó con la lengua adormecida. Por más vampiro que fuera, los efectos del alcohol, le afectaban.

El barman, un sujeto de origen italiano, sacudió la cabeza ante el comentario.

Pocas veces este se sentaba en la barra, para ahogar sus penas. Y siempre sucedía en determinadas épocas del año.

—¿*Ella* de nuevo? —preguntó, intuyendo que se trataba de la misma mujer.

Aquella que, por tantas veces, su jefe describía con añoranza.

Alexey apuró el trago en cuanto se lo sirvieron y respondió:

—La *misssssma*.

El otro lo miró.

—He oído que está en la ciudad, ¿es cierto? —Alexey asintió—. ¿Cómo lo estás tomando?

—Con hielo... —Levantó el vaso para que lo llenara. Entre más tomara, sus

pensamientos se disipaban.

—Me refiero a lo de su esposa. —Escuchó rumores de que había estado en el club, pero le costaba creerlo.

—«Ex» —corrigió—. *¿Y dddónde está mmmi trago?*

—Jefe, estás muy ebrio...

—¡Otro! —Sonó la palma contra la barra, mientras que el barman parecía que se multiplicaba por tres y luego se volvía uno en un abrir y cerrar de ojos.

Este no tuvo más remedio que obedecer. Donde manda capitán, no manda marinero.

Después de que Alexey se desmayara sobre la barra, el barman pidió a dos vigilantes que lo llevaran al Área VIP y lo dejaran allí para que pasara la borrachera. Los humanos comenzaban a llegar, dispuestos a pasarla genial. Esa noche, un grupo londinense tocaba en el club, prometiendo el mejor espectáculo musical.

Los pies de Alexey se arrastraban por el piso, mientras que sus brazos, rodeaban a cada vigilante que lo sostenían. Su cabeza colgaba hacia adelante, tapado por sus mechones rubios. Ni idea tenía de lo que sucedía a su alrededor, todo permanecía a oscuras, con susurros irreconocibles y un estremecimiento en su cuerpo que lo azoraba. Flotaba en la nada, como si estuviese muerto. Tal vez, era así, por la forma en cómo se sentía.

Los vigilantes lo dejaron a lo largo del sofá, procurando que estuviese cómodo. Las puertas que daban al balcón y las del pasillo, se cerraron, para brindarle un poco de paz. De ese modo, la música y la algarabía de los humanos no lo molestarían.

Permanecieron afuera, pendientes de que nadie interrumpiera su recuperación.

Si despertaba intoxicado, serían incapaces de controlarlo.

Un taladrante dolor en las neuronas, golpeó a Alexey, tan pronto recuperó la conciencia. El mundo le daba vueltas y la sed se tornaba insoportable, tras sentir que la garganta le ardía como brasas. Pasó saliva y le supo amarga, haciendo un gesto de desagrado por el aliento apestoso que tenía. Había ingerido una buena cantidad de whisky 18 años que, si le lanzaban un fósforo encendido a su boca, estallaba.

Intentó levantarse del sofá, pero sintió que algo lo aplastaba. Era peso muerto, del que desprendía un perfume cítrico que le revolvía el estómago y despabilaba su entumecido cerebro, para su desdicha. Los *flashes* de besos, caricias asquerosas y lloriqueos, le asaltaban, causando que la rabia se apoderase de nuevo de él. ¡Era una arpía sin corazón!, que no descansó hasta sacarse la espinita que tenía clavada en su ser.

Enfocó la mirada, entre aturdido y curioso, para quitarse el peso de encima, pero se percató que una morena, dormía bien campante aferrada a su pecho, tras la noche de copas que, evidentemente, habían tenido los dos.

¿Y ésa?

La movió a un lado, hacia el respaldo del sofá, para que no cayera al piso. Lo más probable, una de las chicas que logró burlar el anillo de seguridad y se coló en su reservado, mientras estuvo inconsciente.

Pero se impactó al comprobar de que se tratada de otra persona.

Samara.

Pensativo, se rascó la cabeza. ¿Qué fue lo que hizo? Su socia estaba desnuda, al igual que él.

Teniendo cuidado de despertarla, se levantó del sofá y recogió las ropas esparcidas por el piso para vestirse. Hedía a sexo y licor, producto de una noche descontrolada.

—Mierda —reprochó su falta de juicio. Samara se jactaría de lo ocurrido con

Ekaterina.

Ekaterina...

Se lamentó, recordando una vez más al *gigoló* con su lengua de dromedario y sonrisa de hiena, besándola en un cuadro repugnante del que tardaría años en olvidar.

¡Argh! ¡Lo que hubiera dado por matarlo!

Sin embargo, él hizo algo más reprochable: intentó tomarla a la fuerza.

Y lo que fue peor...

Se acostó con otra mujer, sin respetar el acuerdo.

—Me va a odiar —pensó, mientras metía una pierna en el pantalón y luego la otra, y de un solo tirón hacia arriba, se las enfundó.

¿Cómo se las arreglaría para salir indemne de aquello?

Sacudió la cabeza.

¿Y por qué debería preocuparse? Ella no albergaba sentimientos por él. Su objetivo primordial era despojarlo de sus bienes. ¡Fue sincera cuando se lo gritó!

Lo único que le importaba era el dinero. «Su *cochino* dinero...»

Aun así, le mortificaba que las cosas entre los dos, dejaran de ser como antes; la trató mal, humillándola. Y no es que hubiesen sido mejores, pero fue una oportunidad desperdiciada por no haberse sentado a hablar con ella. Si tan solo la hubiera escuchado...

Ni modo..., su volátil genio repercutió en que tendría que desembolsar una gruesa cantidad de dinero.

Sonrió despectivo, mientras se abotonaba la camisa. ¿Acaso importaba? Ellos ya no eran como antes. Eso cambió desde el momento justo en que *Katia* se marchó de Moscú, decepcionada y dolida por sus engaños.

Detrás de él, Samara remoloneó sobre el sofá, a su vez que bostezaba y estiraba los brazos para desperezarse. Las extremidades le dolían por el lugar en donde había dormido, pero no se quejaba.

Consultó la hora en su reloj de pulsera y agrandó los ojos por la sorpresa.

—Las nueve... —Observó su entorno, aturdida—. ¿De la noche o de la mañana?

—De la mañana —respondió Alexey con parquedad. Las luces apagadas y el silencio imperante en el club, eran evidentes. Hacía horas que la jornada había terminado.

La morena sonrió malévola.

—Vaya... Sí que la pasamos bien... Hola, *mi ruso* bello... —Se acomodó, mostrando su desnudez—. ¿Cómo amaneciste? A mí me duelen los huesos.

Él tomó el vestido que yacía sobre una lámpara y se lo arrojó.

—Vístete.

Samara dejó la prenda de vestir a un lado y se sentó, cruzando las piernas con elegancia. Sus senos de copa 36 B, se alzaban turgentes en actitud provocadora.

—Los amaneceres no se te dan bien, ¿no es así? —dijo sarcástica—. ¿O es cierta «Roja» que te tiene cabreado?

Alexey frunció el ceño.

¿Qué sabía ella, después de que se marchó con su padre del apartamento?

La vampira al ver su mirada interrogante, explicó:

—Anoche me lo contaste todo, querido. Te metiste en un lío gordo.

Alexey cerró los ojos, maldiciéndose para sus adentros. La borrachera le hizo hablar más de la cuenta.

—¿Y qué fue, con exactitud, lo que te dije? —Se hizo el desentendido, mientras se calzaba los zapatos. Su socia le lanzaba un farol.

—Todo —respondió—: el contrato, tu tristeza, el dinero...

La sed acució al vampiro, quien rebuscó en el minibar, ubicado en una esquina, a fin de evitar inoportunos camareros cuando estaba con sus conquistas, y se sirvió un vaso repleto de whisky, para tomárselo de una sentada.

El licor bañó su garganta, pero no satisfizo las ganas por probar sangre en ese momento.

—¿Se lo dirás a mi padre? —Este movería cielo y tierra para anular el documento. La amenaza hacia Ekaterina seguía vigente.

Samara se levantó sin vestirse, caminando con sensualidad hacia su amante.

Le acarició la espalda.

—¿Qué me ofreces a cambio? —Como buena negociante, le sacaría provecho a su secreto. Aunque odiaba que este siguiera atado a Ekaterina durante un mes.

Con razón, aquella se jactó...

¡Ah!, pero tenía paciencia.

—Mi profunda gratitud —respondió Alexey, sin mirarla, y enojado consigo

mismo por ser tan idiota de dejarse consumir por la rabia y los celos. En una de las cláusulas, indicaba que debía guardar fidelidad, mientras estuviese bajo contrato.

Había quebrantado esa norma.

Lo que, en resumidas cuentas, Ekaterina se quedaría con todo su dinero. Ella cumplió; él no.

—Es insuficiente; quiero más... —Samara ronroneó, deslizando su mano cuesta abajo, hasta apretarle con suavidad el trasero.

Alexey se estremeció, pero no sería tonto de cometer dos veces el mismo error.

—Lo obtendrás después; hay que esperar —dijo incómodo, dándole largas al asunto.

Samara se encogió de hombros.

—¿Qué te detiene?

Él no contestó.

—¿Qué, Alexey? —entrecerró los ojos—. ¿Qué te detiene? —demandó saber.

Lucía pálido, con cierto destello de preocupación reflejado en sus ojos verdes.

En vista de que sus labios permanecían sellados, agregó:

—Es el contrato, ¿no es así? —intuyó con certeza. Fue buena idea convencer a los guardaespaldas de que la dejasen pasar al Área VIP y velar por el «sueño» del propietario del recinto. Gracias a ello, escuchó el percance sufrido con cierto *gigoló* y lo que implicaba el compromiso legal entre la Roja y Alexey.

Cabeceó incrédula.

El silencio del vampiro fue revelador.

—¡Oh, Alexey...! —se carcajeó—. Dejas que tu pene tome las decisiones por ti. Ekaterina te tiene agarrado de las bolas. —O más bien, ella, al saber esa información.

Sonrió, acariciando su rostro.

—Muy bien. No diré nada. ¡Pero con una condición!

Él la miró con precaución.

—¿Cómo cuál?

Samara rodeó sus brazos en torno al cuello del vampiro y le estampó un beso de la que este no correspondió.

—Que te cases conmigo —propuso.

Alexey deshizo el abrazo y se alejó unos pasos.

—Jamás me volveré a casar —espetó, llenándose de rabia. El matrimonio: una

mierda del que no valía la pena experimentar, era la tumba del amor.

Y él se encargó de echarle tierra encima.

Samara, airada, puso las manos en su cintura.

—Jamás digas «jamás», Alexey. Te casas conmigo o perderás tu fortuna.

¿Qué...? —Sonrió malévola ante su sorpresa—. Ya te dije que *lo dijiste todo*.

Estás metido en un lío muy, muy, *pero muy* gordo.

Capítulo 26

—¡Estupendo! —exclamó Vladimir, después de escuchar la noticia a través de su móvil. Pese a todo, tenía una manera de encaminar sus ambiciones por la senda correcta. Su hijo rebelde pronto recapacitaría, y todo gracias a sus impulsos libidinosos.

Con una sonrisa satisfecha, dejó el móvil en una repisa que contenía juguetes sexuales y tomó un látigo para infligir dolor al jovenzuelo, cuyas cadenas lo mantenían de pie y con las extremidades extendidas a los lados. Le gustaban humanos y vigorosos, capaces de resistir con aplomo sus azotes. Le excitaba escuchar sus quejidos, mientras que sus músculos se tensaban entre sus grilletes.

—¿Alguna vez te han perforado el trasero? —preguntó al joven que jadeaba entrecortado. Lo tenía desnudo, con la espalda y piernas marcadas con las deliciosas flagelaciones que le propinaba. Era un placer tenerlo así: sumiso, doblegado para su placer—. ¿No? —lo azotó una vez más, causando que este chillara con los dientes apretados y ansioso para que se lo hiciera.

Vladimir sonrió satisfecho.

—Así me gustan: vírgenes —Paseó su mano enguantada por el fuerte trasero y luego le agarró la hombría, del que este gimió ante el toque—. Vas a saber lo que es ser tomado por un hombre —informó, moviendo la mano hacia abajo, como si

lo estuviera ordeñando. El joven era un espécimen masculino bien dotado, preocupado de su condición física. Se lo consiguió por la ciudad, y le gustó tanto, que lo invitó a una mamada, utilizando sus artificios de vampiro.

Por supuesto, que lo llevó directo a donde Miss Potter; el prostíbulo homosexual de gran prestigio; allí se permitía todo; incluso, el sado.

Lo besó en los labios, insertando su lengua con desparpajo, mientras le jalaba la cabellera. Era demandante, queriendo de él solo su cuerpo para su deleite.

Soltó las ataduras del muchacho, esperando que este cumpliera con lo que deseaba.

Cayó al piso, debilitado.

Vladimir se bajó la cremallera de su pantalón y se sacó el miembro.

—Chúpamela —le ordenó.

El joven se puso de rodillas, obedeciendo la orden impuesta; el pene era grande y marmóreo. Jamás se imaginó que estaría con otro hombre ni se masturbó pensando en ellos. Nunca los añoró ni tembló de deseos en sus

fantasías más escabrosas. Por lo contrario, hasta ese entonces, le gustaban las mujeres, cuyas edades oscilaban entre los dieciocho y veinticinco años. Al sujeto que le hubiera propuesto un revolcón, le habría dado un puñetazo.

Pero con ese extraño moreno..., fue diferente.

Quedó tan embelesado por su virilidad, que se sumergió en una bruma que aplacaba su voluntad.

Se relamió los labios y succionó aquel falo con suavidad, impresionado por probar los genitales del mismo sexo.

Vladimir cerró los ojos y gimió.

Excitante.

—Chupa más.

El joven comenzó a pasear la lengua alrededor de los testículos.

La piel helada del hombre expelía un olor que no sabría calificar, si a loción o sangre. Era extraño, pero le gustaba, acelerando el bombeo.

Vladimir se aferró a los cabellos del muchacho y tomó él mismo, el ritmo.

Empujaba las caderas contra este, introduciendo su mástil casi hasta la mitad,

y jadeando para una pronta eyaculación dentro de su boca.

Capítulo 27

Por millonésima vez, Ekaterina consultaba la hora en su móvil. Alexey se había marchado, dejándola en medio de un mar de lágrimas. Fue una idiota que no supo cómo manejar la situación.

Se devanaba los sesos, meditando, si continuar con lo establecido en el contrato o marcharse de allí para siempre.

Se reprendía a sí misma, cada vez que se acordaba. En más de una ocasión, se

acostaba con sujetos que, lo único que esperaban de ella, era sexo. Sin embargo, fue incapaz de ser mordaz frente a Alexey, cargada del más visceral odio. Ni con Gustav llegó a sentirse así, quien la trataba con frecuencia como si fuera un pedazo de carne, al que todas las noches, debía sazonar.

Lloró con amargura. ¿Quién en su sano juicio hacía algo así? Rania, siendo tan alocada, jamás se comportaba de esa manera.

Se preguntaba, ¿cómo la vería él, de ahora en adelante, después de que presenció todo aquello?

Durante una hora se mantuvo bajo la regadera, sintiéndose sucia. Gritó, pataleó y lloró hasta que sus dedos se entumecieron y las lágrimas se secaron.

Abrazó la almohada, acurrucada en la cama en posición fetal, sin saber qué hacer. ¿Era correcto aguardar a que Alexey llegara para hablar? A fin de cuentas, ella seguía bajo contrato.

La tristeza la agobió.

Sí, claro, como si eso fuera suficiente excusa para quedarse.

Lo que representaría un triunfo para Vladimir y esa engreída, quienes esparcieron su veneno en cuanto pusieron un pie en el apartamento.

Por lo visto, esos dos estaba dispuestos a convertirse en su sombra y

monitorear hasta sus pensamientos. Ambos reflejaban un profundo odio, del cual debía tener mucho cuidado o terminaría siendo abono en el Central Park, dispuestos a todo para detenerla.

Se tensó en cuanto escuchó la puerta de la habitación, abrirse y unos pasos dirigirse hasta el baño.

Ekaterina permaneció quieta, haciéndose la dormida.

Paraba la oreja, atenta a todos los movimientos que él hiciera. Alexey había retornado, de dónde sea, bien entrada la mañana.

Temprano para los humanos.

Muy tarde para los vampiros.

Luego de una prolongada ducha que duró cerca de quince minutos, Alexey emergió del baño, impregnado a jabón de tocador y champú.

Ekaterina dejó de respirar; de un segundo a otro, sabría si ambos continuarían con el acuerdo o lo terminarían. Dormía en su cama, desestimando las ubicadas en las habitaciones contiguas.

Su corazón explotó al sentir que el colchón se hundía a su lado y el aroma de Alexey inundaba sus fosas nasales.

Apretó los párpados para no abrir los ojos, dando largas al momento de la discusión. Era una ridiculez, pero quería disfrutar unos minutos más de su compañía. Se había equivocado al pretender castigarlo, causándose a sí misma, sufrimiento. Por siglos, se imaginó tenerlo de rodillas, implorándole perdón; retorciéndose de los celos, mientras que ella se revolcaba con su amante frente él. No obstante, nada salió como lo previsto; más bien, todo lo contrario, dejándola en una precaria posición.

Esperó a que Alexey le hablara, pero el silencio seguía entre los dos, tan aplastante, que le costaba respirar.

Tal vez, cayó rendido, *de lo que sea* que hubiese hecho en la calle. ¿Corrió?

¿Cazó? ¿Folló? Nada sabía.

Solo el ligero tufo del licor, se percibía.

Si alguna fémína le consoló esa noche, en su conciencia quedaría. Y el castigo que pretendió atizarle, se le devolvía a ella con creces.

—¿Por qué no pudiste?

Ekaterina se estremeció al escucharlo. Sabía a lo que se refería: le exigía respuestas a su proceder.

Abrió los ojos y lo miró por encima de sus hombros. Alexey le daba la espalda, sin arroparse con la cobija.

—¿S-Sobre qué? —tartamudeó azorada, haciéndose la desentendida, a su vez que pensaba con urgencia una acertada explicación. Pero estaba en blanco, sin haberse preparado antes a sus increpaciones.

—Anoche —respondió él, sin volverse—. ¿Por qué no pudiste hacerlo?

La joven tragó saliva y luego se sentó en la cama, girada en torno al vampiro.

—Cambié de parecer —dijo con el corazón galopante y evitando demostrar que era un manojó de nervios. Lo más probable, es que Alexey sacaría provecho de ello.

—¿Por qué? —este insistió.

La vampira suspiró.

—¿Acaso importa?

—Sí.

Ekaterina temió que se riera, si le explicaba cuál fue la verdadera razón de decirle «no» al *gigoló*.

—Me arrepentí —musitó apenada—. Yo me sentía... Eh... ¡Olvídalo!

Curioso, Alexey se volvió hacia ella.

—Dime.

Los entristecidos ojos achocolatados no fueron capaces de sostener la mirada al que aguardaba paciente a que le hablaran con la verdad; más bien, se enfocaron en su propio regazo, apenados de haber sido tan indolentes.

—Me sentía sucia —respondió con un leve ardor en sus mejillas—. No pude hacerte daño.

Dichas palabras, calaron hondo en el vampiro.

Alexey se sentó y posó sus dedos debajo de la mandíbula de la vampira para captar su atención.

—Jamás olvides que te amo por sobre todas las cosas —expresó con el corazón en la mano. A él era a quien debían de azotar por cada error cometido; no hacía sino causar querellas por sus retorcidos celos.

Ekaterina sollozó sonriente. Se abría un abanico de posibilidades entre los dos.

—Lo tendré en cuenta —dijo.

Él le sostuvo la mirada.

—¿Siempre? —tenía que asegurarse.

—Siempre.

Y se fundieron en un abrazo que prometía reconciliación.

—Me alegro que sigas aquí —susurró Alexey en el oído de la pelirroja y

deslizando una mano cuesta abajo por uno de sus torneados muslos. Había llegado con la resignación sobre sus hombros, encorvando hasta su espíritu, y del que por tantos años trató de ser combativo. Incontables veces se negó a amar a otra mujer. Por miedo, por rabia, o porque simplemente no le dio la gana. Ella lo dejó por haber sido idiota.

—¿No me esperabas? —preguntó atribulada, enterrando su rostro en la base de su cuello y aspirando profundo ese delicioso aroma masculino que tanto le gustaba. ¡¿Cómo es que vivieron tanto tiempo separados a causa de terceros?!

—No.

La risa cantarina de la vampira, inundó la habitación, quien, minutos atrás, se moría de los nervios por la torpeza de haber sido una *femme fatale*.

—Oh, mi dulce, *Liosha*, yo... —bostezó— siempre cumplo... —bostezó y lo hizo más prolongado— con mi palabra...

Pero él, no, pensó Alexey con severo remordimiento. Maldita sea la hora en que se le ocurrió refugiarse en el club. Su socia se encargaría de hacérselo saber a Ekaterina.

Abrazó a la joven más fuerte, decidido en hacer las cosas bien a partir de ese momento.

Sus aventuras amorosas y Samara, quedarían en el pasado.

La envolvió entre sus brazos, con las ganas renovadas de fusionarse de nuevo

con esa irreverente mujer y de arrancarle sonoros gemidos que escandalizarían a sus melindrosos vecinos. De alcanzar juntos el nirvana y caer extenuados, tras horas de coito salvaje. De prometer fidelidad y de cumplir como todo un caballero.

Pero los bostezos de Ekaterina, le indicaba que tenía otros planes.

—¿Cansada? —preguntó, desinflándosele las ganas. El sol se tragó la noche y,

por extensión, el descanso para los Nocturnos comenzaba. Su amada *Katia* no era indemne a permanecer desvelada; las ojeras se hacían evidentes.

Ella asintió adormecida.

—Sí, es que no he dormido nada desde ayer... —La ansiedad por el bendito contrato, Vladimir y la víbora, la discusión, el *gigoló*..., espantaron al dios del sueño.

Alexey deshizo el abrazo y la acomodó sobre la almohada, para dejarla dormir.

—Descansa —le dio un beso en la frente y luego la arropó con la cobija, sin poder evitar sonreír entre el alivio y el agobio. La tenía, sí, pero con una presencia maligna que los acechaba entre las sombras.

Procuró no hacer ruido al abrir el armario. Usaría algo deportivo; sus negocios los dejaba para otro día.

—Alexey... —Ekaterina lo llamó en voz baja, costándole abrir los ojos. Las pestañas le pesaban toneladas.

—¿Sí? —respondió este mientras se vestía.

—Lo siento. Fui una tonta...

Alexey quedó estático.

—Descuida. Borrón y cuenta nueva —dijo sin mirarla. ¿Quién era él para increparla?

Ekaterina soltó un largo suspiro, donde la comisura de sus labios dibujaba una sutil sonrisa. Qué bueno que todo se había aclarado.

—Borrón y cuenta nueva... —y cayó dormida al instante.

Alexey dejó de vestirse, sentándose en el sillón a un extremo del armario.

Sus manos temblaban, ante el hecho de que la historia se podría repetir; del que esta vez, ni las súplicas, ni todo el oro del mundo, lo salvaría de observar la decepción reflejada en el bello rostro de su afrodita.

Tendría que hablar con Samara y ponerle los puntos sobre las «íes», o sino, ella seguiría chantajeándolo con lo del matrimonio.

Y en cuanto a eso, no estaba dispuesto a ceder.

Capítulo 28

Una leve presión en los labios sacaba de las profundidades del sueño a Ekaterina. Se desperezó en la cama, abriendo los ojos con lentitud. Sobre ella estaba Alexey, sin posar su cuerpo sobre el suyo, con ambas manos a cada lado de su cabeza, y las piernas abrazando sus caderas.

Le dio otro casto beso e hizo un húmedo recorrido hasta llegar a la base de su cuello. Su respiración se percibía a través de su piel, fría y a la vez caliente; dos temperaturas que indicaban su condición inmortal y el grado de excitación en el que se hallaba.

Ekaterina se dejó besar, sin que él la saludara o le expresara su sentir.

Comenzaba el día «1» y su deber como «amante contratada» se exigiría sin prórroga, desde el alba hasta el anochecer. Alexey tomó una de sus manos y la posó sobre su rostro, ensombrecido por una barba de tres días, y luego cerró los ojos para que el contacto fuese más intenso.

—Acaríciame —pidió con el deseo intenso de que ella despertara cada una de sus terminaciones nerviosas y lo hiciera sentir vivo como un mortal fogoso.

La joven obedeció, apreciando con fascinación las facciones varoniles de su compañero de cama. Una perfección que hasta Dios se sentía orgulloso de su creación. Pero ella era mejor escultora y haría de ese adonis, la mejor escultura de todos los tiempos. Por ese motivo, sus manos se adentraron

sinuosas y atrevidas bajo su camiseta para palpar su torso duro y musculoso.

Alexey respiró entrecortado, entregándose a las caricias de la vampira; sus brazos temblaban a punto de perder las fuerzas. ¿Cuántas veces fantaseó?,

¿cuántas veces la ansió...? Y de todas volvía a la realidad en los brazos de otra.

Se acostó a su lado, trayéndose consigo a Ekaterina, quien, a su vez, se sentó sobre él a horcajadas, con el cabello cayéndole sobre sus senos.

—Quítamela... —pidió con los brazos extendidos hacia el cabecero. Que fuera su mujer la que le brindara placer.

Ekaterina deslizó hacia arriba la camiseta del hombre y luego sonrió complacida. *Síp*, perfección pura.

Durante los años como humano, Alexey cinceló su cuerpo con trabajo duro, producto de una vida carente de lujos, pero del que afrontó con aplomo para ganarse el sustento. Gracias a ello y al vampirismo, quedó congelado con una apariencia saludable, que inspiraba a las más desvergonzadas a que las tomaran

sin pudores, delante de otros o a escondidas.

Y esa noche, Ekaterina se lo gozaría.

Sus dedos se enredaron por la melena rubia, mientras que los brazos de Alexey se mantenían en la misma posición como si tuviera un par de «grilletes»

alrededor de sus muñecas, que lo obligaba a estar pegado contra el cabecero de la cama y acatar dócil lo que su amazona, quería. La idea le hizo cosquillas en el vientre de la muchacha, con la promesa interna de tomar ese recurso para la siguiente ocasión. Lo ataría con una de sus corbatas o tal vez con algún lazo que tuviera guardado por ahí con la misma intención para una de sus amantes de turno.

Lo besó en la frente, y le dio otro en la punta de la nariz, tan suave que provocó que Alexey suspirara y abriera sus labios, ansioso por un beso.

Pero ella se detuvo a milímetros de estos, aguardando por otra orden.

—Bésame —la voz del hombre demandante, para nada amable. Más bien...
desesperado.

Gimió ante el contacto de los carnosos labios y los movió con la misma intensidad en como esta lo hacía. Primero lento, luego adquiriría un poco de vigor, para convertirse después en una lucha frenética de lenguas entre sus bocas.

—Acaríciame —se impuso, con esa lucha interna por dominarla. ¡Era ella la que tenía que brindarle placer! Que le hiciera olvidar a las mujeres que pasaron por esa cama, incitando a su *bestia interna* con sus sensuales caricias.

Obedeció, parsimoniosa con esa sonrisita malévola que lo enloquecía.

Ekaterina paseaba sus manos en torno a sus pectorales, provocando que él se aferrara a la almohada y jadeara extasiado. El toque era exquisito, nublando sus sentidos.

—¿Qué más deseas que haga, mi señor? —preguntó seductora, preparándose para lo que le ordenara.

Alexey la miró con las pupilas dilatadas.

—La cremallera. Bájala.

Ella se levantó, un poco, repartiendo el peso de su cuerpo sobre sus rodillas, y deslizó la cremallera de los vaqueros cuesta abajo.

La temperatura corporal de Alexey no era propia en un vampiro. Era alarmante.

—T-Todo... —Que lo despojara del pantalón y del calzoncillo. Él no tenía fuerzas para hacerlo. Estaba desmadejado, a su completa disposición.

Cielos, suspiró Ekaterina, deleitándose de la anatomía del hombre, una vez que lo tuvo desnudo frente a sus ojos.

Estaba listo para una ruda embestida.

Se sentó sobre el falo, deslizándose a través de la humedad de su vagina.

Gimió en cuanto él la llenó por completo, igual de abrumado que ella. Ambos ansiaban unirse en cuerpo y alma. Pero el orgullo, la rabia o las maquinaciones de terceros, les hacía callar lo que sentían sus corazones.

Se limitaron a disfrutar de las carnes íntimas. Envueltos en una marejada incontenible de jadeos y palpitaciones fuertes.

Alexey se aferró a las nalgas de Ekaterina, para que aumentara el ritmo de sus caderas; se movía con una cadencia que lo enloquecía, enterrando sus dedos en su piel y obligándola a cumplir con la orden expresa. Era su esclava, su mujer...

La hermosa amazona arqueó la espalda, en cuanto el orgasmo se vislumbraba;

no supo más de sí misma, sino que cabalgaba un potro salvaje; uno que le costaba domesticar.

Y justo cuando estaba por alcanzarlo...

—Dime que me amas —Alexey pidió, jadeante.

Ella parpadeó.

—¡Dilo! —exigió más fuerte—. Como si en verdad lo sintieras.

Ekaterina luchó por encontrar la voz.

—Te-Te... —jadeaba mientras movía sus caderas de adelante hacia atrás—

a...

Y el orgasmo llegó.

Alexey despertó abrazado a Ekaterina, con sus brazos y piernas en torno a ella como si fuera una boa constrictora. Ambos cayeron extenuados, después de hacerlo en la cama, el piso y hasta contra la pared, con resultado de cinco orgasmos demoledores que a ambos estremecieron.

La atrajo hacia su pecho y aspiró el perfume de su cabello, que olía a manzana. Sonrió por lo grato que se sentía en su compañía, pero, la sonrisa se le borró del rostro al ser atacado por la ansiedad.

¿Qué haría después de que el mes se cumpliera?

Correr a los brazos de Samara, no se le antojaba; menos, en los de una extraña.

A pesar de todo, disponía de esas semanas para reconquistarla; si le explicaba lo que sucedía, tal vez, la tendría a su lado por más tiempo.

Suspiró y el aire que expulsó, hizo remover a Ekaterina entre sus brazos.

Esta abrió los ojos, enfocando la pared a su izquierda. Ahí se hallaba el lienzo colgado, de pinceladas azules, que representaba a una mujer de espalda, acurrucada y desnuda, como si estuviera durmiendo o llorando.

Picasso, pensó ella. En su periodo «azul».

El color de la tristeza, de la soledad y del abandono.

Aun así, una pintura valiosa.

Sin embargo, permaneció quieta, al percatarse que descansaba sobre el pecho

de Alexey y que su brazo la rodeaba de forma posesiva. Sin querer, le trajo recuerdos del día candente que tuvieron juntos. Se desbocaron, expresando sentimientos no correspondidos.

Apretó los párpados para contener las lágrimas, odiándose por demostrar lo que traía clavado en lo más hondo de su ser. Le dolía, incapacitándola de amar por segunda vez.

Vaya tonta resultó ser. Cayó redondita en su propia trampa.

—Despertar contigo, es...

Ekaterina abrió los ojos de sopetón. Ella fingiendo estar dormida y él que se dio cuenta.

—¿Qué? —le urgió la respuesta.

—De lo mejor.

—Conmigo siempre se despierta así... —expresó la otra, que esperaba escuchar algo más.

Alexey le acarició el brazo.

—Dime de nuevo que me amas —evocó las palabras que quedaron interrumpidas después del primer orgasmo. Le obsesionaban, queriendo escucharlas completas una vez más.

La petición hizo que un ramalazo le recorriera la espina dorsal a la vampira.

—¿Por qué me lo pides tanto? Es solo un contrato, ¿no? —sonrió, tensa—.

¿No?

No hubo contestación.

—¿Alexey? —Alzó el rostro para mirarlo.

—Te amo —le confesó él sin reparos. Al demonio su padre y Samara y el contrato. Amaba a esa mujer.

Ekaterina jadeó.

—Mientes... —Su marchito corazón palpitaba cada vez con más fuerza. Era un juego, sí. Un rol cruel que, probablemente, él asumía.

Alexey le acomodó con delicadeza un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Te amo —repitió—. Nunca te he dejado de amar.

Ella le acarició el rostro.

—¿Y por qué me heriste? —le reprochó por la afrenta cometida en el pasado.

La que siempre se interponía entre los dos.

—Porque soy estúpido, pero eso ya lo sabes... —sonrió sin que esa alegría *postcoito* se reflejara en sus ojos.

Y observando que la pelirroja permanecía en silencio, quizás, porque le costaba creerle, agregó:

—¿Te gustaría caminar? —propuso sintiéndose de repente revitalizado ante la

idea acabada de ocurrir. Antes de salir del club, uno de sus hombres le informó que el clima estaba idóneo para que los moradores del inframundo diesen un paseo por el exterior, sin el riesgo de quemarse. Por supuesto, lo dijo a modo de broma, pero el comentario lo hizo pensar.

¿Cuándo fue la última vez en que se tomó el tiempo para apreciar su entorno?

Hacía mucho.

Tres décadas, tal vez...

Ekaterina lo miró como si el rubio estuviese loco.

—A caminar... —miró el despertador de la mesita de noche. 2:00 pm—. ¿A esta hora?

Él rio.

—Un bronceado nos caerá bien, ¿no te parece? Estamos muy pálidos —

respondió socarrón. La verdad, es que no representaba ningún riesgo. El invierno se acercaba; por extensión, el sol incidiría tenue sobre ellos, gracias a las nubes densas que cubrían el cielo.

La expresión perpleja de la vampira, hizo que Alexey estallara en sonoras carcajadas. Parecía como si pensara que se había fumado un porro de marihuana.

Esta hizo un mohín.

—Muy gracioso... —masculló.

Alexey saltó sobre ella, aplastándola contra el colchón.

—¿Te han dicho que eres malhumorada? Deberías relajarte un poco...

—Mira quién lo dice...

—Soy un dechado de virtudes —le dio un beso en la línea de su cuello.

—Seguro... ¿Y para dónde me piensas llevar a «caminar»? —Sonrió malévola

—. ¿De compras por la Quinta Avenida? Eso me encantaría. —Él sacudió la cabeza—. ¿Broadway? —indagó ilusionada; tal vez a algún actor se pillaría por ahí.

— *Nop.*

—Eh... —Ekaterina se tomó un segundo para pensar. ¿Qué sabía ella de esa ciudad?

Casi nada.

—¡Ya sé! ¿A *Los Hamtons*? Así es cómo se pronuncia, ¿cierto? ¿Me llevarás allá? —Le apetecía caminar por la playa de los millonarios.

—Los Hamptons —corrigió—. Y, no, para allá no es. —La rodó para que se acomodara a cómo estuvo cuando lo cabalgó hacia unas horas. Las sábanas, sedosas y revueltas, apenas cubría sus partes púdicas. El resto, quedaba al descubierto para su deleite.

—¿Entonces...? —se desanimó—. ¡Ni se te ocurra que al Central Park! Para nada me apetece merodear por ese lugar; me trae malos recuerdos. —Lo más probable, es que se encontraría de nuevo con otros pandilleros con ganas de fornicar.

Alexey sacudió la cabeza. Le divertía despertarle curiosidad.

—A la Isla Ellis —contestó, acariciándole los senos, que le ofrecían una magnífica vista panorámica de toda su tersa redondez.

Ekaterina lo miró interrogante.

—¿Esa es la isla donde está la Estatua de la Libertad? ¿Y por qué para allá?

— se extrañó ante su sonrisa afirmativa. De todos los lugares fabulosos para caminar relajados por Nueva York, al travieso vampiro se le antoja el más concurrido entre los turistas.

—Porque nunca he ido —se excusó este.

Ekaterina puso los ojos en blanco. Válgame respuesta.

—Pues yo no he ido a Los Hamptons...

—Te prometo que vamos después.

La besó antes de que protestara, rodándola hasta dejarla de nuevo debajo de él.

Esta vez, le haría el amor de la forma más dulce, cubriéndola de caricias y besos de la cabeza a los pies. Le confesaría todo, y rogaba que en ello no se fuera la felicidad. Estaba dispuesto a matar con sus propias manos, con tal de mantenerla siempre a su lado. Ella lo era todo, y tuvo que darse cuenta de ello al perderla.

Quién se atreviera a separarlos, la pasaría mal, porque lo desollaría vivo. Por algo se le conocía como un luchador, que se aferraba a lo que deseaba con uñas y dientes.

Y lo que más deseaba...

Era el amor de su exmujer.

Capítulo 29

Los tacones de Samara repiqueteaban por el piso de mármol del apartamento de

Vladimir Kuznetsov. Un sujeto –cuyo nombre desconocía– concertó una cita con

el patriarca y con ella, a fin de ayudarles a poner en cintura a Ekaterina Petrova.

Según lo poco que Vladimir le informó, ofrecía su dinero e influencias para resarcir su honor, de la que Ekaterina, pisoteó al engañarlo con muchos hombres.

Sin embargo, aseguraba que su ira solo recaería sobre esta. Por lo que Alexey y el asiático –los últimos con los que se revolcó– saldrían bien librados.

Samara apuró el paso, ansiosa por conocer a su nuevo mejor «amigo» y urdir entre los tres, un plan para eliminar a la malnacida en cuestión. Llegaba con cinco minutos de retraso por culpa del tráfico. Los locos y las tortugas al volante, se encargaban de entorpecer la circulación de los vehículos.

Caminó detrás del mayordomo que viajaba con frecuencia con su querido suegro, para atenderlo en sus necesidades primordiales, y la guió hasta el despacho personal al final del pasillo.

Si ese día, no hallaban un remedio para *aquella plaga*, jamás lo harían.

—Disculpen mi tardanza, pero...

—Si fueras una de mis empleadas, te habría despedido —graznó Vladimir, molesto por la impuntualidad de la mujer. Permanecía sentado, detrás de su escritorio, con el alemán frente a él.

Samara sonrió acartonada a los dos hombres, mientras que el mayordomo se daba la vuelta para dejarlos solos.

Gustav la escaneó con lascivia. Así que ésa era la socia del moscovita que le arrebató a Ekaterina. No estaba para nada mal...

—Por mí, encantado de esperar tan hermosa dama. Hace que considere mi estadía en Nueva York por más tiempo. —Tras el disgusto con Ekaterina, decidió hospedarse en otro hotel, mintiéndole a ella de que había regresado a su país.

Samara sonrió pretenciosa. Amaba que la adularan.

—Es usted muy amable, señor... —expresó con falsa modestia, ignorando el nombre del sujeto.

Este se levantó y extendió la mano hacia ella, adelantándose al ruso con las presentaciones de rigor.

—Gustav Kirchhoff. A sus órdenes.

—Samara Oliveira —esta contestó, ante la lujuriosa mirada del alemán.

Sonrió por cómo acontecían los hechos. Pactar con Vladimir y sus aliados, era como pactar con el diablo y sus demonios. Implicaba riesgos, pero valía la pena.

Capítulo 30

—Pensé que íbamos a caminar...

—Y eso haremos. Pero no seré imprudente en prescindir del auto. Es mejor tenerlo cerca, en caso de que las nubes se despejen —respondió Alexey, manejando su Jaguar hacia el sur de Manhattan.

Buen punto, pensó Ekaterina, que no le apetecía chamuscarse bajo el sol.

Estaba sentada a su lado, contemplando la ciudad, desde una perspectiva que no se había molestado antes. Y no por carecer de tiempo, sino por falta de interés.

En esta ocasión, acompañaba a Alexey, cual turista enamorada, paseando en su flamante vehículo.

No obstante, el móvil de Alexey, sonó dentro de su chaqueta, amenazando con echarles a perder los planes.

Este lo sacó y reparó en quién lo llamaba.

Frunció el ceño y contestó:

—Ahora, no; estoy ocupado —replicó a lo que le decían del otro lado de la línea—. Sí, sí. ¡Ya te dije que...! —Quién fuera, lo interrumpió—. ¿Y por qué no lo recibes tú? Tienes la misma autoridad que yo. —Alexey puso los ojos en blanco, escuchando a su interlocutor. Respiró hondo y luego soltó el aire de golpe—. Está bien. Iré para allá.

Oprimió el botón de «colgar» y guardó el móvil en su chaqueta, a su vez que giraba el volante para retornar por la misma vía.

Ekaterina se mosqueó.

—¿Todo bien? —preguntó, estudiándolo con la mirada. Lucía contrariado. Al parecer, la dichosa caminata por la Isla Ellis, se postergaría.

—Sí, es solo asuntos de trabajo —dijo con voz monótona—. Tengo que recibir algo en mi oficina.

Ella sonrió mordaz.

—¿Le dices a tu club, «oficina»? —Se preguntaba qué podría ser tan importante que requiriera de su presencia; cómo, ¿cuántas botellas de escocés comprar o cuántas chicas deberían bailar sobre la barra?

Alexey cabeceó. En su rostro se reflejaba enojo.

—Es otra —respondió—. Nada tiene que ver con Black Moon.

Ekaterina lo observó en silencio. Sabía que él mantenía otros negocios lucrativos, pero no, cuáles.

—¿Y de qué van? —le preguntó—. ¿Narcotráfico o prostitución?

Alexey la miró, como diciendo: «¿Bromeas?».

—¡Cielos, Alexey! —soltó una carcajada—. Cualquiera diría que te lucras con

las dos.

—Ni lo uno, ni lo otro... Es de Bienes Raíces —respondió predisposto a defender su trabajo. Que dijeran que se fumó más de un porro, o que se

revolvaba con extrañas con más frecuencia del que quisiera admitir, pero jamás se metía en ese sórdido mundo. En cambio, la compra y venta de casas, le había arrojado excelentes dividendos, de la que su padre y sus hermanos

constantemente le criticaban. Hubo períodos altos y bajos, que amenazaron con una inminente quiebra, sin embargo, él supo cómo afrontarlo y asumir nuevas estrategias.

Cruzó varias intercepciones y frenó frente a un edificio tapizado de espejuelos, que se alzaba por sobre varios edificios. Un ave chocaría contra el reflejo de estos al confundirlo con el cielo.

—Espérame acá —le pidió a Ekaterina, mientras abría la puerta del auto.

Esta hizo un mohín.

—Pero, ¿por qué? Me gustaría conocer tu oficina...

Cabeceó.

—Espérame —repitió—. No tardo. —De ninguna manera, permitiría que ella

y Samara, se encontraran de nuevo. Su socia, cuando se lo proponía, era una verdadera molestia. Hacía todo cuanto estuviese en sus manos para sacarlo del apartamento o separarlo de Ekaterina.

Se bajó y entró al edificio en dos zancadas, dirigiéndose hacia el ascensor que lo llevaría hasta sus oficinas.

Mientras se acercaba, saludó con prisas al señor Emerson Highmore, gerente general de la Importadora Raynolds y Asociados, ubicada en la segunda planta, y a tres secretarias que le sonreían ruborizadas.

Una vez en su piso, salió del ascensor, con el deseo expreso de jalarle las orejas a Samara. ¿Acaso era mucho pedir excusarlo? Lo que le tuvieran que

«entregar», ella podía recibirlo.

—Buenos días, señor Kuznetsov. ¡Qué gusto verle después de tantos días, ausente! Por acá se le extrañaba... —ronroneó Lyla, levantándose rápido de su asiento para salir a su encuentro. La emocionaba que su día mejorara; su adorado jefe retornaba de sus cortas vacaciones por Europa, para descansar del estrés.

—Buenos días —respondió Alexey con frialdad, yendo directo hacia su oficina, y sin pasarle por alto el cariz sensual en las palabras de su secretaria.

Otra que no le convenía que hablara con *Katia*.

Lyla lo siguió.

Ahora sí que pondría a prueba aquella peluca roja que pidió por la red hacía unos días. Una adquisición que le salió costosa por ser cien por ciento pelo humano. Sin embargo, el descalabro que sufrieron sus tarjetas de crédito era lo de menos, utilizaría hasta una de oro puro con tal de que Alexey volviese a posar sus preciosos ojos sobre ella. Y para lograr dicho cometido, la bendita peluca sería perfecta.

¿Le gustaban pelirrojas?

La tendría.

Solo se lamentó que él no le hubiese pedido que lo acompañara. Qué ciudades,

¡qué países habría conocido! Paris, Italia, Suiza...

—Un señor espera por usted —le informó—. La señora Oliveira lo está atendiendo.

Alexey gruñó, deteniéndose a escasos centímetros de la puerta.

¿Y para qué Samara lo llamó, si se había encargado?

Estuvo por girarse sobre sus talones y marcharse de allí para estar con

Ekaterina, pero creyó pertinente que, si el sujeto viajó desde el otro lado del océano para presentarse, lo más educado sería saludar y averiguar por qué tanto misterio.

Entró, rodando los ojos hacia las dos figuras que conversaban sentadas en el recibidor.

Un sujeto de nariz ganchuda, y ataviado de traje y corbata, se puso en pie en el acto e hizo un asiento de cabeza al recién llegado.

Samara se mantenía sentada, de piernas cruzadas.

—Saludos, noble señor —expresó este con marcado acento ruso—. Soy Víctor

Lébedev. Emisario de nuestro Sigma.

—Saludos —respondió Alexey con el mismo tono parco usado con su secretaria—. ¿A qué se debe su visita?

—Para entregarle esto —dijo el otro, extendiéndole un sobre color crema.

El vampiro rubio lo recibió, aprensivo. ¿Qué tipo de mensaje era para que se tomaran tantas molestias?

—¿De qué se trata?

—Léalo, por favor. Es para usted la misiva.

Alexey extrajo el papel del sobre y lo leyó.

Pero, ¿qué...?

Miró con severidad al Emisario, que le jodía la paciencia.

—¿Me hicieron llamar para esto?! Mi socia lo pudo haber recibido.

El Emisario sacudió la cabeza sin amilanarse y extrañado de que el joven se molestase. Por lo general, cuando a alguien le llegaba una invitación como esa, saltaba de alegría, al sentirse horrado de haber sido tomado en cuenta para esa fecha.

—Disculpe haberlo importunado —replicó—, Es una orden del Sigma. Pidió que se lo entregara a usted en sus propias manos.

Alexey soltó el aire de sus pulmones, pensativo de las consecuencias que eso acarrearía.

—Está bien —concedió reticente—. Dígale al Sigma que recibí la invitación.

El Emisario juntó los talones e hizo un asentamiento de cabeza.

Esas consideraciones solo se las hacían a los Antiguos y a los privilegiados que tuvieran la estima de la realeza.

Aunque, para Alexey, él no podía contarse entre los más allegados del rey.

Pero por ser un miembro de los Kuznetsov, le otorgaban concesiones.

Samara se levantó de su asiento en cuanto el Emisario se despidió de los dos sin más protocolo, y se acercó a Alexey con la curiosidad disparada a la enésima potencia.

—¿Invitación de qué?

[5]

—Del Octingentésimo

Aniversario de la Conversión del Sigma.

La vampira agrandó los ojos.

—¿Te extendieron otra para un acompañante? —Lo usual, es que así fuera.

Para ese tipo de celebraciones se les permitía a los afortunados asistir en compañía de un amigo, pareja o familiar cercano.

Alexey asintió.

Samara se emocionó.

—¿A quién vas a llevar? Supongo que a mí. —Se moría de las ganas por conocer al Grigori siberiano. De él se decía que su *sex appeal* era tan atrayente como la del mismo David Colbert, Grigori de la Casa del León. Su propio rey.

Alexey la miró.

Ella, no.

—Lo siento, ya tengo quién me acompañe.

Samara se cruzó de brazos, airada.

—Ah, ¿sí? —espetó—. ¿Y a quién? —Más le valía que fuera alguien importante.

Ekaterina tamborileaba los dedos en el apoyabrazos de su ventanilla, contando los minutos a que Alexey saliera del edificio. La impacientaba estar dentro del auto, sola, observando el «ir» y «venir» de los humanos, hacia sus trabajos o hacia dónde fuera que estos se dirigieran. Se moría de tedio; ni siquiera las probabilidades de morder un *poquitín* a alguno de estos, le llamaba la atención.

Todos se distorsionaban de su campo visual, quedándose dormida con los ojos abiertos.

— ¡Arg!, ¡qué aburrimiento! —se quejó en voz alta, consultando la hora en su

reloj de pulsera. Las agujas apenas se movían. Los minutos eran eternos.

Miró las nubes a través del parabrisas y comprobó que el sol seguía oculto tras estas. A juzgar por lo oscuras que lucían, vaticinaba que el día se mantendría gris por más tiempo.

¿Y si iba por Alexey?

Verle desempeñarse en su función de administrador o presidente de una empresa de Bienes Raíces, le causaba cierta excitación, al punto de que su bajo vientre cosquilleaba. ¿Cómo era frente a los humanos? ¿Estricto? ¿Amable? O

patán...

La curiosidad la atenazó.

¿Qué mal podría causar observarle?

Ninguno.

Aun así, se tomó la precaución de bajar unos centímetros el cristal de su ventanilla para percibir el calor del exterior. Si estaba sofocante, por nada del mundo se bajaría del auto.

Pero el clima obraba a su favor.

Descendió, dejando su bolso en el asiento, y caminó deprisa hasta el edificio.

Allí, un hombre en uniforme reglamentario, le sonrió, maravillado de su hermosura. La saludó, mientras le abría solícito una de las puertas de vidrio templado para que ingresara. Sus ojos resplandecían ante semejante diosa.

—Gracias —dijo Ekaterina, pasando por su lado.

Este apenas balbuceó. Muchas mujeres cruzaban las puertas, pero ninguna como ella. Era alta, casi de metro ochenta, curvas pronunciadas en los sitios correctos y perfectamente nivelados; caminaba con tanta gracia que bien él, serviría de tapete en la calle, para que no ensuciase sus preciosos pies, en

caso de que esta, se topase con un charco de agua.

La vampira siguió a un grupo de humanos que se dirigían hacia el área de los ascensores, y enseguida se percató que no tenía idea de en cuál piso se hallaban las oficinas de Alexey.

¡Caramba!, que en ningún momento le preguntó a su abogado, cuando este lo visitó para informarle sobre la demanda de divorcio.

Miró hacia una amplia cartelera de letras doradas, que ocupaba toda la extensión de la pared del vestíbulo, mostrando cada una de las oficinas y consultorios que había allí.

Ekaterina frunció el ceño, leyendo con pereza los números y nombres que se desplegaban en interminables columnas.

¡Uf! No tenía paciencia para buscar el de Alexey.

Se devolvió sobre sus pasos hacia la salida.

—Disculpe... —se dirigió al portero—. ¿En qué piso están las oficinas del señor Kuznetsov?

El hombre casi se atraganta con su propia saliva.

Tosió avergonzado.

—En el tre-treinta y ocho...

Ekaterina le sonrió.

—Es muy amable. — *Y delicioso*, pensó. El olor en su torrente sanguíneo le hacía cosquillas en sus fosas nasales.

Cinco minutos después, emergió del ascensor en el piso correspondiente.

Quienes quedaron dentro, sacaron sus cabezas para verla alejarse muy a su

pesar.

Se desplazó a través del enjambre de cubículos, sin que la curiosidad de los empleados, la intimidaran. Mantenía la frente en alto, ondeando con delicadeza su melena roja sobre su espalda y sonando los tacones con absoluta elegancia.

Estos dejaron sus labores, elevando sus ojos por sobre las mamparas que separaban sus escritorios, unos de otros, fascinados por la despampanante mujer que los visitaba.

¿Quién era ella?, susurraban entre ellos, confundiéndola con alguna estrella de cine. Tal vez, una que decidió invertir en la empresa o era la nueva novia del ruso.

Qué suertudo...

La divina mujer le sonrió a un chico que babeaba sobre el teclado de su computadora y avanzó hasta el escritorio, que asumía, le pertenecía a la secretaria principal.

Esta se puso en pie en el acto.

Ekaterina le sonrió.

—¿Puedo...?

—¡No! El señor Kuznetsov está ocupado —interrumpió Lyla, escaneándola de arriba abajo con una mirada que denotaba aversión. Pero, ¿qué se había creído esa vampira para pretender entrar sin previo aviso?

¡Ah...! La esposa del jefe.

Aunque, no por mucho.

Ekaterina alzó una ceja, despectiva.

Vaya mosquito insolente...

—Te aseguro que no se molestará —la tuteó—. Después de todo, ¿qué está pasando en el despacho para que me lo impidas? —Según, Alexey, fue a recoger

«algo».

Y ése «algo», la impacientaba.

—El señor Kuz... ¡Eh! ¡¡Aguarde!! —Lyla rodeó su escritorio para interceptarla. Pero la vampira le ganó en velocidad, ingresando a la presidencia sin pedir permiso.

Ekaterina se detuvo al contemplar a Alexey y su socia a milímetros de sus labios.

Jadeó.

Qué bastardo...

Capítulo 31

—¡Le dije que no entrara! —Lyla se excusó ante su jefe por la intromisión de la vampira. Aunque, en el fondo de su ser, el desagrado que sentía, tanto por la pelirroja, como por la morena, se incrementaba en su máxima expresión. Las dos querían arrebatarárselo.

Alexey se sorprendió por la abrupta aparición de Ekaterina, y Samara sonrió perversa. Ni planeado le hubiera salido mejor.

—Ahora entiendo por qué me pediste que esperara en el auto: para besarla a ella —dijo Ekaterina, enojada—. Vaya «paquetico» que ibas a recibir...

Dio media vuelta para marcharse de la oficina, pero Alexey le bloqueó el paso, con la intención de darle una explicación.

—Solo hablábamos.

Ekaterina gruñó.

—Sí, claro...

Samara soltó una risotada. Por lo visto, no necesitaba chantajear a Alexey con revelar lo ocurrido en el club, la Roja le dejaría el camino libre para llevarlo al matrimonio.

—¿¿Son celos lo que huelo en ti?! —inquirió, sacando a relucir su más acérrimo sarcasmo—. ¿O es la actuación magistral de una Aryna desubicada?

Lyla hizo un esfuerzo para no sonreír. Detestaba a la engreída, pero, en esa ocasión, le aplaudía su intervención.

Ekaterina miró a Samara con el deseo de volarle los dientes de un puñetazo.

—¿Celos? —masculló—. ¡No, niña, para nada! ¿Por qué habría de estar celosa?, si entre Alexey y yo, solo hay un contrato firmado —lo miró de reojo.

La secretaria se extrañó.

¿Contrato?

—Déjanos solos, Lyla —pidió Alexey, quien lucía en evidente tensión.

La aludida obedeció, sin que le quedara más remedio. ¡Justo cuando se iban a ventilar los trapitos al aire, la echaban de la oficina!

No obstante, escucharía todo detrás de la puerta.

Pero antes, corrió a su escritorio, tomando con rapidez la agenda; se aseguraba que no la pillaran en esos menesteres.

Y en el instante en que se disponía a pegar la oreja para escuchar la discusión que se llevaba adentro...

La pelirroja abrió la puerta de forma abrupta, llevándose por delante a la secretaria.

Esta cayó al piso, patas arriba, soltando a su vez la agenda que sostenía.

—¿No tienes nada mejor qué hacer, en vez de estar escuchando lo que no es de tu incumbencia? —graznó Ekaterina, ante la malsana curiosidad de la humana.

Lyla le dirigió una mirada hostil, mientras se levantaba.

El golpe fue demoledor.

Se inclinó para recoger la agenda, pero Ekaterina se percató de la caligrafía impresa entre sus hojas.

La recogió, ganándole a la secretaria.

La letra...

El mismo estilo, con sus curvas y fuerza al escribir, le indicaba que se hallaba frente a la persona que le causó un disgusto.

Lentamente rodó los ojos hacia la humana.

—¿Tú?!

—Ekaterina —Alexey la tomó del brazo para que lo mirara—, todo fue un malen... ¿Qué sucede? —observó el rostro incrédulo de la vampira.

Ella se sacudió el brazo, estampándole la agenda en el pecho.

—Pregúnteselo a la *mensajerita* —respondió, marchándose de allí, severamente cabreada. La secretaria de pacotilla había sido la que escribió la nota que le dejaron en la Recepción del hotel. Alexey también tenía relaciones sexuales con esa mujer.

—¿Ekaterina! —la llamó, mientras le entregaba a Lyla, la agenda, y la siguió con rapidez. Los empleados se mantenían atentos a lo que presumían una discusión entre la pelirroja y su jefe.

Vaya cotilla...

Alexey y Ekaterina descendieron los pisos, cada uno por una ruta diferente.

Ella, por el ascensor de los empleados y, él, por las escaleras. Consideraba que el ascensor privado no bajaría con la suficiente velocidad deseaba.

El trayecto del vampiro a través de los múltiples escalones, fue más rápido que el de Ekaterina, quien tuvo que hacer acopio de su paciencia para que el transporte vertical terminara de descender.

—¿Por qué te pones así? No hice nada allá arriba... —inquirió Alexey, una vez que las puertas metálicas se abrieron de par en par. La aguardaba allí desde hacía un minuto a que esta emergiera.

Ekaterina salió echando chispas por las orejas, dirigiéndose hacia la salida.

El portero le sonrió, sin ser correspondido. La hermosa mujer se marchaba del edificio con un semblante que era de temer.

—Cielos, Ekaterina, pareces que en realidad estuvieses celosa —comentó Alexey, pisándole los talones. La puyaba para que hablara, aunque fuese para gritarle barbaridades—. ¿No vas a decirme nada? —le insistió. Odiaba su silencio, lastimaba más que mil ofensivas palabras.

Ekaterina caminó dando largas zancadas hasta el Jaguar, ignorando al vampiro. Quería largarse, como tantas veces lo deseaba, y olvidarse de su loca idea de otorgarle a él una segunda oportunidad.

Abrió la puerta del copiloto y se deslizó dentro, a la espera de que este la llevara de vuelta al apartamento.

Alexey suspiró cansino.

Rodeó el auto y subió, preparándose para el alud de reproches.

—Solo hablamos —dijo una vez dentro. Ella no replicó, cruzada de brazos y con la vista clavada hacia el frente—. Ekaterina... —posó sus dedos debajo

del

mentón para buscar su mirada.

La aludida retiró el rostro con rudeza.

Cansado, Alexey sacó el sobre de su chaqueta y lo sacudió frente a su nariz.

—¡Por esto es que me llamaron!

Ekaterina seguía sumergida en un hermetismo profundo.

Excusas, solo excusas...

Alexey tomó su mentón y la obligó a mirarlo.

—¿Por qué eres tan obcecada?!

—¿Por qué crees? —replicó con ojos entornados.

—Hasta el momento, he cumplido con mi parte del trato —mintió, echando al fondo de sus pensamientos, su desliz con Samara en Black Moon.

Ekaterina sonrió mordaz.

—Claro... ¿Y tu socia no fue capaz de entregártelo otro día? Tenía que ser justo hoy.

—Es porque...

—¿No será que te reclamaba, porque tú y yo nos íbamos de *paseíto*, como dos tórtolos? La «celosa» era otra...

Alexey la observó en silencio: ceño y labios fruncidos; brazos cruzados y manos empuñadas... Definitivamente estaba celosa.

—¿Me amas, *Katia*? —preguntó con el pecho oprimido y las esperanzas renovadas. Su enojo no se debía a un mero capricho. Sino por algo más

profundo.

La vampira desvió la mirada.

—No —respondió—. Solo me mueve el dinero.

Alexey asintió afligido.

Como siempre: el vil interés.

Encendió el motor y lo puso en dirección hacia su apartamento.

La caminata por la Isla Ellis ya no tenía caso.

—Mañana nos marchamos a Moscú —anunció sin preámbulos, mientras adelantaba a otro auto. Yaroslav tenía por costumbre movilizar a sus allegados con poca anticipación hacia la sobria capital.

—¿A dónde?! —Ekaterina no lo podía creer.

—A Moscú. —Siempre fue considerada el epicentro donde confluían los vampiros de la Madre Rusia, a pesar de que, para los humanos, en el pasado, fue San Petersburgo.

—¿Y por qué para allá?

—Por el Aniversario del Sigma.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Me acompañarás.

Ekaterina rio nerviosa.

—¿Para qué?

—Para ser mi acompañante.

—¡YA SÉ QUE PARA ACOMPAÑARTE! Pero, ¿por qué me lo pides?

—Por qué, sí.

Ekaterina sacudió la cabeza, negándose a volver a su tierra natal. La última vez en que estuvo allá, casi la apedrean por sus pecados; por ese motivo, se alejó a donde nadie la reconociera durante décadas.

—Me parece imprudente que te acompañe —dijo.

—¿Por qué? Ya todo está aclarado —replicó Alexey mientras presionaba el pedal hasta el fondo para no quedar atrapado con el semáforo y de la que casi provoca una colisión al cruzar el rayado—. Además, extendieron una invitación para una acompañante. Esa eres tú.

—¿Y si se molestan? No me tienen buena estima... Para ellos soy como una «renegada» —la primera que se atrevió a dejar a su esposo en esa ciudad.

—Pues que se jodan. Vas conmigo.

—¡No iré!

Él la miró con ojos sombríos.

—Te recuerdo que firmaste un contrato. Me debes obediencia.

—¡Del que debe ser de mutuo acuerdo!

Sonrió pérfido.

—Hay una cláusula —dijo—, ¿lo olvidas? Me acompañarás a dónde yo indique.

Ekaterina gruñó.

—Y si no quiero ir...

—Entonces, prescindiré del contrato, y tú, mi querida *Katia*, te quedas sin nada. ¿No es eso lo que te motiva? ¿El dinero? Bueno, obtendrás la mitad, si cumples con tu parte.

Ekaterina se enfurruñó en el asiento y miró a través de su ventanilla.

Para su desgracia, tenía que obedecer. Pero... ¿a qué precio?

¿El de su propia seguridad?

Se cuestionaba si el dinero era en realidad el motivo suficiente para arriesgar su vida, o algo peor.

Capítulo 32

Por más de 150 años, Yaroslav Vólkov, ha comandado el Ejército Rojo y custodiado las fronteras de la Casa del Lobo con mano firme. Si algún vampiro forastero pretendía cazar en los dominios de su Grigori, sin el previo consentimiento, lo eliminaban. Los humanos eran su rebaño, al que debían proteger con mucho celo. La sangre de estos se contaba entre los más comerciables entre los Recolectores.

Por ese motivo, empleaba incontables horas para desarrollar planes de contingencia, a fin de contrarrestar a aquellos con ansias de conquista. Los sistemas en red, radares, y demás dispositivos tecnológicos, cada vez les facilitaban o complicaban monitorear los territorios, de los que, se dividían en una línea difusa entre los mortales y los seres de la noche.

Para mayor *inri* de Ekaterina, ella y Alexey, tuvieron que asistir a una ópera en el Teatro Bolshói, como homenaje del Aniversario del Sigma. Un evento al que

solo asistiría la élite de la sociedad rusa.

La cantante en cuestión, una vampira soprano lírica, de doscientos cincuenta y cinco años, y cuya fama entre los suyos tenía a todos fascinados, se encargaría de estremecer las paredes de la edificación con su potente voz. La mujer cantaba a decibeles altos, que bien, haría estallar los cristales de las ventanas

donde se hallase. Era majestuosa y, por demás, hermosa; con un tronar mágico que hipnotizaba.

Sin embargo, para Ekaterina, tener que sonreír, a pesar de su incomodidad, se le hacía un calvario.

La limosina que los trasladaba, dio una vuelta alrededor de la plaza Teatrálnaya y estacionó frente a las escalinatas del teatro.

Se bajó, junto con Alexey, y atravesaron una barrera de inmensas columnas de piedra caliza, para entrar al lugar. Por los alrededores del teatro, merodeaban vampiros de menor categoría, observando el desfile de los más adinerados.

El reloj marcaba las dos de la madrugada, perfecto para pasar desapercibidos ante los ojos humanos; al menos, de los que levantarán suspicacia; el que se atreviera a acercarse, no vería otra noche más.

Alexey le extendió la mano a Ekaterina, pero esta se negó, sin aplacar el enojo que sentía.

Suspiró, y pese a que ella se mantenía renuente, le rodeó la espalda que la tenía desnuda hasta casi el nacimiento de su trasero, por un vestido turquesa que cubría la parte frontal y dejaba visible la retaguardia para dicha de la población masculina.

—Recuerda por qué estás conmigo —dijo en su oído, mientras que las yemas de sus dedos apreciaban la calidez de la suave piel que se estremecía ante su tacto. Aún le quedaba tres semanas del contrato, si pretendía quedarse con la mitad de sus bienes.

Ekaterina lo miró con rabia.

Tenía razón.

Que su sufrimiento no fuese en vano. Lo desplumaría como a una gallina en el

corral.

—Por supuesto, querido —sonrió mordaz—. ¿O cómo crees que estoy contigo ahora? Todo sea por el dinero; es lo que me motiva.

Alexey apretó la mandíbula para no caer en discusión. ¡Mentirosa! Él la sentía cuando le hacía el amor.

Se identificaron ante la Guardia Real que vigilaba el perímetro con celo. Todo aquel que pretendiera infiltrarse, sería ejecutado. Se tomaría como muestra de rebeldía o el deseo de hacer daño a sus superiores.

Ekaterina se maravilló del interior del Teatro Bolshói, tan espectacular como la fachada misma. Un amplio pasillo los recibía, y del cual se abría en dos escaleras tapizadas de alfombra roja, que conectaba con el piso superior.

Ni hablar de la cantidad de lámparas de araña, de enorme tamaño, que decoraba cada tanto el altísimo techo abovedado; este fue pintado con figuras lineales que armonizaba con el piso de mármol y las paredes blancas.

Subieron por las escaleras, con cierto grado de tensión; sobre todo, Ekaterina, que jamás había estado allí, por las razones de siempre.

Era indigna.

—¡Alexey! —exclamó una voz masculina, en cuanto ellos asomaron la nariz.

El aludido buscó al hombre, a través de la muchedumbre de ese vestíbulo.

—Mierda... —masculló en voz baja, de modo que nadie lo escuchara, incluso,

Ekaterina.

Pero esta lo escuchó, rodando los ojos hacia la persona en cuestión, y maldijo para sus adentros.

El que menos deseaba ver, estaba allí, presente.

Dmitry Kuznetsov.

El hermano mayor de Alexey y el más imbécil de todos.

Su espesa melena negra se aproximaba hacia ellos, sobresaliendo de la muchedumbre, a quienes superaba en estatura hasta por dos palmos. Un gigante pendenciero que hacia tratos con la mafia y con políticos corruptos para amasar fortuna, y del que aprovechaba toda ocasión en criticar a los demás y dar una imagen circunspecta, como si tuviese un historial libre de mancha y de culpas.

Falso como el padre...

—Lo que dicen de ti, es cierto: que volviste con tu ex... —expresó con inquina en cuanto se acercó. Al igual que Alexey, usaba un frac negro con cuello de pajarita y mancuernas de oro en las empuñaduras de su camisa. Sin embargo, la suavidad de sus líneas, quedaba perfecta en el más joven.

[6]

—Los rumores son ciertos, *Dima*

—respondió Alexey, sin aclarar los

verdaderos hechos: había comprado sus servicios.

Ekaterina lo miró con ganas de desenmascararlo. Pero prefirió callar. Seguro el hermano estaba al tanto de lo que acontecía.

Dmitry sonrió sarcástico, y esto hizo que el parecido con Vladimir se acentuase. Poseía los mismos rasgos ordinarios, propios de hombres de campo,

poco agraciados, pero recios en su carácter y contextura. El ceño fruncido, sobresalía del rostro de pómulos lisos y mentón cuadrado, hundiendo sus ojos de ónice como si fuera una alimaña rastrera que esperaba a dar su estocada.

A su lado, una trigueña de escasas curvas, escaneaba con desprecio a Ekaterina.

—Me pregunto si consumes sangre de drogadictos —espetó Dmitry, sin preocuparle que la aludida se molestara—, estás tomado malas decisiones.

La trigueña rio con saña y la pelirroja ahogó una palabrota.

—Jamás la he probado —replicó Alexey, haciendo un esfuerzo por mantener la compostura—. Prefiero la recolectada; de preferencia de los sesenta.

Dmitry cabeceó, con toda la antipatía que su estoico rostro le expresaba.

—Esa década es asquerosa —dijo—. Mucho marihuanero. ¿Estás seguro que no la consumes? —Se carcajeó, junto con su esposa.

Alexey lo traspasó con la mirada. Un puñetazo le vendría bien a su hermano.

—Maruska, un gusto saludarla —medio sonrió a la mujer.

—*Priviet, Liosha* —esta le devolvió el saludo con cariño, tras meses sin verse.

La primavera pasada en el Nuevo Mundo, devino en una discusión entre su marido y su cuñado, quien se reusaba a volver bajo el seno del patriarca, como un hijo que se arrepentía de su rebeldía. Insistía en conservar su libertinaje, ajeno al escarnio público y la censura de su propia familia.

Ekaterina carraspeó, haciendo patente su presencia.

—*Priviet* —saludó igual de informal, a pesar de que el matrimonio ni se molestaba en mirarla.

—¿Has visto a *Volodia*? —preguntó Maruska, ignorando a la infame. ¿Cómo se atrevía a dar la cara?

—No —respondió Alexey, sin que le pasara por alto, la grosera actitud de esta hacia Ekaterina. Por fortuna, seguían sin toparse con su padre.

—¡Ah!, en ese caso, deberíamos darnos prisa —agregó la trigueña—. Pronto comenzará el acto.

Tomó el brazo de su esposo, encaminándose hacia el salón contiguo, que conectaba con el palco principal. Su vestido color perla no la resaltaba como el de la bella irreverente, del que más de un hombre le lanzaba una mirada morbosa.

—Si no soportas estar aquí, podemos marcharnos —Alexey propuso a Ekaterina al verla tan incómoda.

Esta sacudió la cabeza.

—Aguantaré; en peores lugares he estado. —Ese par, no la amilanaría.

—Puedo dar una excusa...

Sonrió acartonada.

—Sería mal visto hacerle un desplante al Sigma.

Alexey la arropó con la mirada. Si Ekaterina soportaba estar allí, él soportaría por ella.

Contuvo las ganas de besarla por temor a ser rechazado frente a todos.

—Vamos —la condujo hacia el palco asignado.

Cruzaron el salón, que variaba en color, tanto en las paredes como en el techo, y avanzaron hasta el fondo, donde cuatro guardias pretorianos, custodiaban el recinto.

Al entrar, Ekaterina se arrepintió de no haberse marchado. En el palco se hallaba el Sigma y toda la familia Kuznetsov: padre, hijos y sus engreídas

esposas.

Vladimir –sentado en la primera fila– giró el rostro hacia ellos, al percibir sus aromas, y enseguida miró a Dmitry, que estaba detrás de él.

Otro que tampoco se llevaba bien con la mujerzuela.

Ekaterina y Alexey se sentaron en las últimas sillas, cerca de la salida, sin haber tenido oportunidad de saludar, aunque fuera por mera cortesía al líder del Ejército Rojo.

—Esto es incómodo —susurró ella en su oído.

Él le sonrió y extendió la mano, entrelazando sus dedos con los de su exmujer.

Le complacía que no lo rechazara.

Las luces del teatro se apagaron y las cortinas del escenario, se abrieron para iniciar el primer acto.

Capítulo 33

Ekaterina bostezó agotada, mientras las luces nocturnas de Moscú, pasaban por su ventanilla. El auto se dirigía al hotel que los alojaba; aún traía atragantado el mal sabor de boca que les dejó el encuentro con los Kuznetsov; cada uno, por su lado, competía por ser el más huraño; a excepción de Alexey, que procuraba no llevarles la contraria.

El descanso entre acto y acto, fue la peor parte. La familia hablaba sin cesar, sin que la hicieran partícipe, haciéndola sentir invisible. Ninguno le habló, como si fuese una de las decenas de estatuillas, postradas allí. Un adorno bonito, que bien se podría prescindir.

Le resultaba inconcebible que Maruska y Nadyenka se comportaran como un par de viejas amargadas, de las que, una vez, fueron sus amigas.

O eso creía...

Sonrió con tristeza; la castigaban por lo ocurrido en el pasado, negándole un perdón que nunca ocurriría.

Volvió el rostro hacia Alexey, encontrándose con que este la observaba. Su mirada silenciosa era indescifrable, casi hipnótica.

Él oprimió el botón, al lado de su puerta, y el cristal que divide la cabina de los asientos posteriores, subió.

Ekaterina abrió la boca para protestar, pero Alexey se puso el dedo en los labios para que no hablara.

Se deslizó hacia ella.

Tomó el ruedo del vestido, subiéndolo hasta las caderas y dejando ver unas bragas turquesas.

—Abre las piernas —le pidió con voz ronca.

Ekaterina obedeció. Su respiración se alteró.

Alexey metió la mano, dentro de la fina ropa interior, haciendo estremecer a la vampira.

El dedo del medio, tocó con suavidad el clítoris.

Gimió.

—Así es, *mi Katia*, gime para mí —susurró, masajeándola con pequeños círculos.

Ekaterina cerró los ojos, abriendo más las piernas para que él tuviera acceso a lo más profundo de sus cavidades femeninas.

—Desde hace tiempo tengo una fantasía contigo... —confesó Alexey con voz gutural—. ¿Me complacerías? —En realidad, tenía muchas, pero esa cobraba mayor peso.

Ella lo miró, en medio de una bruma deliciosa.

—Sí..., haré lo que sea —respondió sin pensar en que, tal vez, se trataba de algún fetiche sadomasoquista.

Se relamió los labios.

¿Y qué...? Un par de azotes en el trasero, no la matarían.

Él sonrió.

—¿Lo que sea?

Ekaterina luchó por conseguir la voz. La mano de Alexey seguía haciendo de las suyas.

—Lo que sea...

La lujuria se desbordaba en el vampiro.

Sacó la mano *del centro* de la mujer, oprimiendo el citófono que conecta con la cabina e indicó al chofer que se dirigiera a la zona donde confluían los vicios de los humanos.

Ekaterina frunció el ceño, extrañada.

—¿Qué vamos hacer allá? —preguntó inquieta. El sector a dónde se dirigían, era un hervidero de prostitutas callejeras.

—Ya verás...

Activó de nuevo el citófono, en cuanto vislumbró una despampanante trigüeña parada en una esquina.

—Deténgase.

El auto frenó.

La prostituta, quien usaba un abrigo de imitación de piel y unas largas botas negras hasta la mitad de los muslos, sonrió, contemplando el lujoso auto frente a ella. Lo más probable, es que esa noche ganaría mucho dinero.

Ekaterina se tensó. ¿Qué pretendía ese pícaro vampiro?

La ventanilla de Alexey, descendió hasta la mitad.

—Buenas noches —saludó a la mujer—. ¿Te gustaría acompañarnos?

La prostituta metió la nariz por la ventanilla, observando a la acompañante.

Una pareja voyerista.

Y a juzgar por las joyas que lucía la pelirroja, adinerados.

¡Oh, sí que ganaría dinero!

—¡Seguro! —respondió contenta—. Pero cobro el doble.

—Entonces, sube.

Ella rio.

—¿No van a preguntar por mi tarifa? —preguntó antes de aventurarse a subir.

La mayoría —por no decir todos— les interesaba saber con anticipación la cantidad a pagar.

Unos míseros dos mil rublos.

—No hace falta —respondió Alexey, despreocupado.

Conque no, ¿eh?, pensó la prostituta que fraguaba otra tarifa.

Cuando alguien no se molestaba por lo que iba a gastar, era porque le sobraba dinero por cantidades industriales.

Y, estos, solo eran un par de riquillos aburridos de su vida sexual.

—Cuarenta mil rublos —confirmó por si después ellos protestaban. Bastante experiencia tenía con los que se las daban de astutos.

Ekaterina arqueó las cejas, sorprendida.

¡¿Cuánto?! Si sus cálculos eran correctos, eso equivaldría a setecientos dólares. La prostituta resultó costosa. Para esa gracia, ella le cobrara a Alexey, y asunto resuelto.

Alexey suspiró impaciente.

—Acepto.

La prostituta sonrió, subiéndose en el auto al automóvil.

Se sentó en el asiento del frente.

—Dinero, primero —extendió la mano. Su perfume barato inundó el espacio, molestando el fino olfato de la vampira.

Alexey sacó un fajo de billetes de su chaqueta, pagándole la cantidad pactada a la mujer.

Ekaterina se tensó, a lo que pudiera pasar. No estaba segura si le gustaría estar en un trío.

La prostituta contó los billetes, cosa que a la vampira le pareció de mal gusto.

—Descúbrete las piernas y ábrelas —Alexey ordenó a Ekaterina, quien las había cerrado y cubierto con el vestido.

Obedeció, subiéndose el faldón hasta las caderas.

La prostituta se relamió.

Siempre le tocaban obesos borrachos y hediondos, ahora le aguardaba un par

de atractivos prospectos que olían delicioso.

Se arrodilló frente a su clienta.

—Relájate —le pidió Alexey a su compañera—. Y disfruta.

Ella asintió, nerviosa. No era una santa, se acostaba con hombres de todas las edades y posiciones sociales. Pero jamás con una mujer.

La prostituta deslizó la braga de la pelirroja hasta los tobillos, y se los quitó.

Acarició las níveas piernas, cuesta arriba, hasta llegar al cúmulo de vellos púbicos.

—¿Qué quiere que le haga? —preguntó al atractivo hombre. Sabía lo que tenía que hacer. Pero a los clientes les encantaba imponer órdenes.

—Lámeselo —indicó él con voz ronca.

Ekaterina agrandó los ojos.

Gimió tan pronto sintió la lengua de la humana, introduciéndose en su vagina, como toda una profesional.

Sorbiendo.

Lamiendo.

Mordisqueando...

Ekaterina se arqueó, deslizando sus caderas hacia el rostro de la prostituta, desfallecida por el placer. El morbo que producía aquello, la hacía gemir sin pudor.

Alexey sonreía complacido, observando a su amante ser tomada por una mujer. Lo excitaba a tal punto, que su masculinidad se endurecía dolorosamente.

Desgarró el escote del vestido de la vampira, sacando los turgentes senos, para magrearlos y besarlos.

Del otro lado del cristal, el chofer no escuchaba nada, pero se hacía una idea de lo que adentro sucedía. Conducía en círculos, hasta que recibiese la orden de detenerse.

—Oh, Dios... —expresó Ekaterina, que no encontraba otro calificativo para lo

que disfrutaba.

—¿Te gusta? —Alexey buscó su mirada. De haber sabido que no era ninguna mojigata, hacía mucho que la habría invitado a sus furtivas revolcadas. ¡Oh, el gusto que se hubiera dado con ella! Desde ese entonces, hubiese sido su esclavo.

La respuesta de Ekaterina no se escuchó, de la que, a juzgar por sus sonoros gemidos, le gustaba.

—¿Quieres un poco? —preguntó una vez que ella tuvo un orgasmo. Le ofrecía saciarse del cuello de la humana, aunque fuese como aperitivo.

Ekaterina arrugó la nariz. Beber de una callejera, se le hacía poco apetitoso.

Quién sabe qué porquerías habría consumido.

Pero se impactó ante la orden que su amante le dio a la mujer.

—Bésala —pidió, evitando que se limpiase los fluidos vaginales de su boca.

La prostituta se incorporó y se inclinó hacia la pelirroja.

Se besaron, enredando sus lenguas en una danza erótica. A Ekaterina tal proeza la turbaba, sin dejar de ser placentera. Los labios de una mujer eran más suaves y delicados, moviéndose en una cadencia exquisita.

Alexey sonreía, hallándose en el Cielo. La escena desequilibraba su

raciocinio; deseando a las dos mujeres en diferentes motivos: a una, enredarse entre sus piernas y gozarla hasta que se desmallara, y, a la otra, extraerle el vital líquido de sus venas.

Lo que indicaba que era hora de dar por terminada su fantasía.

—Deténganse —ordenó a las dos, que se besaban con frenesí.

Ambas así lo hicieron.

—Gracias por tus servicios —le dijo a la prostituta—. Te puedes bajar.

La mujer se decepcionó, pero no replicó. Si un cliente ponía punto final, había que respetarlo.

—Cuándo quieran más: ya saben dónde buscarme —expresó—. Los estaré esperando con ansias. Ha sido un placer...

Le guiñó el ojo a Ekaterina, y se bajó del auto con el dinero guardado entre las tetas. Esa fue la mejor noche, desde que se inició en el ramo. La pasó tan bien, que deseaba repetir. Hasta se los haría gratis.

—¿Qué pasa? —Ekaterina preguntó, recobrando la compostura. Le abrió la puerta a un mundo de posibilidades, y luego la cerró de golpe.

Alexey le habló al chofer, a través del citófono.

—Al hotel.

—¿Alexey? —Ella exigía respuesta.

Él la miró con ojos sombríos.

—Casi la mato.

La vampira comprendió. Durante años, Alexey luchó por superar sus instintos salvajes.

—Está bien —concedió—. Lo dejaremos para otra ocasión...

Los ojos verdes brillaron lujuriosos.

—¿En serio?

Ekaterina parpadeó, percatándose de lo que había dicho. ¿Sería capaz de repetir aquello?

Lo pensó.

—S-Sí, por supuesto; pero no con una callejera. Sino con una más...

elegante...

Alexey sonrió estando de acuerdo.

—Será con la dama que te guste. Tú la elegirás.

De ser humana, Ekaterina se hubiera sonrojado.

Alexey la besó, reanudando lo que quedó pendiente, minutos atrás.

Follársela hasta que pidiese clemencia.

Capítulo 34

Tres días después.

—Vaya... Por más que lo observo, me parece increíble —expresó Ekaterina, admirando el atardecer sobre la costa del Mar Negro desde el ventanal de la cabaña. A diferencia de la lámina polarizada que recubría los cristales de los autos y las ventanas de las propiedades en las que ella había permanecido, esta, se destacaba por permitir el paso del sol sin causar heridas—. ¿Cómo es posible?

¿Cómo...? —Intuía que la magia o alguna pócima rara, estaba involucrada en ello.

Alexey rio, abrazando a Ekaterina sin el temor de ser quemado. Después de la debida atención hacia el Sigma, ambos decidieron pasar unos días en Alupka, ciudad balnearia, ubicada en Crimea.

—Es un invento reciente —dijo—. Los vidrios fueron templados con una aleación que reduce la incidencia del sol sobre nosotros. Como un filtro...

Ekaterina se perdió en la explicación.

—Hay un dispositivo oculto entre el vidrio —agregó Alexey ante su estupefacción. Él ya había ordenado un lote para sus propiedades. Le costaría una fortuna, pero lo pagaría con gusto, con tal de apreciar su entorno como los mortales lo hacen con la claridad del día.

Ekaterina alzó una mano para sentir el rayo de sol que atravesaba el cristal.

—No siento nada. —Como si apreciase el día a través de la pantalla del televisor. Aunque, en esta ocasión, lo hacía en un ambiente más amplio.

Alexey besó su sien y la dejó para que siguiera observando el exterior. El astro rey se ocultaba por el horizonte, matizando las nubes con tonalidades rojizas. Un espectáculo digno de admirar más de una vez.

Cruzó la estancia y se quitó la ropa, para preparar la tina. Se le antojaba un baño de burbujas en compañía. La cabaña era diminuta, a lo que acostumbraba.

Pero era su refugio, cuando visitaba esas tierras. Lo reconfortaba, transportándolo a sus años como humano.

Una noche —recordó—, su padre llegó a su casa, después de permanecer un par de años ausente; lo declararon muerto en combate, sin que su cuerpo se recuperara para su entierro. Sin embargo, se hallaba ahí, parado frente a ellos en sanas condiciones y fortalecido. Más su presencia fue traumática, quien, en

cuestión de segundos, los atacó a él y a sus hermanos, y mató a su madre.

A la única que le negó la vida eterna.

Desde entonces, permanecieron juntos, observando el correr del tiempo; testigos silenciosos del despertar humano hacia las artes y la tecnología.

Abrió el grifo de la tina y dejó correr el agua para que se llenara. Las esencias aromáticas las tenía a su alcance para darle el toque que necesitaba en ese momento. Estaba satisfecho de haber hecho las paces con Ekaterina; el viaje les sentó bien a ambos, sin que las murmuraciones que aún se corría por Moscú, les afectase.

Qué se pudrieran en el averno; ellos no le proporcionaban felicidad, sino su hermosa amazona de cabello de fuego y mirada glacial. Lástima que esta lo hacía motivada por intereses monetarios.

Si tan solo lo amara...

Mientras tanto, Ekaterina se mantuvo quieta frente a la ventana del tamaño de la pared, hasta que la oscuridad absorbió los colores de la naturaleza. Durante varios días estarían sumergidos dentro de esas cuatro paredes, alejados del mundo y del bullicio.

De pronto...

Tocaron suave en la puerta principal.

Ekaterina giró el rostro, extrañada. La cabaña se construyó a kilómetros de la civilización, para que nadie los molestara.

El golpeteo prosiguió un poco más fuerte.

Se acercó y aspiró profundo para captar los olores que se percibieran debajo de la puerta.

Si detectaba que eran humanos, se daría un banquete. ¿Se consideraría delito

si la cena llegaba solita a su morada? Tenía sed. Y la sangre embotellada la

tenía harta. ¡Quería morder un cuello tibio!

Se relamió. Una probadita no haría daño. Lo había hecho más de una vez, sin matarlos. Hasta con aquél sujeto en el *bebedero*...

Pero los olores que captaron sus fosas nasales, le indicaban que pertenecían a otra especie.

Se desanimó.

Tomó el picaporte con cuidado para averiguar de quién se trataba. Quizás un latoso «vecino», que necesitaba un poco de «sal» para sazonar la sangre.

Sal..., pensó. Sí como no...

Abrió la puerta y se paralizó.

—Alexey... —lo llamó con voz temblorosa. Los sujetos, del cual vestían traje sastre, la apabullaron.

Intentó llamarlo una vez más, pero este hizo acto de presencia en una exhalación, descalzo y sin camisa.

—¿Qué sucede? —preguntó, cubriendo a Ekaterina a su espalda. Su voz trémula lo puso en alerta.

—Nos disculpamos, si los importunamos —habló uno de ellos—. Esto es para usted —le extendió a Alexey un sobre con el emblema de la Casa Real.

Este lo recibió con el ceño fruncido. A nadie les había informado de su paradero en la cabaña.

Suponía que, para el Sigma, nada se le escapaba.

—Por favor, léalo —indicó el vampiro—. Esperamos su respuesta.

Alexey abrió el sobre, con una Ekaterina que clavaba curiosa su nariz sobre él.

La invitación se extendía a ambos, a una cacería que se llevaría a cabo al día siguiente, en la parte central de Siberia.

Se sorprendieron.

—Dígale que estaremos allí —Alexey notificó.

El vampiro inclinó la cabeza, al igual que los otros, y se marcharon colina abajo.

Ekaterina observó la tensión en las manos de Alexey sobre el papel.

—Si no deseas que asistamos, no lo hagamos.

Él sacudió la cabeza. Negarse al Sigma, era negarse al mismo rey.

—Iremos —dijo, resignado. Tendrían que ir de cacería y echar por tierra los años de abstinencia. La sangre humana siempre se mantuvo en su dieta diaria, pero asesinar para alimentarse, dejó de hacerlo hacía mucho tiempo.

Capítulo 35

—Los humanos se esparcirán en un radio de seis kilómetros —informó Yaroslav

a los invitados con una áspera voz que denotaba el agresivo carácter del que con frecuencia de él se comentaba—. Nadie debe hacer uso de armas para cazarlos;

quien lo haga, será amonestado —advirtió—. Es una vergüenza que, como vampiros, utilicemos esos recursos. ¡Somos más fuertes y rápidos que ellos! Y como tales, será fácil atraparlos.

—¡Sí! —respondió la mayoría de los presentes. Ekaterina y Alexey fueron los

únicos que permanecieron en silencio.

—Les daremos una hora de ventaja para que se escondan por la taiga —

agregó—. Todos fueron provistos de abrigo y transporte. Si no logran salir de la zona de caza, es de ustedes; de lo contrario, deberán dejarles huir.

Uno de los invitados alzó la mano. El día estaba grisáceo, sin que se vislumbrase en las próximas horas, la impertinente intromisión de los rayos solares.

—¿Y si alertan a las autoridades locales? —Fue una estupidez haberlo preguntado, pero fue el único que se atrevió a hacerlo. Todos, sin que lo admitieran, les preocupaban.

Los murmullos se alzaron en el acto. El poblado cercano estaría advertido sobre lo que allí sucedía, y el tan resguardado secreto de la existencia de los vampiros, quedaría al descubierto.

El Sigma tensó los labios, bajo un mostacho quijotesco y una barba poblada parda, y puso los ojos en blanco con impaciencia. Solo un inepto hacía semejante pregunta.

—De conseguirlo, se le borrará la memoria —dijo—. Hay puestos de vigilancia por los cuatro puntos cardinales.

Los cazadores sonrieron entre ellos, un tanto decepcionados, a diferencia de Vladimir y sus dos hijos morenos, quienes sonreían prepotentes, porque de iniciarse un enfrentamiento con los mortales, tendrían la batalla ganada.

Los tres hombres vestían de color blanco de pies a cabeza, cuyas botas de invierno, se tragaban sus pantalones de algodón hasta las pantorrillas. Pero no fue una norma que haya sido señalada en la invitación, para que todos los que se hicieran presente, estuviesen uniformados; sino por cuestiones de mimetizarse entre la nieve, más por diversión que por precaución de ser descubiertos.

Estudiándolos con detenimiento, Ekaterina consideró que Alexey parecía que

fuese adoptado; su rubio cabello, sus ojos verdes, sus rasgos suaves y a su vez tan varoniles..., en nada identificaba que hubiese heredado los genes Kuznetsov.

Sin embargo, una pintura vieja y roída, propiedad de este, demostraba que la gracia y el encanto no provenía del progenitor, sino de la madre, quien, en vida, había sido de indiscutible belleza.

—¡Bájenlos! —Yaroslav dio la orden de liberar a los humanos, trasladados en un camión. Estos se apiñaban, unos con otros, temerosos de lo que les pudiera pasar.

Ekaterina miró consternada a Alexey.

Entre los raptados, se hallaban: niños, mujeres y ancianos. No escatimaron en edad, género y raza.

Los vampiros se removieron en sus sitios, relamiéndose los labios.

—Aún, no —ordenó Yaroslav—. Hasta que dé la orden.

Alzó la mano hacia sus hombres y les indicó en silencio que permitieran que los humanos huyeran.

Estos corrieron despavoridos hacia la taiga siberiana. Algunos se montaron en motos de nieve, otros en jeep, llevándose consigo a las mujeres y los ancianos, y los más aventureros, huyeron a pie.

Eran en total, cincuenta, sustraídos de diferentes partes del hemisferio.

Yaroslav consultó el reloj en su muñeca izquierda, para tomar el tiempo requerido, pese a que sus honorables invitados comenzaban a impacientarse, cada vez más sedientos.

—Aguarden... —ordenó a los presentes para que evitasen romper las normas.

El que lo hiciera, no volvería a ser invitado; el evento se desarrollaba cada

vez que el Sigma superaba el calendario de su conversión.

—¿Nerviosa? —preguntó Dmitry, observando con antipatía la mortificación de la única vampira presente entre los cazadores.

—No —respondió ella a secas. Su excuñado era un cretino que gozaba ponerla en evidencia frente a los demás.

—Pues parece...

Vladimir y Nicolai —apostados bajo las ramas de un pino— se rieron de la mujer. Por eso es que no las invitaban: la mayoría, se dejaba llevar por la empatía.

Alexey se lamentó de haber confirmado la invitación al emisario del Sigma en Nueva York. Si hubiera sabido con anticipación que eso pasaría, lo habría declinado con una excusa. Pero se dejó llevar por ser tan complaciente.

Después de transcurrida la hora, Yaroslav sonrió.

—Muy bien. ¡A cazar!

Dmitry, Nicolai, y otros sujetos, aullaron como lobos hambrientos. En cambio, Vladimir, entrecerraba los ojos, cual carroñero, sobre la pelirroja. Aguardaría el momento justo para fastidiarla.

Los vampiros rugieron, exaltados por la emoción. Por fin dejarían libre a su bestia interna.

Se internaron, siendo veinte depredadores de diferentes reinos, vadeando entre las coníferas, sin más recurso que la fuerza de sus propias piernas. Corrieron, sedientos, con los colmillos perfilados y los ojos rayados, como los de un cruel demonio.

Vladimir y sus hijos mayores, encabezaban la cacería, junto con el Sigma, quien gruñía en voz alta, obedeciendo a la adrenalina. Los gritos a lo lejos, la estela perfumada que dejaban los humanos, el frío que padecían, su

vulnerabilidad, el temor... incrementaban las ganas de beber sangre y destrozarse carnes.

Por otro lado, Ekaterina permanecía petrificada, sin que sus piernas le respondieran.

Ella no era una asesina despiadada.

Jamás se lo permitió y se sentía orgullosa de ello.

—No puedo. N-No puedo... —tartamudeó temblorosa, mientras expulsaba el vaho del frío de su boca, a causa de la respiración agitada que tenía. Los vigilantes, apostados por el perímetro, la observaban con recelo. Los débiles debían eliminarse.

Alexey la tomó de los hombros y la giró con rapidez hacia él, temeroso de que fuese incapaz de hacerlo. Si entre sus «congéneres» señalaban a la rama más débil, la quebraban.

—Mírame —se preocupó de sus balbuceos—. ¡*Katia*, mírame!

Ella, llorosa, así lo hizo.

—Haz lo que tengas que hacer —la animó—. Son humanos...

—No podré... —sacudió la cabeza, horrorizada del salvajismo del que era capaz su propia especie.

—Lo harás. Por nuestro bien. —La defendería a muerte en caso de negarse.

Ekaterina lloró, sin que le quedara más remedio. Por supuesto que había aniquilado a más de uno, durante el transcurso de su vida. Pero todos fueron delincuentes asquerosos que asesinaban y violaban sin remordimiento alguno.

En cambio, estos, eran gente humilde, sanos de mente, del cual su único delito habría sido ser mortales.

Se dejó llevar, jalada de la mano de su exesposo, meditando que detestó el viaje desde el momento mismo de la invitación, y corrieron a través de la neblina y los árboles cubiertos de escarcha, con el alma en vilo. La temperatura superaba los 30° grados bajo cero, sin que les afectase en absoluto el frío; un punto a favor para los inmortales.

Los desgarradores gritos humanos se escucharon a los minutos, por encima de las copas de los árboles; una onda sonora que retumbaba en el bosque congelado.

Ekaterina rodó los ojos hacia su derecha.

Yaroslav atrapó a uno que viajaba en la parte trasera del jeep y lo estampó con violencia contra la nieve. Con un movimiento enérgico de sus toscas manos, le partió el cuello, clavando sus colmillos, posteriormente con rudeza. El humano se convirtió en un recipiente inerte del que le absorbían el líquido vital para los no-muertos.

A escasos metros, Nicolai desvestía a una mujer en contra de su voluntad.

Todo se valía en la cacería: el más fuerte sobre el más débil.

Una de las motonieves, que llevaba a un hombre y un niño de cinco años, pasó cerca de la abrumada pareja.

Ambos se detuvieron *ipso facto*, dejándolos que huyeran a dónde fuera que la moto le permitiera.

Pero la mala suerte, hizo que el humano chocara contra unos troncos caídos y saliera expulsado por los aires, junto con el pequeño, hasta caer de espaldas en la nieve.

El hombre casi se golpea contra un sauce joven y el niño cayó justo a los pies de Ekaterina.

Esta se paralizó.

—¡Mátalo! —le gritó el Sigma que se había dado cuenta—. ¡¡Que lo hagas!!

—rugió ante su vacilación. Pobre, si no acataba órdenes. Su cabeza rodaría, tiñendo de sangre y cenizas el entorno.

Alexey se agachó para tomar el niño y lanzarlo lejos de allí.

—¡Tú, no! —Yaroslav tronó elevando sus dos metros de estatura—. Que ella

lo haga. —Dejó el cuerpo del humano y caminó con la boca ensangrentada hacia

ellos—. Que beba del niño.

Ekaterina lloró.

—Baja la mirada; que no te vea llorar —le susurró Alexey, nervioso.

Vladimir la atravesó con la mirada y esperó a que esta acatara la orden del general del ejército ruso. Dmitry y Nicolai se percataron de lo que sucedía,

dejando a su vez, sus presas sin una gota de sangre en las venas.

Alexey la sujetó del brazo y, con disimulo, hizo que se arrodillara frente al aterrado niño, que no comprendía por qué aquellas personas lo miraban con tanto odio.

—No puedo...

—Vamos, tú puedes...

Vladimir se acercaba para increparla delante del Sigma. La oportunidad era perfecta para cobrárselas todas.

—¿Qué pasa, *señora Petrova*, desprecia una de las presas de nuestro excelentísimo líder? Eso no está bien...

Alexey reprendió con la mirada a su padre.

—No es fácil morder a un infante —la excusó, rodeando con su brazo a la vampira para que no se derrumbara. Hasta él padeció una vez una situación como esa. Al término de la Segunda Guerra Mundial, lo forzaron a morder a una niña de doce años. Un ángel que había sobrevivido al Holocausto, solo para perecer a manos de un vampiro. Desde ese entonces, bebía de humanos que vendían su sangre a cambio de una buena cantidad de dinero.

—¡Es un miserable humano! —Vladimir rugió, llamando la atención de sus camaradas. Yaroslav posó su mano sobre el puñal guardado en su cinto. Le clavaría la hoja completa en el corazón si demostraba piedad.

—Hazlo, Ekaterina; por los dos... —imploró Alexey, cada vez más angustiado. Su padre y sus hermanos, gozaban de su sufrimiento.

Con lágrimas incontenibles, Ekaterina tomó al niño y lo mordió.

—¡Mamá! —chilló este, adolorido, pensando en la única persona que podría ayudarle.

Pero no estaba ahí para él. Había sido drenada, minutos atrás.

Ekaterina apretó los párpados y cerró con más fuerza la mandíbula entorno al cuello del infante; se odiaba a sí misma, y odiaba a quienes la obligaron a hacerlo.

—La felicito —elogió el Sigma—. Le tocó el más puro de todos. Es como un delicioso postre...

El humano, que recobraba la conciencia, gritó horrorizado.

—¿Qué son ustedes?! ¡Auxilio! ¡¡Auxilio!!

Uno de los vampiros saltó sobre él y lo mordió.

El humano se retorció de dolor, hasta que perdió las fuerzas de sus extremidades.

—Se me antoja un habano. ¿Alguien trajo uno? —preguntó Yaroslav a sus súbditos, mientras que él palpaba su chaqueta, por si tenía uno.

Estos buscaron entre sus ropas, sin hallar nada. Ninguno pensaba en fumar después de beber.

A excepción de Vladimir.

Extrajo uno que mantenía reservado, para casos especiales, y se lo entregó.

Este lo recibió y esperó a que le diera fuego.

— *Mmmm...* —estiró los labios al degustarlo—. De la mejor marca: cubanos... —Los conocía bien, siendo estos sus favoritos. Con frecuencia disfrutaba un toque sutil de hierbas en las primeras caladas y una mezcla suave y cremosa al final.

—Gracias, mi señor.

—Bueno —dijo con el habano en la boca—, continuemos; o los otros se beberán al resto, y tengo sed.

Una vez que este se hubo marchado, colina arriba, junto con los demás que le pisaban los talones, Alexey y Ekaterina permanecieron en el lugar, procesando la escena.

—Era solo un niño... —sollozó ella, asqueada de su gente y de sí misma.

¿Qué había hecho?! Quitarle la vida a una criatura indefensa, para salvar su propio pellejo.

—No tenías alternativa —replicó Alexey, comprendiendo lo que sentía.

Intentó levantarla, pero Ekaterina lo rechazó y lo miró con rabia.

—¡Esto es por tu culpa! —lo abofeteó, en cuanto ambos se pusieron en pie—.

Yo no quería...

—Te hubieran matado, si no lo hacías —replicó en su defensa. Y si eso sucedía, él atacaría al Sigma, y luego la seguiría al más allá.

Ekaterina miró el cadáver del niño, cuyos ojitos desenfocados, reflejaban el terror padecido, y sollozó por ser ella la que le había causado la muerte. Qué cobarde fue al no enfrentarse a esos depredadores desalmados, que se divertían a expensas de los más débiles; la justicia estaba de su lado, corrupta y opresiva, como aquellos en el juzgado...

—¿En qué me convertí? —desecha, se cuestionó—. ¡Mírame!, le arrebaté la vida a un niño tan pequeño... Soy perversa...

—No lo eres, cariño.

—¡Claro que sí! Y te odio por eso. —Alexey trató de abrazarla, adolorido por sus hirientes palabras—. ¡No me toques! Te odio, ¡te odio! ¡¡Te odio!!

Corrió en el sentido contrario de los vampiros.

—¡Ekaterina! —la persiguió. Molesta, era capaz de cualquier cosa.

La atrapó en menos de un minuto, derribándola y abrazándola con todas sus fuerzas para que no escapara.

—¡Suéltame!

—Lo siento, amor. También me duele... —Qué desgracia tener que pasar por ese predicamento una vez más. Ella no tenía esa maldad inherente para soportarlo. La desafiaron de la peor forma a ser lo que no era, empujándola siempre más allá de sus propias capacidades.

—¡No lo sabes; soy perversa!

Alexey buscó su mirada. Pero, ¿qué cosas decía?! ¿Ella perversa? Aunque se

lo propusiera, no actuaba de esa manera.

—¿Recuerdas que te dije que «hicieras lo que tuvieras que hacer»? Eso hiciste. Nos salvaste a los dos.

Ella se apartó con rudeza y se levantó, llorosa.

—Tal vez a ti —respondió—. Pero a mí, me mató.

Le dio la espalda, decidida a irse caminando de vuelta a Alupka para ahogar sus penas en la cabaña. Que se fueran todos al infierno, daba por terminada la cacería.

Alexey recogió de la nieve, el gancho que sostuvo el cabello de su mujer, y lo guardó en su chaqueta. La orden de Yaroslav, marcó un «antes» y un «después», en su relación. La muerte del niño estaría presente entre los dos, como un recuerdo que opaca poco a poco sus corazones.

Y el de Ekaterina estaba partido en dos.

Capítulo 36

—¿Qué esperas para escoger una? ¡Anda, que no tenemos toda la noche! —
le

aupó su padre en un extremo del Gran Salón. El patriarca había organizado un baile para agasajar la alianza entre Nicolai —el hijo del medio— y la prima lejana de la emperatriz Eudoxia Lopujiná.

Alexey apretó la mandíbula, deseoso por clavarles los colmillos a las damiselas, que por buscar esposa. Su padre lo presionaba para que sentara cabeza y dejase de levantar habladurías por sus conquistas.

—Ninguna me gusta —replicó con desgana. Todas eran poco agraciadas y
sin

un gramo de encanto. ¿Cómo se iba a excitar cuando estuviera con ella en la cama? Tener una como compañera eterna, desinflaba su libido.

—No nos casamos por gusto —reprendió Vladimir, reprimiendo las ganas de jalarle el brazo hacia la humana más próxima.

Una rolliza, que asumía Alexey, tendría 15 años.

—¿Es mucho pedir, enamorarme primero? —Al menos sería más llevadera su

relación con esta.

—No seas ridículo, Liosha . ¿Qué es el amor entre un hombre y una mujer?

Sentimientos sinsentido que causan jaquecas. Más bien, tómallo como negocios, del cual le sacarás provecho.

Alexey suspiró.

«Negocios...»

Contraer matrimonio, sin un ápice de cariño, es como si lo condenaran a un infierno perpetuo.

—¿Qué te parece aquella? La del vestido rosa —Vladimir señaló con la barbilla. A su lado, Dmitry cuchicheaba con la esposa que él le había escogido a dedo hacía diez años.

Alexey observó a la chica en cuestión y torció el gesto.

—Tiene los dientes grandes...

—Igual que nosotros. No seas exigente.

Alexey se molestó.

—No son sus «colmillos», a los que me refiero —dijo con apatía—, sino a esos dientes de caballo que tiene.

Dmitry rio al escuchar el comentario, pero calló en cuanto su padre le lanzó

una hosca mirada.

Le dio un empujón al joven para que hablara con una humana. La afortunada en cuestión, tendría el placer de ser convertida en vampira, pese a que su familia, ignoraría su destino. Que escogiera y se casara de una vez por todas. Estaba harto de la soltería de su hijo, quien constantemente hurgaba bajo las faldas de las mujeres casadas y de las criadas. Causaba escándalo por su reputación de lujurioso. La sociedad comenzaba a señalarlo y a censurarlo.

Alexey suspiró. Lo ponían en cintura, para que se comportara como era debido.

O por lo menos, en apariencia, como su padre hacía con sus amantes varones.

La chica del vestido rosa se sonrojó, en cuanto él se aproximó, pero se decepcionó al ser opacada por la presencia de una pelirroja que recién llegaba al salón, junto con sus padres.

La dulce Ekaterina.

Alexey quedó pegado al piso, impactado por semejante belleza.

Así, con gusto se casaría...

Recostado en el pico más alto de la montaña Ai-Petri, Alexey contemplaba las estrellas, en una profunda meditación. La bofetada de Ekaterina aún le dolía, y no por lo fuerte, sino por todo lo que aquello conllevaba.

Lo aborrecía, tanto o más que antes. Sus sentimientos hacia él, se tornaron oscuros.

Suspiró al ver una estrella fugaz cruzar el firmamento, a una velocidad que ni el más rápido de los vampiros, le podría igualar. Para los creyentes de lo supersticioso, la estela brillante era portadora de deseos; sin embargo, era un simple evento astronómico que ocurría con mucha frecuencia.

Hubiera sido genial para Alexey que los concediera; sus problemas se reducirían a cero con tan solo hacer sus peticiones: desaparecerían en un chasquido de dedos la amenaza de Samara, la reprobación de su padre y el odio de Ekaterina.

Contó las estrellas que su campo visual observaba, mientras las horas pasaban.

Uno, dos, tres, cuatro..., cien, ¡ciento cincuenta mil...! Perdió la cuenta, desestimando que no tenía caso. Existían millones, iluminando el cosmos.

En especial, a *su Katia*.

Cerró los ojos, en cuanto la brisa –suave a lo que allí azotaba– le acarició el rostro, y se imaginó que era ella, arrepentida de lo ocurrido en Siberia; buscándolo para una reconciliación, del que, la rabia y los reproches, quedaban atrás.

Fantaseó, como tantas veces lo hacía, cuando la añoraba. Se la imaginaba encima de él, sentada a horcajadas, rosando sus caderas contra las suyas, y provocando a su virilidad envalentonarse.

Las comisuras de sus labios se elevaron un poco, ante la imagen candente en su mente. Las ropas entre los dos desaparecían por arte de magia, estando en pleno coito, jadeantes y gimiendo al cielo nocturno.

Pero la realidad lo trajo de vuelta y Ekaterina ya no estaba sobre su regazo, sino solo, vestido y angustiado.

¿Qué debía hacer?

¿Cómo la reconquistaba?

Y pensar que estuvo tan cerca de conseguirlo...

Se sentó y consultó la hora en su reloj de pulsera.

Faltaban escasos minutos para las seis de la mañana. Pronto el sol asomaría

por el horizonte, obsequiándole el mejor de los amaneceres. Abajo, el pueblo de Alupka y Koreiz, aún tenían las luces encendidas. Dos tapices luminiscentes, que se extendían a los pies de los montes de Crimea. ¡Era todo un espectáculo!

Porque no solo los pueblos en sí, le brindaban a lo lejos belleza; el cielo mismo quitaba el aliento, con sus nubes tiñéndose de a poco con el naranja-rojizo y la gama de azules que iban desde el índigo hasta el que dominaba el día, borrando, a su vez, cada una de las deslumbrantes estrellas.

No obstante, y a pesar de que por esas latitudes los rayos solares incidían con menor vigor, el riesgo a morir calcinado era grande.

Esperó a que el astro rey se asomara tímidamente a través de los picos de las montañas, mientras una bandada de aves pasaba frente a sus ojos. El espectáculo se le antojaba supremo, disipando sus atribulados pensamientos por un instante.

La altura donde se hallaba Alexey, superaba los 1200 metros sobre el nivel del mar. Nada se le comparaba a aquello. Era como si estuviese acompañando a las

aves en pleno vuelo, con sus brazos extendidos a ambos lados, dejándose llevar por el viento que cada vez soplaba más fuerte.

Sonrió entristecido. Si tan solo Ekaterina estuviese allí con él para admirar el paisaje...

Pero no estaba, perdiéndose del encanto.

El calor del sol aumentó unos grados, provocando que sus manos y rostro, enrojecieran. Lo que era una lástima, ya que era hora de partir, a pesar de que el sol apenas incidía sobre los seres vivos, la mitad del día, y luego se ocultaba la misma fracción de tiempo, para descansar. Tanto los humanos, como los vampiros, eran hormigas ante una gran bola de fuego, si le daba a esta por

calentar más de lo debido...

Después de la meditación autoimpuesta, se levantó, sacudiendo restos de nieve, adheridos a su ropa y cabellera, y soltó una exhalación. Hora de buscar la reconciliación.

Ekaterina caminaba de un lado a otro en la sala, sin saber qué hacer. Las cuatro paredes de la cabaña, se cerraban cada vez más en torno a ella, sintiéndose sofocada como si le faltara el oxígeno. La soledad le atizaba su paranoia. ¿Para dónde Alexey se marchó? Ponderaba que, tal vez, para estar con una ramera, o dejarla allí por su cuenta.

Gruñó, ahogada por la rabia. Los hombres eran todos iguales, y él no cambiaba para nada. En cuanto discutían, se refugiaba en los brazos de otra mujer.

—¡Imbécil! —gritó, arrojando contra la pared, un florero. Este se partió, diseminado los vidrios por los rincones. Alexey era un imbécil en toda regla.

Pregonaba que detestaba la cacería de humanos, y cedía a la primera.

Hipócrita.

Le mostraba un Alexey que no existía. Porque a diferencia de él, ella se moría por dentro. ¡Fue vil al beber del niño! ¿En qué clase de criatura la obligaron a convertirse?

Mató para salvar su vida.

Nada loable. Sino cobarde.

Sin embargo, los pandilleros en Central Park, así como también aquellos sujetos que se aprovecharon de ella cuando fue una *servidora social* incipiente, saltaron como recuerdos impertinentes. ¡Claro que había matado en el pasado!

Lo tuvo presente durante la cacería. Pero era un niño..., uno tan pequeño e indefenso... Solo para complacer al desgraciado Sigma que la miraba como si fuera un mosquito.

Lloró, con más ahínco, esperando con fervor que las semanas del contrato con Alexey, terminaran para reclamar su parte.

Que se fuera él al cuerno, sería fuerte. Se lo debía así misma.

Tres golpes a la puerta, la sacaron de su ensimismamiento.

Y, ahora, ¿quién era?, se preocupó.

Dudaba que fuese Alexey; tenía llaves.

Abrió la puerta, sin antes molestarse en percibir los aromas que identificaran a qué especie estos pertenecían. Lo más probable, es que fuesen esos bárbaros que la siguieron para regañarla por ser tan débil. Los mandaría a volar a la porra, si eso pretendían.

Abrió la puerta y agrandó los ojos.

No eran los guardias reales, ni un vecino latoso; sino uno que ella no contempló que estuviese allí, ni en un millón de años.

Faltando cien metros para llegar hasta la cabaña, Alexey escucha el grito desgarrador de una mujer.

Se detuvo, sobrecogido por el impacto.

—Ekaterina... —musitó, temblándole las piernas. Reanudó la marcha, y, esta vez, lo hizo con tal rapidez, que su silueta se tornó un borrón en el camino.

El grito se elevó unos decibeles, provocando que algunas aves, emprendiesen vuelo por encima de las copas de los árboles.

—¡Ekaterina! —La lastimaban, vilmente.

Corrió todo lo que pudo darle las piernas y llegó a la cabaña, llevándose la puerta por delante.

Esta se desprendió de sus bisagras, cayendo al suelo partida en dos.

La buscó sin hallarla en el interior, sin dejar de buscar hasta debajo de la cama.

Pero el grito se escuchó de nuevo y provenía detrás de la cabaña.

Alexey saltó por una ventana y corrió en su dirección. Los rayos de sol laceraban su piel.

—¡EKATERINA! —Mataría al que la lastimó. Lo descuartizaría sin piedad.

Se detuvo al contemplar una silueta aovillada y carbonizada, con algunos mechones rojizos pegados en el cráneo.

Tembló.

El cuerpo se mantenía entero, sin dispersarse las cenizas. Una escultura espeluznante de lo que en otrora fue su mujer.

—No... —cayó de rodillas al suelo—. ¡Ekaterina, por Dios, no! —lloró.

¡¿Qué le habían hecho?! La quemaron viva bajo el sol abrasador. La peor de las muertes para un vampiro—. Oh, no, *Katia*... ¿Por qué tú? No, no, no. ¡NO!

—

rugió de dolor. Los animales que merodeaban la zona, huyeron despavoridos ante el tronar furioso de un depredador lastimado.

Abrazó el cuerpo calcinado, pero este se desintegró por completo entre sus brazos. Alexey rugía ahogado en su sufrimiento. ¿Qué haría sin ella? Se la

arrancaron con tanta maldad, que le parecía inconcebible que lo hubieran hecho.

—Oh, amor, perdóname... —gimoteó sintiéndose culpable. Él extendió el viaje, para estar juntos, sin pensar en tomar previsiones pertinentes.

No obstante, una arrolladora ira se apoderó de su ser, y una promesa que nacía en su marchito corazón, lo enardecía a tomar un camino.

Quién fuera.

Uno o varios...

Los iba a matar.

Capítulo 37

Tres meses después.

El brillo de las múltiples piedrecillas a lo largo del delicado gancho de oro de 24 quilates, titilaban por el haz de luz eléctrica que se filtraba a través del resquicio de la ventana del motel de carretera. Esta apenas estaba cerrada por unas mugrientas cortinas de rayas horizontales, que cortaba su visión del exterior. Era la única pieza que traía consigo desde que tuvo el dolor de declarar a su amada, fallecida. Pero esa palabra no era la que precisamente, reposaba en las actas de defunción en el Registro de Conversiones y Decesos establecida en Moscú; sino la de «asesinato», ominosa y atroz, que le había arrancado de raíz su propia felicidad.

El gancho giraba con extrema lentitud entre sus dedos, observando el bonito diseño del que había sido cuidadosamente elaborado. Era como su dueña: sofisticado, resaltando que, las menudencias, no tenían cabida. Grabaron en este, mariposas en alto relieve, decoradas con diamantes y rubíes que realzaban su belleza.

Cerró los ojos y se acarició el rostro con el pequeño accesorio, en una constante pesadumbre de que era ella la que lo hacía. Que lo consolaba por haberle provocado más lágrimas y lo animaba a no desfallecer en su búsqueda.

Que estarían juntos, de nuevo, en el más allá, después de haber vengado su muerte.

En consecuencia, el gancho lo mantendría consigo hasta que dejase de respirar.

—Deja eso por la paz; ya no hay nada qué hacer; está muerta, y tu cruzada no la traerá de vuelta —expresó Samara, preocupada. Su apariencia y estado anímico desmejoró desde que esa mujer murió. Alexey removía cielo y tierra para hallar a los *supuestos* asesinos y desechar un crudo hecho que, hasta ese día, se hizo evidente para sus conocidos:

La Roja se había suicidado.

—Mientras viva, haré lo que sea por atraparlos —siseó Alexey, tumbado en el piso mugroso y rodeado por la oscuridad y un imperante desorden de botellas de licor vacías y bolsas de sangre. El gancho y la pena que llevaba dentro, eran su única compañía. Nada más.

Samara se inclinó hacia a él; feliz por la muerte de la mujer, pero no que su amado sufriera.

—Vamos —le tomó un mano y lo jaló para que se levantara—, es hora de darte un baño.

Se liberó con brusquedad.

—¡Apesta! —exclamó, hastiada de sus hedores corporales. Tuvo el buen tino de haber contratado a varios rastreadores para que dieran con él. Uno de ellos, lo halló dos días atrás, en aquel asqueroso motel, ubicado a las afueras de San Petersburgo.

Se mantenía en el país, por si acaso escuchaba rumores o hallaba algún indicio que le ayudará a resolver el «crimen».

—Pues vete y déjame solo —espetó él, sumergido en su dolor. Cada día que

pasaba era una tortura. Su querida *Katia* dejó de existir.

Samara puso los ojos en blanco.

—Un buen baño y una correcta alimentación, te hará sentir mejor.

—¿Para qué?

—Para pensar. Cuando nos relajamos, hallamos las respuestas que han permanecido difusas frente a nuestros ojos. Desecha lo investigado y vuelve sobre tus pasos.

Alexey levantó la mirada.

Volver sobre sus pasos...

Se levantó del piso y se dirigió al baño. Samara tenía razón. Hasta ese día, nada de lo investigado había arrojado resultados positivos, solo confusiones, puertas cerradas, verdades a medias, y desapariciones inexplicables.

La latina lo siguió con una sonrisa plasmada en los labios. Al menos la venganza lo motivaba. Ya vería después cómo lo sacaba de la depresión cuando

no hallase a los implicados. Se las arreglaron bien para borrar sus propias huellas.

Y ella por fin se deshizo de dos estorbos.

Alexey se despojó de las harapientas ropas, sin importarle que su socia lo observara en silencio. Recuperaría fuerzas para su cacería. No se había dado una ducha en varias semanas. Hedía peor que un animal muerto, con suciedad hasta

en las orejas.

Se duchó con la puerta abierta, analizando los posibles sospechosos. ¿Quién deseaba su muerte, como para atreverse a hacerlo por su propia cuenta?

¿Su padre?

¿Sus hermanos?

¿Samara?

¿Yong...?

Si averiguaba que fue *ése malnacido*, iniciaría una guerra entre las Casas Reales.

Se enjabonó, removiendo cada partícula de mugre de su cuerpo. Lo dicho por su socia, contenía una gran verdad: descansado y bien alimentado, le brindaría una nueva perspectiva de todo.

Cerró la llave, enrollando la toalla en su cintura, listo para reiniciar la búsqueda.

Partiría de cero, donde ocurrieron los hechos.

—Vete, Samara, no estoy de ánimos —dijo al salir del baño. Esta lo esperaba en ropa interior, acostada en la cama.

—Vamos... —ronroneó—. Date el gusto.

Alexey negó con la cabeza y hurgó en la maleta que la vampira le trajo para que se cambiara de ropa.

—Hoy no —replicó, tomando un sastre negro, perfectamente doblado y una camisa del mismo tono.

El color apropiado para lo que sentía. Guardaría luto hasta que su corazón dejase de latir.

Samara se sentó, enojada.

—Por Dios, Alexey, ¿hasta cuándo? —El sexo en los vampiros, era tan importante como la sangre misma.

—Hasta que los encuentre —dijo ocultando su sentir. Después de eso, moriría.

Ya no tenía ganas de seguir vagando por el mundo.

Samara se levantó y se acercó, posando una mano sobre el torso musculoso.

—Está bien... Haz lo que tengas que hacer, pero luego vuelve a mí, ¿sí?

A él se le hizo un nudo en la garganta. Un mandato parecido a ese le dio a Ekaterina en la taiga siberiana.

Terminó de vestirse y revisó que tuviera el móvil a mano, y procedió después en abrir el dispositivo conservador de sangre que Samara le trajo. Su socia hacía de su sombra, pisándole los talones. Se aseguraba de que cumpliera con su palabra: recuperar parte de la energía vital que lo caracterizaba. Que sonriera y volviese a ser como era antes.

El sonido de alerta de un mensaje de texto, sonó en el bolsillo interno de la chaqueta del ruso.

Alexey lo extrajo y leyó.

Empleó todo su autocontrol para ocultar a Samara, su sorpresa. El rumor que hizo correr sobre una cuantiosa recompensa por la persona capaz de brindarle información sobre lo acontecido, arrojó resultados.

En su idioma natal, recibía un mensaje de la identidad de los asesinos.

Sobre todo, del cabecilla.

Guardó el móvil y bebió su sangre.

Samara frunció el ceño, curiosa.

—¿Quién te escribió? —preguntó por la forma inexpresiva de su rostro. Lo conocía bien; algo ocultaba.

—Nadie —respondió con parquedad. Menos mal que no se marchó...

Samara se cruzó de brazos, airada.

—Pues ese «nadie», hizo que ardieran tus ojos.

Alexey la miró.

—Es por la sed. No me he alimentado en días —mintió.

La vampira entrecerró los ojos con suspicacia.

—Sí, claro: «la sed» —suspiró—. Ten cuidado, Alexey, temo por ti.

Él le acarició el rostro.

—Descuida; sé cuidarme bien. —Se apuró la bebida y se limpió las comisuras de sus labios con el dorso de la mano. Pronto las cabezas de sus adversarios, rodarían.

Y comenzaría *por el que ideó* el plan para matarla.

Sus colmillos pugnaban por destrozar carnes.

Capítulo 38

Vladimir Kuznetsov saltó fuera de la cama en cuanto escuchó un ruido extraño que provenía de alguna parte de su casa.

Echó un rápido vistazo al reloj despertador de la mesita de noche; por lo que dudaba que fuesen vampiros inoportunos. Lo más probable, es que se trataba de humanos que pretendían robarle sus obras de arte y las joyas guardadas en la caja fuerte.

Sonrió, relamiéndose los labios. Sería un excelente bocadillo a media tarde.

No obstante, el aroma que percibía, le indicaba que se trataba de un sujeto de sangre helada.

Se preocupó y enseguida buscó el arma, oculto bajo la almohada. Siempre preparado para cualquier eventualidad; los enemigos abundaban por doquier.

Marcó un número telefónico, para pedir ayuda a sus hombres, pero, por alguna razón, estos no contestaron. ¡Ni su mayordomo!

—Maldición —gruñó en voz baja, percatándose de que tendría que enfrentarse a los extraños por su propia cuenta. Huir por la ventana, hacía la calle, no estaba contemplado; el sol se lo impedía.

Salió de la habitación, con el arma apuntando al frente. En cuanto lo tuviese en la mira, le dispararía al corazón. Era su derecho de protegerse de los intrusos.

Bajó los escalones, tomándose el tiempo de hacerlo; las persianas impedían la claridad del día, por lo que la oscuridad arrojaba su entorno; los vampiros tenían la facultad de caminar entre las sombras como si tuvieran lentes infrarrojos.

Se paralizó, divisando una silueta masculina, sentada en un sillón de la sala, fumando un habano.

Respiró aliviado y bajó el arma.

—Me diste un susto de muerte —expresó, caminado hacia él.

Alexey le dio una calada al habano y expulsó el humo por las fosas nasales.

—No me gustan mentolados —dijo sin saludar a su padre—. Los prefiero simples.

Vladimir dejó el arma sobre el minibar, sirviéndose luego un trago.

—¿Quieres uno? —ofreció.

Alexey sacudió la cabeza.

—Ya bebí —dijo—. No mezclo sangre con licor.

Vladimir se detuvo un momento, mientras servía el trago. El condenado se deshizo de sus guardaespaldas.

—¿A qué has venido? —se preocupó. Desde la muerte de esa mujer, tuvo que mover muchas influencias para proteger a su hijo de su idea de venganza. En más de una ocasión, estuvo a punto de perder la cabeza. Las falsas acusaciones eran un delito que se castigaba con la muerte.

—Por respuestas —replicó el joven, con gélida voz.

Vladimir tomó un sorbo de su trago, sin dejar de ver a su hijo.

—No he escuchado la pregunta —espetó, permaneciendo en su sitio. Algo le decía que mantuviera las distancias.

Alexey se levantó y caminó parsimonioso hacia su padre.

—¿Quién dio la orden? —Lo atravesó con la mirada, sospechando de él desde un principio, pero se le hacía inconcebible que fuese tan despreciable.

Vladimir palideció.

—¿«La orden»? ¿De qué me hablas?

La rapidez de Alexey, se tornó un borrón, tomando a su progenitor del cuello de la camisa.

—¡Tú sabes! —gruñó con los colmillos perfilándose con ferocidad—. Dime,

¿quién fue?

Vladimir intentó liberarse del agarre de su hijo, pero este estampó su espalda contra la barra del minibar.

—¡DILO!

—¡Gustav Kirchhoff! —exclamó tembloroso—. F-Fue él...

Alexey lo soltó, perplejo.

—¿Él?! —Después de lo sucedido a Ekaterina, se encontró con este en más de una ocasión. Promovía sus estúpidas películas por ambos continentes—. Lo mataré...

—Hijo, no. Aléjate y reinicia tu vida. Ekaterina Petrova no lo valía...

—Kuznetsova —corrigió el joven, pese a que la había aborrecido en público

—. Para mí seguirá siendo mi esposa. Así esté muerta.

— *Liosha*...

—Esto jamás te lo perdonaré, padre.

Vladimir sollozó.

—No fue mi intención lastimarla —mintió desesperado—. Solo quería que desapareciera. ¡No que la mataran! Hijo, hi... ¡Hijo! —lo llamó a los gritos, cuando este le dio la espalda para marcharse.

Alexey bajó hasta el estacionamiento subterráneo, con el único objetivo de viajar a Alemania y hallar al maldito que se la arrebató.

No habría piedad para él.

Capítulo 39

—¡Aleja ese trapo de mí; no me arreglaré para él!

—Pero, mi señor, dijo...

—Me importa un carajo lo que diga —espetó Ekaterina a la muchacha del servicio, cuando esta traía consigo un hermoso vestido blanco, de tirantes y escote corazón, bastante pronunciado. Llevaba varios meses en Berlín, encerrada en una habitación a prueba de escape. La vigilaban noche y día, sin que sus gritos de auxilio sirvieran de algo.

—Por favor..., no lo contradiga, o me castigará —la joven le hizo ver con ojos

de cordero degollado.

Ekaterina suspiró derrotada. No le quedaba más alternativa, que acatar órdenes.

—Está bien... —masculló, alargando la mano para recibir el vestido.

La mujer se lo entregó aliviada. Se salvaba de un par de azotes por incompetente.

Ekaterina se cambió el atuendo, sin muchos ánimos. Gustav se hacía imponer por las buenas o por las malas. Con ella lo hizo más de una vez, cuando su veta de rebeldía le colmaba la paciencia. La asfixiaba, obligándola a doblegarse como sumisa, follándola con rudeza, para anularla como su igual.

Qué maldito. Si todos asumían que se había suicidado, nadie la buscaría.

Lloró por la libertad perdida y por Alexey. ¿Qué sería de él? ¿La lloraría o seguiría por su camino?

Tal vez hizo eso: entregarse a los brazos de extrañas para olvidar los malos recuerdos.

La mujer del servicio —quien esperaba a que Ekaterina se terminara de vestir—

sintió pesar. Ninguna vampira merecía que se la tratase así. Hasta los perros hacían lo que quisieran.

—¿Desea que le arregle el cabello? —Se ofreció con la intención de mejorarle

el humor. Al verse hermosa, sonreiría y vería todo desde una perspectiva diferente. Su amo la amaba.

Ekaterina sacudió la cabeza.

—Solo si tienes una rasuradora —espetó. Sería capaz de quedarse calva con tal de ser poco atractiva. De ese modo, él no la desearía tanto.

Por desgracia, el cabello de las vampiras crecía con rapidez.

La mujer rio.

—Ay, señorita, ¡qué ocurrencias tiene! El señor Kirchhoff, la querrá de todas formas.

Ekaterina hizo un gesto desabrido de estar de acuerdo. Ni calva, ni sin dientes... La haría su esposa a la fuerza.

La criada abrió la puerta de la habitación, dándole paso a los vigilantes que montaban guardia. Estos tomaron a Ekaterina de cada brazo y la sacaron casi a rastras. La llevarían hasta el despacho de su jefe para celebrar la boda clandestina.

Ekaterina sintió que la llevaban al matadero. Una vez que fuera la esposa de

Gustav, no habría ley vampírica que los separase, y un abandono jamás sería tolerado.

Se detuvo abrupto al llegar.

El vigilante detrás de ella, la empujó.

Ekaterina rodó los ojos con severidad hacia él.

—En cuanto sea la dueña de la casa, a ti te despido de una patada —espetó en voz baja, de modo que este fuese el único que la escuchara.

El sujeto se hizo de oídos sordos. Ya verían quién mandarían en la casa, después: si ella o su amo.

Ekaterina alzó la frente, airada, y caminó con paso firme. No habría mal que por bien no venga. ¿Quería una mujercita? La iba a tener... Le haría padecer un suplicio y luego le pediría el divorcio. Gustav olvidaba que estaba bajo las órdenes de la reina alemana que otorgaba igualdad a las vampiras.

Por supuesto, asumiendo que ella pudiera salir a la calle, como antes.

Gustav le sonrió al tenerla a su lado y deseó hacerla de inmediato su esposa.

Tuvo que esperar tres largos meses a que todo se concretase. Sus amigos acordaron hacerse presentes, tras finiquitar algunos negocios importantes, que requerían atención inmediata en Asia y el Medio Oriente.

Estos —todos hombres y de gruesas cinturas—, la escaneaban con morbo de arriba abajo, mientras que sonreían con sus puros hediondos en sus bocas. Les daba igual, si eran cómplices en dicha coacción; ellos tenían al mundo agarrado en sus puños, ufanándose de ser intocables por quienes pretendieran acusarlos.

Lo que presenciarían, tendría peso ante las autoridades competentes; su amigo en las jergas, adquiriría una fémica invaluable.

El Prior, del que una exorbitante suma de dinero, le fue transferida a su cuenta bancaria, para ignorar la protesta de la «novia», carraspeó y expresó con solemnidad:

—Estamos aquí, hoy, 21 de febrero, del año en curso, para oficiar la unión marital entre Ekaterina Ivánovna Petrova y Gustav Kirchoff...

Alexey estampó un fuerte puñetazo al sujeto apostado en la puerta principal de la residencia. El perímetro se resguardaba bajo fuertes medidas de seguridad; señal de que su objetivo se hallaba dentro, como una rata cobarde.

Se escabulló entre los arbustos y trepó la pared del lado este, mimetizándose con las sombras. Los transeúntes ignoraban lo que pronto iba a pasar; para Alexey fue fácil hallar al alemán, quien fue confiado en mantener la misma dirección de habitación, como si su posición de casta lo hiciera intocable.

Quebró una ventana e ingresó, llevándose por delante pedazos de vidrios rotos. La alarma sonó al instante, alertando a los vampiros vigilantes para atacar al intruso.

Alexey derribó a dos con su pistola eléctrica y golpeó a otro, que apenas ingresaba a la habitación.

Corrió hacia el fondo de la casa, percibiendo en el aire, varios aromas.

Uno le pertenecía a un vampiro de mayor edad, otro, al bastardo en cuestión, y el tercero...

Se detuvo, sacudiendo la cabeza.

Imaginaciones tuyas.

Nada más.

—¡Atrápenlo! —gritó uno de los hombres que corría hacia él con intenciones de aniquilarlo.

Alexey esquivó la espada, que por poco le corta una oreja. Pero no pudo evitar que otro le reventara la boca de un puñetazo.

Cayó al piso, aturdido, llevándose las manos hacia adelante, para protegerse de la espada que le caía encima.

—¿Qué son esos ruidos? —el Prior se preocupó del creciente revuelo detrás de la puerta del despacho.

Gustav se tensó. Gruñidos y destrozos se escuchaban cada vez más sonoros.

Tomó con rudeza el brazo de Ekaterina y miró al Prior.

—Continúa —le pidió. Impediría que la rescataran. Una vez suya, nadie la reclamaría.

—Pe-pero parece grave...

—¡Que continúe, le dije! —rugió con los ojos rayados. Sus piernas comenzaban a temblar y sus uñas a enterrarse en la piel de la vampira.

—¡Ay, me lastimas! —chilló esta, removiéndose de su agarre.

Gustav gruñó al Prior, amedrentándolo con sus afilados colmillos. Pobre de él, si no se daba prisas.

—¿A-acepta, u-usted a Ekaterina...?

—¡Sí, continúe! —lo apuró, cada vez más nervioso. Un silencio abrumador se instaló de pronto.

El Prior se acomodó la túnica y preguntó a la pelirroja con voz trémula.

—¿Acepta a Gustav Kirchhoff, como tu marido?

La novia cautiva, vaciló.

¿Qué sucedía afuera?

—¡Contesta! —siseó Gustav, enterrándole más fuerte sus garras—. Di que «aceptas», o te arranco la cabeza.

Ekaterina hizo un gesto de dolor.

—Acepto... —respondió, deshaciéndose en lágrimas.

El Prior tomó la daga que reposaba sobre el escritorio e hizo una incisión en las muñecas de los contrayentes.

—Junten las heridas —ordenó.

Ekaterina permaneció paralizada, pero Gustav le jaló la mano, posando su muñeca sobre la suya.

—Ahora, con el poder que me confiere, nuestra Soberana, los declaro,

«marido y mujer». Puede besar a la novia —permitió a Gustav que sellara el acto con una muestra de afecto. Tan de humanos y tan de vampiros.

Este sonrió triunfal, pese a la tensión en sus hombros.

Tomó el rostro de Ekaterina, estampándole un rudo beso.

La puerta del despacho cayó al piso, ante un contundente ruido.

Gustav, el Prior, los testigos y Ekaterina, se sobresaltaron.

Esta última abrió los ojos como platos.

Alexey derribó la puerta con el peso de su propio cuerpo.

—¡Guardias! —Gustav gritó enérgico a sus guardaespaldas. El ex, de su nueva esposa, logró dar con su paradero.

No obstante, para Alexey, encontrarse con dicha escena, lo desconcertó en gran medida.

Ekaterina estaba viva, besándose con su supuesto asesino.

—¿Estás...?!

—¡¡Guardias!! —Gustav rugía con el corazón palpitando en su garganta—.

¡GUARDIAS!

Ekaterina retrocedió ante la mirada incrédula del vampiro recién llegado.

¿Qué se imaginaba?

—No es lo que parece... —De algún perverso modo, los eventos jugaban en su contra.

—Te creí muerta, y estás... casándote con él. Maldita mentirosa.

—Las cosas no son así, yo...

Pero su explicación quedó interrumpida, luego de que dos hombres lo derribaran.

Los obesos testigos se echaron hacia atrás, para evitar que algún puñetazo se impactara en sus rostros. Menuda trifulca se había levantado, a causa de una mujerzuela.

—¡No! —lloró Ekaterina. Molían a los golpes a Alexey.

—Mátenlo —ordenó Gustav. Era su derecho a defender lo que se ganó con creces.

La espada de uno de los guardias, se alzó para perforar el pecho del vampiro.

— ¡Noooooo! —Ekaterina empujó al hombre contra la pared. Pero este la golpeó, dejándola inconsciente en el piso.

Ese segundo le permitió a Alexey liberarse de sus captores.

Saltó sobre el Prior, arrebatándole la daga que sostenía, y luego se la clavó en el corazón del guardia.

El otro, ni tuvo tiempo de reaccionar. Alexey se movió tan rápido, que la daga,

una vez más, fue su mortal arma.

Las cenizas de ambos cubrieron el piso del despacho.

Alexey rodó los ojos hacia Ekaterina, que comenzaba a recobrar la conciencia, y luego hacia Gustav.

Le apuntó con la daga.

El alemán levantó las manos para que no lo lastimara.

—Nada puedes hacer. Es mía.

Alexey sonrió mordaz.

—Claro que sí —se abalanzó sobre él, colocando la daga atravesada en su cuello—. Aborrécela.

Gustav, vaciló. Tanto esfuerzo para tenerla, y este le echa a perder sus planes.

Ekaterina, aturdida, se puso en pie.

—¡Aborrécela! —la hoja de metal arañaba la garganta. La desgarraría hasta el hueso, de ser preciso.

El Prior tembló.

Obligó a la novia a dar el «sí», ahora, tenía que rechazarla bajo amenaza.

Legal, en toda la extensión de la palabra.

—Y-Yo, Gustav Kirchhoff, te re-re... —la daga se hundía en sus carnes, haciéndolo sangrar—. ¡*Arrrggh...*! ¡Repudio a Ekaterina P-Petrova! Soy libre de ti. Ya no eres más m-mi esposa.

Alexey, le dio un golpe con el mango de la daga, sacándolo de combate. Que agradeciera que Ekaterina estuviera viva o, de lo contrario, no vería otro día

más.

—Bueno, con esto se da cierre al matrimonio, y queda anulado en acta —

manifestó el Prior, pasando por encima del cuerpo inconsciente de Gustav—.

Qué tengan, ustedes... —miró a la pareja de refilón— una feliz noche. Yo me iré a officiar otra boda; son muchos los que se casan, hoy, día. ¡Adiós! — Esperaba no volverlos a ver nunca más.

Se marchó, con los testigos sin levantar revuelo.

Alexey y Ekaterina se miraron a los ojos.

Cada uno con sentimientos encontrados.

—No te abandoné —explicó, llorosa—. Gustav llegó a la cabaña, y...

Calló cuando Alexey levantó la mano para que dejase de hablar.

Este, que aún procesaba que estuviese viva, la tomó del brazo y la sacó de la casa, arrastrándola por cinco manzanas, hasta subirse a un auto que tomó

«prestado».

Condujo en línea recta hasta traspasar los límites fronterizos del país. Tomaría las medidas pertinentes en caso de que, a Gustav Kirchhoff, le diera por vengarse. Aunque lo dudaba. Lo que hizo era penado por todas las Casas Reales.

Capítulo 40

—¡Dime algo! —exclamó Ekaterina, sentada en el asiento del copiloto.

Llevaban horas rodando por la autopista, sumidos en un profundo silencio.

Alexey apretó el volante y frunció el ceño, sin ánimos de entablar con ella ninguna conversación. Quién sabe desde cuándo esos dos pretendían estar juntos, o si su meta fue en un principio, la de estafarlo.

Ekaterina observó con pesar el paisaje nocturno que pasaba fugaz por su ventanilla. La amplitud del horizonte se reducía conforme avanzaban por la carretera.

—Falta poco para el amanecer —anunció, señalando más allá del parabrisas.

La claridad comenzaba a otorgar las tonalidades propias de la naturaleza diurna.

Alexey no respondió. Seguía en su hermetismo profundo.

—¿Me estás escuchando? —enojada se removió en el asiento; odiaba que la ignoraran. Tenían escasos minutos para encontrar un refugio o perecerían como dos prófugos en plena huida—. ¡Te dije que...!

—Ya te oí —replicó él sin mirarla. Su atención se centraba sobre el camino y no en la mujer vestida de blanco con los nervios crispados. Menos mal que no usaba el velo de novia, porque con ese la hubiera estrangulado.

Ekaterina se cruzó de brazos, airada.

—¿Y qué piensas hacer? —lo presionó—. Tenemos que buscar un lugar en donde resguardarnos.

Alexey se reservó el derecho de informarla. Que se aguantara y se quedara en el limbo.

—¡Alexey! —Ekaterina rugió con el corazón galopante. El sol extendía los rayos solares hacia ellos y ese auto carecía de protección; las ventanillas eran tan comunes como la de millones que circulaban por ahí. Apenas el sol los tocase, y a cantarle a los diablillos en el inframundo.

Sopesó la posibilidad de arrojarle del auto y correr hasta el bosque para protegerse. Tal parecía que Alexey pretendía morir detrás del volante.

Pero no tuvo necesidad de hacerlo.

Este giró a la izquierda, introduciéndose por un camino serpenteante, que se ocultaba cada vez más por una hilera de árboles frondosos.

Ekaterina lo miró interrogante.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —le preocupó. El camino era solitario, apartado de la civilización. El sol ya se alzaba con vigor.

—Con unos conocidos —informó Alexey, apiadándose de ella. Le hizo sufrir una ínfima parte de lo que él sufrió al perderla.

El auto avanzó un kilómetro, hasta llegar a una cabaña de dimensiones más pequeñas de la ubicada en Alupka.

Se detuvo frente a esta, encandilados por la incandescencia del sol que se filtraba a través del espeso follaje.

Ekaterina hizo amago de bajarse del auto; Alexey la detuvo.

—Espera. —Se bajó, recibiendo algunas quemaduras en su rostro y brazos.

Arrancó la puerta del auto y la utilizó como una coraza por encima de su cabeza.

Rodeó el auto y esperó a que Ekaterina se bajara, llevándola consigo hasta el porche.

Una vez allí, Alexey arrojó a un lado la puerta desprendida y sacó un juego de llaves del bolsillo de su pantalón, para acceder al interior de la casa.

—Pasaremos el día —anunció con Ekaterina pisándole los talones—. Luego nos marchamos por la noche. Arreglaré todo para que nos tengan el avión preparado.

Ella asintió, esperando a que los dueños de la cabaña hicieran acto de presencia.

Le extrañó que estuviese solitaria.

—¿Y tus «conocidos»?

—En España.

Ekaterina se sorprendió.

—¿Por qué tienes llaves?

Quitándose la chaqueta ensangrentada, él respondió:

—Porque es mi casa. Ellos se hospedan aquí, de vez en cuando.

—Vaya... Eres una cajita de sorpresa —masculló la otra, mordaz. Se

preguntaba si alguna vez llevó a ese lugar a sus conquistas para retozar sin ser descubierto, cuando estuvieron casados. Algo así como «la cabaña del amor».

Alexey se dirigió a la cocina, abriendo un refrigerador diseñado para almacenar bolsas de sangre, y así regenerar sus quemaduras.

Sacó dos y vertió el contenido en unas tazas, y luego las calentó por veinte segundos en el microondas. Estar bajo temperatura baja y beber sangre al punto de la congelación por esas latitudes..., era desagradable. El invierno se había recrudecido a mitad de febrero.

—Toma —le entregó una a Ekaterina.

Ella la recibió gustosa y bebió, sintiendo que la sangre revitalizaba su sistema digestivo.

Se limpió las comisuras de los labios con la punta de la lengua.

Alexey no pudo evitar observarla.

Qué sexy.

Ekaterina dejó la taza en la encimera, acercándose con precaución.

—Esta vez no te abandoné —dijo, retomando la discusión que había quedado interrumpida en el despacho de Gustav—. Te lo juro.

Alexey miró su taza, perdiendo el apetito y desechó el resto del líquido carmesí en el lavaplatos.

Qué mentirosa...

—Alexey... —Ekaterina le tocó el hombro, para que se girara a ella. Pero no lo hizo. Permanecía con sus manos sobre el borde del lavaplatos y la vista clavada en la sangre que se escurría en el sifón—. Gustav y yo estuvimos juntos por un corto período —reveló—. Él quería algo más serio..., pero yo no tenía la capacidad de corresponderle de la misma manera. Solo quería divertirme.

—¿Cómo lo hiciste conmigo? —inquirió Alexey en su sitio. Por eso salió de su anonimato: por estar aburrida.

Ekaterina suspiró y buscó su mirada.

—¡No! Contigo... —guardó silencio, dejándose llevar por sus pensamientos.

—¿Conmigo qué...? —Alexey giró el rostro hacia ella. Le urgía saber. ¿Lo amaba? ¿Lo odiaba? O solo eran negocios.

—Contigo me siento como una adolescente que conoce el amor por primera vez —expresó al punto de las lágrimas.

Alexey esbozó una sarcástica sonrisa.

—Por favor... Eres la maestra de la mentira; haces que los hombres se dobleguen ante ti. No tienes alma...

Palabras terribles que abofeteaban con violencia a la vampira.

—Confieso que quise hacerte pagar lo que me hiciste, pero... —suspiró—
nunca fue mi intención herirte...No así...

Al vampiro se le cristalizaron los ojos y soltó una risotada lunática.

—Admítelo, *Katia*, tus intenciones siempre fueron esas.

—Te digo la verdad...

—¡NO TE CREO!

—¡¡Pues deberías!! Yo no me marché con Gustav, por venganza o por
diversión. Él me secuestró. ¡Créeme!

Alexey se dejó caer en el piso, con la espalda recostada en las puertas de la
encimera.

Estaba agotado de amarla, de sufrir un calvario cada vez que escuchaba sobre
sus andanzas. Quería arrancársela del corazón y echar el órgano palpitante a
los cerdos. ¿Para qué tenerlo si le causaba desasosiego?

—Y pensar que te lloré... Te vi ahí, quemada...

—¡Fue Gustav! —desesperada, Ekaterina se acuclilló ante él y puso una mano
sobre su pecho—. Llegó con unos hombres y una neonata. No supe quién era la
mujer, me resultó conocida... Pero no alcancé a percibirla porque él me
golpeó, dejándome inconsciente.

Alexey retiró la mano de malagana.

—Ahórrate tus mentiras; dejemos esto por la paz. Tú ganas. —Quién sabe si
ella había urdido raptar a la recién conversa y crear la fachada.

Ekaterina lo miró con precaución.

—¿Qué me quieres decir?

Él, que se tomó unos segundos para responder, la miró entristecido.

—Que te saliste con la tuya —dijo con amargura—. Te daré la mitad de mis bienes.

Ekaterina jadeó. La decisión de su ex, hizo que ella vislumbrara su futuro. Ya no lucharía por retenerla a su lado, convencido de que no valía la pena. Era lo que era, y esa reputación la mantendría hasta el final de sus días.

—No lo quiero —replicó de vuelta. El dinero había perdido importancia para esta. Existían cosas mejores, que ataviarse de lujos de pies a cabeza. El amor, la amistad verdadera, la libertad..., pesaba en gran medida sobre la felicidad de cualquier ser, incluso, la suya.

—¿Y por qué no? —Alexey desconfió. Tal vez quería más o destruirlo por completo.

Ekaterina titubeó, poniéndose en pie para huir de su apabullante mirada. A pesar de lo que sentía, tenía miedo.

—¿Por qué, Ekaterina? —Alexey se levantó, sin darle tregua—. ¿Por qué no lo quieres? ¿Qué razones guardas?

—Nada. Solo que ya no lo quiero —respondió haciéndose la desentendida.

Salió de la cocina y se dirigió hacia la habitación contigua de la que pronto se arrepintió.

Era un dormitorio diminuto, que apenas tenía una cama angosta.

Alexey la siguió.

—¡Respóndeme!, ¿por qué?

—¿Porque te amo! T-Te amo, *Liosha*... Jamás te dejé de amar.

Él quedó estático, sopesando si lo expresado carecía de veracidad.

—¿Jamás? ¡¿Jamás?! —la cuestionó. La sangre en las venas le hirvió—. Qué cínica eres. Si «jamás» me dejaste de amar, ¿por qué te revolcabas con tantos hombres? —Comprendía que lo hubiese abandonado a causa del disgusto, pero

que después volviese a su hogar para perdonarlo. En cambio, decidió que era mejor comportarse como una ramera.

—Estaba dolida...

—Vaya forma de reconfortarte. No conozco un vampiro en Europa que no se haya acostado contigo.

Ekaterina bajó la mirada, ocultando sus mejillas bañadas en lágrimas.

—Estoy segura que la mayoría ni siquiera me conoce en persona —replicó con voz rota. Muchos se jactaron de proezas que nunca hicieron. Solo eran exageraciones de las que inflaban sus egos como sementales.

—Tú misma lo dijiste: lo hacías hasta con tres a la vez.

—Mentí.

—Como siempre...

Ella alzó la mirada.

—No soy una santa —dijo, llorosa—, pero tampoco soy lo que tanto pregonan.

Alexey la estudió en silencio. ¡Cómo deseaba que fuese cierto!

—Lástima que ya no te creo.

Y la dejó sola en el dormitorio, yendo hasta el otro extremo de la cabaña, para esperar a que el atardecer se anunciara.

Las horas correrían lentas, siendo despiadadas con él, que tendría que soportar estar encerrado con Ekaterina y no follarla.

Pero tenía que aguantarse, si pretendía dejar de amarla.

De otro modo, sucumbiría.

Capítulo 41

Después de varias horas acostada en la cama, Ekaterina sale de la habitación a buscar a Alexey. Sería una tonta, si desaprovechaba la privacidad que le brindaba la cabaña, para reconciliarse con él. Tenía medios para seducirlo y hacer que cayera de nuevo a sus pies. Pero, esta vez, serían por las razones correctas.

Cruzó el exiguo vestíbulo e ingresó a la sala, ataviada de alfombras y ornamentos masculinos, propios del siglo XVII.

La chimenea estaba apagada, al igual que las cortinas que cubrían las ventanas para dar oscuridad. El sol seguía en su cenit, inamovible y abrasador para los de su especie, y un despiadado carcelero desde las alturas. A pesar de que el clima no les favorecía en esos momentos, la temperatura dentro de la cabaña era agradable. Alexey procuró que la pequeña residencia estuviera siempre cubierta bajo la copa de los árboles.

Caminó observando la decoración de la sala, sin dejar pasar que su renuente acompañante, yacía sentado en una de las poltronas, dándole la espalda.

Ekaterina avanzó despacio; parecía dormir, dado el ritmo pausado de su respiración y la cabeza reclinada a un lado en el respaldo, como un humano agotado, luego de un arduo día de trabajo. Pero el vampiro orgulloso, tenía las energías suficientes para llevarse el mundo por delante.

Vaciló despertarlo; sin embargo, se insufló valor y se sentó sobre sus piernas en busca de un abrazo.

Pegó su rostro debajo de su cuello, y escuchó los latidos parsimoniosos en su pecho. Era hora de dejar el odio atrás y seguir adelante; de nada le valdría librar una guerra si, al fin y al cabo, ninguno de los dos se alzaría vencedor.

Alexey abrió los ojos y se encontró con la bella mujer, queriendo un poco de cariño. No la rechazó, pero tampoco inició una avalancha de besos apasionados que quitaran la respiración. Tenía cuidado de salir lastimado; de ser objeto de sus burlas. Su coraza se había solidificado entorno a él y su corazón se convirtió en piedra, cansado de la superficialidad de la vida; de padecer interminables noches, fingiendo fortaleza, acompañado de féminas dispuestas e interesadas en su dinero y negocios que lo mantenían ocupado.

Y, ¿para qué...?

Para acaba siendo un despojo de sí mismo.

El perfume de Ekaterina, inundó sus fosas nasales y su cabello rozaba su barbilla. Estaba despierta, esperando, quizás, a que él tomase la iniciativa. Pero tenía miedo de ilusionarse de nuevo; Ekaterina era una experta en la manipulación; sabía muy bien mover las fichas; una caricia aquí, un beso allá...

un «te quiero», y el pobre incauto, comería de su mano.

Aun así, le costó contenerse y enredar sus dedos por el pelo de la vampira, dándole suaves masajes circulares al cuero cabelludo. Era inevitable hacerlo, no le haría mal con ser amable; no sucumbiría a ella...

Ekaterina levantó el rostro.

Sus ojos cristalinos se engancharon con los suyos.

—Te quise lastimar... —admitió pesarosa—. Quería arrastrarte al lodo y dejarte allí, pero en el proceso... —suspiró—, me lastimé también. Eres parte de mí, Alexey. Mi corazón, mi alma, mi cuerpo... ¡todo! ¿Entiendes lo que te quiero decir? —Él asintió—. Cargué con el dolor de tus infidelidades por tanto tiempo, que dejé de creer en el amor —agregó—. Y... aquí estoy, ante ti,

sin amenazas o seducciones, pidiéndote que me ames —una lágrima rodó por su mejilla—. ¿Qué me dices?, ¿me aceptas así: problemática, obstinada y sencilla?

Alexey arqueó una ceja.

—¿Sencilla? —sonrió—. Eres todo, menos «sencilla». —Acarició sus labios, de los que Ekaterina entreabrió gustosa—. Te encanta el lujo.

Ella suspiró.

—Sigo siendo la que una vez conociste. Esa mujer no ha cambiado; está en el fondo de mi ser, aguardando emerger para amarte otra vez.

—Quisiera creerte...

—¡Hazlo! Dame una segunda oportunidad.

—Debería ser al revés.

Ekaterina no comprendió.

—Debería ser yo el que te ruegue —explicó él con voz rota—. Al igual que Ekaterina, sus lágrimas comenzaban a bañar su rostro—. Te fallé...

La vampira se acurrucó de nuevo sobre el pecho masculino.

—Oh, *mi Liosha*... ¿qué hacemos con lo que sentimos?

Mandarlo a la mierda, pensó Alexey, sin la intención de revelárselo a ella. Lo que ambos sentían, dejó de ser puro. Pues la desconfianza y el rencor, lo manchaban. Y para volver a amar, tendrían que despojarse de estos, como quien arroja al fuego algo que se desea destruir.

—Borrón y cuenta nueva —dijo. Una frase que se repetía a menudo entre ellos.

Ekaterina se mordió el labio inferior.

—Y... ¿cómo quedamos, tú y yo? ¿Amigos, solo amigos? O amigos con *derechos*... —Bromeaba, aunque se aseguraba qué tipo de relación tendrían los dos de ahora en adelante. Para los hombres, los «beneficios» que les pudiera brindar una buena amiga, son más apreciados que el amor que les ofrecía una compañera estable.

Alexey comprendió su tribulación.

La apretujó.

—No. Como marido y mujer. —Lanzó sus temores a lo más profundo de su ser y la besó con intensidad. Su mente quedó en blanco, después de haberse librado de los pensamientos que lo aquejaban. Para volver a comenzar, tendrían que perdonar, y para perdonar... habría de olvidar.

Si Ekaterina estaba dispuesta a ello, ¿por qué él no?

Al diablo si se acostó con un millón de hombres, era parte del pasado. El

«ahora» importaba más. Reconocieron sus errores y se renovaron en el proceso.

Su padre, sus hermanos, Samara... ya no influirían en sus acciones; que se largaran al quinto infierno; sus lenguas viperinas dejarían de lanzar veneno y ennegrecer sus sentimientos. Ekaterina y él habían cambiado, aunque ambos no

quisieran admitirlos. Ella dejó de ser esa inocente mujer que lo miraba con devoción, como él ya no era un sinvergüenza...

Sus corazones estaban remendados; cada uno lo hizo a su modo,

sobreviviendo a la intriga y al dolor; por esa razón, se merecían uno al otro.

—Te amo —expresó sin que le quedara nada por dentro. Se lo brindaba todo;

que lo tomara y moldeara a su antojo, para convertirlo en el hombre que debió ser y no en espermatozoide que no valía ni tres centavos.

Ekaterina acunó su rostro.

Lo estudiaba en silencio, buscando en sus dos esmeraldas alguna mentira.

No halló ninguna.

Sonrió.

—También te amo.

¿Se podía volver de la muerte?

Sin lugar a dudas, meditó el joven moscovita ante las palabras expresadas por la hermosa pelirroja. Resucitó de entre los muertos. Lo amaba y esta vez no había vacilación en su corazón.

La besó con desespero, apabullado de sus emociones. No se cambiaba por nadie y hasta daba las gracias por todo lo que sufrieron; porque de esa forma, ambos comprobaron que se pertenecían mutuamente.

Lo hicieron en el sillón; más que sexo, fue una declaración de amor. Sus cuerpos desnudos eran una sinfonía de caricias, besos y eróticas posiciones. Sus gemidos se acompañaban con armonía; él: gutural; ella: melodiosa.

Alexey comprendía que no sería fácil reiniciar una vida juntos; lo intentarían, a pesar de que, más de un vampiro querría separarlos. Aun así, los desafiaba a que lo hicieran; sus almas se amalgamaron y separarlos, acarrearía en la muerte.

Pero sería la de estos, porque él lucharía por ella hasta el final.

El dolor los fortaleció e hicieron poderosos. Eran uno contra el mundo. Que los censuraran, que los descalificaran como pareja, que los señalaran y burlaran, les daba igual. Solo una persona le importaba y se hallaba sobre su miembro, moviéndose con sensualidad y obsequiándole el más delicioso de los orgasmos.

Su adorada y dulce *Katia*.

Epílogo

Dos años después.

La Torre de Eiffel se alzaba luminosa sobre los parisinos, como una madre abnegada que velaba por sus hijos desde hacía casi 130 años. Ekaterina la observaba en silencio, acostada en su cama, mientras que la gran construcción de hierro se vislumbraba a través de los ventanales de la habitación.

Pocos meses después de su reconciliación con Alexey, compraron un pequeño

dúplex en una de las mejores urbanizaciones de la ciudad. El lujo ya no formaba parte de sus vidas; por lo menos, en apariencia. Los clubs nocturnos en Norteamérica, que tantos dividendos le otorgaron a su amado vampiro, cambiaron de dueño, después de anunciarse la venta. Los demás negocios, quedaron a cargo de Samara, quien seguía siendo socia de Alexey, a pesar de lo que sentía por él. Aspecto, por el cual, a Ekaterina le desagradaba, pero lo ocultaba, mientras que esta se mantuviese alejada, al igual que la desgraciada de la *mensajerita*, quien se marchó, sin siquiera dejar la renuncia por escrito.

Ambos dejaron atrás, todo lo que les ataba con el pasado, y se instalaron en un país en donde, los amantes o los románticos, serían siempre bienvenidos.

Suspiró y se arrebujó entre las sábanas, sin sentir frío. La noche era cálida, con una brisa fresca que provenía de las montañas. Su larga cabellera rojiza, reposaba sobre su esposo, escuchando los pausados latidos de su corazón. Era un golpeteo que la relajaba más de lo que ya estaba. Habían acabado de disfrutar de una excelente sesión de caricias y besos, que se extendió por varias horas, hasta bien entrada la madrugada.

Suspiró, haciendo pequeñas ondulaciones sobre el pecho masculino con su mano izquierda. El anillo que ostentaba, sellaba el nuevo acuerdo entre los dos.

Esta vez, se juraron fidelidad, más allá del placer mismo; el respeto, la confianza, y amor mutuo, los comandaría de ahora en adelante.

—Un millón de euros por saber en qué piensas —dijo Alexey con

socarronería. Su cuerpo desnudo se acomodó para abrazar más al de su mujer.

Ekaterina sonrió.

—Con gusto te lo diré, si me vas a pagar esa tarifa —bromeó—. Los vestidos de diseñador son muy costosos... —Aunque, prefería la sencillez de un atuendo casual, mantenía en su guardarropa una colección de vestidos de lentejuelas y

escotes bajos, por si acaso.

Alexey redujo su ritmo empresarial, para estar con ella, pero nunca faltaba una cena de gala o un evento que requiriese su presencia. Y Ekaterina ni loca desluciría frente a todas esas comadreja que le coqueteaban de forma descarada.

Sabio consejo de su inseparable amiga, Rania: Al marido jamás había que descuidarlo, así este le jurase fidelidad eterna.

—¿Aceptas cheque o tarjeta de crédito? —preguntó él, siguiéndole el juego.

Solían entablar con frecuencia conversaciones de ese tipo. Actuaban como dos jovencitos, ajenos a las lenguas viperinas que les rodeaban.

Por fortuna, cada vez menos las personas los criticaban y los recibían sin murmuraciones o sonrisas hipócritas.

Era cuestión de tiempo, para que la relación de la pareja fuese aceptada de buena gana. Por desgracia, no sucedía con su familia.

Aún la odiaban.

—Acepto lo que sea; hasta pagos en especies... —ronroneó ella, deslizando la

mano cuesta abajo hacia su hombría.

Alexey arqueó las cejas, sorprendido de la insaciabilidad de su mujer. ¿Sería

posible que tuviera más resistencia que él en la cama?

Se estaba haciendo viejo.

Sin embargo...

Rodó sobre ella, metiéndose entre sus piernas; su virilidad pulsaba por iniciar la faena una vez más.

—Dime lo que piensas y haré lo que quieras. —Era un guerrero. Con gusto se le mediría.

Rio divertida.

—¡Qué curioso!

—Todo sobre ti me produce curiosidad; incluso, tus pensamientos más íntimos

—replicó Alexey, mirándola con intensidad.

La vampira entrecerró los ojos, en un claro indicativo de sacarle partido.

—Parece que tendré que negociarlo. ¿Qué te parece si permanecemos acostados toda la noche, en una maratón de sexo salvaje?

El otro rio.

—Me vas a desarmar... Ten piedad de mí, por favor.

Ekaterina cabeceó.

—Contigo jamás. —Tendría que buscar un oficio para controlar su voraz apetito sexual. Alexey la convirtió en una adicta a sus besos y a su cuerpo—.

Síp, tendré qué... —Lo cierto es que no era mala idea.

Tal vez, de diseñadora de modas; en eso era buena.

Alexey no comprendió lo que esta le quiso decir.

—Tendré que mantenerme ocupada, porque mis pensamientos están contigo a cada instante, amor —explicó Ekaterina—. Después de tanto tiempo, sintiéndome una desgraciada, soy feliz. Y se debe, más que todo, a que fuiste capaz de derrumbar todas mis barreras. Me había negado a volver a amar; el que una vez me rompió el corazón, lo restauró. Y te lo agradezco, porque ahora soy más... humana...

—Siempre lo has sido, mi hermosa *Katia*. Siempre...

La besó, abrumado de sus propios sentimientos. La amaba, la adoraba, la deseaba...

La excusa perfecta para renovarse a sí mismo; ser el hombre que ella debió merecer desde un principio. El que la protegía de los malos tercios, de la envidia y de su propia familia. Porque estos últimos fueron tan despreciables que la vilipendiaron durante años y él lo permitió.

Ahora tenía una segunda oportunidad para redimirse y demostrarle que sus promesas seguían firmes por esa noche, y por todas las que le proseguiría en los próximos mil años.

O hasta el final de los tiempos...

Fin

Sobre la Autora

Martha Molina nació en Venezuela en 1970. Desde pequeña ha tenido inclinaciones por la lectura y las series de televisión de género paranormal, que han influenciado, de una u otra forma, su estilo literario; considerándolo su pasión y alegría.

Si desean seguirla, pueden ir a cualquiera de estos enlaces.

Blog de Autora:

<http://marthamolinaautora.blogspot.com/>

Facebook personal:

<https://www.facebook.com/marthalucia.molinaangel>

Grupo Facebook: Martha Molina y sus vampiros

Twitter: @Berluchi70

Instagram: @marthamolina07

Wattpad: @MarthaMolina07

Pinterest:

<http://www.pinterest.com/maluma0711/>

Sus otras novelas

Todas las novelas son para mayores de 18 años y están a la venta por Amazon.

Romance paranormal

Los Eternos

Libro 1: El código Aural

Libro 2: La Hermandad de Fuego

Libro 3: El Señor de los Malditos

A merced de un vampiro

(Trilogía)

Amores Prohibidos

(Serie de tres libros)

Nigromante

(Libro único)

Romance Contemporáneo

Sueño Erótico

(Libro único)

[1]_Personas que asisten a los clubs.

[2]_«Salud» en ruso.

[3]_Vampira que ofrece sus favores sexuales a la clase alta.

[4]_Es costumbre en Rusia (aunque no obligatorio) que las mujeres tomen el apellido de sus maridos en su forma femenina.

Más información, por google.

[5]_Ochocientos años.

[6]_Diminutivo de Dmitry.